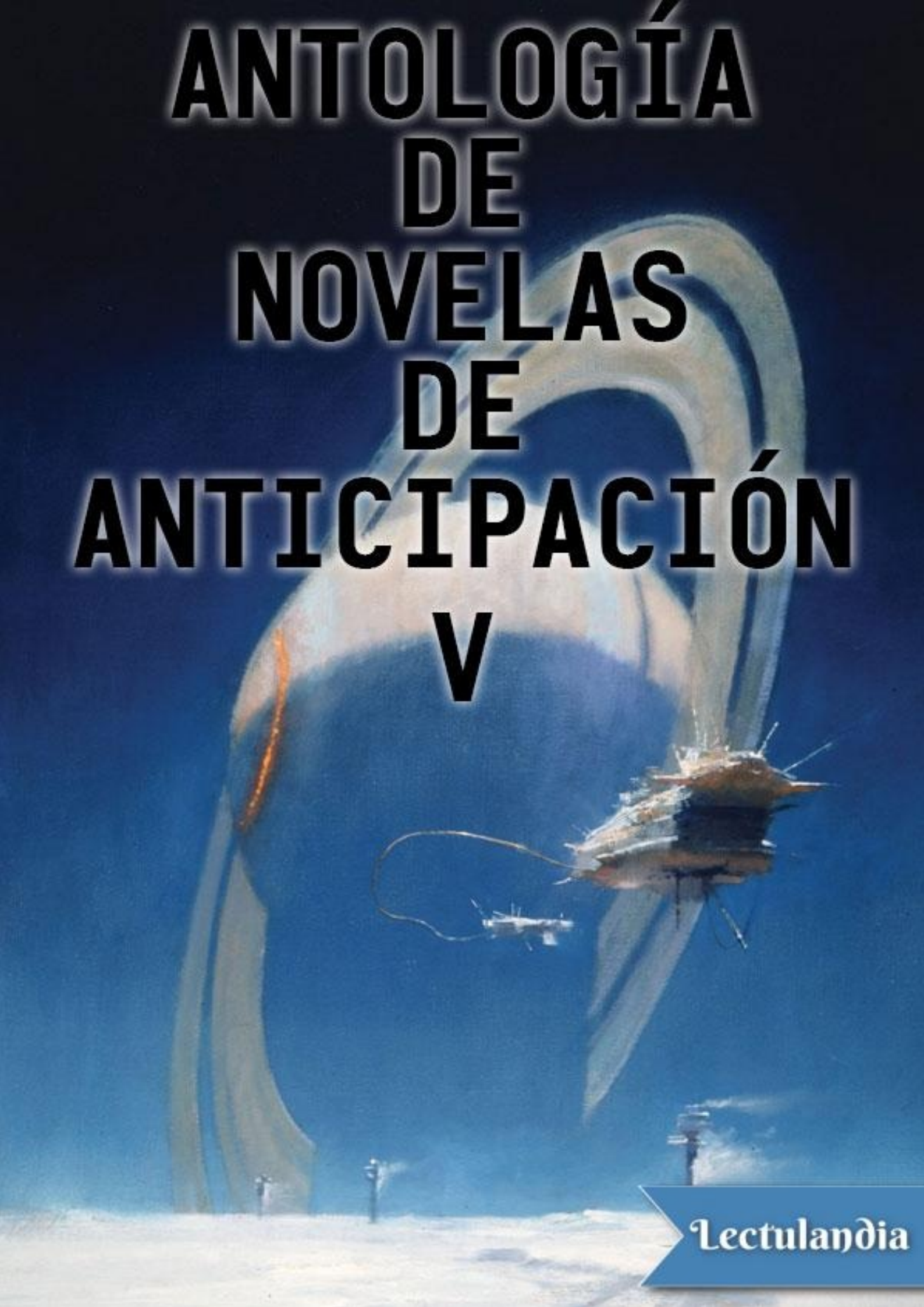


# ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN V



Lectulandia

Quinto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Oscuro interludio, El caricaturista, Vuelo de represalia, El hombrecito verde, Investigación, El vertedero, La marca de Caín, El montañero, Enfriamiento rápido, El regalo de los dioses, Entreacto, Tierras vivas, Conocimiento es poder, Punto decisivo, Evasión de la órbita, Fin del capítulo, El cobarde vivo y ¡Oh, ser un blobell!*

**Lectulandia**

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación**  
**V**

**Antología de novelas de anticipación - 5**

ePub r1.0

Watcher 04-04-2018

AA. VV., 1965

Traducción: José María Aroca

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Oscuro interludio

Fredric Brown & Mack Reynolds.

Los ojos del sheriff Ben Rand tenían una expresión grave.

—Está bien, muchacho, Pareces bastante nervioso; eso es natural. Pero si tu historia es verídica, no debes preocuparte. No te preocupes por nada. Todo se arreglará, muchacho.

—Ocurrió hace tres horas, sheriff —dijo Allenby—. Siento haber tardado tanto en llegar al pueblo, para despertarle. Pero mi hermana estaba histérica. Tuve que calmarla y después se me presentaron problemas para arrancar la tartana que tengo por coche.

—No te preocupes por haberme despertado, chico. Para eso soy el sheriff. Y no era tarde, en realidad. Pero déjame aclarar algunos puntos. Dices que tu nombre es Lou Allenby. Ese nombre es conocido por aquí: Allenby. ¿Pertenece acaso a la familia de Rance Allenby, propietario de negocios en Cooperville? Te lo pregunto porque yo fui a la escuela con Rance... Ahora, cuéntame sobre el tipo que dijo que venía del futuro...

El Presidor del Departamento de Investigaciones Históricas era escéptico hasta el extremo. Argumentaba:

—Aún mantengo la opinión de que el proyecto no es factible. Presenta paradojas que resultarán insuperables.

El doctor Matthe, el notable físico, lo interrumpió políticamente:

—Sin duda, señor, estará usted familiarizado con la Dicotomía.

El Presidor no lo estaba, por lo que permaneció en silencio para indicar que deseaba una explicación.

—Fue Zenón quien explicó la teoría de la Dicotomía. Era un filósofo griego que vivió unos quinientos años antes de que el antiguo profeta naciera y fuera tomado por los primitivos para marcar los comienzos de su calendario. La Dicotomía establece que es imposible cubrir cualquier distancia dada. Su argumento básico consistía en que una vez que la mitad de la distancia hubiera sido recorrida, aún quedaría por recorrer la otra mitad, y cuando esta mitad transcurriese, la mitad correspondiente quedaría pendiente, y así sucesivamente. Se sigue que siempre quedará alguna porción del terreno por recorrer y que, el movimiento, por lo tanto, es imposible.

—No veo la analogía —objetó el Presidor—. En primer lugar, su griego asumía que cualquier entidad compuesta de un infinito número de partes deberá, en sí misma, ser igualmente infinita, sabiendo como sabemos, que un número infinito de elementos hacen un total finito. Además...

Matthe sonrió gentilmente y levantó la mano.

—Por favor, señor, no me interprete mal. No niego que entendamos la paradoja de Zenón, en la actualidad. Pero créame, durante muchos siglos, los mejores cerebros que pudo producir la raza humana no fueron capaces de explicarla.

El Presidor dijo, con tacto:

—No veo a donde quiere llegar, doctor Matthe. Le ruego perdone mi indiscreción; pero, ¿qué posible conexión hay entre la Dicotomía de Zenón y su proyectada expedición al pasado?

—Únicamente establecía un paralelo, señor. Zenón concibió la paradoja, probando que era imposible cubrir cualquier distancia y ninguno de sus contemporáneos fue capaz de explicarla. Pero, ¿ello les impidió cubrir las distancias? Obviamente, no. En la actualidad, mis asistentes y yo hemos ideado un método para enviar a nuestro joven amigo, Jan Obreen, al pasado distante. La paradoja surge de inmediato... supongamos que mata a un antepasado o que cambia la historia de algún modo. No trataré de explicar cómo esta aparente paradoja se ha eliminado en los viajes a través del tiempo; todo lo que sé es que esos viajes son posibles. Es indudable que mejores mentes que la mía resolverán algún día la cuestión, pero hasta entonces continuaremos realizando viajes en el tiempo, haya o no paradojas.

Jan Obreen permanecía sentado, nerviosamente, mientras escuchaba a sus distinguidos superiores. Se aclaró la garganta y se atrevió a interrumpir:

—Creo que llegó la hora del experimento.

El Presidor se encogió de hombros ante las constantes interrupciones, y abandonó la conversación. Con expresión de duda, dejó vagar sus ojos sobre el equipo que había en un rincón del laboratorio.

Matthe se apresuró a dar instrucciones de última hora a un estudiante.

—Hemos hablado de todo esto con anterioridad, Jan, pero para resumir... aparecerás aproximadamente en el llamado siglo veinte, exactamente dónde, no lo sé. El idioma que escucharás será el anglo-americano que has estudiado concienzudamente; por ese lado no tendrás ningún problema. Aparecerás en los Estados Unidos de Norte América, una de las antiguas naciones cuya división política tenía un propósito desconocido para nosotros. Uno de los objetivos de tu expedición será determinar por qué la raza humana se dividía entonces en docenas de Estados, en vez de tener un solo gobierno. Te adaptarás a las condiciones que encuentres, Jan. Los datos históricos sobre la época son tan vagos que la ayuda que te podamos prestar será muy pequeña en cuanto a informarte de lo que debes esperar.

—Me siento muy pesimista por esta razón. Obreen —intervino el Presidor—, usted se ha ofrecido como voluntario y no tengo derecho a interferir. Su tarea más importante es dejar un mensaje que pueda llegar hasta nosotros; si tiene éxito, se realizarán otros intentos en otros periodos de la Historia. Si fracasa...

—No fracasará —interrumpió Matthe.

El Presidor movió la cabeza y estrechó la mano de Obreen.

Jan Obreen subió a la pequeña plataforma y agarró los mandos de metal del tablero de instrumentos, ocultando, lo mejor que pudo, su desasosiego.

El sheriff, prosiguió:

—Bien, ese tipo... ¿dices que pretendía venir del futuro?

Lou Allenby asintió:

Aproximadamente, de unos cuatro mil años más adelante. Dijo que era del año tres mil doscientos y tantos, más o menos dentro de cuatro mil años; para entonces ya habrán cambiado el sistema de numeración.

—¿Y no pensaste que se trataba de una tomadura de pelo, muchacho? Por la forma en que hablas, parece que le creíste.

El muchacho se humedeció los labios.

—Sí, creo que le creí —repuso evasivamente—. Había algo en él; no sé: parecía diferente. No físicamente, pues podía pasar por alguien nacido en la actualidad, pero era... algo diferente. Como... como si estuviera en paz consigo mismo; daba la impresión que del sitio de donde venía todos eran así. Y era listo. Tampoco estaba loco.

—¿Y que hacía entre nosotros, muchacho? —la voz del sheriff denotaba un ligero sarcasmo.

—Era una especie de estudiante. Parece, por lo que dijo, que casi todo el mundo en su tiempo es estudiante. Ya han resuelto todos los problemas de producción y distribución, nadie tiene que preocuparse por su seguridad; de hecho, no parecen preocuparse por ninguno de los problemas que actualmente nos aquejan. Vino a investigar nuestra época. No saben mucho acerca de ella, según parece. Algo ocurrirá durante un periodo malo de algunos cientos de años de duración, en los cuales se perderán la mayoría de los libros y los registros. Se conservarán unos cuantos, pero no muchos. No sabían, por tanto, casi nada acerca de nosotros y deseaban investigarlo.

—¿Creíste eso, muchacho? ¿Tenía alguna prueba?

Aquél era el punto peligroso; aquí descansaba el primer riesgo. No se tenía conocimiento de los contornos de la Tierra cuarenta siglos atrás, ni mucho menos de las zonas con presencia de árboles o edificios. Si aparecía en algún lugar erróneo, aquello podría significar su muerte inmediata.

Pero Jan Obreen fue afortunado, nada se interpuso en su camino. De hecho, ocurrió lo contrario. Apareció a diez pies de altura sobre un campo arado. La caída pudo haber resultado bastante mala, pero la tierra suave lo protegió; pareció lastimarse un tobillo, pero no de gravedad. Se levantó penosamente y miró a su alrededor.

La presencia del campo demostraba por sí sola que el experimento Matthe se había desarrollado, al menos parcialmente, con éxito. Estaba bastante lejos de su

propia época. La agricultura era aún un componente necesario de la economía humana, indicando una civilización más primitiva que la suya.

A una media milla de distancia había una zona densamente arbolada; no parecía un parque, ni siquiera un bosque planeado para albergar la controlada vida salvaje de su época. Era un bosque que crecía libremente, algo casi increíble. Pero tendría que habituarse a lo increíble. De todos los periodos históricos, éste era el menos conocido. Muchas cosas le serían extrañas.

A su derecha, a unos cientos de metros de distancia, se levantaba una construcción de madera. Era, indudablemente, una casa humana, a pesar de su primitivo aspecto. No tenía objeto posponerlo; tendría que tomar contacto con los seres humanos. Cojeó penosamente hacia su encuentro con el siglo veinte.

Evidentemente, la muchacha no fue testigo de su accidentada aparición, pero en el momento en que él llegó al patio de la granja, ella ya estaba en la puerta para recibirlo.

Su vestido pertenecía, evidentemente, a otra época, porque en la suya los vestidos de la parte femenina de la raza no estaban diseñados para excitar al hombre. El de ella, sin embargo, era de color brillante y agradable y marcaba los juveniles contornos de su cuerpo. Pero no sólo fue el vestido lo que le sorprendió. Exhibía un toque de color en los labios, que le reveló repentinamente su procedencia artificial. Había leído que las mujeres primitivas usaban sobre su rostro, colores, pinturas y pigmentos de varias clases, y en esta ocasión que lo presenciaba por primera vez no le pareció repulsivo.

La muchacha sonrió, haciendo destacar la blancura de los dientes con el rojo de sus labios.

—Hubiera sido más fácil llegar por el camino, en vez de a través del campo. — Sus ojos lo midieron, y si hubiera tenido más experiencia podría haber notado en ellos un interés definido.

—Me temo que no estoy familiarizado con sus métodos de agricultura. Espero no haber dañado irrevocablemente sus esfuerzos de floricultura.

—¡Jesús! —exclamó Susan Allenby, con tono ofensivo—. Parece que se ha tragado un diccionario. —Sus ojos se abrieron al notar cómo se dolía Jan del pie izquierdo—. ¡Pero si se ha lastimado! Pase a la casa y permítame ver si puedo hacer algo.

La siguió en silencio, casi sin oír sus palabras. Algo, algo fantástico, crecía dentro de él afectando extraña y gratamente su metabolismo.

Ahora entendía lo que Matthe y el Presidor querían decir al hablar de paradojas.

El sheriff prosiguió:

—Bien, ¿tú no estabas en casa cuando él llegó a tu casa?

—No, eso fue hace diez días —explicó Lou Allenby—. Yo estaba en Miami, de vacaciones. Mi hermana y yo salimos una o dos semanas cada año, pero no lo



hacemos a la vez porque creemos que es bueno dejar de vernos durante una temporada.

—Seguro, buena idea. Pero, ¿tu hermana creyó esa historia de que él venía del futuro?

—Sí. Y, sheriff, ella tenía las pruebas. Me gustaría haberlas vista. El campo donde cayó estaba recién arado. Después de curarle el tobillo y de que él le hubiera contado sus historias, tuvo la curiosidad de seguir sus huellas por la tierra, hasta su origen. Y terminaban, o más bien principiaban, justo en medio del campo, como si hubiera caído del cielo allí mismo.

—Quizá saltó de un aeroplano, en paracaídas. ¿Pensaste en eso?

—Pensé en eso, y también mi hermana. Ella dijo que si así hubiera sido, entonces debió de tragarse el paracaídas. No había lugar alguno donde ocultarlo.

—¿Y se casaron de inmediato, según dices? —preguntó el sheriff.

—Dos días después. Yo tenía el coche, así es que ellos fueron con el carro de caballos al pueblo y se casaron.

—¿Viste la licencia, muchacho? ¿Estás seguro realmente...?

Lou Allenby le miró y sus labios palidieron. El sheriff se apresuró a decir:

—Está bien, muchacho, no quise decir nada malo. Tómalo con calma.

Susan envió un telegrama a su hermano contándole todo, pero él había cambiado de hotel y no recibió el telegrama. La primera noticia que tuvo de la boda fue cuando llegó a la granja, casi una semana después.

Se sorprendió, naturalmente, pero John O'Brien —Susan alteró el nombre— parecía un buen sujeto. Bien parecido, también, aunque un poco extraño; sin embargo, él y Susan daban la impresión de estar muy enamorados.

Por supuesto, él no tenía dinero, no lo usaban en su época, según les dijo, pero parecía un buen trabajador. No había razón por la cual no saliera todo bien.

Los tres planearon, inicialmente, que Susan y John permanecieran en la granja hasta que éste aprendiera algo más. Entonces buscaría la manera de hacer dinero —se mostraba bastante optimista al respecto— para pasar el tiempo viajando, llevándose con él a Susan. Decididamente, de ese modo aprendería muchas cosas acerca del presente.

Pero lo más importante era encontrar la forma de hacer llegar un mensaje al doctor Matthe y al Presidor. De ello dependía que continuaran ese tipo de investigaciones.

Explicó a Susan y a Lou que se trataba de un viaje en una sola dirección. El equipo lograba hacer viajar al pasado, pero no al futuro. Era un exilio voluntario, y tendría que pasar el resto de su vida en esta época. La idea consistía en que, cuando hubiera estado el tiempo suficiente en este sitio como para poder describirlo bien, escribiría un reportaje crítico y lo pondría en una caja que podría conservarse durante cuarenta siglos. Para lo cual la enterraría donde pudiera ser excavada, en un sitio ya determinado, en el futuro. El lugar exacto estaba señalado geográficamente.

Se emocionó al saber que en varios sitios se habían enterrado ya cápsulas del tiempo. Nunca fueron desenterradas y ahora planeaba incorporarlas como parte de su informe, para que pudieran encontrarlas en el futuro.

Pasaban las veladas en largas conversaciones, hablándoles Jan de su época y de todos los siglos transcurridos entre ambas edades. De la larga lucha y las conquistas del hombre en los campos de la medicina, la ciencia, y las relaciones humanas. Y ellos, hablándole de la suya, describiendo las instituciones y el modo de vida que él encontraba tan extraños.

Lou no se sentía muy contento con el precipitado casamiento, pero pronto empezó a tomarle aprecio a Jan. Hasta que...

El sheriff prosiguió:

—¿Y no te dijo lo que era, hasta esta noche?

—Así es.

—¿Tu hermana le oyó decirlo? ¿Te respaldará?

—Así lo espero... ella parece fuera de sí ahora, está histérica. Pero le oyó decirlo, sheriff. Ese tipo debió de tenerla bastante dominada o no estaría tan impresionada.

—No es que dude de tu palabra, muchacho, en algo como eso, pero más vale que ella lo haya oído. ¿Cómo ocurrió?

—Empecé a preguntarle acerca de las cosas de su época y cuando le pregunté sobre los problemas raciales pareció sorprenderse y me dijo que le parecía recordar algo que estudió acerca de las razas en la Historia, porque ya no había razas.

»Dijo que en su época, a partir de la guerra de no sé qué, todas las razas se mezclaron en una sola. Que los blancos y los amarillos casi se exterminaron entre sí y que África dominó el mundo durante algún tiempo, y entonces todas las razas se empezaron a mezclar en una sola, por colonización y casamientos, y que en su época el proceso se había completado. Me quedé mirándole y pregunté:

» —¿Quieres decir que tienes sangre de negro?

» Y él me respondió, como si no importara nada:

» —Por lo menos, la cuarta parte.

—Bueno, muchacho, hiciste lo que te correspondía —le dijo ávidamente el sheriff —, no hay duda de ello.

—Lo vi de pronto todo rojo. Se había casado con mi hermana; dormía con ella. Me enloquecí hasta tal punto que no recuerdo cuándo cogí la escopeta.

—No te preocupes, muchacho. Hiciste bien.

—Pero me siento muy mal. El no lo sabía.

—Eso es según como lo veas, muchacho. Quizá creíste demasiado en sus paparruchas. ¡Venir del futuro! Esos negros son capaces de cualquier truco, con tal de pasar por blancos. ¿Qué clase de pruebas son éstas que dio? Pamplinas, muchacho. Nadie viene del futuro o va para allá. Podremos acallar esto, para que no se entere nadie. Actuaremos como si no hubiera sucedido nunca.

# El caricaturista

Fredric Brown & Mack Reynolds

En el buzón de Bill Garrigan había seis cartas, pero una rápida ojeada a los sobres le permitió comprobar que ninguna de ellas contenía un cheque. Chistes para ilustrar, seguramente. Y nueve posibilidades contra una que no hubiera ninguno aprovechable.

Se llevó las cartas a la choza de adobes que él llamaba «estudio», sin molestarse en abrirlas. Colgó su ajado sombrero en la única percha. Se sentó en la única silla, delante de la única mesa, que le servía para comer y para dibujar.

Había transcurrido mucho tiempo desde que colocó el último chiste y esperaba, contra toda esperanza, que en aquellas cartas hubiera algo realmente aprovechable. A veces ocurren milagros.

Rasgó el primer sobre. Seis chistes de un tipo de Oregon, con las condiciones habituales: si le gustaba alguno de ellos, podía ilustrarlo y, en el caso que algún editor lo aceptara, el individuo percibiría un tanto por ciento. Bill Garrigan leyó el primero:

«Guy y Gal detienen su vehículo delante de un restaurante. En el vehículo hay un cartel que dice: “Herman, el hombre que come fuego”. En el interior del restaurante, la gente come a la luz de las velas.

»Guy dice: ¡Oh, muchacho! ¡Éste parece un buen lugar para comer!».

Bill gruñó y leyó el siguiente chiste. Y el siguiente. Y el siguiente. Abrió el siguiente sobre. Y luego el siguiente.

La cosa iba mal. El dibujo humorístico es una profesión difícil, aunque se viva en un pueblo del suroeste para economizar. Y una que uno ha comenzado a resbalar... bueno, se trata de un círculo vicioso: el dibujante depende, en gran parte, de los guionistas; y cuando menos suena el nombre de uno en los grandes mercados, menos se acuerdan de uno los buenos guionistas.

Sacó el chiste del último sobre. Leyó:

«La escena en otro planeta. El emperador de Snook, un monstruo espantoso, está hablando con algunos de sus científicos.

»—Sí, comprendo. Habéis ideado un medio para visitar la Tierra pero, ¿quién puede desear ir a la Tierra, habitada por aquellos horribles seres humanos?».

Bill se rascó pensativamente la nariz. El chiste tenía posibilidades. Después de todo, el mercado de la ciencia ficción era cada día más floreciente. Todo dependería de si era capaz de conseguir un dibujo suficientemente espantoso de aquellos seres extraterrestres...

Tomó un lápiz y una cuartilla y comenzó un boceto. La primera versión del emperador y sus científicos no le pareció bastante fea. Tomó otra cuartilla.

Vamos a ver. Los monstruos podían tener tres cabezas, cada una de ellas provista de seis ojos. Media docena de brazos... ¡Hum! No estaba mal... Torsos muy largos, piernas muy cortas, pies muy anchos. ¿Y la cara, aparte de los seis ojos? En blanco, lisa... Una boca, muy grande, en el centro del pecho. De este modo, un monstruo no discutiría consigo mismo cerca de cuál de las cabeza debía comer.

Añadió unos trazos rápidos como fondo; contempló el resultado y le pareció bueno. Tal vez demasiado bueno; tal vez los editores creyeran que aquellas monstruosidades causarían mala impresión a los lectores. Y, sin embargo, a menos que subrayara hasta lo indecible su fealdad, el chiste perdería toda su fuerza cómica.

En realidad, podía hacerlos incluso un poco más espantosos. Lo intentó, con éxito.

Trabajó en el boceto hasta convencerse que le había sacado al chiste todo el jugo posible, lo metió en un sobre y lo envió a su mejor editor... o al que había sido su mejor editor hacía algunos meses, cuando comenzó a resbalar por la pendiente del fracaso. Había colocado su último chiste dos meses antes. Pero tal vez aceptara éste; a Rod Corey, el editor, le gustaban sus dibujos.

Cuando llegó la respuesta, seis semanas después, Bill Garrigan casi había olvidado el envío.

Abrió el sobre. Allí estaba el boceto, con una anotación en lápiz rojo: «O.K. Envíe el original», con las iniciales «R.C.» debajo.

¡Comería otra vez!

Bill barrió el contenido de la mesa —latas de conservas, libros, prendas de ropa— y buscó papel, lápiz, pluma y tinta.

Se esmeró en su trabajo, ya que el mercado de Rod Carey era de los mejores; el único que le pagaba cien dólares por un buen dibujo. Desde luego, había editores que pagaban sumas más importantes a los dibujantes de cartel, pero Bill había perdido todas las ilusiones acerca de su propia importancia. Desde luego, hubiera dado su brazo derecho por situarse en un primer plano, pero no le parecía probable que ocurriera el milagro. En aquellos momentos, le bastaba con trabajar para poder comer.

Invirtió casi dos horas en terminar el dibujo, lo metió en un sobre y se dirigió a la oficina de correos. Después de certificarlo, se frotó las manos con aire satisfecho. Dinero en el Banco. Podría arreglar la transmisión de su viejo automóvil y andar de nuevo sobre ruedas, y podría saldar en parte la deuda a su proveedor y a su casero. Lástima que el viejo R.C. no fuera de los que se dan prisa en pagar...

En realidad, el cheque no llegó el día en que la revista que contenía el dibujo apareció en los quioscos. Pero, entretanto, Bill había conseguido colocar un par de dibujos en otras revistas y no había pasado hambre. El cheque le pareció maravilloso cuando llegó.

A su regreso de la oficina de correos endosó el cheque en el Banco y se detuvo en la Sagebrusch Top para tomarse un par de copas. Y le supieron tan bien, que se

detuvo en la licorería y compró una botella de Metaxa. Era un lujo que no podía permitirse —¿quién puede permitírselo?—, pero un hombre tiene derecho a celebrar su buena suerte.

Una vez en casa, abrió la botella del precioso brandy griego, bebió un par de tragos y luego instaló su largo cuerpo en el catre, se quitó los zapatos y suspiró satisfecho. Al día siguiente lamentaría el dinero que había gastado, probablemente tendría una horrible resaca, pero eso sería al día siguiente.

Alargando un brazo, tomó el menos sucio de los vasos que tenía a su alcance y se sirvió una generosa ración de Metaxa. Tal vez, pensó, la fama es un alimento del alma y él no sería nunca un dibujante famoso, pero aquella tarde, al menos, el dibujo le permitía regalarse con el néctar de los dioses.

Levantó el vaso, dispuesto a acercarlo a sus labios, pero interrumpió el gesto a medio camino. Sus ojos se abrieron con asombro.

Delante de él, la pared de adobes, pareció oscilar, estremecerse. Luego, lentamente, apareció una pequeña abertura, que fue ensanchándose hasta adquirir el tamaño de una puerta.

Bill contempló la botella de brandy con una expresión de reproche.

«¡Diablos! —se dijo a sí mismo—. Si apenas lo he probado».

Sus incrédulos ojos estaban clavados en la abertura que acababa de aparecer en la pared. Un temblor de tierra, seguramente. ¿Qué otra cosa podría ser?

Surgieron dos extraños seres provistos de seis brazos. Cada uno de ellos tenía tres cabezas y cada una de las cabezas tenía media docena de ojos. Una boca en el centro del...

—¡Oh, no! —exclamó Bill.

Los extraños seres empuñaban unos objetos que parecían pistolas y apuntaban con ellas a Bill.

—Caballeros —dijo Bill—, sabía que ésta era una de las bebidas más fuertes del mundo, pero es imposible que un par de sorbos hayan podido hacer esto.

Los monstruos le contemplaron con fijeza y se estremecieron, cerrando sus veinticuatro ojos, menos uno.

—Realmente espantoso —dijo el que había aparecido en primer lugar a través de la abertura—. El ejemplar más espantoso de todo el Sistema Solar. ¿No opinas igual, Agol?

—¿Se refiere a mí? —murmuró Bill.

—Desde luego. Pero, no temas. No hemos venido a causarte ningún daño, sino a recogerte para llevarte ante la poderosa presencia de Bon Whir III, Emperador de Snook. Allí serás adecuadamente recompensado.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde está Snook?

—Una pregunta cada vez, por favor. Podría contestar las tres al mismo tiempo, una con cada cabeza, pero temo que no estás equipado para comprender la comunicación múltiple.

Bill Garrigan cerró los ojos.

—Tienes tres cabezas, pero una sola boca. ¿Cómo podrías contestar tres preguntas al mismo tiempo con una sola boca?

Las bocas de los monstruos soltaron una carcajada.

—¿Qué te hace pensar que hablamos con la boca? Sólo reímos con ellas. Comemos mediante la osmosis. Y hablamos a través de los diafragmas vibrátiles situados en nuestras cabezas. Ahora, ¿cuál de las tres preguntas que has formulado quieres que te conteste en primer lugar?

—¿Cómo seré recompensado?

—El emperador no nos lo ha dicho. Pero será una gran recompensa. Nuestra obligación se limita a llevarte con nosotros. Y estas armas son una simple precaución para el caso que te resistas a acompañarnos. Pero no matan; somos un pueblo demasiado civilizado para matar. Nuestras armas sólo aturden.

—No estáis realmente aquí —Bill abrió los ojos y volvió a cerrarlos rápidamente—. Nunca he tenido alucinaciones y un par de tragos no pueden haberme producido este efecto...

—¿Estás dispuesto a venir con nosotros?

—¿Adónde?

—A Snook.

—¿Dónde está eso?

—Es el quinto planeta retrógrado, del sistema K-14-320-GM, Espacio Continuo 1745-88JHT-97608.

—¿Dónde, con relación aquí?

El monstruo señaló con uno de sus seis brazos.

—Inmediatamente a través de esa abertura en tu pared. ¿Estás dispuesto?

—No. ¿Por qué voy a ser recompensado? ¿Por aquel dibujo? ¿Cómo lo habéis visto?

—Sí. Por aquel dibujo. Estamos familiarizados con vuestro mundo y vuestra civilización; son paralelos a los nuestros, aunque en un continuo distinto. Somos gente con un gran sentido del humor. Tenemos artistas, pero no caricaturistas; carecemos de esa facultad. Tu dibujo resulta, para nosotros, indescriptiblemente divertido. En Snook ha caído como una bomba de gas hilarante. ¿Estás dispuesto?

—No —dijo Bill Garrigan.

Los dos monstruos alzaron sus armas. Se oyeron dos clicks simultáneos.

—Has recobrado la conciencia —dijo una voz al oído de Bill—. Éste es el camino de la sala del trono. Por aquí...

Era inútil discutir. Bill obedeció. Ahora ya estaba aquí, dondequiera que fuese, y tal vez le recompensarían dejándole regresar a su casa si se portaba bien.

La sala del trono le resultó familiar. Era tal como la había dibujado. Y había visto al emperador en alguna otra parte. Y no sólo al emperador, sino también a los

científicos que estaban con él.

¿Podía, concebiblemente, haber dibujado por casualidad una escena y unos seres que realmente existían? O... ¿No había leído en alguna parte la teoría que existía un infinito número de universos en un infinito número de continuidades espacio-temporales, de modo que cualquier forma de seres que uno pudiera imaginar existían realmente en alguna parte? Cuando la leyó, la idea le había parecido absurda, pero ahora no estaba tan seguro.

Una voz procedente de alguna parte —sonó como si llegara a través de un amplificador— dijo:

—El Gran, el Poderoso Emperador Bon Whir III, Jefe Supremo de las Glorias, Receptor de la Luz, Señor de las Galaxias, Amado de su Pueblo.

La voz se interrumpió y Bill dijo:

—Bill Garrigan.

El emperador rió, con su boca.

—Gracias, Bill Garrigan —dijo—, por habernos proporcionado la mejor risa de nuestra vida. Te he hecho traer aquí para recompensarte. Te ofrezco el cargo de dibujante real. Un cargo que no ha existido hasta ahora, puesto que no tenemos caricaturistas. Tu única obligación será la de hacer una caricatura diaria.

—¿Una caricatura diaria? Pero..., ¿de dónde voy a sacar los chistes?

—Nosotros te los suministraremos. Tenemos chistes excelentes; cada uno de nosotros tiene un espléndido sentido del humor, creador y apreciativo al mismo tiempo. Sin embargo, sólo podemos dibujar representativamente. Tú serás el hombre más importante de este planeta, después de mí. —Se echó a reír—. Tal vez incluso seas más popular que yo, aunque mi pueblo me quiere de veras.

—Creo que..., creo que no voy a aceptar —dijo Bill—. Opino que sería mejor regresar a... Dime, ¿qué cobraría por mi trabajo? Tal vez pudiera aceptarlo por una temporada, y reunir algún dinero, o su equivalencia, antes de regresar a la Tierra.

—Tu recompensa colmará tus más descabellados sueños de avaricia. Tendrás todo lo que desees. Y puedes aceptar el cargo por un año, con la opción a renovar el contrato indefinidamente.

—Bueno... —dijo Bill.

Estaba calculando cuánto dinero podía representar una suma que colmara sus más descabellados sueños de avaricia. Muchísimo, desde luego. Podría regresar a la Tierra convertido en un nabab.

—Te aconsejo que aceptes —dijo el emperador—. Todos tus dibujos, y puedes hacer más de uno al día si quieres, aparecerán en todas las publicaciones del planeta. Imagina a cuánto ascenderán tus derechos de autor.

—¿Cuántas publicaciones tenéis?

—Más de cien mil. Son leídas por más de veinte mil millones de personas.

—Bueno —dijo Bill—, creo que voy a aceptar, por un año. Pero...

—¿Qué?

—¿Qué es lo que voy a hacer aquí, aparte de dibujar? Quiero decir que me hago cargo que físicamente os resulto espantoso, tan espantoso como vosotros me resultáis a mí. En consecuencia, no tendré ningún amigo. Desde luego, no podría entablar amistad con..., quiero decir...

—Ya nos hemos ocupado de eso, en previsión que aceptaras, y mientras estabas inconsciente. Tenemos los mejores cirujanos plásticos de cualesquiera de los universos. La pared que hay detrás de ti es un espejo. Vuélvete...

Bill Garrigan se volvió.

Y se desmayó.

Una de las cabezas de Bill Garrigan le bastaba para concentrarse en el dibujo que estaba haciendo, directamente a tinta. Ya no necesitaba bocetos. Sus veinticuatro ojos le permitían ver lo que estaba haciendo desde muchísimos ángulos al mismo tiempo.

Su segunda cabeza estaba pensando en la enorme riqueza que se iba acumulando en su cuenta bancaria, y en la gran popularidad que gozaba allí. El dinero era en cobre, desde luego el metal más precioso en aquel planeta. Pero la cantidad de cobre que tenía acumulada representaba una verdadera fortuna, incluso en la Tierra. Lástima, pensaba su segunda cabeza, que no pudiera llevarse a la Tierra su popularidad...

Su tercera cabeza estaba hablando con el emperador. El emperador lo visitaba con frecuencia en aquellos días.

—Sí —estaba diciendo el emperador—. Mañana es el día, pero confiamos en convencerte para que te quedes. En las condiciones que exijas, desde luego. Y, puesto que no queremos utilizar la coacción, nuestros cirujanos plásticos te devolverán tu... ejem... tu forma original.

La boca de Bill, en el centro de su pecho, sonrió. Era maravilloso ser tan apreciado. Acababa de publicar su cuarta colección de dibujos, y había vendido diez millones de ejemplares en el planeta, aparte de las exportaciones al resto del Sistema. No era por el dinero; tenía ya más del que podía gastar. Y lo conveniente de disponer de tres cabezas y seis brazos.

Su primera cabeza se alzó del dibujo para mirar a su secretaria. Ésta notó su mirada, y sus veinticuatro párpados velaron púdicamente sus veinticuatro ojos. Era muy hermosa. Bill no se había insinuado todavía con ella; quería estar seguro de la decisión que iba a tomar, en lo que respecta a regresar a la Tierra. Su segunda cabeza pensó en una muchacha que había conocido en otros tiempos en su planeta de origen, y se estremeció al recordarla tal como era. ¡Dios mío! Tenía un aspecto realmente espantoso...

Una de las cabezas del emperador había entrevisto el casi terminado dibujo, y su boca, en el centro del pecho, estaba riendo histéricamente.

Sí, resultaba maravilloso ser apreciado, tan apreciado. La primera cabeza de Bill continuaba mirando a Thwill, su bella secretaria, y Thwill se ruborizó intensamente



ante lo que expresaba aquella mirada.

—Bueno, amigo mío —dijo la tercera cabeza de Bill, dirigiéndose al poderoso Bon Whir III, Emperador de Snook—. Creo que voy a pensarlo mejor. Sí, creo que voy a pensarlo mejor.

# Vuelo de represalia

Fredric Brown

Llegaron de las nebruras del espacio, de una distancia incalculable. Convergieron sobre Venus... y lo aniquilaron. Los dos millones y medio de seres humanos que habitaban en aquel planeta murieron en cuestión de minutos, y toda la flora y la fauna de Venus murió con ellos.

La potencia de sus armas era tal, que incluso la atmósfera del desdichado planeta ardió y se disipó. Venus había sido cogido por sorpresa. El ataque resultó tan repentino e inesperado, y sus resultados tan devastadores, que ni un solo disparo se efectuó contra ellos.

A continuación se dirigieron hacia el planeta más próximo partiendo del Sol: La Tierra.

Pero aquello fue distinto. La Tierra estaba preparada. No porque se preparara durante los escasos minutos que transcurrieron a partir de la llegada de los invasores al sistema solar, sino porque la Tierra se encontraba en guerra —en pleno año 2820— con su colonia marciana, la cual había crecido hasta alcanzar la mitad de la población de la propia Tierra y estaba luchando por su independencia. En el momento en que se producía el ataque a Venus, las flotas de la Tierra y Marte estaban maniobrando en orden de combate cerca de la Luna.

Pero la batalla terminó con más rapidez que cualquier otra batalla de la historia. Una flota conjunta de naves terrestres y marcianas, súbitamente en paz unas con otras, salió al encuentro de los invasores y se enfrentó con ellos entre la Tierra y Venus. Nuestros efectivos eran muy superiores, y las naves invasoras fueron barridas del espacio, aniquiladas.

Al cabo de veinticuatro horas se había firmado en la capital terrestre de Alburquerque un tratado de paz basado en el reconocimiento de la independencia de Marte y una perpetua alianza entre los dos mundos —ahora los dos únicos planetas habitables del sistema solar— contra la invasión extranjera. Y empezaban a elaborarse planes para un vuelo de represalia, para localizar la base de los extranjeros y destruirla antes de que pudieran enviar otra flota contra nosotros.

Los instrumentos que funcionaban en la Tierra y en las naves patrulla que orbitaban a su alrededor habían detectado la llegada de los extranjeros aunque no a tiempo de salvar a Venus, y los datos facilitados por aquellos instrumentos indicaban la dirección de la cual procedían los extranjeros y demostraban, sin señalar específicamente la distancia, que habían llegado de un lugar remotísimo.

Un lugar que hubiera resultado demasiado remoto para nuestros medios de

transporte, de no haber podido disponer del motor a propulsión C-plus, que acababa de ser inventado y que permitía a una nave alcanzar velocidades varias veces superiores a la velocidad de la luz. No había sido utilizado porque la guerra entre la Tierra y Marte absorbía todos los recursos de los dos planetas, y el motor de propulsión C-plus no ofrecía ninguna ventaja dentro del sistema solar, puesto que sus distancias no exigían velocidades superiores a la de la luz.

Ahora, en cambio, el motor de propulsión C-plus tenía un objetivo concreto. La Tierra y Marte combinaron sus esfuerzos y sus posibilidades técnicas para construir una flota equipada con aquellos motores que sería enviada contra el planeta habitado por los extraterrestros a fin de destruirlo. La construcción de la flota requirió diez años, y se calculó que el viaje duraría otros diez.

El vuelo de represalia, pocas naves, pero con una potencia destructora increíble se inició en el año 2830. La flota salió del espacioporto de Marte. Nunca más se supo de ella.

Transcurrió casi un siglo antes de que se conociera la suerte que había corrido, gracias a los razonamientos deductivos de Jon Spencer 4, el famoso historiador y matemático.

«Ahora sabemos, escribió Spencer, que un objeto que se mueve a una velocidad superior a la de la luz viaja hacia atrás en el tiempo. Por lo tanto, la flota vengadora debió llegar a su punto de destino, de acuerdo con nuestro tiempo, antes de su partida».

«Hasta ahora no hemos conocido las dimensiones del universo en el cual vivimos. Pero, basándonos en la experiencia de la flota vengadora, podemos deducirlas. En una dirección, al menos, el universo tiene  $Cc$  millas de diámetro... o de longitud: las dos dimensiones tienen el mismo significado, en este caso. En diez años, viajando hacia adelante en el espacio y hacia atrás en el tiempo, la flota hubiera recorrido aquella distancia exacta: 186, 334, 186, 334. La flota, viajando en línea recta, dio la vuelta al universo regresando a su punto de partida diez años antes de salir. Destruyó el primer planeta que encontró, y luego, mientras se dirigía al más próximo, su almirante debió comprender súbitamente la verdad —y debió reconocer, también, a la flota que salía a su encuentro—, y dio la orden de alto el fuego en el preciso instante en que la flota conjunta de la Tierra y Marte iniciaba su ataque».

«Resulta sorprendente —y aparentemente paradójico— comprobar que la flota vengadora estaba al mando del almirante Barlo, el cual había sido también almirante de la flota terrestre durante el conflicto entre la Tierra y Marte, en la época en que la flota conjunta de los dos planetas destruyó a las naves supuestamente invasoras, y que muchos de los tripulantes de la flota conjunta formaban parte también de la tripulación de la flota vengadora».

«Resulta interesantísimo especular acerca de lo que hubiera ocurrido si el almirante Barlo, al final de su viaje, hubiera reconocido a Venus con el tiempo suficiente para evitar su destrucción. Pero tal especulación es inútil; posiblemente no

podía no haberlo reconocido, porque lo había destruido ya: de no ser así no hubiera estado allí como almirante de la flota enviada para vengar aquella destrucción. El pasado no puede modificarse».

# El hombrecito verde

Noel Loomis

El hombrecito verde de cejas color de rosa y cola de pavo real apareció sobre el escabel de porcelana del laboratorio químico.

—Te lo advierto por última vez —le dijo a Engar—. Si tus compañeros terrestres no se llevan esta estación de Ikano en el plazo de tres días, voy a tomar medidas.

Hablaba con sonidos sibilantes parecidos a los de un pájaro, y su aspecto era tan raro, que Engar no había conseguido nunca librarse del todo de la sensación de que aquel ser era irreal. Ahora, sin embargo...

Normalmente, los ojos dorados del hombrecito eran suaves y amables y estaban de acuerdo con su aspecto general; pero en aquel momento, el hombrecito estaba furioso. Sus ojos dorados ardían con un extraño fuego que provocó en Engar una sensación de malestar. Desde luego, el hombrecito no podía hacer nada para lastimar a los terrestres. Pero, parecía tan seguro de sí mismo...

Engar, sentado en su taburete de cromo con el aparato de grabación ante sí, contemplaba, las reacciones de las muestras de tierra sumergidas en un baño de resinas sintéticas. Se removió ligeramente sobre el taburete, tomando nota mental de que la columna número tres estaba casi a punto para ser decantada; no debía permitir que el hombrecito le distrajera, ya que aquella decantación sería presodimio químicamente puro el fin hacia el cual habían tendido durante semanas enteras.

—Temo —dijo el hombrecito, y su voz sibilante se hizo una octava más aguda— que no prestas la debida atención a mis palabras.

—Te equivocas —replicó Engar, contemplando el anillo color salmón que empezaba a formarse cerca del fondo de la columna. Levantó la mirada hacia el hombrecito y empezó a formular protestas de amistad, pero la luz de aquellos ojos dorados era demasiado intensa para él; tuvo que apartar la mirada—. Te escucho —dijo—. Pero, después de todo, no soy más que un técnico de laboratorio.

—Técnicamente —dijo el uraniano—, estás diciendo la verdad; pero, moralmente, eludes el hecho de que eres un tipo de hombre muy desarrollado para ser un terrestre.

Engar era un joven orgulloso y modesto al mismo tiempo. No respondió, limitándose a observar la columna número tres con su anillo color salmón, cada vez más visible.

—Es evidente para cualquiera que la Tierra ha enviado a este planeta a sus mejores científicos —insistió el hombrecito.

—Eso puede ser cierto —convino Engar—. Pero sigue siendo un hecho que en

realidad no soy más que un obrero de la estación.

—Tienes un jefe, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Engar, viendo ahora, en vez de la columna, el rostro ovalado de Corinne Madison, con sus cabellos negros y su cutis blanco y sus constantes tentativas para mostrarse como una mujer de negocios, disimulando su femineidad. Una mirada a Corinne le bastaba a cualquiera para comprender lo que perdía en el cambio... y Engar le había dirigido aquella mirada—. Pero mi jefe no tiene autoridad para desmantelar esta instalación.

—Entonces, alguien de la Tierra debe tenerla —dijo el hombrecito, y su insistencia empezaba resultar enojosa.

Repentinamente, Engar deseó que se marchara; era ridículo que un ser semejante se permitiera lanzar amenazas. Después de todo, la Tierra había alcanzado un desarrollo tecnológico muy superior a cualquiera que pudiera encontrarse en el Sistema Solar. Desde luego, existían individuos —y unas cuantas especies en algunos planetas— que poseían poderes personales fuera de lo corriente; pero, en conjunto, no significaban nada comparados con los recursos combinados de la tecnología de la Tierra. Por un instante, Engar se sintió tentado de mandar al diablo al hombrecito; pero recordó que estaban obligados a mostrarse corteses con todo el mundo, en cualesquiera circunstancias.

Dijo:

—Muy bien. Transmitiré tu mensaje a la Tierra.

La voz del hombrecito volvió a su tono normal.

—Mañana vendré —dijo.

Engar estaba a punto de pulsar el botón que pondría en movimiento al decantador.

—Vuestro día —observó— tiene menos de once horas, y un mensaje por microonda a la Tierra tardará alrededor de tres horas en llegar. Dos mil millones de millas es una larga distancia, y...

—¡Seis horas para la comunicación! —exclamó el hombrecito, y añadió—: De todos modos, hasta mañana queda mucho tiempo.

—En la Tierra tendrán que meditar su respuesta —puntualizó Engar.

Los dorados ojos del hombrecito resplandecieron de nuevo con un brillo que hirió a Engar.

—¿Os llamáis a vosotros mismos una raza de seres inteligentes. ¿Acaso vuestras poderosas mentes necesitan días enteros para tomar una decisión?

Era evidente que el uraniano, que vivía en una parte del planeta poblada por muy pocos habitantes —caso de haberlos—, no podía comprender cómo se hacían las cosas en la Tierra, donde tenían que convocarse conferencias a las cuales debían asistir hombres de todas las regiones del mundo para decidir en una cuestión de tanta importancia. Por otra parte, no era probable que la Tierra, después de invertir veinte años y varios miles de millones de dólares en la preparación de aquella labor, decidiera retirar sus instalaciones de Urano a petición de un hombrecito verde. De

hecho, Engar estaba convencido de que el director de la estación ni siquiera se molestaría en transmitir el mensaje a la Tierra.

Había otro factor a considerar: las columnas de transformación de iones representaban para Engar Jarvin la obra de toda una vida. Era especialista en la transformación de iones; había estudiado exhaustivamente la materia, y por eso le habían destinado a la estación de Urano. Las enormes columnas de centenares de pies de altura, con sus cargas de diez mil galones que duraban semanas enteras, eran las niñas de sus ojos, no podía marcharse y abandonarlas. Y existía otro factor personal: ¿cómo podría continuar su carrera en la Tierra, si abandonaba esta estación sin ningún motivo justificable? Los científicos de la Tierra no aceptarían nunca su historia del hombrecito verde... y nadie más había visto al uraniano. No, en la Tierra se mostrarían muy corteses, pero en sus reuniones dirían, en tono casual: «Engar Jarvin sufrió una conmoción mental en Urano. Lástima. Tenía una gran carrera por delante».

Engar respiró profundamente. Lo que tenía que hacer era librarse del hombrecito sin enfurecerle. Simpatizaba con aquel diminuto ser; había simpatizado con él desde el primer día en que apareció en el laboratorio, surgido de ninguna parte para hacerle preguntas; Engar las había contestado cortésmente porque, después de todo, el hombrecito era un habitante del gran planeta y los terrestres podían ser considerados unos intrusos.

La célula de selenio parpadeó una advertencia, y Engar puso el decantador en marcha. Luego miró al hombrecito.

—¿Quién debo decir que exige nuestra... ejem... retirada de Urano? —preguntó.

—Nolos.

—Sería muy interesante —sugirió Engar— que pudiera decir que representas a algún grupo importante de uranianos.

Nolos empezó a enojarse.

—Naturalmente, no puedo representar a los Arañas que viven en la zona cálida; puedes decir que represento al Cinturón Frío de Urano.

—¿Y a cuántos ciudadanos?

—A cinco, en total.

—¿Has dicho cinco?

—Cinco.

Engar suspiró. Toda comprensión entre ellos era imposible. ¡Cinco contra cinco mil millones!

—Transmitiré tu mensaje a mi jefe —dijo.

Nolos pareció ablandarse.

—Volveré dentro de tres días —anunció. Y añadió—: En este período de tiempo, la persona más estúpida de los diez planetas puede haber llegado a una decisión.

La decantación había empezado. Engar contempló unos instantes el líquido de color salmón que brotaba de la espita situada en la base de la columna. Luego,

intrigado, miró a Nolos. ¿Cómo sabía Nolos que había diez planetas? Se encontraban en el año 2402, y Stygia había sido descubierto hacía menos de cincuenta años; Engar tenía la seguridad de que el hombrecito no había tenido ningún contacto con seres humanos hasta que él mismo había llegado con la primera carga de material para instalar la estación en Urano.

El terrestre recordaba las preocupaciones que le causó la comprobación del material, moviéndose a través de la atmósfera de metano de Urano con la cabeza cubierta con un globo de plástico; temiendo casi constantemente que apareciera la lucecita roja en sus señalizadores para indicarle que su potencia calefactora había desaparecido... ya que la temperatura de Urano en la superficie era casi de doscientos grados bajo cero. Hacía tanto frío, que todo el amoníaco de la atmósfera de Urano se había helado, solidificándose, hacía muchísimo tiempo; si el suministro de energía de un traje térmico se agotaba, lo mejor que podía hacer un hombre era correr a toda la velocidad de sus piernas hacia la cúpula.

Un obrero había visto la lucecita roja, pero había terminado de levantar una paletada de tierra —amoníaco helado— y luego echó a andar hacia la cúpula. No había llegado a ella; se había quedado a menos de cincuenta pies de distancia, pero cuando salieron a recogerle era como una estatua de piedra, sólo que menos pesada.

Urano tenía algo bueno: aunque su diámetro era cinco veces mayor que el de la Tierra, su densidad era considerablemente menor; y, debido a su tamaño, la fuerza de gravedad en la superficie era casi igual a la de la Tierra.

Engar recordaba cómo habían colocado el cadáver en la bodega exterior de una de las naves de carga para su traslado a la Tierra. Un largo viaje, tratándose de un cadáver; pero había otro factor a tener en cuenta: el hombre tenía una familia. Además, las naves tenían que regresar de vacío.

Había contemplado el llameante rastro de los cohetes en su arco transorbital —un sendero de espumeantes llamas rojas y amarillas a través de la atmósfera verde mar—, y se había preguntado cuántos hombres regresarían a la Tierra del mismo modo. Cuando todos los demás se habían acostado, se quedó sentado en un rincón de la cúpula, con el diario de navegación en su regazo; y en aquel momento se había presentado el hombrecito verde, surgido de ninguna parte. Estaba en pie junto a la puerta de plástico de la cúpula, muy brillantes sus ojos dorados, y Engar se preguntó cómo habría llegado hasta allí a través del frío.

La cola de pavo real se extendió en abanico y el hombrecito dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Engar quedó sorprendido, ya que los informes de los exploradores indicaban que no existían seres vivientes en Urano, excepto las grandes Arañas que habitaban en la única zona templada del planeta..., una zona que se encontraba a cincuenta mil millas de distancia, cerca del polo que apuntaba siempre hacia el Sol.

Engar examinó al hombrecito sin revelar una curiosidad que pudiera parecer descortés, y observó el color verde mar de su piel, el rosado de sus cejas y el sonido



sibilante de su lenguaje. Había notado, con sorpresa, que el hombrecito se había dirigido a él en un idioma terrestre. Luego recordó que el hombrecito le había hecho una pregunta.

—La Tierra se ha visto obligada a ir a otros planetas en busca de ciertos elementos —dijo Engar—. Y da la casualidad de que Urano es especialmente rico en algunos de ellos.

—¿En cuáles?

—En todas las tierras raras... y de un modo especial en presodimio.

—¿Qué utilidad tiene el presodimio para vosotros?

—Con sus moléculas adecuadamente alineadas mediante la aplicación de corriente de voltaje y frecuencia muy elevados, y aleado con otros elementos, forma una sustancia que actúa como un escudo antigraavedad.

—¿Por qué necesitáis protegeros de la gravedad? —preguntó el hombrecito.

—Para poder ir a otros planetas, por ejemplo.

El hombrecito pareció disgustado.

—Necesitáis presodimio... para ir a otros planetas en busca de más presodimio, ¿no es eso?

—Expresado de ese modo, parece una supersimplificación —dijo Engar.

—Estoy empezando a preguntarme —replicó el hombrecito— si hay alguna cosa que pueda simplificarse demasiado para la mente de un terrestre.

Pero Engar puntualizó.

—Yo no soy responsable de las fuerzas que mueven a los terrestres; son como son, y siempre han actuado del mismo modo.

—Ésa —dijo el hombrecito— es la primera afirmación sensata que has hecho.

Engar mantuvo un discreto silencio.

El hombrecito agitó su cola un par de veces. Luego dijo:

—No sé si va a gustarme este asunto. Veremos.

Después de aquella volvió a aparecer varias veces... y siempre cuando Engar estaba solo. Hablaba en términos generales, pero siempre con aquel aire de condescendencia que resultaba tan enojoso porque..., bueno, quizás porque parecía justificado. Y de cuando en cuando formulaba unas preguntas muy agudas..., especialmente cuando las altas columnas de transformación de iones ascendían; y, o bien sabía de lo que estaba hablando Engar, o no tenía la menor idea ya que no insistía en el tema de la transformación de iones. Parecía más interesado en los terrestres como individuos. Apareció varias veces, y había varias cosas que no le gustaban: las enormes excavadoras que mordían el suelo de amoníaco helado de Urano para extraer los minerales que se encontraban debajo; las naves-cohete con sus motores a reacción abriendo anchos surcos sobre la superficie de Urano, los gases desprendidos por la planta industrial de la estación. Pero el hombrecito no había empezado a mostrarse desagradable hasta que Corinne Madison llegó a la estación en calidad de director. Quizás el hombrecito había captado la perturbación del propio

Engar ante aquel hecho, ya que Corinne era dos años más joven que Engar, y su historial científico no era mejor que el suyo. Engar acusó durante algún tiempo el golpe que había recibido en su amor propio, y durante aquel período el hombrecito había empezado a hablar de un modo poco amistoso.

Ahora, Engar le miró, preguntándose lo que el uraniano creería que podía hacer contra la tecnología de la Tierra. Nolos estaba agitando las plumas de su cola; los «ojos» de las plumas se hicieron más amplios y más iridiscentes, hasta que brillaron como fuego; luego, el hombrecito los dejó caer, y Engar supo que se disponía a regresar al lugar de donde había llegado.

Lo hizo. Engar miró la columna y vio que la decantación estaba casi terminada, su dedo índice se acercó al botón. Cuando volvió a levantar la mirada, el hombrecito había desaparecido. Engar detuvo el decantador, sintiéndose complacido con el funcionamiento de la columna de transformación de iones. El líquido decantado —unos veinte litros— proporcionaría una graduación muy buena de presodimio, una vez destilado, y sería utilizable sin necesidad de un refinado posterior. Examinó las otras columnas, y vio que la número seis no tardaría en estar lista para la decantación.

Pero la puerta neumática de la oficina del director susurró, y Corinne Madison salió por ella, andando con un fuerte taconeo.

—Mr. Jarvin —dijo en tono irritado—, no es la primera vez que le advierto que debe comunicarme de antemano que va a ocuparse en una actividad generadora de una intensa radiación.

Engar alzó la mirada hasta ella. Sus cabellos negros resplandecían contra el blanco de su traje sastre, y ella sabía sacar partido de la circunstancia, desde luego...

—¡Mr. Jarvin! —exclamó miss Madison, frunciendo el ceño.

—¿Sí, miss Madison?

Engar examinó la columna número 6, conectó la célula indicadora y se puso en pie. No podía evitar el ser mucho más alto que miss Madison.

Miss Madison tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Sabe usted perfectamente —dijo Engar— que no hay ninguna radiación conectada con las columnas de transformación de iones.

—Sé muchas cosas —replicó miss Madison en tono indignado—, y ninguna de ellas es buena.

—Le ruego que las enumere, miss Madison.

—Primera: usted dirigió la construcción de toda esta instalación. Segunda: usted diseñó y construyó las columnas de transformación de iones. Tercera: está convencido de su propia importancia en Urano. Cuarta: le fastidió muchísimo que yo llegara aquí como director. Quinta: no me cabe la menor duda de que puede provocar una radiación en esas columnas, si se le antoja. Sexta: es usted demasiado guapo... y además lo sabe.

Engar la miró y respiró profundamente. Por un instante estuvo tentado de estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo; después de todo, era su jefe, y uno no

puede tomarse ciertas libertades con sus jefes... En aquel momento era incapaz de recordar una situación comparable.

Miss Madison continuó:

—Ésta es la tercera vez que las radiaciones han desajustado mi calculador, pero en esta ocasión le he localizado a usted, Mr. Jarvin. —Sostuvo en alto un negativo 5×7, con aire triunfal—. Puede comprobarlo usted mismo.

Engar echó una ojeada al negativo.

—Desde luego, esas rayas parecen radiaciones, miss Madison, pero...

—Después de la última vez, cuando se hizo evidente que alguien estaba molestándome de un modo deliberado, empecé a investigar, Mr. Jarvin. Descubrí, entre otras cosas, que usted había confiado en que le nombrarían director de esta estación.

—Pero...

—No trate de justificarse —le interrumpió miss Madison—. Estoy convencida de que recurriría usted a cualquier maniobra innoble para echarme de aquí. Y no me cabe duda de que no vacilaría en cerrar este puesto, si pudiera hacerlo, sólo para librarse de mí.

Engar empezó a sentirse incómodo.

—Tal vez le interese conocer los motivos por los cuales vine a Urano, Mr. Jarvin.

—Desde luego —asintió Engar calurosamente—. Una joven sola —y, permítame decirlo, una joven bonita—, solicitando ser enviada a Urano con diecisiete hombres...

Miss Madison enrojeció, y Engar continuó en seguida.

—Evidentemente, su conducta está por encima de todo reproche, miss Madison, pero Urano parece una meta muy lejana para una muchacha que procede de Hollywood...

—En primer lugar, sepa que no procedo de Hollywood —replicó vivamente miss Madison—. Investigaba en el campo de la física nuclear en la Universidad de California, y se me ocurrió la idea de un catalizador que transformaría la fisión de la materia en alguna forma de energía, además del calor..., de modo que pudiera ser utilizada directamente como fuente de fuerza motriz. ¿Me sigue usted?

—Creo que sí —murmuró Engar, contemplando el movimiento de los expresivos labios de su interlocutora.

—Para mí resultaba esencial instalar un laboratorio en algún lugar donde no se produjeran interferencias de las radiaciones originadas en el Sol. Al enterarme de que iba a ser instalada esta planta, solicité un puesto en ella, con la intención de dedicar mi tiempo libre a mi trabajo experimental. Y le aseguro a usted, Mr. Jarvin, que quedé asombrada cuando me nombraron director de la planta. Me dijeron que era el único puesto que me dejaría tiempo para ocuparme de mi otro trabajo.

Engar asintió, mirándola.

—También quedé asombrada cuando llegué aquí y vi que iba a estar por encima

del hombre que había construido la planta; pero supuse que la Junta terrestre sabía lo que se hacía, y empecé a trabajar. Luego se han ido produciendo diversos contratiempos, que han culminado en las radiaciones que me impiden utilizar mi calculador. La última vez que ocurrió, tendí una trampa. Coloqué película sin revelar en varios lugares alrededor de las paredes... y aquí está la prueba. Este negativo se encontraba en el centro de mi pared del lado de usted, Mr. Jarvin.

Engar examinó la columna número 11.

—Lo siento, miss Madison, pero no sé absolutamente nada de ese asunto —dijo tras una vacilación.

—Le ha costado bastante idear esa evasiva —replicó miss Madison.

Engar respondió lentamente.

—Miss Madison, mi tarea está ligada a esas columnas; tengo la obligación de que efectúen el trabajo para el cual fueron diseñadas. Es lo único que me interesa. —Cogió el negativo y lo examinó más de cerca—. Son radiaciones —admitió de nuevo—. Poco intensas para perjudicar a cualquiera que haya sido debidamente inmunizado, desde luego, pero lo suficiente para desajustar su calculador...

—Estoy enterada de ese hecho —dijo miss Madison en tono helado—. Lo que deseo saber es lo que va usted a hacer acerca de ello.

Engar dijo, sin mucha esperanza.

—Voy a revisar el laboratorio de transformación de iones, pero no creo que encuentre nada.

—Probablemente, no —dijo miss Madison en tono sarcástico.

—¿Por qué no viene y lo comprueba usted misma?

—¿Qué efecto cree que produciría ver a la directora de la estación terrestre en Urano corriendo de un lado para otro con un contador Geiger en busca de radiaciones?

Engar dio por sentado que se trataba de una pregunta.

—Sólo trataba de ser útil.

Demasiado tarde vio que ella estaba furiosa. Y no retrocedió una pulgada.

—La próxima vez que ocurra esto, Mr. Jarvin, le obligaré a presentar la dimisión.

Engar abrió la boca pero volvió a cerrarla conteniendo su indignación.

—Éste es un extraño planeta miss Madison —murmuró—. Creo que desconocemos muchas cosas acerca de él.

Miss Madison se limitó a sonreír con ironía sin contestar. Mantuvo los labios fuertemente apretados. Luego giró sobre sus talones y salió de la habitación muy erguida. Engar contempló los colores y los matices de las columnas reflejándose en el blanco del traje de miss Madison a su paso y se preguntó qué sería lo que desajustaba su calculador.

Volvió a coger el negativo y se sentó. Había numerosas radiaciones: las líneas rectas de los rayos gama; las líneas curvas de las partículas cargadas; la forma borrosa de un átomo atacado por un cosmotrón... Engar frunció el ceño y soltó el

negativo. El número 14 estaba dando la señal de alarma. Pensó que los próximos días serían de mucho trabajo para él ya que todas las columnas habían sido cargadas casi al mismo tiempo...

Hasta el día siguiente —un día uranio naturalmente— Engar no volvió a acordarse del hombrecito verde con las cejas color de rosa: Nolos se había llamado así mismo. Por entonces Engar estaba cansado y soñoliento y no podía pensar con demasiada claridad; pero recordó la advertencia de Nolos, y recordó también el ultimátum de Corinne Madison acerca de las radiaciones. Una cosa era cierta: después de la afirmación de Corinne en el sentido de que le creía capaz de cualquier cosa para librarse de ella no cabía ni pensar en la posibilidad de que accediera a enviar un mensaje sugiriendo el desmantelamiento de la estación...

Dos días más tarde las columnas funcionaban a baja presión a través de las sales de ilinio; Engar empezaba a relajarse cuando el hombrecito verde apareció de nuevo.

—Hola —le saludó Engar—. Me alegro de verte.

—¿De veras? —preguntó Nolos. Sus ojos dorados recorrieron el laboratorio de transformación de iones en una rápida mirada—. Las columnas siguen funcionando —dijo, con su vocecita de pájaro—. ¿He de suponer que la respuesta de la Tierra fue negativa?

—Temo que sí —dijo.

La cola de pavo real se abrió y se cerró lentamente pero los dorados ojos del hombrecito no ardieron como habían ardido la vez anterior.

—Lo siento —dijo finalmente Nolos—. Nos veremos obligados a gastar una terrible cantidad de energía, los cinco para expulsaros de Urano.

Engar miró al hombrecito; experimentaba una extraña sensación de malestar.

—No comprendo por qué tienes tanto interés en que nos marchemos —dijo—. Sé que hay algunas cosas que no te gustan pero en realidad no estamos causando ningún daño ni a planeta ni a vosotros.

—Ahora mismo no —admitió Nolos—. Pero ¿qué ocurrirá mañana?

—¿Mañana?

—Ahora queréis prasodimio. Mañana quizás querréis amoniaco. ¿Qué le sucederá entonces a Urano? ¿Acaso la historia de la Tierra no es una sucesión de atropellos por parte de un pueblo que desea lo que otro pueblo posee?

Engar frunció el ceño.

—Es cierto que los moradores de la Tierra en conjunto son agresivos. Pero esto es un impulso biológico y no algo que podamos dominar a voluntad. Además muchos de nosotros estamos convencidos de que ese impulso acabará resultando beneficioso para todo el Sistema Solar.

Pero Nolos no parecía interesado en discutir. Desapareció. Dos días después el jefe de las excavadoras, Chuck Delbert, entró en el laboratorio de transformación de iones quitándose los guantes térmicos.

—Mr. Jarvin, pensé que podría interesarle algo que está sucediendo. dado que es

usted el elemento más veterano de la estación...

—Estoy interesado en todo lo que suceda por aquí —dijo Engar—. Después de todo, sabemos muy poco acerca de Urano, y siempre que exista una posibilidad de aumentar nuestros conocimientos...

—Bien —dijo Chuck—, lo que sucede es esto: en la capa de amoníaco helado está creciendo hierba.

—¿Hierba?

Chuck movió afirmativamente la cabeza.

—Hierba.

—¿Qué clase de hierba?

—Hierba roja —dijo Chuck.

Engar le miró fijamente.

—¿Roja?

—Compruébelo usted mismo.

Le entregó una brizna de hierba. Era ancha y rugosa. Y de color rojo. Engar la examinó pensativamente.

—No lo entiendo —dijo—. La reacción clorofílica...

—Tampoco yo lo entiendo —dijo Chuck—. Mi tarea consiste en manejar las excavadoras. Pero pensé que le gustaría saberlo.

—Estoy muy interesado —dijo Engar, estudiando la brizna de hierba—. Gracias por habérmela traído. Le agradeceré que me informe de cualquier novedad que se produzca.

Chuck se dirigía ya hacia la puerta, con su campana de plástico debajo del brazo.

—No dejaré de hacerlo, Mr. Jarvin —dijo.

Engar asintió. Estaba ya absorto en la brizna. La examinó con un microscopio, y descubrió que era exactamente igual que cualquier otra brizna de hierba, excepto que era roja. Desde luego, en la Tierra había muchas plantas que en otoño se volvían rojas. Miró el termómetro: la temperatura exterior era de ciento ochenta grados bajo cero. No era una temperatura veraniega, precisamente. Además, la hierba estaba empezando a crecer, y brotaba en una capa de amoníaco helado. Engar dejó la brizna sobre el escabel de porcelana. Su color se hizo más oscuro; empezó a arrugarse. Repentinamente, se encendió y se consumió en una pequeña llama.

Engar asintió. Había esperado que se produciría aquella reacción.

Cogió su cuaderno de apuntes. pero en aquel instante oyó detrás de él una voz irritada.

—Mr. Jarvin, no es usted botánico, ¿verdad?

Engar se volvió hacia Corinne Madison.

—No, no lo soy —dijo.

—Yo, sí —dijo Corinne—. He estudiado botánica. Además, no me gusta que se hagan las cosas a espaldas mías.

—Lo único...

Miss Madison le interrumpió levantando una mano muy pequeña y muy blanca.

—Deme la brizna de hierba, por favor.

Engar se mordió el labio inferior, aunque sin demasiada fuerza.

—Temo que ha llegado usted tarde.

La mano de miss Madison cayó a su costado. Sus ojos llamearon.

—¿Por qué he llegado tarde, Mr. Jarvin?

Engar señaló el escabel y el diminuto montón de cenizas.

Corinne Madison se puso rígida.

—Éste es un caso de insubordinación, Mr. Jarvin.

—No cabía esperar que una hierba que sobrevive en el exterior resistiera esta cálida temperatura. Recuerde que hay una diferencia de más de doscientos grados...

—No —replicó miss Madison—, no cabía esperarlo; ni cabía esperar que brotara hierba roja de una capa de amoníaco helado.

Engar murmuró:

—Éste es un extraño planeta, miss Madison, y sabemos muy poco...

—Creo que ya me dijo eso en otra ocasión. No quiero tener dificultades con usted, Mr Jarvin. La próxima vez que ocurra una cosa así, espero ser informada antes, no después, de la cremación.

Engar no contestó. No era una situación que se prestara a una respuesta. Si Corinne no tuviera el cutis tan blanco y los cabellos tan negros... suspiró. Luego pensó que probablemente su capacidad de resistencia tendría un límite, y se preguntó si miss Madison no estaría empujándole hacia ese límite...

Dos días más tarde Chuck Delbert entró de nuevo, con una profunda arruga entre los ojos.

—Esa hierba roja —dijo, quitándose la campana de plástico— está espesándose. Toda la llanura exterior esta cubierta de ella.

—¿En qué dirección, Chuck?

—En todas direcciones. He dado una vuelta en trineo alrededor de la cúpula, y todo es una extensión de hierba.

—¿A qué distancia de la cúpula se extiende?

—Hasta más allá del alcance de los faros, Mr. Jarvin.

—Puede ser cosa de la estación del año en que nos encontramos —sugirió Engar.

—El año pasado no apareció.

—No desde luego... Pero en Urano las estaciones pueden ser distintas de un año para otro. Este planeta invierte ochenta y cuatro de nuestros años en girar alrededor del Sol, de modo que las estaciones pueden ser mucho más largas.

—Sí, tal vez. Es curioso —dijo Chuck—. La hierba parece acercarse cada vez más a la cúpula, rodeándola.

—Será cosa de su imaginación.

—No lo creo —dijo Chuck—. Mis profesores dijeron siempre que yo era un individuo sin la menor imaginación.

Aquella noche, cuando las columnas interrumpieron su funcionamiento para un breve descanso, Engar subió al puesto de observación en la parte superior de la cúpula y encendió el potente faro. Taladró la oscuridad uraniana en todas direcciones. En todas partes vio lo mismo: una helada llanura blanca, sin más vegetación que la hierba roja, que a la luz del faro parecía negra, creciendo a doscientos metros de distancia de la cúpula en todas direcciones.

El hecho intrigó a Engar; no sabía qué pensar de ello. La hierba roja parecía un ejército en marcha. La voz de miss Madison, resonando junto a su oído, le hizo dar un respingo.

—Espero que exista una buena razón para que ande jugando con el faro a estas horas, Mr. Jarvin.

Engar se volvió a mirarla. De momento experimentó una sensación de disgusto; pero, al contemplarla, Engar olvidó su enojo.

—No es necesario que afirme constantemente su autoridad sobre mí —dijo en tono amable, y señaló hacia abajo—. No me gusta eso —declaró.

Miss Madison miró a través del pequeño telescopio. Finalmente, anunció:

—Parece ser hierba roja, Mr. Jarvin, pero no creo que exista ningún motivo de preocupación. Después de todo, éste es un extraño planeta, como usted mismo dijo.

Engar sonrió.

—Ésas fueron mis palabras, exactamente. Sin embargo queda el asunto del hombrecito verde.

—¿El hombrecito qué?

Engar se frotó la barbilla con el dorso de la mano, con la mirada perdida en el espacio iluminado por el faro.

—No le pido a usted que lo crea, miss Madison. Es algo raro.

—Estoy empezando a acostumbrarme a las fantasías —replicó miss Madison.

—El hombrecito con las cejas color de rosa y la cola de pavo real...

Una horrorosa combinación, Mr. Jarvin. —Miss Madison contuvo la sonrisa—. ¿No podría ser que su imaginación le estuviera jugando una mala pasada?

Engar la miró y respiró profundamente.

—Tal vez esté usted en lo cierto; será mejor que no se lo cuente.

—Ha despertado usted mi curiosidad. Continúe, por favor.

—Empezó a aparecer poco después de que aterrizáramos aquí con la primera expedición de material, y suele presentarse una vez a la semana.

—¿Procedente de dónde? ¿De la helada atmósfera exterior? —preguntó miss Madison alegremente.

—Lo ignoro. Dijo que era uraniano.

—Ya he notado que habla usted con un ligero acento uraniano, Mr. Jarvin.

Engar la miró con el ceño fruncido.

—Si está tratando de irritarme —dijo—, se encuentra más cerca del éxito de lo que cree.



Miss Madison sonrió con picardía.

—¿Qué haría usted, Mr. Jarvin, si yo le irritara?

—Es una pregunta difícil de contestar; no puedo recordar una situación comparable.

—¿Quiere usted decir que nunca ha sido provocado?

Engar respondió, cautelosamente:

—No lo suficiente para obligarme a reaccionar de un modo... desesperado, al menos que yo recuerde.

Miss Madison empezó a bajar la escalerilla. Llevaba una blusa blanca que le sentaba muy bien.

—Ahora, cuénteme algo más de ese hombrecito verde, Mr. Jarvin.

—Estuvo aquí hace cosa de una semana y exigió que abandonáramos la estación —dijo Engar—. Le informé de que no podíamos hacerlo sin una orden de la Tierra. Entonces exigió que enviara un mensaje recabando aquella orden. Luego, usted se puso en plan... agresivo, y decidí que era mejor no mencionarle el asunto.

—¿Y...? —le apremió miss Madison.

—El hombrecito apareció de nuevo, y dijo que tomaría medidas para expulsarnos de Urano.

Miss Madison le contempló pensativamente, como si tratara de decidir si debía creerle. Luego miró las paredes de plástico de la cúpula.

—No creo que esa hierba roja pueda causar ningún daño a la estación —murmuró.

Pero unos días más tarde, la hierba roja brotaba de la capa de amoníaco helado al borde mismo de la cúpula de plástico.

—Lo que no entiendo —dijo miss Madison— es de dónde obtiene el calor necesario para crecer.

Engar dio un paso hacia ella. Cuando no trataba de imponer su autoridad, era adorable. Pero en aquel momento oyó el silbido de la cámara de aire y un instante después apareció Chuck Delbert. Su entrecejo estaba fruncido, como si tratara de comprender algo que se encontraba más allá de sus posibilidades de comprensión.

—En el exterior están creciendo plantas, Mr. Jarvin —anunció—. Plantas rojas.

—¿Plantas rojas? —preguntó Corinne.

—Sí, miss Madison. Y parecen avanzar en dirección a la cúpula. A un cuarto de milla de distancia sólo empiezan a brotar; pero más lejos parecen tan altas como un hombre. Tienen unas hojas grandes, y de ellas parece desprenderse un brillo dorado.

Engar recordó los ojos del hombrecito.

—Un brillo dorado... —murmuró pensativamente.

Transcurrida otra semana, pudieron ver las extrañas plantas a la luz del faro desde el observatorio de la cúpula. Había llegado el momento de efectuar una nueva serie de decantaciones de las columnas de transformación de iones, pero Engar prefirió dedicarse a estudiar las plantas con Corinne.

—Cada vez están más cerca —le dijo a miss Madison.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó ella en tono preocupado.

—Por ahora, nada —respondió Engar.

Las plantas se acercaron más. Hubiérase dicho que empezaban a florecer. Irradiaban un brillo dorado, y los terrestres no tardaron en descubrir que no podían mirarlas con fijeza. El brillo era insoportable.

Luego llegó el día en que los hombres de Chuck Delbert salieron a trabajar, dieron una vuelta y regresaron sin poner en funcionamiento las excavadoras.

Corinne encontró a Chuck en la cámara de descompresión.

—¿Por qué han regresado ustedes? —inquirió.

Chuck colocó una cajita negra sobre la mesa.

—Examine este contador, miss Madison; nuestro contrato especifica que no trabajaremos sometidos a radiaciones como ésa.

Corinne examinó el contador y frunció el ceño.

—Desde luego, es más de lo que una persona inmunizada puede soportar; mas de diez röntgens por día.

—Por eso hemos regresado, miss Madison.

—Bien —dijo Corinne—. Tómense un día de descanso.

Engar había estado mirando el contador por encima del hombro de miss Madison.

—¿De dónde procede esa radiación? —preguntó.

Miss Madison miró hacia el exterior.

—De las plantas, supongo. Ese brillo dorado puede ser el indicio de alguna clase de acción nuclear.

Engar estaba observando la columna número ocho con el rabillo del ojo.

—Será mejor que atienda a sus decantaciones, Mr. Jarvin. Yo iré a ver si puedo encontrar la respuesta a esto.

Engar asintió y avanzó hacia las columnas. La franja color salmón no le pareció correcta. Oyó vagamente a través de la puerta abierta de la oficina de miss Madison que ésta ponía en marcha el calculador e inmediatamente profería una exclamación de sorpresa. Pero Engar no disponía de tiempo para investigar lo que había sucedido. El calculador se había desajustado de nuevo, seguramente, pero él tenía que vigilar las franjas de color de la columna número ocho.

La franja color salmón se convirtió repentinamente en una especie de gris parduzco. Engar frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Fue en busca de su propio contador. La descarga de gamas estaba por encima de la zona de peligro; la línea de neutrones estaba empezando a ascender. Se dirigió a la oficina de miss Madison. Ésta no se encontraba allí. La cajita negra reposaba aún sobre su escritorio. Había estado tratando de poner en marcha el calculador, pero un bosque de diminutas luces rojas señalaban que estaba completamente desajustado.

Engar miró a su alrededor. La puerta del armario personal de miss Madison estaba abierta, y su traje espacial había desaparecido. Engar echó a correr. Las grandes

bombas estaban funcionando a toda presión, signo evidente de que alguien las había puesto en marcha a fin de eliminar el letal metano cuando se abriera la puerta exterior. Engar golpeó en la pared.

—¡No haga eso! —gritó.

Desde luego, miss Madison no podía oírle. Engar corrió hacia su propio armario y se colocó el traje espacial y la campana de plástico. Vio que la unidad térmica estaba funcionando. La cámara de descompresión estaba vacía: Engar la cerró y puso las bombas en marcha.

Unos instantes después se encontraba fuera. Vio a miss Madison al resplandor de su lámpara de pecho, con la cabeza inclinada contra el fuerte viento, avanzando hacia las plantas rojas. El amoníaco helado era muy resbaladizo, pero Engar se apresuró. La planta más próxima se encontraba a doscientos metros de distancia, y miss Madison estaba a medio camino de allí, una figura pequeña y delgada inclinada contra el viento uraniano. Engar la alcanzó y la cogió del brazo.

—¡Vuelva atrás! —le dijo.

Miss Madison le rechazó con un gesto y le miró a través de la campana de plástico. Surgida por el pequeño aparato emisor del traje espacial, su voz sonó rara y un poco frenética.

—Tengo que lograr un ejemplar de esas plantas —dijo.

Engar sacudió la cabeza.

—Si se acerca usted lo bastante como para tocar una —dijo—, las emanaciones radiactivas la matarán.

Se colocó entre ella y las plantas. Miss Madison miró por encima de su hombro, dio media vuelta y emprendió el regreso a la cúpula. Parecía resignada a su fracaso. Engar se relajó, y en aquel momento miss Madison echó a correr.

Simultáneamente, los focos de la cúpula se encendieron, iluminando toda la zona. Allí estaba el campo de plantas rojas surgiendo de la capa de amoníaco helado, irradiando aquel intenso brillo dorado. Engar echó a correr detrás de miss Madison, que había conseguido tomarle una delantera de varios metros, aprovechándose de su sorpresa. La cogió en el instante en que se disponía a arrancar una de las hojas de una planta roja. Miss Madison trató de soltarse, pero esta vez Engar la había agarrado con mano firme. Resbalaron y cayeron sobre el hielo, pero él no soltó su presa. Finalmente, Corinne dejó de luchar, aunque estaba tan furiosa que su rostro se había puesto mortalmente pálido. No se resistió a entrar en la cúpula.

Cuando llegaron al laboratorio de transformación de iones, miss Madison se encaró con Engar.

—¿Quiere saber por qué fui allí? —pregunto.

—Desde luego que sí —respondió Engar, fascinado por el brillo de aquellos ojos negros.

—Aquellas plantas —dijo miss Madison—, aquellas plantas rojas deben de tener un catalizador equivalente a la clorofila.

—La clorofila transforma la luz solar en energía vegetal... azúcares, etc. —le recordó Engar.

—Es usted muy listo —replicó miss Madison en tono sarcástico—. Pero da la casualidad de que en Urano apenas se ve la luz del sol. La energía tiene que proceder de otra parte —del amoníaco helado—, y el color rojo indica la presencia de un catalizador que permite a la planta transformar el amoníaco en energía vegetal, como usted la llama.

—El hombrecito verde estaba en lo cierto —dijo Engar tristemente—. En cuanto usted descubra el modo de conseguir eso, la Tierra empezará a arrancar el amoníaco de Urano y a llevárselo.

Chuck Delbert bajó de la torre de observación; al pasar junto a ellos les miró con curiosidad y luego se dirigió hacia los alojamientos de los mecánicos.

Corinne había vuelto a enfurecerse.

—¿Es necesario que adopte usted un punto de vista tan mezquino? Si ese catalizador rojo transforma el amoníaco en energía nuclear, probablemente proporcionará una pista para la reacción inversa... o para cosas tales como transformar directamente la energía nuclear en energía eléctrica, o alguna otra cosa que podamos utilizar. Disponiendo de energía nuclear, podremos utilizar el calor solar. Tiene que existir algún medio para utilizar directamente la energía irradiada... ¡y en aquellas plantas está la respuesta!

—Lo siento —dijo Engar—. No viviría usted más que unos días, en el mejor de los casos, después de tocar una de esas plantas. Aunque la reacción nuclear sea provocada por un trozo de materia del tamaño de una cabeza de alfiler, la radiación sería mortal... y no digamos el calor.

Miss Madison cambió inesperadamente de tono.

—Sabe usted perfectamente —dijo— que esas plantas se están acercando más y más. Sólo es cuestión de tiempo que las radiaciones alcancen a la cúpula, y entonces, ¿cuántas horas cree que podremos resistir? Tendremos que emprender una vergonzosa fuga, perderemos nuestros destinos y quedaremos desacreditados. En cambio, si nos marcháramos con un catalizador como el que contienen esas plantas la situación sería muy distinta.

—Lo siento —dijo Engar—. Para mí también es importante... pero, muertos, ni usted ni yo tendríamos ocasión de interesarnos por nada.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? No podemos detener el avance de esas plantas...

—Sí, creo que podemos. —Abrió uno de los armarios del laboratorio y rebuscó en su interior—. Sí, creo que podemos detenerlas. Debemos detenerlas, si queremos vivir.

Se pasó la media hora siguiente en la torre de observación. Llamó a Chuck Delbert para que le ayudara.

—Haga girar el faro alrededor de la cúpula en todas direcciones —dijo Engar—,

como si estuviera rociando aquellas plantas.

—No proyecta ninguna luz —dijo Chuck.

—Se equivoca. Proyecta luz negra: infrarroja. Y creo que podrá localizarla desde aquí. Ahora, manos a la obra. Yo voy a salir al exterior.

Cuando salió de la cúpula, las plantas empezaban a arder. Las grandes hojas brillaron con un fuego azulado que pareció estallar en mil lugares a la vez. La primera planta se incendió. El viento de la explosión casi derribó a Engar, y el calor era muy intenso. Una bola de fuego de color azul naranja ascendió hacia el cielo, para convertirse después en la familiar nube en forma de hongo. Todo en muy pequeña escala, comparado con las explosiones nucleares de la Tierra.

—Es una suerte para nosotros —le dijo Engar a Corinne cuando volvió a entrar en la cúpula— que no haya más que una diminuta partícula de materia en cada planta.

Estaban sentados uno al lado del otro, contemplando a través de la ventana cómo el campo de plantas se disolvía en fuego y humo. Era como un gigantesco castillo de fuegos artificiales. Al cabo de unas horas, los niveles de radiación habían descendido. Corinne pudo volver a utilizar su calculador, y Engar puso en marcha un decantador en la columna número cinco.

Y entonces apareció de nuevo el hombrecito verde. Sus dorados ojos carecían de brillo, como si el hombrecito estuviera agotado, y la cola de pavo real estaba caída.

—Habéis jugado con ventaja —dijo, con su vocecita de pájaro—. Sois demasiados para nosotros. No somos más que cinco, y hemos utilizado toda nuestra energía para crear el campo de plantas... que vosotros habéis destruido en unas cuantas horas.

—Lo siento —dijo Engar—, pero tenemos que vivir.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina, y Corinne se hizo visible detrás de Engar. Engar pudo ver la manga de su blusa de nylon con el rabillo del ojo.

El hombrecito levantó la mirada, pero no desapareció como Engar había temido. Miró a Corinne, y luego a Engar.

—La hembra de la especie, supongo.

Engar encontró la mano de Corinne.

—No te equivocas —dijo calurosamente.

El hombrecito verde suspiró.

—En otros tiempos —dijo—, también nosotros tuvimos hembras; pero ahora sólo quedamos cinco viejos.

—Lo lamento muy de veras —dijo Corinne.

El hombrecito verde la miró. Sus dorados ojos empezaron a brillar.

—No lo lamente —dijo—. He tenido ya una larga vida, y ha sido muy buena. En realidad, nací antes de que los terrestres empezaran a escribir su historia.

—Procuraremos que su planeta no sea expoliado —dijo Corinne afablemente.

—No lo hagáis. No puede lucharse contra las fuerzas evolutivas; ni siquiera puede lucharse contra la fuerza que os empuja al uno en brazos del otro.

Engar miró a Corinne.

—Tal vez esté en lo cierto.

—Tal vez.

Engar miró a su alrededor. El hombrecito verde había desaparecido. Engar se puso en pie. La decantación de la columna número cinco estaba terminada, y volvió a colocar la señal de advertencia.

—Sólo siento una cosa —dijo Corinne—. No haber podido salvar una de aquellas hojas, antes de que Mr. Delbert acabara de exterminarlas.

Engar sonrió.

—¿No te serviría para el caso un poco de hierba roja?

El rostro de Corinne se iluminó.

—Sí, desde luego... —Su rostro volvió a ensombrecerse. Pero la hierba roja ardió con las plantas.

—Toda no —dijo Engar—. ¿Recuerdas la hierba que estaba más cerca de la cúpula, antes de que empezaran a brotar las plantas?

—Sí.

—Bien. Mientras Chuck manejaba la lámpara de infrarrojos, salí al exterior y recogí unos cuantos puñados de hierba. Están en la cámara de descompresión.

Corinne levantó la mirada hacia él. Sus ojos negros resplandecían.

—¡Querido mío! —murmuró.

Engar la besó. No podía recordar ninguna situación comparable, pero la besó, de todos modos.

# Investigación

Lee Harding

Detrás de la mesa-escritorio estaba sentado el inspector divisionario. Alto, delgado, inexpresivo, la piel muy tensa sobre los inflexibles huesos de su rostro, sus labios moviéndose con precisión mecánica.

—¿Qué es lo que desea exactamente, Mr. Johnston?

Delante de él, al otro lado de la amplia mesa, estaba sentado un hombre bajito, pálido, de aspecto insignificante, que se frotaba nerviosamente las manos. Su turbación era evidente.

—Algo *real* —dijo—. Algo que no haya sido hecho por el hombre. Algo que no sea sintético. Eso es todo. No para quedármelo. Únicamente para verlo. De modo que al menos pueda saber que existe. ¿Dónde puedo encontrar una cosa así?

El inspector pareció perplejo. Era la primera vez que se enfrentaba con una petición de aquella naturaleza.

—¿Algo... *real*? —Sus labios formaron la palabra como si fuera ajena a su vocabulario—. ¿En qué motivos basa usted su petición, Mr. Johnston?

El hombre bajito sintió que se desvanecían sus esperanzas. ¿Cómo podría explicar, con palabras que pudieran ser comprendidas por el sombrío individuo que estaba sentado enfrente de él, el inexplicable deseo que había llegado a convertirse en una obsesión?

Detrás del inspector, una amplia ventana se abría al mundo. Mr. Johnston vio la ciudad que se extendía como la concha de un gigantesco crustáceo. Contempló con expresión desolada las construcciones de acero y plástico que se erguían hasta la línea del horizonte, y se estremeció.

—Todo lo que está a mi alrededor ha sido hecho por el hombre —dijo, vacilante—. La ciudad donde vivimos, el aire que respiramos, las ropas que vestimos e incluso los alimentos que comemos son productos de nuestra maravillosa tecnología. Por todas partes veo la demostración de la increíble habilidad del género humano. Pero, ¿dónde puedo encontrar el corazón? ¿Y cómo puedo encontrar el mío en este mundo terrible y hostil de enormes edificios y gente que no sabe sonreír? Desde luego, tiene que existir algún lugar que no haya sido contaminado por el progreso humano...

El hombre bajito suspiró y se retrepó en su asiento.

—Las cosas no fueron siempre como son. Incluso yo lo sé. Debí nacer cuando el mundo antiguo periclitaba y empezaba el nuevo. Puedo recordar árboles y flores y los cantos de los pájaros. Y anchas corrientes de agua que se deslizaban entre mis pies. Y nubes y lluvias y vientos fríos. Hoy me pregunto a mí mismo: ¿Qué es un pájaro?

¿Qué es una nube? ¿No hay espacio ya para ellos en esta tierra que hemos *hecho*? ¿Han desaparecido para siempre? ¿Se ha hartado finalmente nuestras máquinas en el gran festín de nuestro planeta, sin dejar más que una esfera improductiva recubierta de metal que vagabundea sin objetivo a través del espacio, sin inviernos ni veranos que señalen su paso?

La emoción, que por unos instantes había teñido de carmesí las morenas mejillas del hombre bajito, se desvaneció. Con expresión cansada, Mr. Johnston contempló el terrible paisaje que se divisaba a través de la ventana.

El inspector permaneció en silencio. Detrás de sus ojos fríos y calculadores, una aguda inteligencia estaba ocupada dirigiendo la información que Johnston había desplegado delante de él, y estaba preparando ya una respuesta cuidadosamente estudiada.

—Pero, no me ha dicho usted aún *por qué* desea tener algo real.

—¿*Por qué*? —En realidad, Mr. Johnston no lo sabía—. Deseo tenerlo, eso es todo —respondió, casi con desesperación—. Algo que pueda tocar con mis propias manos y saber que es real, que no ha sido hecho por el hombre, sino por...

—¿*Por quién*, Mr. Johnston?

El hombre bajito miró fijamente al inspector. Creyó captar una leve nota de cinismo en su desapasionada frialdad. Tragó saliva.

—Por... por... —¿*Por quién*?—. No... no lo sé. Lo único que sé es que no habrá sido hecho por el hombre. ¿No lo comprende? *Algo real*.

El inspector se permitió a sí mismo el lujo de una sonrisa.

—Pero, Mr. Johnston, seguramente se da usted cuenta de que...

En aquel preciso instante, sus músculos faciales parecieron helarse repentinamente. Una rígida expresión asomó a sus fríos ojos, los cuales se inmovilizaron en algún punto situado detrás de Mr. Johnston.

—Tiene usted que... perdonarme —tartamudeó—. Una sobrecarga... debida al exceso de trabajo... Compréndalo. Si... si... fuera usted tan amable de... dirigirse a la... oficina doce... allí le atenderán. Le..., le ruego que perdone este..., este..., este retraso. Yo...

No dijo nada más. Su boca quedó rígida, formando un óvalo casi perfecto. En las profundidades de sus ojos hubo un breve chisporroteo.

Johnston contempló unos instantes a la inmóvil figura. A su rostro asomó una expresión de desaliento. Luego suspiró, se puso en pie y salió de la oficina.

Eso era lo que ocurría en el mundo, se dijo. Máquinas que parecían personas, y personas que parecían máquinas. Cada día resultaba más difícil distinguir a unas de otras.

Tomó el ascensor que había de conducirlo a la planta baja y salió a la calle. Sería inútil acudir a la oficina 12 y mantener otra infructuosa entrevista con otra extensión



humanoide de algún experto calculador. Y, además, había empezado a darse cuenta de que el concepto de algo real no había sido previsto por la cibernética.

Y no sólo las máquinas, pensó, mientras se volvía a contemplar a la gente que se movía silenciosamente a su alrededor. Su andar mecánico, su inexpresividad, parecían más propios de un artilugio que de un ser de carne y hueso. Cuando había acudido a otras personas para consultarlas acerca de su problema, su incomprensión le había asustado, decidiéndole a recurrir al inspector divisionario en busca de ayuda.

Había resultado muy desagradable descubrir que su amistoso interrogador era un robot. Dadas las circunstancias, tenía que haberlo presumido, ya que pocos puestos de la administración eran desempeñados por hombres. La cibernética había progresado hasta el punto de que a Johnston no le hubiera sorprendido descubrir que más de la mitad de la población era robótica, por inteligente que fuera su disfraz.

Echó a andar. Sin rumbo determinado. Alzó la mirada hacia las imponentes moles de acero que se levantaban a su alrededor, y se maravilló de la arrogancia con que se erguían en dirección al cielo. Un increíble número de manzanas de edificios que se extendían hasta el infinito.

¿Tenía realmente un final su ciudad?

Johnston había viajado por toda la superficie y por la red subterránea con la esperanza de descubrir los perímetros donde los monstruosos desfiladeros llamados calles daban paso a un paisaje más normal, y donde pudiera empezar a sentir el peso de la luz del sol sobre su cuerpo.

Había viajado millas y millas en todas direcciones, pero la ciudad no cambiaba nunca, y siempre parecía regresar al punto de partida.

Así había empezado la pesadilla de Johnston. Esta terrible visión de un mundo que se extendía de este a oeste y de polo a polo, cubriendo el antiguo mundo con los magmas fundidos del trabajo del hombre.

¿Era ésta la herencia de los dioses?

Johnston no quería creerlo. No *podía* creer que el pasado se hubiera extinguido. Algo tenía que quedar de él. Si pudiera encontrarlo...

Tal vez le infundiría valor para enfrentarse con su ingrato futuro.

¿Había explorado realmente todas las avenidas? ¿Qué otros medios de transporte existían? Trenes aéreos, ascensores...

¡Ascensores!

¡Desde luego! Había más de una dimensión. Johnston había investigado a su *alrededor*, pero nunca se le había ocurrido buscar hacia abajo ni hacia arriba.

Excitado, se encaminó directamente hacia uno de los más importantes edificios de la Administración.

La puerta del ascensor se abrió al aproximarse Johnston.

—¿Hacia dónde? —preguntó una voz impersonal desde alguna parte.

—Hacia abajo —dijo Mr. Johnston.

—¿A qué profundidad?

—A la máxima.

La máquina murmuró algo. La puerta se cerró. Y Johnston se sintió arrastrado hacia las entrañas de la tierra.

El ascensor descendía a una increíble velocidad. Johnston se daba cuenta de que bajaba milla tras milla y, sin embargo, no experimentaba la menor sensación de movimiento. El ascensor estaba cuidadosamente equilibrado sobre un eje de novavedad. Dentro de la cabina, Johnston se sentía tan ligero como el aire.

Finalmente, el ascensor se detuvo. La puerta se abrió y Johnston salió al exterior.

Y quedó desalentado. Ante él se extendía un largo y vacío pasillo. Una figura uniformada estaba de pie, esperando.

—¿Su nombre, señor? —inquirió.

—Johnston. Harry Johnston. Solo... sólo quería echar una mirada por aquí.

—Comprendo. En tal caso, le serviré de guía. Espero que encontrará interesantes las profundidades más inferiores.

Johnston no las encontró interesantes. Siguió al silencioso cicerone durante algún tiempo, pero no descubrió nada que disipara su decepción. Las amplias calles y los altos edificios de la superficie habían sido sustituidos allí por angostos pasillos de brillantes paredes..., pero seguía siendo la ciudad. Johnston había alimentado la esperanza de que en las profundidades del mundo podría descubrir quizá rocas y tierra en su estado natural. Pero no había nada de eso. Sólo el producto del genio industrial del hombre. Y detrás de las paredes, zumbaban las potentes máquinas que hacían posible la existencia de la ciudad que se extendía en la superficie.

Johnston miró a su alrededor, derrotado.

—Creo que voy a regresar.

—Muy bien, señor.

Una idea repentina se le ocurrió a Johnston.

—¿A qué profundidad nos encontramos?

—A veintisiete millas.

Se repitió la cifra a sí mismo.

—¿Es éste el nivel más bajo?

—Si se refiere usted a si la ciudad se extiende debajo de nosotros, la respuesta es no, señor.

Johnston se detuvo y golpeó el suelo con la punta de su zapato.

—Entonces, ¿qué hay debajo de *esto*?

—Varias millas de material aislante.

—¿Y después?

—El infierno, señor.

—¿*El infierno*?

—Un vocablo arcaico que describe el meollo interno del planeta. Eso es todo. No hay... nada más.

Mr. Johnston se quedó mirando fijamente el suelo, tratando de imaginarse la furia elemental del meollo derretido del violado planeta. Y sonrió. Aunque débilmente.

Ya era algo saber que el hombre no había sido lo bastante listo ni lo bastante orgulloso como para dominar la derretida furia del meollo del mundo.

El guía le acompañó al ascensor y esperó a que se cerrara la puerta. Cuando vio que el aparato ascendía con toda normalidad, cruzó el pasillo y se colocó de pie en un angosto nicho labrado en la pared. En cuanto sus hombros establecieron contacto con una determinada franja de metal, un haz luminoso de iones cruzó su pecho y le deactivated.

Sus ojos quedaron abiertos, mirando vacuamente a través de una fría oscuridad.

Lo primero que pensó Johnston cuando llegó a la superficie fue alquilar una avioneta y surcar los aires por encima de la ciudad hasta encontrar lo que estaba buscando. Quizá desde un punto tan elevado podría ver dónde terminaba la ciudad y lo que había más allá. Pero, ¿y si la ciudad era interminable? Esto significaría que sólo podía existir algo real en lugares pequeños y ocultos, que en su prisa podía pasar fácilmente por alto. Johnston no tenía la menor idea de lo que estaba buscando ni de lo que podía encontrar. Podía ser algo tan enorme como una cordillera de montañas, o algo tan frágil como una flor brotando entre los desfiladeros de construcciones de la ciudad.

Tenía que andar. Recorrer la ciudad a pie. Viajar hasta los límites de la megápolis, y más allá. Disponía de mucho tiempo: ¿qué importaba que el encontrar lo que estaba buscando le costara meses, o incluso años? Era algo que *debía* tener. Contra aquel enorme deseo, el tiempo había dejado de tener importancia.

Empezó su investigación a la mañana siguiente.

Andaba rápidamente. No tenía necesidad de llevar nada. Sólo las ropas que vestía. La ciudad le atendería. Para eso estaba allí.

Inició su viaje cuando las primeras claridades del alba teñían el cielo por encima de los altos edificios, y las calles estaban desiertas e iluminadas todavía por las fantasmales luces de neón. Las sombrías paredes contemplaron su avance desdeñosamente, y luego volvieron a fijar su lóbrega mirada en el cielo eternamente desnudo.

Johnston llevaba una brújula atada a la muñeca. Esto le permitiría andar siempre en dirección norte. No quería exponerse a girar en un círculo interminable. Y sus ojos brillaban con el fuego de la aventura.

A mediodía, su entusiasmo se había enfriado. Le dolían las piernas y la cabeza. Se sentó en el borde de la acera y dejó que el frenético bullicio de la ciudad se moviera a su alrededor. Por encima de su cabeza, los vehículos aéreos susurraban silenciosamente a través de sus rutas. Las personas y los robots apenas utilizaban las calles; la mayoría de ellos preferían la velocidad y la higiene de los transportes

subterráneos.

Al cabo de un rato, Johnston se puso en pie y reanudó su viaje. Su paso era ahora más comedido, y preveía que los primeros días serían muy penosos. Después, tenía la esperanza de que sus piernas se acostumbrarían al ejercicio.

Al anochecer había recorrido una distancia de nueve millas aproximadamente. La ciudad no había experimentado ningún cambio. Los enormes edificios seguían brillando fríamente encima de su insignificante figura.

Estaba de nuevo solo en una calle desierta. Los pálidos pobladores de la Tierra se habían encerrado en sus madrigueras.

También él tenía que buscar un refugio. El cuerpo le dolía de un modo insoportable. Necesitaba descansar.

Entró en un hotel para pasar la noche.

Por la mañana se levantó, reanimado, y reemprendió su paciente viaje.

Y así transcurrieron los días. Cinco. Johnston había perdido la cuenta de las millas que había recorrido, siempre hacia el Norte, sin descubrir la menor variación en el panorama que le rodeaba. Había explorado un centenar de calles y atajos distintos, sin ver otra cosa que las paredes de interminables edificios. Su prisión no parecía tener fin.

Empezó a detener a la gente en las calles y a formularles una pregunta.

—Perdone, pero, ¿ha visto usted algo *real*?

Unos ojos tristes e inexpresivos se volvían a mirarle. Algunos inquirían:

—¿Si he visto *qué*?

Y Mr. Johnston se explicaba, excitadamente:

—Pensé que usted podía conocer algún lugar de la ciudad donde existieran cosas reales y no... no *fabricadas*. Árboles, flores, y esa clase de cosas...

Muchas veces, la respuesta era una expresión de incredulidad.

—¿De qué está usted hablando? ¿Algo que no haya sido *fabricado*? No diga tonterías. Será mejor que vaya a ver a su psiq...

Y se marchaban apresuradamente.

Otros no se molestaban siquiera en contestar. Sacudían la cabeza y continuaban su camino, turbados por su pregunta.

Era inútil, pensó Johnston. Si los seres humanos habían olvidado el concepto de lo que era algo real, ¿cómo podía encontrar lo que estaba buscando?

De modo que no hizo más preguntas. Siguió andando hacia el Norte, hacia no sabía qué.

Aquel día, cuando anocheció, continuó andando. Odiaba la noche y la fatiga que traía consigo. Quería aprovechar todas las horas, en su esperanza de que cada paso que daba le acercaba un poco más a su objetivo.

Pero abusaba demasiado de su cuerpo. El mundo que le rodeaba quedó sumido en

una espesa niebla, y repentinamente extendió las manos para mantener el equilibrio.

Inútilmente. Cayó sin sentido sobre la acera. La noche le enterró y las luces de neón bañaron suavemente su cuerpo con un amistoso brillo.

Poco después, un vehículo aéreo se posó en la calle, junto a él. Se abrió una puerta y dos hombres se apearon. Entre los dos transportaron a Johnston al vehículo.

Sus cuidados devolvieron a Johnston a un estado de semiconciencia. Se vio contemplado por dos pares de ojos curiosos, inteligentes.

—¿Su nombre?

—Johnston —dijo—. Harry Johnston.

—¿Vive usted en este distrito o es un transeúnte?

Johnston meditó unos segundos antes de contestar.

—Transeúnte, supongo. Viajero, en realidad. Verán, estoy buscando algo real.

Los ojos no parpadearon siquiera.

—¿Va usted muy lejos?

—Tan lejos como pueda. Pero es tan... lento. Tan lento...

El rostro que tenía delante de él frunció el ceño.

—¿Ha estado usted... *andando*?

Mr. Johnston asintió. Estaba completamente despierto.

—Entonces, le sugiero que alquile un vehículo aéreo. En la manzana 10879 hay una agencia. Puede ir allí a primera hora de la mañana. Entretanto, le llevaremos a un hotel para que repose. Creo que estará usted más cómodo que en la acera.

A la mañana siguiente, Johnston siguió el consejo del patrullero y alquiló una avioneta. No perdía nada probando, pensó. Y, además, seis días de infructuosa caminata le habían agotado. Desde arriba, su campo de visión sería mucho más amplio.

Pero temía lo que podía desabrir desde arriba. Quizás era éste el verdadero motivo de que no se hubiera decidido antes por aquella solución.

Mientras la avioneta ascendía hacia el cielo, sus temores fueron tomando cuerpo. Miró hacia abajo, y vio millas y millas de ciudad extendiéndose inacabablemente. Una profunda desesperación inundó su corazón. La ciudad no parecía tener fin. Se extendía a su alrededor y se alargaba hasta la línea del horizonte.

La altura máxima que podía alcanzar la avioneta era únicamente de unos cuantos millares de pies. Johnston no podía hacer otra cosa, sino avanzar hacia el norte a través de la inhóspita megápolis.

Las horas se acumularon como gotas de sudor sobre su frente, y luego, milagrosamente, percibió una gradual disminución de la altura de los tejados de la ciudad. El enorme monstruo rebajaba paulatinamente la altura de su manto. Los altísimos edificios dieron paso a unidades más pequeñas. Johnston siguió volando hasta que las construcciones dejaron de extenderse hacia su pequeño vehículo y se limitaron a dormitar más cerca de la superficie del mundo.

La avioneta cruzó rápidamente la ciudad disminuida hasta un punto increíble. Detrás de ella se erguía el núcleo central, formando una gigantesca barrera contra la luz del sol.

Era casi como si hubiera viajado a través de alguna inmensa cordillera de montañas y ahora discurriera, un poco asombrado, por encima de las colinas en descenso. La intensa concentración de edificios y carreteras había dejado paso a unas amplias y casi desiertas avenidas de cristal y hormigón. Johnston miró hacia abajo alegremente y dio la máxima velocidad a su vehículo. Era la primera vez que descubría una modificación en el trazado aparentemente inalterable de la ciudad. La idea de lo que podía encontrar más adelante hizo palpitar su corazón.

Demasiado pronto. No tardó en ver crecer ante él la forma familiar de *otra* ciudad. Johnston se sintió poseído de nuevo por la desesperación. Y en medio de ella, tal vez fruto de su imaginación, percibió más allá la forma fantasmal de otra ciudad. Y más allá otra, y otra, y otra. Brotando de la funda metálica que cubría todo el planeta.

Pulsó uno de los botones del tablero de mandos.

—¡Altitud máxima! —gritó.

El vehículo vaciló y luego salió disparado hacia el cielo.

Cuando el vehículo alcanzó una altura de quince mil pies, Johnston miró hacia abajo, hacia el mundo que se extendía debajo de él, y maldijo furiosamente al voraz bípedo que lo había construido. Ya que ahora no parecía tener fin. Un mundo formado por una sucesión de gigantesca ciudades, unidas por los adormilados suburbios que se extendían entre ellas como un abigarrado mantel. Y la terrible concha no tenía ninguna fisura. Ni lagos, ni ríos, ni árboles, ni pájaros. Ni siquiera una nube en todo el estéril firmamento.

Johnston dejó que el vehículo avanzara hacia los altos tejados, a través de una atmósfera cuya única estación era un suave verano, hasta que el brillo del sol contra las ventanas puso en marcha automáticamente los filtros.

De repente, y hacia el oeste, empezó a producirse una leve diferencia. Un color brotó del horizonte, despertando en Johnston dormidos recuerdos.

Mientras el vehículo seguía avanzando, Johnston trató de recordar. Aquel color era algo *distinto*.

—¿En qué consistía la diferencia?

En que era *verde*. No el verde a que estaba acostumbrado. No el verde invariable de las ciudades. Mucho más sutil. Como si estuviera compuesto de muchos matices diversos y similares al mismo tiempo. El color que correspondía a los árboles y a los jardines, donde cada arbusto poseía su variación personal del matiz general, y donde...

Johnston hizo girar bruscamente el vehículo y aceleró hacia el oeste, por encima

del inmóvil océano de acero. Y, paulatinamente, lo increíble fue haciéndose realidad ante sus ojos.

De pronto, el Gran Parque estalló delante de él. Apartó la mirada de aquella explosión de verdes, demasiado intensa, y pulsó ávidamente el botón de descenso.

El diminuto vehículo descendió en espiral y se posó sobre una alfombra de césped en el centro del Gran Parque.

Mr. Johnston permaneció sentado, inmóvil, parpadeando y diciéndose a sí mismo que no estaba soñando y que aquel lugar existía realmente en el mundo, después de todo.

Un parque. Un gigantesco parque. Y él había llegado a creer que el hombre había olvidado.

¿Cómo podía un hombre olvidar tal belleza?

Se apeó del vehículo y permaneció unos instantes de pie junto a la portezuela. Miró a su alrededor y se maravilló de la suavidad con que sus pies se hundían en la blanda y verde alfombra de hierba. Le rodeaba un silencio tan increíble y tan agradable, que empezó a dudar de sus propios sentidos.

A lo lejos se erguían unas verdes colinas. Los árboles salpicaban y a veces dominaban el paisaje. El tiempo parecía haberse detenido y las ciudades parecían haber quedado atrás, muy atrás.

Y, realmente, no había allí la menor señal de las ciudades. Por altas que fueran, el parque estaba situado de modo que las hacía invisibles. Era como si Johnston se encontrara completamente solo en su propio mundo particular.

Nunca había imaginado tal recompensa.

El paraíso. O lo más parecido al paraíso. ¿Qué extraño capricho de la humana naturaleza había previsto el aislamiento de aquel oasis del resto del mundo? Tal vez se había apresurado demasiado al juzgar tan acerbamente a sus compañeros humanos...

Pero, ¿por qué no le había hablado el inspector de este lugar?

Su perplejidad desapareció, barrida por su impaciencia. Si hubiera ido a la oficina 12, tal como le habían indicado, seguramente le habrían hablado del parque... y le habrían ahorrado varios días de agotador viaje. Sin embargo, no podía negarse que el elemento sorpresa aumentaba su placer. Si le hubieran encaminado directamente a aquel idílico refugio, no hubiese experimentado el intenso goce que inundaba todo su ser.

Se apartó del vehículo y echó a andar lentamente a través de la hierba hacia un sendero que discurría entre los árboles. Lo siguió por algún tiempo hasta que el vehículo quedó oculto detrás de una elevación del terreno y el último contacto con la ciudad se desvaneció. Johnston estaba solo en el Edén.

Mientras avanzaba, se apartaba de cuando en cuando del sendero para contemplar las diversas especies de árboles y de plantas que crecían a intervalos cuidadosamente

espaciados, cada uno de ellos con su correspondiente etiqueta pegada al tronco o clavada en el suelo. Las palabras eran incomprensibles para Johnston. La mayoría de ellas habían desaparecido desde hacía mucho tiempo del vocabulario del mundo. Pero Johnston sonreía, inclinando afirmativamente la cabeza, como si comprendiera el significado de las etiquetas, y se dirigía hacia la siguiente.

El sendero parecía discurrir interminablemente entre los árboles. Al cabo de un rato, Johnston se cansó de andar y se sentó sobre la hierba. Los rayos del sol poniente provocaban sombras que corrían a través del paisaje. La brisa arrastraba oleadas de perfume. Un repentino deseo invadió a Johnston, el cual se tendió cuan largo era sobre la hierba, con una mano apoyada indolentemente sobre los ojos para librarlos de los rayos del sol.

Se sintió invadido por una intensa paz. Todo su resentimiento se desvaneció y olvidó el mundo que había dejado detrás de él. Aspiró a pleno pulmón el perfumado aire. Era tan distinto del viciado aire ciudadano...

Dio media vuelta sobre sí mismo y se quedó contemplando la hierba. Estudió las delgadas briznas verdes como si estuviera investigando un profundo secreto.

De repente, se produjo un movimiento entre la hierba. Fascinado, Johnston vio una larga columna de hormigas que avanzaban por aquella selva en miniatura, y se maravilló de su paciencia.

Un extraño sonido sobre su cabeza le llamó la atención. Alzó la mirada y vio un raro animal que batía el aire con sus alas y desaparecía entre las ramas de un árbol cercano.

¡Un pájaro!

Johnston se sentó, muy excitado. ¡En el parque había seres vivos! ¿Qué maravillosos descubrimientos le quedaban aún por hacer?

Y la noche estaba cayendo rápidamente. No disponía de mucho tiempo.

Johnston se puso en pie y echó a andar apresuradamente hacia la cima de la colina más próxima. Debajo de él, el terreno descendía suavemente para ascender de nuevo hacia otra cima. Pero aquella depresión era la cosa más notable que Johnston había visto. Estaba cubierta por una amplia sabana de agua que sólo podía ser un lago, y sobre la plácida superficie permanecían sentados unos raros animales, con sus largos cuellos arqueados indolentemente hacia sus propios reflejos.

En su apresuramiento, Johnston bajó la colina corriendo, tropezó y recorrió los últimos metros rodando sobre sí mismo. Pero se levantó riendo, con la extraña alegría de existir. Luego se acercó a la orilla del lago, y contempló durante un largo espacio de tiempo a los impasibles animales, que finalmente condescendieron a darse cuenta de su presencia.

Luego, cuando las estrellas empezaron a tachonar el cielo, Johnston se tumbó en la hierba, a orillas del lago, y se maravilló ante la transformación que experimentaba el parque bajo la magia nocturna.



Más tarde se quedó dormido. El aire era agradablemente cálido y Johnston no se sentía amenazado por ningún peligro. Su último pensamiento consciente fue el de que sus descubrimientos no habían hecho más que empezar.

Johnston despertó ante una mañana verde, la primera que podía recordar. Bañó su rostro en las frías aguas del lago, y luego agitó una mano despidiéndose de los indolentes cisnes. Le quedaba otra colina por remontar.

Se apartó del lago y subió a la cima de la otra colina. No estaba preparado para el esplendor que se extendía a sus pies. En vez del familiar y monótono verde que se había acostumbrado a contemplar, el paisaje que se abría ante sus ojos era una sinfonía multicolor. La alfombra de flores llegaba hasta la línea del horizonte en un dionisiaco despliegue de matices.

El estallido de color fue tan intenso, que Johnston parpadeó, asombrado. Descendió la ladera de la colina como un sonámbulo. A uno y otro lado del sendero se extendían unos maravillosos jardines muy bien cuidados. Johnston empezó a preguntarse si estaba soñando. Tanta belleza no tenía derecho a existir en su mundo. Y sin embargo, las rosas eran reales a su tacto. La fragancia que esparcían hubiera intoxicado a un inspector, y hubiera desvanecido cualquier falso sueño. Y luego llegó el increíble esplendor de las orquídeas, pictóricas de vida en un clima tan templado. Y había más. Mucho más. Millas y millas de capullos exóticos. Un verdadero bosque de flores que se extendía hasta donde podía alcanzar la vista.

Pero, ¿quién cuidaba de todo aquello?, se preguntó Johnston. ¿Quién cuidaba el césped, los árboles y los campos?

Seguía intrigado por ese molesto detalle cuando divisó la casa del guarda.

Johnston permaneció completamente inmóvil en el borde del pequeño claro y examinó la singular edificación desde el otro lado. Era una especie de cabaña, y parecía haber sido construida del mismo material que los troncos de los árboles que la rodeaban. Madera o algo parecido, recordó Johnston, enorgulleciéndose de su memoria latente. Hasta entonces no había visto madera. Consideraba casi imposible que pudiera seguir existiendo en el mundo de las ciudades.

Y sus sorpresas no terminaron ahí. Mientras andaba entre aquellos jardines, había imaginado a un ejército de robots moviéndose entre las flores, regándolas y cuidándolas. Nunca se le hubiera ocurrido pensar que el Gran Parque era atendido por un anciano que estaba sentado solo en el centro de todo, en una cabaña construida de madera.

Golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió una voz paciente, cansada.

Mr. Johnston abrió la puerta.

La habitación estaba iluminada únicamente por la luz solar que se filtraba a través de varias ventanas desprovistas de visillos. Los muebles eran increíblemente pasados

de moda, y contruidos también de madera.

El anciano estaba sentado cerca de una ventana, en el rincón más apartado. Hizo un gesto invitando a Johnston a que cerrara la puerta y tomara asiento.

—De modo que ha venido usted a ver mi parque —dijo el anciano, con una voz que parecía también de madera. La frase fue una afirmación, no una pregunta.

Johnston, dijo:

—Desde luego. No... no tenía la menor idea de que existiera un lugar como éste. Creí que todo esto había... desaparecido. Que las ciudades se lo habían tragado.

—No, no ha desaparecido todo —dijo el anciano, suavemente. Johnston pensó que nunca había visto a nadie con tal aspecto de vejez. Como si estuviera sentado allí desde hacía... siglos—. Quedan todavía algunos lugares. Parques, como éste. Pero no viene ya mucha gente por aquí.

—¿Por qué no?

Para Johnston, resultaba inconcebible que la gente quisiera permanecer en las ciudades pudiendo trasladarse a lugares tan bellos. Y así se lo manifestó al anciano.

El guardián sacudió su canosa cabeza, tristemente.

—Lo que usted no comprende, Mr. Johnston, es que la mayoría de la gente ha olvidado lo que es la belleza. Y al resto... no le importa.

El anciano estaba en lo cierto. Una parte de la humanidad había sido reemplazada por máquinas que se movían y actuaban casi como seres humanos, pero, además, el resto de las personas habían asumido las características de las máquinas. Sus personalidades habían sido tragadas por el mundo mecanizado que les rodeaba, y apenas podían ser distinguidas de los robots. Un medio ambiente estéril había moldeado sus mentes por cauces igualmente yermos. Y por eso resultaba tan difícil separar al hombre de la máquina.

—Usted es el primer visitante que he tenido desde hace... años —dijo el anciano.

La leve pausa que separó la última palabra del resto de la frase no fue percibida por Johnston. En su mente se agitaban docenas de preguntas.

—Desde luego, no cuidará usted todo *esto* por sí mismo...

—¡Cielos! No, joven. Hay... robots. —Utilizó la palabra con evidente desagrado—. Máquinas que cuidan de los jardines. Soy demasiado viejo para hacer otra cosa que no sea permanecer sentado y esperar.

—Pero, no veo cómo...

—Claro que no lo ve. Los robots trabajan durante la noche. Con los sentidos que poseen no necesitan la luz del día. Eso evita que descompongan el paisaje cuando llegan visitantes. Aunque en los actuales tiempos no creo que importe demasiado.

Johnston agradeció mentalmente el buen sentido que había dictado aquella medida. La idea de ver una máquina moviéndose sobre su parque le resultaba insoportable. Porque ahora se había convertido en *su* parque..., suyo y del anciano.

—¿Vive usted aquí, completamente solo?

El anciano se encogió de hombros.

—¿En qué otra parte podría vivir? Yo no necesito a las ciudades. Las ciudades no me necesitan a mí. Aquí me encuentro en plena naturaleza. Soy alimentado y atendido por... por las máquinas. Un mal necesario, desde luego. Mi vida está colmada. No deseo nada más.

Para Johnston, el lugar era cada vez más semejante al Paraíso.

—Me gustaría quedarme aquí. Con usted —exclamó, apasionadamente.

El anciano frunció el ceño.

—Dudo que fuera posible. La ciudad...

—¡Al diablo la ciudad! A la ciudad le tiene sin cuidado lo que me suceda. ¿No es lo mismo que viva aquí que allí?

—No es lo mismo, Mr. Johnston. Recuerde que usted representa parte de una ecuación. Una monstruosa ecuación que permite a los cibernéticos de la ciudad mantener al mundo en funcionamiento. Usted forma parte de un vasto plan de automatización, donde cada acto está previsto de antemano y calculado de acuerdo con otro billón de actos. Su ausencia podría introducir un factor no previsto en los cálculos y perjudicar el buen gobierno de la ciudad y, posteriormente, de todo el mundo. No, temo que no podrá usted quedarse. Pero puede usted venir por aquí a menudo.

—¿Y si pido una autorización para quedarme? —insistió Johnston—. No podrían negármela, ¿verdad? A ellos no les importa, de todos modos.

El anciano permaneció unos instantes en silencio. Luego dijo:

—Supongo que estudiarían su petición. Y harían una investigación, desde luego.

Ambos quedaron silenciosos. Johnston contempló el jardín a través de la ventana y escuchó los trinos de los pájaros que hacían más intensa la apacible calma que reinaba en el parque.

—¿Cómo empezó? —preguntó, en voz alta.

El anciano alzó la mirada.

—¿Cómo empezó *qué*, Mr. Johnston?

—Las ciudades. El mundo. Todo. ¿Cuándo empezamos a devorar nuestro planeta?

—Nadie lo sabe, muchacho. Nadie. Tal vez empezó cuando los dioses abandonaron la Tierra y subieron a las estrellas. Y cerraron las verjas para que no pudiéramos seguirles. Y nos dejaron aquí para perpetuarnos. Sólo teníamos un mundo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Pero, ¿cuándo llegará al *final*? —preguntó Mr. Johnston.

—¿Al final? Ha terminado ya, ¿no es cierto?

Se miraron el uno al otro, incapaces de contestar a sus mutuas preguntas.

—¿Cree usted que regresarán algún día? —preguntó Johnston.

—¿Quién?

—Los dioses.

—¿Quién puede contestar a esa pregunta? Por lo que sabemos, pueden haberse olvidado ya de nosotros.

*Olvidado de nosotros.*

*Del mismo modo que algún día nosotros nos olvidaremos de ellos.*

Johnston le formuló al guardián otras preguntas acerca del parque. Qué extensión tenía, qué otras cosas contenía, y cuando el anciano habló de vida salvaje, y ríos, y peces, la impaciencia se apoderó de él. La conversación con el anciano había hecho renacer toda su desesperación. Y deseó encontrarse de nuevo al aire libre.

—Creo que voy a continuar mi camino —anunció al cabo de un rato. Y se levantó de la silla que milagrosamente no se había hundido bajo su peso—. Hay muchas cosas que deseo ver antes de que se haga de noche.

—Desde luego. Pero, vuelva a pasar por aquí. Tengo tan pocas ocasiones de conversar...

El anciano le acompañó hasta la puerta y le dejó de nuevo entre los esplendores de la naturaleza.

La tarde empezaba a palidecer. Debían de haber hablado durante horas. ¿O era que los días parecían ahora muy cortos? Johnston creyó recordar que habían sido mucho más largos. Pero de esto hacía mucho, muchísimo tiempo. El hombre lo había cambiado todo.

*Excepto esto —pensó Johnston—. Toda esta belleza que me rodea. Ha tenido el suficiente sentido común para conservar esto.*

Junto a la cabaña del guarda crecía un gigantesco rosal. Los capullos rojos se tendían ávidamente hacia la luz del sol. Un repentino deseo se apoderó de Johnston: alargó una mano para coger una de las flores y acercarla a su corazón.

—¡No!

El grito del guardián quebró bruscamente el silencio.

Johnston detuvo su mano a unas pulgadas de los irresistibles pétalos. Miró a su alrededor y al anciano.

—No debe usted tocar las flores.

Una oleada de rabia invadió a Johnston. Estaba harto de que le dieran órdenes. ¿Es que iban a dárselas también *allí*?

Retadoramente, curvó sus dedos alrededor del tallo de una rosa y la arrancó del arbusto. La sostuvo de modo que el guardián pudiera verla y olió el delicado perfume.

La rosa se marchitó y murió en su mano. Los pétalos muertos se desintegraron como una tela de araña.

Johnston se quedó mirando su mano vacía. Y luego miró al guardián. La

expresión de desesperada angustia de los ojos del anciano era el espectáculo más terrible que había visto en toda su vida.

Temblando, Johnston se arrodilló junto al arbusto y agarró firmemente la base de la planta. No le resultó difícil arrancarla. El arbusto no tenía raíces.

La verdad se abrió paso en su mente: las maravillosas rosas eran un fraude, complicadas recreaciones que, una vez separadas del terreno que las producía, se convertían en una frágil película de plástico.

Y, lo mismo que las rosas, todo el jardín. Los árboles, los pájaros..., todo. ¿Por qué había sido tan imbécil como para creer que un lugar como aquél había podido sobrevivir? Sólo era un museo artificial. Nada más. Una brillante reproducción de un grupo de árboles y de flores.

Había sido engañado.

Un angustiado grito surgió de las profundidades de su garganta.

—¡Maldito embustero! Y casi me había hecho creer... Lo único que yo deseaba era la verdad. Usted podía habérmela dado. Sólo usted. Y prefirió mentir, mentir... ¿Y por qué? Debí sospecharlo. Porque es usted un robot, una maldita máquina, como todos los demás. ¿No es cierto? ¿No es cierto?

El anciano trató desesperadamente de reparar el daño.

—Le... le dije a usted que no arrancara la rosa —tartamudeó—, Traté de evitar que... que lo descubriera.

—¡Que descubriera la verdad! —gritó Johnston, y aplastó un puño contra el rostro del anciano. El guardián retrocedió, tambaleándose, y Johnston siguió golpeándole sin compasión, gritando una y otra vez—: ¡Máquina! ¡Maldita máquina!

El anciano cayó al suelo. Johnston le dio un puntapié en la cabeza y siguió golpeando el rostro hasta que aparecieron las fibras sintéticas a través del aplastado protoplasma. Luego dio media vuelta y echó a correr, alejándose de la cabaña.

Fue de un arbusto a otro, con la ilusoria esperanza de encontrar al menos uno que fuera real. Pero todas las flores se marchitaron en su mano. Poseído de una súbita desesperación, arrancó furiosamente los arbustos hasta que la sangre brotó de los cortes que los tallos de alambre producían en sus dedos.

Johnston estalló en una carcajada.

Oyó un zumbido sobre su cabeza. Alzó la mirada y vio un vehículo aéreo posado en el aire, inmóvil. En su interior había dos hombres que le contemplaban desapasionadamente. Los mismos que le habían recogido en la ciudad.

Agentes de la ciudad. Le habían espiado, seguido. Y estaban allí para llevárselo de nuevo al indescriptible horror de la ciudad que el hombre había construido. Al mundo donde no existía nada real y donde los robots eran tan parecidos a los humanos, y los humanos tan parecidos a las máquinas, que resultaba casi imposible distinguirlos.

—¿No comprenden ustedes? —gritó Johnston—. *¡Puedo ser el último hombre vivo!*

Se limitaron a mirarle. El vehículo aéreo empezó a ascender.

Johnston continuó arrodillado entre las flores que por un momento creyó reales y que ahora se le aparecían tan artificiales como el mundo del que había huido. Inclino la cabeza y contempló las brillantes manchas de sangre en sus manos.

Esto era algo real. Su propia sangre. Había estado allí siempre. Era lo único que le distinguía de las máquinas. La única característica humana que no podía ser copiada.

Johnston tomó una decisión. No regresaría a la ciudad. Era preferible la muerte a vivir en aquella espantosa cárcel.

Arrancó un arbusto y frotó salvajemente uno de los tallos de alambre contra su muñeca hasta que la sangre fluyó con abundancia de la seccionada arteria.

El vehículo aéreo aterrizó a unos metros de distancia. Se abrió la portezuela y los dos hombres descendieron. Se acercaron a Johnston con grandes precauciones. Uno de ellos llevaba un instrumento alargado que podía ser un arma.

A Johnston le tenía sin cuidado. Ahora se sentía muy débil.

Levantó su ensangrentada muñeca.

—¿Veis *esto*, malditas máquinas? Puedo hacer algo que vosotros no podréis hacer nunca. Puedo morir. *¡Morir!*

Los hombres permanecieron en silencio, un poco apartados, contemplándole. Johnston se asombró de su paciencia, de su impasibilidad, y se preguntó si realmente comprendían el concepto de muerte.

Sólo cuando la sangre cesó de fluir y la tierra se hubo tragado la última gota del precioso líquido, comprendió Johnston su paciencia. El manantial de su muñeca se había agotado. Sus venas estaban vacías.

Y, sin embargo, seguía viviendo. La conciencia enterrada dentro de su cráneo no necesitaba para nada la envoltura externa, diseñada únicamente para darle una apariencia humana. La suya era la evolución definitiva. Una mente que existía independientemente de su cuerpo sintético.

No había lágrimas para expresar el dolor de Johnston. Su debilitado cuerpo cayó sobre la engañosa tierra y, con el rostro enterrado en la hierba, lloró por la muerte de todas las cosas reales.

No oyó acercarse a los dos agentes, ni sintió la descarga de iones que traspasaron su pecho y anularon su vida sin alma.

# El vertedero

Joseph Payne Brennan

Apartando a un lado la sucia cortinilla de la ventana de la cocina, la mujer miró hacia afuera.

*Ya empieza otra vez*, murmuró en tono sombrío.

Hacia el Norte, a una milla de la casa, una enorme y grasienta nube de humo negro ponía una fea mancha en el azul del cielo. Bandadas de gaviotas revoloteaban sobre enormes montones de basura humeante. Aunque no podía verlas desde la ventana, la mujer sabía que en el vertedero pululaba un ejército de voraces ratas.

Por algún motivo, el omnisciente Estado toleraba el vertedero. En su dinámico celo por proporcionar casas prefabricadas, cápsulas alimenticias y periódicos sonoros cuidadosamente editados a todos los ciudadanos, el Estado había decidido hacer la vista gorda —temporalmente— en lo que respecta a la zona del vertedero.

Sin embargo, no faltaba quien decía que aquella zona había sido conservada deliberadamente como una especie de monstruoso museo, como un «Vea-cómo-eran-las-cosas-antes» para atracción de los turistas.

Sea como fuere, en pleno centro de maravillas de eficiencia, exactitud e interminable energía impersonal, allí estaba, una zona poblada de ratas y cuidadosamente evitada por la inmensa mayoría de ciudadanos del Estado.

Si continuaba viviendo gente en el vertedero, o incluso en sus inmediatos alrededores, solía admitirse que era por culpa suya. El Estado siempre estaba dispuesto a albergar y alimentar a los indigentes.

Los muelles rotos del somier gruñeron cuando el hombre se levantó del catre. Sacudió la cabeza.

—Tendrías que estar descansando, Lucy.

Ella se volvió, con los ojos brillantes de rabia.

—*¡Descansar!* —exclamó—. Con este humo que se mete por todas las rendijas de la casa... Un humo que se mete en los pulmones, en el pelo, en la comida, en la ropa... ¡incluso en la piel! ¡Estoy harta de humo, y de carbonilla, y de ratas... y de gaviotas! ¡Gaviotas! ¡Uf! Animales asquerosos, que se pasan el día aullando como perros hambrientos. Son gaviotas de estercolero. ¡Cuánto me gustaría retorcer sus sucios pescuezos!

Mientras se ponía una remendada chaqueta, el hombre echó a andar hacia la puerta de la cocina.

—Tú acabarías con todo, desde luego. Las gaviotas tienen derecho a la vida, como todo lo demás.

La mujer alzó el tono de su voz, furiosa.

—¡Supongo que vas a decir que las ratas también tienen derecho a la vida! ¡Vas a defender también a las ratas!

El hombre se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta. Parecía dolido por las palabras de la mujer.

—Eres injusta, Lucy. Estamos luchando contra las ratas. Y tú lo sabes.

—¡Estáis luchando contra ellas! —se burló la mujer—. Bueno, deja que te diga una cosa. ¡Estáis perdiendo la batalla! ¡Las ratas están ganando! ¡Hay más de un millón!

El hombre se frotó la barbilla, con aire pensativo.

—Hay muchas, de acuerdo. Pero las tenemos controladas. Y casi cada noche matamos un par de centenares.

Abrió la puerta de la cocina.

Mientras salía al exterior la furia de la mujer pareció desvanecerse repentinamente. Su voz ya no era chillona; sonó monótona, cansada.

—¿A qué hora volverás, Ralph?

Él se encogió de hombros.

—No puedo decirlo, exactamente. Tal vez demos una batida a las ratas. Un par de horas. Tal vez busquemos algo aprovechable entre los desperdicios. Tal vez nos limitemos a echar una parrafada alrededor de una cazuela de estofado.

Cerró la puerta.

Desde la ventana, la mujer le vio cruzar el patio trasero y desaparecer entre las contiguas espadañas.

A la hora de cenar, el hombre no había regresado. La mujer se comió un bizcocho, se tomó una taza de té y luego se sentó, tratando de leer, pero le resultó imposible concentrarse. Finalmente, se dirigió hacia la ventana de la cocina.

La oscuridad había caído, pero el Enemigo era aún visible, al resplandor de las fogatas encendidas alrededor de los montones de basura. Por la noche, el vertedero parecía incluso más repulsivo. Nunca se sabía lo que aquella oscuridad podía ocultar.

Mientras permanecía en pie junto a la ventana, la mujer imaginó que las cercanías del propio infierno podían parecerse a la escena que tenía ante los ojos: fogatas rodeando la noche, y más allá, en la oscuridad más profunda, terrores y miedos indescriptibles.

Al final, con aire fatigado, la mujer se desvistió para acostarse. Pero no durmió bien. Aquella noche, la pesadilla llegó rápidamente. Había variaciones, pero el fondo era casi siempre el mismo.

Desde la oscuridad exterior, desde arriba y desde abajo y desde todos los lados, llegaban contenidos pero ominosos susurros. Y luego la casa empezaba a agitarse, a hundirse, como un barco en el mar. Las ratas habían devorado sus cimientos y la casa era engullida por grandes mareas de basura. El vertedero se cerraba sobre ella, como una monstruosa boca. Pronto desaparecería de la vista en la legamosa oscuridad. Y



mientras desaparecía, era invadida por las ratas. Penetraban a través de las ventanas, de las puertas, por la chimenea: enormes, peludos animales de pupilas rojas y amarillentos colmillos. Saltaban sobre la cama, buscando su garganta.

La mujer estaba sentada en la cama, gritando, bañada en sudor, cuando logró despertarse.

Ralph no había regresado aún. La mujer se levantó, bebió una taza de té y volvió a meterse en la cama para dormir unos minutos en el par de horas que faltaban para que amaneciera.

Estaba sentada en la cocina cuando Ralph regresó. Una claridad grisácea se filtraba sobre las espadañas. A lo lejos, una gaviota graznó.

Ralph bostezó, se desperezó, tomó asiento.

—¡Vaya noche! Hemos liquidado un centenar de ratas. O quizá más. Mordieron a Jim Tavey, pero no es nada serio. Cuando regresamos, la mujer de Fred Morgee nos había preparado el mejor estofado que he comido nunca.

La mujer le miró.

—¡Esa asquerosa mujer! ¡Viviendo en el vertedero! Peor todavía que vivir cerca de él.

Ralph se encogió de hombros.

—No es tan malo, Lucy. Morgee se ha construido una barraca con un techo de hojalata. Tiene incluso retrete. Sheila Morgee es la mujer más feliz que conozco.

Lucy golpeó la mesa con su puño.

—¡Que se quede en su asquerosa barraca, si eso le gusta! ¡Yo estoy harta! Vivir cerca del vertedero resulta tan insoportable como vivir en medio de él. Carbonilla, humo, malos olores, gaviotas... y ratas, ratas, ratas.

Su voz se había elevado histéricamente.

Ralph trató de tranquilizarla.

—¿Qué podemos hacer, Lucy? Hace veinte años pagamos diez mil dólares por esta casa. Ahora, el Estado no nos daría más de tres mil por ella. ¿Cuánto nos durarían? En menos de un año estaríamos en la miseria. Y el Estado se haría cargo de nosotros.

—¿Qué tiene eso de malo? —replicó la mujer—. Tendríamos dos habitaciones en una casa prefabricada de plástico. No nos faltarían cápsulas alimenticias. Ni un televisor. Ahora, incluso se puede escoger entre un enebro y un arce para el jardín.

Ralph se rió desdeñosamente.

—¡El jardín! Hierba artificial, verde en verano y parda en otoño...

La voz de Lucy volvió a subir de tono.

—¡Es mejor que contemplar esas sucias espadañas todo el día! ¡Ver cómo se agitan mientras las ratas nadan alrededor de sus tallos!

Ralph permaneció callado.

Ella continuó, en tono cansado pero resuelto.

—Estoy harta, Ralph. No puedo seguir soportando esas pesadillas. Si no quieres

vender al Estado, yo reclamaré mi parte y me marcharé. No quiero continuar viviendo así.

El hombre sacudió la cabeza, con el ceño fruncido.

—Si de veras quieres marcharte, Lucy, no voy a oponerme. Puedes quedarte con todo lo que el Estado de por la casa. Pero te advierto que es un error. Aquí carecemos de muchas cosas, pero al menos estamos vivos.

La voz de Lucy tenía un tono amargo.

—Estoy harta. Voy a vender. Si no quieres venir, quédate a vivir con las ratas en el vertedero.

El hombre se acostó. Sabía que era inútil continuar discutiendo. Unas semanas después se presentó el agente del Estado. Ralph había firmado ya los documentos, renunciando a su parte en el producto de la venta de la casa. El Estado había accedido a pagar dos mil setecientos dólares.

Sentado en la única butaca decente que quedaba en el cuarto de estar, el agente del Estado —un tal Mr. Feckwith— abrió su cartera de mano.

—Lo único que falta —le explicó a Mrs. Leeson— es que firme usted los documentos.

Se los entregó.

Mientras los leía, el rostro de Lucy adquirió una expresión consternada.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no van a entregarme los dos mil setecientos dólares?

Mr. Feckwith tosió cortésmente.

—Verá, Mrs. Leeson, antes de pasar a depender de la tutela del Estado y de tener derecho a una vivienda prefabricada y a la necesaria alimentación, debe usted hacer donación al Estado de todos sus bienes. De no ser así, no podría ser considerada indigente.

Lucy vaciló.

—Pero... eso significa que no tendré un centavo.

Mr. Feckwith sonrió. Su sonrosado rostro resplandeció.

—¡No necesitará usted un solo centavo, Mrs. Leeson! El Estado se lo proporcionará todo: techo, comida, ropas, medicinas... Y gozará usted de todos los extras: televisor, el periódico sonoro, la excursión mensual... ¡Piénselo!

Lucy lo pensó. Pensó en la suciedad que había más allá de las ventanas, en las gaviotas revoloteando sobre los montones de basura... Pensó en esto y firmó.

Tres días después, el Estado envió un tronicar a recogerla. Lucy se alegró de que Ralph no estuviera en casa. Todo sería más fácil así.

Mientras el vehículo adquiría velocidad, Lucy se volvió a echar una última mirada al vertedero. Una nube de espeso humo negro flotaba sobre el lugar; las hambrientas gaviotas revoloteaban sobre los desperdicios, graznando roncamente. Suspirando con alivio, Lucy apartó la vista, concentrándola en el reluciente interior del tronicar. El vertedero quedó atrás de ella...

Su nueva vida era como un sueño. Disponía de dos habitaciones independientes en una casa prefabricada de plástico, convenientemente amueblada y provista de televisor, tocadiscos y proyector para el periódico sonoro. Cada día le servían la comida, en su mayor parte en forma de cápsulas. En el jardín de la casa se erguía un arce artificial de más de ocho pies de altura.

Si se sentía enferma, lo único que tenía que hacer era pulsar el botón con la indicación de «Dispensario». Al cabo de tres minutos se presentaba un médico del Estado.

Sentada en su butaca de espuma de goma, delante de la pantalla del televisor, se sentía feliz. En aquellas habitaciones no había humo. Cuando miraba a través de la ventana, en vez de sucias espadañas, veía el arce y la hierba artificiales de un color verde intenso. Las ratas no merodeaban ya por su patio trasero. No había ni rastro de gaviotas.

Lo sentía por Ralph. Probablemente moriría en el vertedero. Terminaría sus días en alguna sucia barraca, harto de estofado. Moriría solo, alguna noche, mientras ardían las fogatas del vertedero y las asquerosas ratas merodeaban en medio de la oscuridad.

Al cabo de una semana conoció a algunos de sus nuevos vecinos. En su manzana había otras veintiocho unidades, cada una de ellas con su propio jardín artificial. En algunos, como el suyo, se alzaba un arce. En otros veíase un enebro. La acogieron cordialmente. Se mostraron corteses con ella, amistosos. Ella no mencionó nunca el vertedero. Hablaban del pasado como si se refirieran a la vida en otro planeta. Hablaban de sus programas favoritos de la televisión, de los lugares que habían visitado en las excursiones mensuales en tronicar patrocinadas por el Estado. Hablaban de sus enfermedades.

Y, sin embargo, a Lucy Leeson le pareció que no hablaban mucho. Quizá representaba un esfuerzo excesivo. La mayoría de ellos se limitaban a permanecer delante de las pantallas de sus televisores, contemplando el programa. Tragaban sus alimentos en forma de cápsula sin moverse de sus butacas de espuma de goma.

Transcurrieron las semanas, y una mañana apareció un hombre que esparció sobre la hierba una capa uniforme de color pardo. Una semana después volvió a presentarse, colocó un aparato debajo del arce artificial y las brillantes hojas verdes se doblaron, haciéndose invisibles contra las ramas. Había llegado el otoño.

El hombre le explicó a Lucy que habían tratado de dejarlo verde todo el año, pero a la gente no le gustó la idea. Preferían mirar a través de sus ventanas, una hermosa mañana de primavera, y ver que la hierba y los árboles habían vuelto a reverdecer. Antes de que amaneciera, los hombres encargados del servicio eliminaban la capa de color pardo extendida sobre la hierba y devolvían su posición normal a las hojas del arce.

Era un paisaje maravilloso. La hierba no tenía que ser cortada nunca, y Lucy sabía que el arce artificial no crecería. Nada de molestas raíces, nada de hojas caídas

que recoger.

Lo único que decepcionaba a Lucy era el hecho de que los pájaros evitaran la hierba y el árbol. Con frecuencia miraba a través de la ventana, con la esperanza de ver un pájaro. Pero raramente veía uno. Recordaba con nostalgia los mirlos de alas rojas que cada primavera descendían sobre las espadañas que bordeaban el vertedero. Eran unos animalitos tan vivaces, tan retozones, tan desvergonzados... Pero nunca volaban sobre el jardín artificial.

Al cabo de una temporada, Lucy dejó de visitar a sus vecinos. Por algún motivo que se le escapaba, la deprimían. Eran viejos, e indiferentes y achacosos, pero no se trataba sólo de eso.

Al final supo el motivo. Estaban muertos; eran cadáveres esperando ser enterrados. Serían trasladados desde las casas prefabricadas de plástico a los ataúdes permaplásticos del Estado sin apenas un gruñido de protesta. Estaban esperando la muerte, día tras día. Conscientemente, tragaban sus cápsulas, leían sus diarios sonoros y se sentaban con los ojos clavados en las pantallas de sus televisores. Pero subconscientemente habían dejado de vivir. Subconscientemente anhelaban que la muerte les librara de las ataduras de la seguridad del Estado, del lavado de cerebro del Estado, de la monótona molicie del Estado.

Lucy empezó a experimentar la sensación de que se asfixiaba en la casa prefabricada de plástico. Las cápsulas alimenticias le inspiraban una creciente repugnancia. Los interminables programas de la televisión la aburrían mortalmente. Los periódicos sonoros eran algo más distraídos, pero Lucy acabó también por aborrecerlos porque se daba cuenta de que todas las noticias habían sido cuidadosamente cribadas y podadas.

Odiaba el arce que se levantaba en su jardín. A veces se sentaba en el suelo porque estaba cansada de hacerlo en la butaca de espuma de goma. En cierta ocasión apretó el botón «Dispensario» sólo para ver lo que sucedería, pero no volvería a hacerlo porque la sometieron a un reconocimiento que duró dos horas y la dejó agotada y furiosa. El reconocimiento fue muy minucioso, pero tan impersonal que Lucy llegó a tener la impresión de que era un objeto inanimado.

No tuvo más pesadillas acerca de las ratas del vertedero, pero se sentía acosada por un sueño más terrible. Soñaba que el Estado, incapaz de suministrar casas prefabricadas a los millares de nuevos solicitantes, llenaba algunas de las cápsulas alimenticias con polvos adormecedores. Los que ingerían aquellas cápsulas eran sacados de sus viviendas, introducidos en ataúdes permaplásticos del Estado y enterrados rápidamente. En su sueño, la casa prefabricada de plástico se convertía en un ataúd permaplástico.

Drogada con polvos adormecedores, era enterrada viva. Y se despertaba, noche tras noche, gritando, agitando los brazos en el aire para abrirse paso a través del ataúd.

Al final empezó a permanecer sentada durante la mayor parte de la noche; durante

el día dormía algunos ratos en la butaca de espuma de goma. De este modo terminó con el sueño de ser enterrada viva, pero no con el terror que le inspiraban las noches.

Se pasaba horas enteras sentada, pensando en el vertedero: las gaviotas graznando, las fogatas alrededor de los montones de basura, las espadañas agitándose a impulsos de la brisa, Ralph y sus fantásticos relatos acerca de las ratas o de la fortuna que alguien había encontrado en un bote de hojalata.

Lucy había odiado todo aquello, pero ya no estaba muy segura de su odio. Tal vez ni siquiera lo había odiado. ¿Qué era lo que había dicho Ralph? ¡Oh, sí! «Aquí carecemos de muchas cosas, *pero al menos estamos vivos*».

Lucy recordaba aquellas palabras. Las recordaba un centenar de veces al día.

Lo que la decidió fue un incidente vulgar. Una mañana estaba asomada a su ventana, mirando a través del jardín artificial, cuando un ambucar del Estado se detuvo al otro lado de la calle. Dos hombres vestidos de blanco entraron en la casa prefabricada. Al cabo de unos instantes volvieron a salir transportando a la anciana miss Quinsonby en una gran bolsa de plástico.

Lucy Leeson se sintió enferma. Aunque sabía perfectamente que miss Quinsonby estaba muy delicada desde hacía meses, el recuerdo de su pesadilla volvió a atormentarla. ¿No era posible que el Estado «dispusiera» de los más viejos y enfermos a fin de dejar sitio a los nuevos solicitantes? La idea era fantástica, pero resultaba menos descabellada si se tenía en cuenta la fría e impersonal eficiencia que demostraba el Estado...

Aquella misma tarde, Lucy se inscribió para la próxima excursión mensual en tronicar. Faltaban casi dos semanas, y Lucy contó los días. Una tarde, cuando estaba durmiendo en la butaca de espuma de goma, tuvo una nueva pesadilla. Soñó que se sentía enferma y pulsaba el botón del «Dispensario». Al cabo de tres minutos aparecieron dos empleados del hospital del Estado. Uno de ellos le hizo un guiño al otro, y los dos la miraron, sonriendo hipócritamente. Luego, Lucy se dio cuenta que el que había hecho el guiño escondía algo detrás de su espalda. Era una gran bolsa de plástico, plegada. Lucy se despertó empapada en sudor y gritando.

El día señalado para la excursión, Lucy se preparó desde muy temprano. Metió algunos objetos de uso personal en una bolsa y salió a la calle a esperar. Sabía que el conductor del tronicar tenía que detener el vehículo y llamar a su puerta, pero Lucy no quería dejar nada al azar. Esperó casi una hora, temiendo que el tronicar pudiera llegar antes de lo previsto. Cuando finalmente apareció por el extremo de la calle, Lucy salió corriendo a su encuentro.

Cuando el tronicar hubo recogido su carga de excursionistas y abandonado la inmediata zona prefabricada, el conductor empezó a recitar una cantinela, describiendo nuevos edificios, lugares y mejoras a medida que el vehículo pasaba por delante de ellos. Lucy apenas oía las palabras que zumbaban a través del sistema de altavoces.

Había hecho sus planes. Cuando el tronicar se detuviera en Newbridge, se apearía

con algún pretexto y se marcharía. Sabía que las excursiones en tronicar se ajustaban a un rígido horario. El conductor no la esperaría mucho rato.

Asegurándole que regresaría dentro de cinco minutos, se apeó en Newbridge y se perdió entre la multitud. Una vez fuera de la vista, hizo señas a un taxi.

Mientras el taxi se deslizaba a través del tráfico de la ciudad en dirección a la carretera que conducía al vertedero, Lucy se sintió asaltada por horribles dudas. Suponiendo que Ralph se hubiera marchado... Suponiendo que todos los demás se hubieran marchado... ¿Qué haría? ¿Adonde podría ir? La casa pertenecía al Estado. Ella no tenía dinero. Tendría que regresar a la casa prefabricada, al jardín artificial, regresar a... la *muerte*. En cuanto la hubo pronunciado mentalmente, no cesó de repetir la palabra. Muerte, muerte, muerte. Tendría que regresar a la muerte. Tendría que regresar a la muerte.

Se convirtió en un estribillo, martilleando en su cabeza. La voz del conductor llegó a sus oídos, sobresaltándola.

—Aquí empieza la zona del vertedero, señora. ¿Dónde quiere usted ir?

El corazón de Lucy latió fuertemente. Miró a través de la ventanilla, buscando algún punto de orientación.

—Una milla más adelante. Encontrará un viejo almacén vacío y luego algunos catalpas. Pare allí.

Al cabo de un par de minutos el taxi se detuvo. El corazón de Lucy latía con tal precipitación que casi le impedía respirar.

—¿Quiere que la espere? —inquirió el conductor.

Lucy sacudió la cabeza.

—No, gracias. Me... me están esperando.

El conductor miró hacia el humeante vertedero y se encogió de hombros. Lucy pagó el importe de la carrera y se apeó. Unos segundos después el taxi había desaparecido.

Lucy se dirigió hacia el grupo de catalpas que bordeaban la carretera. Un poco más allá se encontraba la casa. De pronto se detuvo, sorprendida: la casa había desaparecido. El Estado la había derribado.

Mientras miraba hacia la extensión de espadañas, Lucy experimentó una extraña sensación de irrealidad. Las gaviotas graznaban por encima de su cabeza y el sol se filtraba a través de un palio de humo, pero el familiar escenario parecía extrañamente desconocido.

Lucy cerró los ojos unos instantes y trató de ahuyentar el pánico que se iba apoderando de ella. La casa había desaparecido; esto era lo que hacía que todas las cosas parecieran tan extrañas, tan irreales. Ahora avanzaría por el sendero que conducía a las espadañas. Encontraría a Ralph y a los otros. No podían estar lejos. Tenían que guarecerse en alguna parte. Estaba portándose como una tonta. Debió suponer que la casa habría desaparecido; y aunque no hubiera desaparecido, no tenía derecho a entrar en ella, puesto que no era suya.

Antes de llegar a las espadañas se detuvo, vacilando. Le pareció oír chillidos de ratas entre los tallos que se erguían delante de ella. Finalmente cogió una gruesa rama en forma de garrote y continuó avanzando.

Siempre había creído que la marisma cubría únicamente una pequeña zona; ahora quedó anonadada ante su tamaño. El sendero zigzagueaba sin cesar, como una especie de laberinto. Los pies de Lucy estaban empapados. Al final tuvo que detenerse y sentarse. A su alrededor se oían crujidos y chirridos. Por encima de su cabeza revoloteaban las eternas gaviotas. El humo ascendía perezosamente hacia el cielo. Lucy se puso en pie y continuó avanzando.

El mediodía la sorprendió sentada en la base de un gran montón de cenizas y basura. Las gaviotas seguían graznando y el sol brillaba intensamente. Las espadañas habían quedado muy atrás. Lucy estaba cansada, confundida y asustada. La zona del vertedero parecía enorme y no había encontrado un solo ser humano. Había creído, anteriormente, que el vertedero era casi una llanura; ahora había descubierto, para su desaliento, que en realidad consistía en una serie ininterrumpida de altibajos. Si no trepaba a lo alto de un montón, no podía tender la vista muy lejos. E incluso trepando no podía ver los hoyos y depresiones del terreno que se abrían más allá del montón más próximo.

Había gritado hasta enronquecer. Ahora permanecía sentada en silencio. Una enorme rata gris apareció ante sus ojos. Su mano apretó con fuerza la rama que había cogido antes de adentrarse en las espadañas. La rata fingía mordisquear un trozo de papel, pero Lucy sabía que estaba observándola a ella. Tuvo una horrible visión de la noche cerrándose a su alrededor, de ratas por docenas, por centenares, observándola, esperando...

Se puso en pie tan bruscamente que la rata se asustó y desapareció. Tenía que marcharse de allí. Tenía que regresar a la marisma, tomar el pequeño sendero y regresar a la carretera. Una vez allí, estaría relativamente a salvo.

Pero no tardó en descubrir que estaba irremediablemente perdida. Las espadañas se habían desvanecido. Caminó de un lado para otro, sólo para encontrarse con montones más altos y hoyos más profundos. La tierra, recalentada por el sol, despedía un vaho sofocante. La cabeza empezaba a dolerle; tenía la garganta reseca y una sed rabiosa.

Las ratas la contemplaban cautelosamente. Una gaviota pareció lanzarse en picado contra ella, la miró con sus ojos crueles y remontó el vuelo, silenciosa.

Por último, sus piernas se negaron a sostenerla. Se desplomó, sollozando. Ralph se había marchado; todos se habían marchado. Estaba convencida de que se encontraba sola en el vertedero. De no ser así, alguien la hubiera visto, la hubiera oído. Todos se habían marchado; quizás el Estado les había expulsado.

Cuando volvió a ponerse en pie, las sombras empezaban a espesarse a su alrededor. Le dolían las piernas, le escocían los ojos y tenía la garganta tan reseca que apenas podía tragar la saliva. Trató de gritar, pero de su boca no salió más que leve

susurro. Sus primeros terrores se habían desvanecido. Ahora experimentaba una especie de tranquila desesperación.

Al dar la vuelta a un enorme montón de basura calcinada se detuvo, frunciendo el ceño. Tenía fiebre, pensó, y estaba delirando, ya que a unos metros de distancia había un grupo de personas, una choza, un claro semejante a una pequeña isla organizada en medio de un océano de caos. Abrió los ojos hasta que le dolieron los párpados, negándose a creer lo que estaba viendo.

Alguien la vio, profirió una exclamación, y todo el grupo se volvió a mirarla.

—¡Lucy!

Era Ralph. Se separó del grupo y echó a correr hacia ella.

—¡Lucy! ¡Lucy! ¿Cómo diablos...?

Lucy se arrojó en sus brazos, y él estaba riendo y ella estaba llorando. Se sentía demasiado cansada y demasiado sedienta para hablar. Ralph la levantó del suelo y la llevó hacia la choza. Los otros se agruparon a su alrededor, murmurando frases de simpatía.

Ralph la instaló en una gran butaca con la tapicería rota, debajo del techo de hojalata. Alguien trajo una jarra de agua fresca, el agua más sabrosa que Lucy había bebido en toda su vida. Mrs. Morgee se presentó con un paño húmedo y frotó suavemente las sienes y la cara de Lucy. Alguien la descalzó.

Al cabo de unos instantes Lucy se sintió mucho mejor. Se incorporó y miró a su alrededor. Ralph estaba inclinado sobre ella, sonriendo estúpidamente. Los demás la contemplaban en silencio, con una expresión cordial, comprendiendo que no se encontraba en condiciones de contestar a ninguna pregunta.

Cuando se hizo de noche, alguien encendió una fogata. Poco después un intenso aroma a estofado llenó el aire. La boca de Lucy se hizo agua; se dio cuenta de que estaba hambrienta.

Cuando hubo dado cuenta de un gran plato de estofado, apenas podía mantener los ojos abiertos. Mrs. Morgee la acompañó hasta el catre, la ayudó a desvestirse y la acostó. Ralph estaba fuera, con los demás, alrededor de la fogata. Las explicaciones podían esperar hasta el día siguiente.

Lucy experimentó la sensación de hundirse sin esfuerzo en un sueño profundo, sin pesadillas. Había tomado una decisión. No volvería nunca a la casa prefabricada de plástico, al jardín artificial y a las cápsulas alimenticias. No iban a llevársela una mañana, sola, metida en una gran bolsa de plástico.

No se acostumbraría nunca a las ratas, y seguirían sin gustarle el humo y las gaviotas, pero ahora sabía que existían cosas peores.

Allí, por lo menos, se sentía viva.



# La marca de Caín

Arthur C. Clarke

Tibor no lo vio. Estaba durmiendo e inmerso en su inevitable y doloroso sueño.

Sólo Joey se encontraba despierto sobre cubierta, en la fresca quietud que precede a la aurora, cuando apareció el llameante meteoro encima de Nueva Guinea. Observó cómo ascendía el cielo hasta pasar directamente por encima de su cabeza, apagando las estrellas y proyectando sombras que se movían rápidamente sobre la atestada cubierta. La fuerte luz perfiló el aparejo desnudo, las cuerdas enrolladas y los tubos de aire, las escafandras hábilmente colocadas para la noche, incluso la isla baja y cubierta de palmeras a media milla de distancia. Al pasar hacia el sudoeste, sobre el vacío del Pacífico, empezó a desintegrarse.

Desprendió glóbulos incandescentes, dejando una estela de fuego a lo largo de un cuarto de su trayectoria en el cielo. Empezaba ya a extinguirse cuando Joey lo perdió de vista. Todavía resplandeciendo, se hundió en el horizonte, como si tratase de arrojarse contra la cara del sol oculto.

Si la vista era espectacular, el silencio absoluto resultaba enervante. Joey se quedó esperando, pero ningún sonido llegaba del cielo hendido. Cuando unos minutos más tarde se oyó un súbito chasquido en el mar, a poca distancia, la sorpresa le produjo un involuntario sobresalto; después se maldijo por haberse dejado asustar por una manta, aunque tenía que ser muy grande para haber hecho aquel ruido al saltar. No oyó nada más, y entonces volvió a dormirse.

En su estrecha litera, a popa del compresor de aire, Tibor no oyó nada. Dormía tan profundamente después del trabajo del día que le quedaba poca energía, incluso para las sueños. Y cuando los tenía, no eran los que hubiese querido. En las horas de oscuridad, cuando su mente rondaba por el pasado, nunca se detenía, en recuerdos de deseo. Había tenido mujeres en Sydney, en Brisbane, en Darwin y en Thursday Island, pero ninguna en sus sueños. Lo único que siempre recordaba al despertar, en la fétida quietud del camarote, era el polvo, el fuego y la sangre cuando los tanques rusos entraron en Budapest. Sus sueños no eran de amor sino sólo de odio.

Cuando Nick lo sacudió para despertarlo, estaba esquivando a los guardias en la frontera austríaca. Tardó unos segundos en hacer el viaje de quince mil kilómetros hasta el Great Barrier Reef. Entonces bostezó, echó a patadas a las cucarachas que le hacían cosquillas en los dedos de los pies, y bajó de la litera.

El desayuno era el mismo de siempre, desde luego: arroz, huevos de tortuga y carne en conserva, regado todo ello con té fuerte y dulce. Lo mejor de la comida de Joey era la abundancia. Tibor estaba acostumbrado a la monótona dieta. Lo

compensaba, al igual que de otras privaciones, cuando volvía al continente.

El sol apenas había asomado en el horizonte cuando amontonaron los platos en la pequeña cocina y el lugre emprendió su ruta. Nick parecía animado al ponerse al timón y apartarse de la isla. El viejo pescador de perlas tenía motivos para estarlo, ya que el banco de conchas en el que trabajaban era el más rico que Tibor había visto jamás. Con un poco de suerte llenarían la bodega en un día o dos y volverían a Thursday Island con media tonelada de conchas a bordo. Y entonces, con un poco más de suerte, podría dejar este peligroso trabajo y volver a la civilización.

Y no es que lamentase nada. El griego lo había tratado bien, y él había encontrado algunas perlas muy buenas al abrir las conchas. Pero ahora, después de nueve meses en el Reef, comprendía por qué el número de submarinistas blancos podía contarse con los dedos de una mano. Los japoneses, los canacas y los isleños podían soportarlo; pero muy pocos europeos.

El diesel enmudeció y el Arafura se detuvo.

Estaban a unos tres kilómetros de la isla, baja y verde sobre el agua, pero separada de ésta por una estrecha franja de playa deslumbrante. No era más que un banco de arena sin nombre, del que había logrado apoderarse un pequeño bosque. Sus únicos moradores eran las innumerables y estúpidas pardelas que anidaban en el blando suelo y hacían la noche odiosa con sus gritos agoreros.

Los tres buceadores apenas hablaron mientras se vestían. Cada uno sabía lo que tenía que hacer y no perdía tiempo en llevarlo a cabo. Al abrocharse Tibor la gruesa chaqueta de twill, Blanco, su ayudante, lavó el cristal del casco con vinagre, para que no se empañase. Entonces Tibor bajó por la escalera de cuerda, mientras le ponían el pesado casco y el coselete de plomo.

Aparte de la chaqueta, cuyo relleno repartía el peso por igual sobre sus hombros, llevaba su ropa corriente. En aquellas aguas cálidas no había necesidad de trajes de caucho. El casco actuaba simplemente como una pequeña campana de buzo mantenida en posición por su propio peso. En caso de emergencia, el que lo llevaba (si tenía suerte) podía desprenderse de él y subir nadando sin estorbos a la superficie. Tibor lo había visto hacer, pero no tenía el menor deseo de experimentarlo.

Cada vez que se plantaba en el último escalón, agarrando el saco para las conchas con una mano y el cable de seguridad con la otra, acudía a su mente la misma idea. Estaba dejando el mundo que conocía; pero ¿era para una hora... o para siempre?

Abajo, en el fondo del mar, estaban las riquezas y la muerte y uno no podía estar seguro de cuál de las dos cosas le esperaba allí. Lo más probable es que fuera un día más de trabajo pesado y sin incidentes, como lo eran la mayoría de los días de la vida monótona del pescador de perlas. Pero Tibor había visto morir a uno de sus compañeros al enredarse el tubo del aire en la hélice del Arafura. Y había sido testigo de la agonía de otro, víctima de la enfermedad de los buzos. En el mar, nada era nunca seguro o cierto. Uno se arriesgaba con los ojos abiertos.

Y si perdía, de nada servían las lamentaciones.

Se apartó de la escalera, y el mundo del sol y el cielo dejó de existir. Debido al peso del casco, tuvo que agitar frenéticamente los pies para mantener el cuerpo vertical. Sólo podía distinguir una niebla azul y amorfa al hundirse hacia el fondo. Esperó que Blanco no tirase demasiado pronto del cable de seguridad. Tragando saliva y bufando, trató de despejar los oídos al aumentar la presión. El derecho se «destapó» con bastante rapidez, pero un dolor punzante, insoportable, aumentó rápidamente en el izquierdo, que lo molestaba desde hacía varios días. Metió la mano debajo del casco, se tapó la nariz y sopló con toda su fuerza. Hubo una brusca y silenciosa explosión dentro de su cabeza y el dolor cesó al instante. Ya no tendría más dificultades en esta inmersión.

Tibor tocó el fondo antes de verlo.

Su visión hacia abajo era muy limitada pues no podía inclinarse sin correr el riesgo de que se inundase el casco. Podía ver a su alrededor, pero no inmediatamente debajo de él. Lo que contempló era tranquilizador en su monotonía: un llano cenagoso y ligeramente ondulado que se difuminaba a unos tres metros de distancia. A un metro a su izquierda un pececillo mordisqueaba un trozo de coral del tamaño y la forma de un abanico. Esto era todo. Aquí no había belleza ni era un lugar de ensueño submarino. Pero había dinero. Y eso era lo que importaba.

El cable de seguridad dio un ligero tirón al empezar a derivar en la dirección del viento, moviéndose de lado sobre el sector, y Tibor empezó a avanzar con el paso saltarín y lento que le imponía la ingravidez y la resistencia del agua. Como buzo número dos, trabajaba desde la proa. En medio estaba Stephen, todavía algo inexperto, y a popa Billy, el primer buzo. Los tres hombres raras veces se veían cuándo estaban trabajando; cada uno tenía su propio territorio que explorar, mientras el Arafura se deslizaba en silencio a favor del viento. Sólo en los extremos de los zigzags que trazaban, a veces se veían de refilón como vagas sombras entre niebla.

Se necesitaba práctica para distinguir las conchas debajo del camuflaje de algas y hierbas, pero con frecuencia los moluscos se delataban ellos mismos. Cuando sentían las vibraciones del hombre que se acercaba, se cerraban de golpe, y entonces se producía un fugaz destello nacarado en la penumbra. Sin embargo, incluso éstas escapaban a veces pues el barco en movimiento podía arrastrar al pescador antes de que pudiese agarrar su presa. En los primeros días de aprendizaje, a Tibor se le habían escapado bastantes ostras grandes, cualquiera de las cuales podía haber contenido una perla fabulosa. O así se lo había imaginado, antes de que se extinguiese para él el atractivo de la profesión y se percatase de que aquellas perlas resultaban tan raras que era mejor olvidarse de ellas.

La perla más valiosa que había pescado se había vendido por veinte libras, y las conchas que recogía en una buena mañana valían más. Si la industria hubiese dependido de las perlas y no del nácar, habría quebrado hacía años. No había sentido

del tiempo en este mundo de niebla. Uno caminaba debajo de la embarcación móvil e invisible, con el zumbido del compresor de aire golpeándole los oídos, y la verde neblina moviéndose delante de los ojos. A largos intervalos se descubría una concha, se la arrancaba del fondo del mar y se metía en la bolsa. Si uno tenía suerte, podía recoger un par de docenas en una sola inmersión. Pero también era posible que no encontrase ninguna.

Uno estaba alerta ante el peligro, pero éste no le preocupaba. Los verdaderos riesgos eran accidentes sencillos y nada espectaculares, como que se enredasen el tubo del aire o el cable de seguridad, no los tiburones, los grandes peces ni los pulpos. Los tiburones huían al descubrir burbujas de aire y en todas las horas de inmersión, Tibor sólo había visto un pulpo de medio metro de diámetro. En cuanto a los peces gigantescos, bueno, había que tomarlos en serio porque se podían tragar de golpe a un buzo si estaban hambrientos. Pero no era probable encontrarlos en esta llanura desalada. No había cuevas de coral donde pudiesen establecer sus hogares.

Por consiguiente, la impresión no habría sido tan fuerte, si este ambiente gris y uniforme no le hubiese dado una sensación de seguridad.

Estaba caminando con regularidad hacia una pared de niebla inalcanzable que se retiraba tan deprisa como acercaba él. Y entonces, sin previo aviso, una particular pesadilla tomó cuerpo encima de él.

Tibor odiaba las arañas, y había cierta criatura en el mar que parecía deliberadamente dispuesta a aprovecharse de aquella fobia. El no había visto ninguna y su mente había eludido siempre la idea de semejante encuentro, pero sabía que el cangrejo araña japonés puede medir tres metros y medio desde las patas de un lado a las del otro. El hecho de que fuese inofensivo no le importaba en absoluto. Un cangrejo araña grande como un hombre no tenía derecho a la existencia.

En cuanto vio aparecer aquella jaula de miembros flacos en la masa gris de las aguas, Tibor empezó a chillar con terror incontrolable. No recordaba haber tirado del cable de seguridad, pero Blanco reaccionó con la percepción instantánea del ayudante ideal. Resonando todavía sus gritos en el casco, Tibor sintió que lo arrancaban del fondo del mar y lo subían hacia la luz, el aire... y la cordura.

Mientras ascendía, comprendió lo absurdo de su miedo y recuperó algo de su dominio. Pero cuando Blanco le quitó el casco, aún temblaba violentamente y tardó algún tiempo en poder hablar.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó Nick—. ¿Es que todos queréis terminar el trabajo antes de la hora?

Entonces Tibor se dio cuenta de que no había sido el primero en subir. Stephen estaba sentado en mitad del barco, fumando un cigarrillo, y al parecer totalmente despreocupado. Un ayudante izaba al buzo de popa, que se preguntaría sin duda qué había sucedido, ya que el Arafura se había detenido y todas las operaciones se habían suspendido hasta que se resolviese la cuestión.

—Hay una especie de embarcación hundida ahí abajo —dijo Tibor—. Tropecé

con ella. Lo único que pude ver fue un montón de cuerdas y de palos.

Para su gran contrariedad, el recuerdo hizo que empezase á temblar de nuevo.

—No veo por qué eso te provocó el tembleque —gruñó Nick.

Tampoco podía comprenderlo Tibor, sobre la cubierta bañada por el sol. Era imposible explicar cómo podía una forma inofensiva, vista a través de una niebla, llenar completamente la mente de terror.

—Casi me enredé con aquello —mintió—. Blanco tiró de mí con el tiempo justo.

—¡Hum! —murmuró Nick, no muy convencido—. En todo caso, no es un barco. —Señaló hacia el buzo que estaba en mitad de la embarcación—. Steve tropezó con un montón de cuerdas y de tela, dice que como un nylon grueso. Parece una especie de paracaídas. —El viejo griego miró disgustado la mojada colilla de su puro y la arrojó por encima de la borda—. En cuanto hayas subido Billy, iremos a echar un vistazo. Puede que valga algo; recordad lo que le ocurrió a Jo Chambers.

Tibor lo recordaba; la historia era famosa a lo largo del Great Barrier Reef. Jo había sido un pescador solitario que, en los últimos meses de la guerra, había descubierto un DC-3 en aguas poco profundas a pocos kilómetros de la costa de Queensland. Después de prodigios de recuperación sin ayuda de nadie, se había abierto paso en el fuselaje y empezado a descargar cajas de herramientas perfectamente protegidas con envolturas impermeables. Durante un tiempo había realizado un fructífero negocio de importaciones, pero cuando la policía dio con él, reveló de mala gana la identidad de su proveedor. Los «polis» australianos pueden ser muy persuasivos.

Y fue entonces, después de semanas y semanas de fatigoso trabajo debajo del agua, cuando Jo descubrió lo que había estado transportando el DC-3 además de las herramientas que, por valor de unos pocos miles de dólares, había estado vendiendo a los garajes y talleres del continente.

Las grandes cajas de madera que no se había decidido a abrir contenían la paga de una semana de las fuerzas del Pacífico.

Aquí no habría tanta suerte, pensó Tibor al saltar de nuevo al agua. Pero el avión (o lo que fuese) podía contener instrumentos valiosos y tal vez habría una recompensa para quien los descubriese. Además, estaba en deuda consigo mismo. Quería ver exactamente que era lo que le había causado semejante susto.

Diez minutos más tarde supo que no era ningún avión. Tenía otra forma y era mucho más pequeño; sólo unos seis metros de largo y la mitad de ancho. El estrecho objeto tenía escotillas de acceso y pequeñas portillas a través de las cuales atisbaban el mundo unas instrumentos desconocidos. Daba la impresión de estar desarmado, aunque un extremo parecía haber sido fundido por un terrible calor. Del otro brotaba una maraña de antenas, todas ellas rotas o torcidas por el choque contra el agua. Incluso ahora tenían un increíble parecido con las patas de un insecto gigante.

Tibor no era tonto. Enseguida sospechó lo que era aquello.

Sólo subsistía un problema, y lo resolvió con facilidad. Aunque borradas en parte

por el calor, aún había palabras legibles grabadas en algunas escotillas. Los caracteres eran cirílicos, y Tibor conocía el ruso lo bastante como para captar referencias a materiales electrónicos y sistemas de presurización.

«Así que han perdido un sputnik», se dijo, satisfecho. Podía imaginar lo sucedido. Aquella cosa había descendido demasiado aprisa y a un lugar equivocado. En uno de los extremos había restos de flotadores; se habían reventado con el impacto y el vehículo se había hundido como una piedra.

La tripulación del Arafura tendría que disculparse con Joey. No había estado bebiendo. Lo que había visto arder en el cielo seguramente sería el cohete portador, que se había separado de su carga y caído sin control en la atmósfera de la Tierra.

Tibor permaneció durante mucho rato en el fondo del mar, con las rodillas dobladas a la manera típica del buzo, mientras observaba aquella criatura del espacio atrapada ahora en el elemento extraño. Su mente estaba llena de planes a medio elaborar, pero ninguno de ellos estaba todavía claro.

Ya no le importaba el dinero del salvamento. La perspectiva de la venganza era mucho más importante.

Aquí estaba una de las creaciones de las que más se enorgullecía la tecnología soviética, y Szabo Tibor, oriundo de Budapest, era el único hombre del mundo que lo sabía.

Tenía que haber alguna manera de aprovechar la situación, de producir daño al país y a la causa que ahora odiaba con tan ardiente intensidad. Aún no se había entretenido en analizar el verdadero motivo de este odio. Aquí, en este mundo solitario de mar y cielo, de vaporosos manglares y deslumbrantes bancos de coral, no había nada que le recordase el pasado. Sin embargo, no podía librarse de él. Algunas veces despertaban los demonios de su mente y tenía accesos de rabia o un deseo cruel y desenfrenado de destrucción. Hasta ahora había tenido suerte; no había matado a nadie. Pero algún día...

Un inquieto tirón de Blanco interrumpió sus sueños de venganza.

Dio una señal tranquilizadora a su ayudante e inició un examen más atento de la cápsula. ¿Cuánto pesaba? ¿Podía ser izada fácilmente? Debía descubrir muchas cosas, antes de trazar algún plan definitivo.

Se apoyó en la pared de metal ondulado y empujó cautelosamente. Percibió un claro movimiento, al oscilar la cápsula sobre el fondo marino. Tal vez podría ser levantada, incluso con las pocas poleas de que disponía el Arafura. Probablemente era más ligera de lo que parecía.

Tibor apretó el casco contra la sección plana de la cápsula y escuchó con atención.

Había tenido cierta esperanza de oír algún ruido mecánico, como el zumbido de motores eléctricos. Pero el silencio era absoluto. Golpeó el metal con el mango de su cuchillo, tratando de calcular su grosor y de localizar cualquier punto débil. Su tercer intento dio resultado, pero no fue lo que esperaba.

La cápsula le respondió con un furioso y desesperado repiqueteo.

Hasta este momento a Tibor no se le había ocurrido pensar que pudiese haber alguien en el interior. La cápsula le había parecido demasiado pequeña.

Entonces se dio cuenta de que había estado pensando en términos de aviación convencional. Allí había espacio suficiente para un pequeño camarote a presión en el que un abnegado astronauta podría pasar unas pocas horas encogido.

Así como un calidoscopio puede cambiar completamente su dibujo en un solo movimiento, así los planes medio elaborados en la mente de Tibor se disolvieron y cristalizaron después en una nueva forma. Se humedeció los labios con la lengua detrás del grueso cristal del casco. Si Nick hubiese podido verlo, ahora se habría preguntado, como había hecho ya algunas veces, si su buzo número dos estaba completamente cuerdo. Todas sus ideas de una venganza remota e impersonal contra algo tan abstracto como una nación o una máquina se alejaron de su mente.

Ahora sería una cuestión de hombre a hombre.

—Te has tomado tiempo, ¿no? —dijo Nick—. ¿Qué has descubierto?

—Es ruso —dijo Tibor—. Algún tipo de sputnik. Si lo atamos con una cuerda creo que podremos levantarlo del fondo. Pero es demasiado pesado para subirlo a bordo.

Nick dio una chupada a su eterno puro, con expresión reflexiva.

El jefe estaba preocupado por una cuestión que no se le había ocurrido a Tibor. Si se realizaba alguna operación de salvamento allí, todos sabrían el sitio donde había estado el Arafura. Cuando llegase la noticia a Thursday Island, su banco de ostras particular sería limpiado en un santiamén...

Tendrían que mantener en secreto todo el asunto o remolcar ellos mismos aquella maldita cosa y no decir dónde la habían encontrado. En todo caso, más parecía un engorro que algo valioso. Nick, que compartía casi todos los prejuicios de los australianos contra la autoridad, estaba convencido de que lo único que sacarían de su trabajo sería una bonita carta de agradecimiento.

—Los muchachos no quieren bajar —anunció—. Creen que es una bomba. Quieren dejarla donde está.

—Diles que no se preocupen —replicó Tibor—. Yo me encargaré de esto.

Trató de mantener su voz fría y normal, pero aquello era demasiado bonito para ser verdad. Si los otros oían los golpes desde dentro de la cápsula, sus planes se derrumbarían.

Señaló hacia la isla verde y adorable en el horizonte.

—Sólo podemos hacer una cosa. Si conseguimos levantarla medio metro del fondo podremos llevarla hacia la costa. Una vez en aguas poco profundas, no será muy difícil arrastrarla hasta la playa. Utilizaremos los botes y tal vez enganchemos una polea en uno de aquellos árboles.

Nick considero la idea sin mucho entusiasmo. Dudaba de que el sputnik pudiese pasar a través del arrecife, incluso a sotavento de la isla, Pero era partidario de

alejarse de su banco de conchas. Siempre podrían dejarlo en otra parte, señalar el lugar con una boya y reclamar el mérito del hallazgo.

—Está bien —dijo—. Baja. Esa cuerda. de dos centímetros es la más fuerte que tenemos; será mejor que te la lleves. Pero no te pases todo el día en esto; ya hemos perdido bastante tiempo.

Tibor no tenía intención de pasar todo el día ahí. Seis horas serían más que suficientes. Ésta era una de las primeras cosas que había aprendido de las señales a través de la pared.

Era una lástima que no pudiese oír la voz del ruso; pero el ruso podía oírle y esto era lo que realmente importaba. Cuando apoyó el casco en el metal y gritó, la mayoría de sus palabras fueron comprendidas. Hasta ahora había sido una conversación amistosa; Tibor no tenía intención de mostrar sus cartas hasta el momento psicológico adecuado.

La primera operación había sido establecer una clave: un golpe para decir «Sí» y dos para decir «No». Después se trataba sólo de hacer las preguntas más convenientes. Con tiempo, no había un hecho ni una idea que no se pudiese comunicar por medio de estas dos señales. Habría sido mucho más difícil si Tibor se hubiese visto obligado a emplear su rudimentario ruso. Se había alegrado, aunque no sorprendido, al descubrir que el piloto atrapado comprendía perfectamente el inglés.

Había aire en la cápsula para otras cinco horas; su ocupante estaba ileso; sí, los rusos sabían el lugar donde había caído.

La última respuesta dio que pensar a Tibor. Tal vez el piloto estaba mintiendo, pero podía ser verdad lo que decía. Aunque algo había funcionado evidentemente mal en el regreso proyectado a la Tierra, los buques de rastreo del Pacífico tenían que haber localizado el lugar del impacto, aunque no podía saber con qué exactitud. Pero ¿qué importaba eso? Podían tardar días en llegar aquí, aunque viniesen a toda velocidad a las aguas territoriales australianas sin molestarse en pedir permiso a Canberra. Era dueño de la situación. Toda la fuerza de la URSS no podría hacer nada para frustrar sus planes antes de que fuese demasiado tarde.

La pesada cuerda cayó en rollos sobre el fondo marino, levantando una nube de limo que se alejó como humo, impulsado por la lenta corriente. Ahora que el sol estaba más alto en el cielo, el mundo submarino ya no se encontraba envuelto en una penumbra gris. El fondo del mar era incoloro pero brillante, y el límite de la visión estaba ahora casi a cinco metros de distancia.

Tibor pudo observar toda la cápsula espacial por primera vez. Era un objeto tan peculiar, diseñado para condiciones más allá de toda experiencia normal, que engañaba a la vista. Uno buscaba en vano la parte de delante y la de atrás. No había manera de saber en qué dirección apuntaba al volar a toda velocidad en su órbita.

Tibor apretó el casco contra el metal y gritó.

—¡He vuelto! —anunció—. ¿Puede oírme?

Pam.



—He traído una cuerda y voy a atarla a los cables del paracaídas. Estamos a unos tres kilómetros de una isla. En cuanto la hayamos atado, pondremos rumbo hacia ella. No podemos sacarle del agua con la polea que llevamos a bordo, así que trataremos de llevarle a la playa. ¿Comprende?

Pam.

Sólo tardó unos momentos en atar la cuerda; ahora era mejor que se apartase antes de que el Arafura empezase a levantar la cápsula.

Pero primero tenía que hacer algo.

—¡Eh! —gritó—. He atado la cuerda. Levantaremos esto dentro de un minuto. ¿Me oye?

Pam.

—Entonces también podrá oír esto: nunca saldrá vivo de ahí. También esto lo he atado bien.

Pam, Pam.

—Tardará cinco horas en morir. Mi hermano tardó más, cuando pasó por un campo de minas. ¿Comprende? ¡Soy de Budapest! Le odio a usted, a su país y a todo lo que éste defiende. Me han arrebatado mi casa, mi familia; han convertido a mis compatriotas en esclavos. ¡Ahora me gustaría ver su cara! Me gustaría verle morir. También a Theo le vi morir. Cuando estemos a medio camino de la isla, esta cuerda se romperá por donde yo la corte. Bajaré y ataré otra, y ésta también se romperá. Puede quedarse sentado y esperar las sacudidas.

Tibor se detuvo bruscamente, agotado por la violencia de sus emociones.

No había lugar para la lógica o la razón en este orgasmo de odio. No se detuvo para pensar, porque no se atrevía a hacerlo. Pero en lo más recóndito de su mente, la verdad se estaba abriendo paso hacia la luz de la conciencia.

No era a los rusos a quienes odiaba por todo lo que habían hecho. Se odiaba a sí mismo, porque había hecho más.

La sangre de Theo y de diez mil compatriotas había manchado sus propias manos. Nadie había sido más comunista que él ni nadie había creído más estúpidamente la propaganda de Moscú. En el instituto y en la universidad había sido el primero en buscar y denunciar a los «traidores» (¿a cuántos de ellos había enviado a los campos de trabajo o a las cámaras de tortura de la AVO?). Cuando descubrió la verdad, ya era demasiada tarde. Y ni siquiera entonces había luchado. Había echado a correr.

Había corrido por todo el mundo, tratando de escapar a su culpa, y las drogas del peligro y la disipación lo habían ayudado a olvidar el pasado. Los únicos placeres que ahora le ofrecía la vida eran los abrazos sin amor que buscaba febrilmente cuando estaba en tierra firme, y su actual modo de existencia era prueba de que aquello no era suficiente.

Si ahora podía hacer tratos con la muerte, era sólo porque había venido aquí en busca de ella.

No hubo ningún sonido en la cápsula. Su silencio parecía despectivo, burlón.

Tibor la golpeó con furia con el mango del cuchillo.

—¿Me has oído? —gritó—. ¿Me has oído?

Ninguna respuesta.

—¡Maldito seas! ¡Sé que estás escuchando! ¡Si no contestas, haré un agujero en la cápsula para que entre el agua!

Estaba seguro de que podía conseguirlo con la afilada punta del cuchillo. Pero esto era lo último que quería hacer; sería demasiado rápido, un fin demasiado fácil.

Seguía sin oír nada; tal vez el ruso se había desmayado. Tibor esperó que no fuese así, pero era inútil demorarse aún más. Propinó un fuerte golpe de despedida a la cápsula e hizo señal a su ayudante.

Nick tenía noticias para él cuando salió a la superficie.

—La radio de Thursday Island no ha parado un momento —dijo—. Los rusos están pidiendo a todo el mundo que busquen uno de sus cohetes. Dicen que debe estar flotando en alguna parte, frente a la costa de Queensland. Parece que están muy interesados en recuperarlo.

—¿Han dicho algo más sobre él? —preguntó ansiosamente Tibor.

—Sí, que ha dado un par de vueltas alrededor de la Luna.

—¿Eso es todo?

—Nada más, que yo recuerde. Usaban muchos términos científicos que no comprendía.

Era de suponer; cuando fallaba alguno de sus experimentos, los rusos lo mantenían en secreto tanto como les era posible.

—¿Has dicho a Thursday Island que lo hemos encontrado?

—¿Estás loco? Además, el transmisor no funciona; no podría hacerlo aunque quisiera. ¿Has fijado bien la cuerda?

—Sí; mira si puedes levantarla del fondo.

El extremo de la cuerda había sido atado alrededor del palo mayo y en pocos segundos quedó tirante. Aunque el mar estaba en calma, había un ligero oleaje y el lugre oscilaba en ángulos de diez o quince grados. A cada balanceo, las bordas se elevaban medio metro y descendían de nuevo. Había un montacargas con capacidad para varias toneladas pero era necesario tener mucho cuidado al emplearlo.

La cuerda vibró, la madera crujió y, por un momento, Tibor temió que la debilitada cuerda se rompiera demasiado pronto. Pero resistió y se elevó la carga.

La izaron más a la segunda oscilación y más a la tercera.

Entonces se desprendió la cápsula del fondo marino y el Arafura escoró ligeramente a babor.

—Vamos —dijo Nick, empuñando la rueda del timón—. Tendríamos que llevarla a medio kilómetro antes de que choque de nuevo.

El lugre empezó a moverse despacio en dirección a la isla, transportando su carga escondida debajo de él.

Apoyándose en la borda y dejando que el sol evaporase el agua de su ropa

mojada, Tibor se sintió en paz por primera vez en... ¿cuántos meses? Incluso el odio había cesado de arder en su cerebro. Tal vez, como el amor, era una pasión que nunca podía satisfacerse. Pero al menos había sido saciada de momento.

No flaqueaba en su resolución. Estaba implacablemente empeñado en la venganza que de manera tan extraña, tan milagrosa, se había puesto a su alcance. La sangre pedía sangre y al fin podrían descansar los fantasmas que lo acosaban.

Empezó a preocuparse cuando estaban a dos tercios del camino hacia la isla y la cuerda no se había roto.

Todavía faltaban cuatro horas. Demasiado tiempo. Por primera vez se le ocurrió pensar que su plan podría fracasar. ¿Y si a pesar de todo Nick conseguía llevar la cápsula a la playa antes de la hora límite?

Con un fuerte chasquido que hizo vibrar toda la embarcación, la cuerda saltó en el agua, rociando en todas direcciones.

—Debí pensarlo —dijo Nick—. Estaba empezando a dar saltos. ¿Quieres bajar de nuevo o prefieres que envíe a uno de los muchachos?

—Ya me encargo yo —respondió apresuradamente Tibor—. Puedo hacerlo más deprisa que ellos.

Era cierto, pero tardó veinte minutos en localizar la cápsula. El Arafura se había apartado mucho de ella antes de que Nick pudiera parar el motor, y Tibor llegó a preguntarse si la hallaría.

Describió grandes arcos en el fondo del mar, y sólo terminó la búsqueda cuando se enredó accidentalmente en el paracaídas. La tela oscilaba con lentitud en la corriente, como un extraño y horrible monstruo marino; pero Tibor ya no temía nada, salvo el fracaso, y su pulso no se aceleró al ver aquella masa blanquecina delante de él.

La cápsula estaba arañada y manchada de limo, pero parecía indemne. Ahora yacía de costado y parecía una gigantesca cántara de leche que se hubiese volcado. El pasajero tenía que haber saltado mucho en el interior. Pero si había caído de la Luna tenía que estar muy protegido y probablemente seguiría en buen estado. Tibor confió en que así fuese. Sería una lástima perder las tres horas restantes.

Una vez más apoyó el casco oxidado en el ya no tan brillante metal de la cápsula.

—¡Eh! —gritó—. ¿Puedes oírme?

Tal vez el ruso tratara de engañarle guardando silencio, pero esto sería pedir demasiado a su sangre fría. Tibor tenía razón. Casi inmediatamente sonó el fuerte golpe de respuesta.

—Me alegro de que estés ahí —gritó—. Todo está saliendo como te dije, aunque me parece que tendré que cortar un poco más la cuerda.

La cápsula no respondió. Nunca volvió a responder, a pesar de que Tibor la golpeó una y otra vez en la siguiente inmersión... y en la siguiente.

Pero ahora ya no lo esperaba porque habían tenido que detenerse un par de horas para capear una turbonada y el tiempo límite había pasado antes de que hiciese su

último descenso.

Esto lo contrariaba un poco pues había proyectado un mensaje de despedida. Pero gritó de todos modos, aunque sabía que gastaba energías en vano.

Por la tarde, temprano, el Arafura se había acercado lo más posible a tierra. Había sólo unos pocos metros de agua debajo de él y la marea estaba descendiendo. La cápsula asomaba a la superficie en el seno de cada ola y al fin quedó firmemente varada en un banco de arena. Era inútil tratar de arrastrarla más. Estaría pegada allí hasta que la marea alta la desalojase.

Nick observó la situación con ojos de experto.

—Esta noche hay una marea de un par de metros —dijo—. Tal como ahora está situada, la cápsula sólo estará a medio metro del agua en la bajamar. Podremos ir hasta ella con los botes.

Esperaron frente al banco de arena mientras bajaba la marea y el sol. Las intermitentes emisiones de radio informaban de que la búsqueda se acercaba pero estaba todavía lejos de ellos. Avanzada la tarde, la cápsula estaba casi enteramente fuera del agua. La tripulación condujo el pequeño bote hacia ella con una renuencia que el propio Tibor compartía, a su pesar.

—Tiene que haber una puerta en el costado —indicó de pronto Nick—. ¿Crees que habrá alguien dentro?

—Podría ser —respondió Tibor con voz no tan firme como hubiera deseado.

Nick lo miró con curiosidad. El buzo se había portado de una manera extraña durante todo el día, pero se abstuvo de preguntarle qué le sucedía. En esta parte del mundo, uno aprendía pronto a cuidar de sus propios asuntos.

El bote, meciéndose ligeramente en la mar rizada, había llegado ahora junto a la cápsula. Nick alargó una mano y agarró uno de los trozos retorcidos de antena. Después, con la agilidad de un gato, subió a la superficie curva de metal. Tibor no intentó seguirlo; desde el bote observó en silencio, cómo examinaba la escotilla de entrada.

—A menos que esté atrancada —dijo Nick—, tiene que haber alguna manera de abrirla desde fuera. Sería mala suerte que se necesitara alguna herramienta especial.

Su temor era infundado. La palabra «abrir» había sido grabada en diez idiomas alrededor de la cerradura y sólo se necesitaban unos segundos para comprender su funcionamiento. Al salir silbando el aire, Nick lanzó un «¡Uf!» y palideció de pronto. Miró a Tibor como buscando apoyo, pero Tibor eludió su mirada.

Nick se metió entonces de mala gana en la cápsula.

Estuvo allí mucho rato. Al principio pudieron oír golpes sordos en el interior, seguidos de una retahíla de palabrotas bilingües.

Y entonces siguió un silencio que se fue prolongando cada vez más. Cuando al fin apareció la cabeza de Nick en la, escotilla, su cara correosa, curtida por el viento, estaba gris y surcada de lágrimas. Cuando Tibor vio su increíble aspecto, sintió una súbita y terrible premonición. Algo había ido horriblemente mal, pero su mente

estaba demasiado confusa para prever la verdad. Ésta se le manifestó bien pronto, cuando Nick le tendió su carga, no mucho más grande que una muñeca de gran tamaño.

Blanco la cogió, mientras Tibor se retiraba a la popa del bote. Al mirar aquella cara tranquila y como de cera, unos dedos de hielo parecieron atenazar no sólo su corazón sino también su bajo vientre. En ese mismo instante, al comprender el precio de su venganza, el odio y el deseo murieron para siempre dentro de él.

La astronauta era tal vez más bella en la muerte de lo que había sido en vida. Aunque menuda, tenía que haber sido fuerte y muy capacitada para que le confiaran aquella misión. Yaciendo a los pies de Tibor, no era una rusa ni la primera mujer que había visto la cara oculta de la Luna. Era simplemente una muchacha a la que él había matado.

—Tenía esto apretado en la mano —dijo Nick con voz vacilante—. Tardé mucho rato en sacarlo de su puño.

Tibor apenas le oía, y ni siquiera miró el pequeño rollo de cinta magnetofónica que Nick tenía en la palma de la mano. No podía adivinar, en aquel momento de insensibilidad, que las Furias aún tenían que ensañarse con su alma... y que pronto todo el mundo estaría escuchando una voz acusadora de ultratumba, marcándole más irrevocablemente que a cualquier hombre desde Caín.

# El montañero

Francisco Lezcano Lezcano

1

Eroriak Zatopek abrió la puerta de su cabaña y aspiró profundamente el aire aromatizado y fresco del bosque en la mañana. El pinar estaba aún despegando los párpados.

Eroriak salió del portal y se estiró desperezando su corpachón, resoplando como un oso. Se lavó en un gran barreño y volvió a entrar cansinamente en su casa de troncos. Todos los cazadores anacoretas vivían igual: entre trampas y pieles. Zatopek, como un primitivo; dedicado a la caza y a la pesca. El día se le presentaba ideal para salir en busca de alguna buena pieza. Así que, tomó su rifle decidido a visitar los lugares de asiduo abrevadero animal donde, con seguridad, por el calor que se avecinaba, acudirían casi todos.

2

El río estaba cerca. Se oía claramente su precipitada conversación con los helechos de las orillas y con los juncos. Eroriak Zatopek gateaba muy despacio, limpiando el terreno que iba a pisar, para evitar quebrar alguna rama seca cuyo estallido provocaría la desbandada de los siempre recelosos. El cazador apartó unas grandes hojas que le impedían ver. Abajo, a cuarenta metros, la cinta viva, sonora y trémula, se deslizaba con suavidad. Media docena de caribús olfateaban el aire en la plácida ribera. Con las orejas atentas como radares se aseguraban del no peligro. Zatopek casi no respiraba. Ni se movía. Miró hacia arriba, donde las ramas decían que era favorable la dirección del viento. Esperó a que los animales, seguros ya de la total tranquilidad en torno, metieran el hocico en el agua; sería el momento.

El hombre apuntó al caribú más joven y cercano. Disparó. El pobre animal quedó flotando en el agua, muerto.

3

Con él a hombros andaba a través del bosque. Distraídamente. Escuchando el golpeteo precipitado de los picapinos, la inacabable chalatanería de los pájaros, el

raro y misterioso zumbido de los insectos; todo ese lenguaje sugerente del bosque. De pronto recibió un golpe tremendo en la cabeza. Se tambaleó. Soltó la carga y cayó sentado sin imaginarse dónde había tropezado. Sintió que un hilillo de sangre le manaba de la frente. Con la visión enturbiada miró delante de él. Nada había. Gateando precipitadamente y sujetando bien el fusil, se parapetó tras unas rocas en actitud defensiva. Pensó que alguien, aunque no acertaba quién ni por qué, le había agredido lanzándole algún objeto o con un arma silenciosa. Escudriñó cada punto sospechoso de la floresta. Varias veces disparó al azar. Pero nada ni nadie se delató como agresor. Eroriak comprendió que la paz del bosque sólo era alterada por él mismo. No obstante estuvo rastreando los alrededores. Perplejo volvió junto al pequeño caribú. Entonces fue cuando vio aquel diminuto objeto detenido en el aire delante de sus narices. Lo miró con insistencia sin poder catalogar qué era ni cómo se sostenía allí. Parecía una semilla en forma y tamaño de bala. Imaginó que probablemente pendía de algún sutil hilo de araña que no alcanzaba a distinguir. Instintivamente le dio un manotazo. Zatopek no pudo reprimir un aullido de dolor. La bala o semilla continuó en su sitio. Y Eroriak Zatopek con la impresión de haber golpeado sobre una inamovible bola de acero. La miró más de cerca e intentó desplazarla con el índice, pero fue como si hubiera presionado sobre un muro. Entonces cerró con infinita cautela la mano sobre el objeto. Comenzó a tirar hacia abajo poco a poco, cada vez con mayor fuerza, consiguiendo solamente hacerse daño. Por unos segundos quedó colgado de aquel absurdo. Minuto tras minuto aumentaba su intriga. Soltó la partícula. Se apartó dos o tres metros, apuntó con el arma e hizo fuego; la bala rebotó maullando como si hubiese chocado contra un bloque de basalto. Volvió a apuntar... Una rara vibración delante le hizo arrepentirse. La semilla había comenzado a crecer bruscamente. Y ahora, casi tan grande como un buey, se desplazaba cada vez más aprisa hacia arriba. Eroriak Zatopek huyó asustado a través del bosque...

#### 4

Kinm-Aneg y Keg-Ninm se miraron aliviados. Habían pasado unos instantes terribles. Sus cuerpos color granate brillaban de sudor.

—Otra avería como ésta en el reductor de los espacios intermoleculares y no alcanzamos nuestro destino.

—Ha reaccionado a tiempo. ¡No podíamos ni movernos del sitio!

—Y menos mal que la nave reducida pesa lo mismo y tiene igual resistencia que a su tamaño normal, de lo contrario esa extraña bestia con la que hemos tropezado, habría terminado con nosotros. Era demasiado tozuda.

—En fin... ¡vamos!

# Enfriamiento rápido

Robert Silverberg

De acuerdo con los detectores de la nave, la Estrella de Valdón se encontraba a muy poca distancia delante de ellos. En la cabina anterior del Calypso, el técnico en comunicaciones Diem Mariksboorg trató de cerrar sus oídos al furioso e insistente zumbido procedente de la hipernave Imperio que se encontraba, averiada, en el solitario planeta de la Estrella de Valdón.

El análisis espectral lo confirmó.

—Ya hemos llegado —dijo Diem. Se volvió hacia el capitán del Calypso, Vroi Werner, que estaba trazando posibles órbitas a través del calculador electrónico—. ¿Está preparado para la recogida, Vroi?

Werner asintió distraídamente.

—Supongo que efectuaremos un aterrizaje a chorro, utilizando el tipo de órbita habitual, y recogeremos a los supervivientes lo más rápidamente que podamos.

—Y a ningún salvaje.

—Sólo personas —dijo Werner. Cogió el montón de notas que Mariksboorg había captado, volvió a leerlas y las dejó de nuevo sobre la mesa—. Hay doce supervivientes. Apretándonos un poco, Diem, podemos meter a otra docena de personas a bordo del Calypso.

Mariksboorg contempló la brillante imagen que iba ampliándose en la pantalla y frunció el ceño, con aire preocupado.

—Ya estaríamos en Gorbrough, si no hubiéramos tomado esta condenada ruta. ¿Cuándo se ha oído hablar de una nave a reacción efectuando un rescate de emergencia?

—Dio la casualidad de que nos encontrábamos donde éramos necesarios en el momento preciso —dijo Werner bruscamente—. Este asunto lleva implícito un problema de tiempo, Diem. Resulta que es más eficaz utilizar para el rescate una anticuada nave a reacción que el más moderno de los remolcadores... por la sencilla razón de que nosotros estamos cerca.

—De acuerdo, señor —murmuró el técnico, encajando la reprimenda.

La Estrella de Valdón era en realidad un sistema triple, consistente en un pequeño sol central; un sol paralelo que le acompañaba como un fantasma gris, monstruoso y sin vida —carbón rarificado, simplemente—, y un planeta sin nombre, que orbitaba alrededor del compañero gris.

La hipernave Imperio Andrómeda había sido enviada al sistema Deneb desde la Tierra, cuando algo, —un ultrón del generador principal fundido, quizás, o un



amortiguador de cadmio mal colocado— había fallado, trastornando el delicado equilibrio del hipermotor. Resultado: la nave fue devuelta al espacio normal y depositada bruscamente sobre la helada superficie del solitario mundo de la Estrella de Valdon.

Una hipernave averiada es un objeto completamente indefenso: el Hipermotor Bohling es demasiado complicado para que un mecánico corriente pueda repararlo, o entenderlo siquiera; con un motor fuera de servicio, una hipernave se convierte en un montón de chatarra.

Para compensar esto, la ley galáctica prescribe que sean construidos dos circuitos automáticos en los mandos cibernéticos de todas las hipernaves, para el caso de que se produzca el fallo de un motor. El primero de ellos es un desintegrador molecular instantáneo, capaz de volatilizar inmediatamente hasta el último miligramo de la nave en caso de emergencia en el hiperespacio, dentro de una determinada extensión de lo que se ha definido como Zona de Tensión. Es decir, el interior de un planeta, o peor aún, el interior de un sol, donde una materialización repentina puede precipitar una nave.

Una nave propulsada por motores Bohling puede, en caso de avería, materializarse en cualquier parte. Pero si es devuelta al espacio en algún punto ocupado ya por materia, el resultado sería espectacular; sólo treinta y siete pies salvaron a la Andrómeda de ser volatizada por el Circuito Uno: en el momento de la materialización se encuentra a treinta y siete pies de distancia de la superficie de la Estrella de Valdon.

Desde aquella altura, la nave cayó sobre la superficie, abriéndose como un coco. Doce de las cincuenta y ocho personas que iban a bordo sobrevivieron, colocándose los trajes térmicos antes de que la atmósfera artificial de la nave quedara sustituida por la del planeta muerto.

A continuación, el Circuito Dos entró en acción automáticamente, poniendo en marcha un transmisor que emitía una llamada de socorro audible dentro de un radio de veinte años luz, en onda ancha de treinta megaciclos que podía ser captada por cualquier aeronave que se encontrara dentro de aquel radio.

El Calypso, una nave de carga con una tripulación de ocho hombres, estaba cruzando una órbita menos-C entre dos de las estrellas locales; dio la casualidad de que se encontraba solamente a media hora de viaje del Mundo de Valdon cuando la llamada de socorro estalló en todo aquel sector del espacio. Ninguna otra nave circulaba dentro del radio de un año luz del lugar del accidente.

El Control Central estableció inmediato contacto con el Calypso; once segundos más tarde, el capitán Warner y su nave eran enviados al Mundo de Valdon con una urgente misión de rescate.

Así era como el Calypso, con los tubos de su cola ardiendo de furor atómico, llegó rugiendo a situarse encima del globo blanco-azulado de hielo y metano helado que era el Mundo de Valdon. La operación tenía que efectuarse con la mayor rapidez;

el capitán Werner no había aterrizado nunca sobre un planeta de metano, pero la urgencia del caso no permitía timideces de solterona.

Los termoscopios señalaban una temperatura de ciento sesenta grados bajo cero, que quedó explicada cuando el análisis espectral reveló una superficie consistente en una atmósfera de metano-amoniaco helados, cubierta con una capa de dióxido de carbono. Una sonda sónica indicó la existencia de una dura corteza rocosa debajo de la atmósfera helada.

A bordo del Calypso, los ocho tripulantes preparaban el aterrizaje y arreglaban las cabinas para los doce náufragos que subirían a la nave. El capitán Werner examinó las reservas de combustible, efectuando apresurados cálculos para asegurarse de que la nave disponía de combustible suficiente para manejar la masa modificada.

Ocho minutos antes del aterrizaje, todo estaba a punto.

—¡Allá vamos! —murmuró Mariksboorg mientras el Calypso iniciaba el descenso y la superficie del Mundo de Valdon, brillante como un espejo, subía al encuentro de la nave.

—¡Ahí vienen! —murmuró Hideki Yatagawa, comandante de la desaparecida hipernave terráquea Andrómeda. Plegó sus brazos alrededor de su estómago y golpeó el suelo con los pies en burlona reacción al entumecedor frío del planeta. En realidad, se trataba de algo más que de una burla: el traje térmico le mantenía a una temperatura de veinte grados, a pesar de los ciento sesenta grados bajo cero que le rodeaban. Pero los trajes térmicos señalarían sobrecarga pasadas ocho o nueve horas; segundos después de que eso ocurriera, el comandante Yatagawa estaría muerto, con la sangre helada convertida en finas varillas rojas en sus venas.

—¿Ésa es la nave de rescate? —preguntó Dorvain Helmut, de Kollium, ex primer oficial de la desaparecida Andrómeda y el único superviviente no terráqueo—. ¡Por Klesh, es un jet!

—Probablemente estaba más cerca de nosotros que cualquiera de las naves remolcadoras cuando emitimos la llamada de socorro —sugirió Colin Talbridge, que había sido nombrado embajador de la Corte de St. James en el Mundo Libre de Deneb VII—. Hay un problema de tiempo en esto, ¿no es cierto?

—Desde luego —dijo Yatagawa—. Estos trajes no pueden resistir indefinidamente esta temperatura.

—Entonces, debemos agradecer que nuestros rescatadores estén aquí.

—Sí —murmuró el comandante con voz ahogada—. Pero todavía no están aquí.

—¡Miren esos jets! —exclamó Dorvain Helmut, con franca admiración.

Las naves propulsadas a chorro eran casi desconocidas en el sistema Kollimun; Helmut estaba acostumbrado a tratar con naves remolcadoras sin combustible, y el torrente de llamas que surgía de la cola del Calypso le dejó maravillado.

—Sí —asintió sarcásticamente el comandante Yatagawa—. ¡Miren esos jets! ¡Mírenlos!

Los tubos de escape de los motores a reacción, de momento estaban bañando con

fuego la superficie del planeta. Las llamas lamían la espesa alfombra de hielo y de CO<sub>2</sub> helado que, junto con una pesada capa de metano y amoníaco, formaban la superficie del Mundo de Valdon.

Yatagawa contempló, con los brazos cruzados, el descenso del Calypso.

—Me pregunto si se habrán molestado en leer los datos del termoscopio —dijo suavemente, mientras la nave espacial se acercaba cada vez más.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Talbridge.

El resto de los supervivientes de la Andrómeda salían apresuradamente de la nave averiada, corriendo hacia la helada llanura donde se encontraban Yatagawa, Helmut y Talbridge. En voz baja, Yatagawa le dijo a Talbridge.

—No creerá usted que van a poder rescatarnos, ¿verdad?

Hablaba en tono resignado.

Talbridge replicó acaloradamente.

—¿Por qué no? ¿Acaso nos oculta usted algo, comandante? Si trata de...

—Me limito a anticiparme a lo inevitable. La gente de esa nave cree que viene a rescatarnos..., pero temo que la cosa tendrá que ser a la inversa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mire —dijo Yatagawa.

Los tubos de escape del Calypso continuaban despidiendo llamas hacia abajo. La nave aterrizaría en un banco cubierto de hielo situado a una milla de distancia, aproximadamente, de la hipernave averiada. Y el hielo había empezado ya a fundirse; una mancha oscura sobre la brillante superficie indicaba que la zona se estaba ablandando.

Talbridge parpadeó.

—¿Quiere usted decir que no podrán aterrizar?

—Se trata de algo mucho peor —dijo Yatagawa, con una tranquilidad que sus palabras contradecían—. Efectuarán un aterrizaje perfecto. Pero me pregunto qué espesor tendrá allí la capa de hielo.

—¿Lo fundirán los tubos de escape?

—Los tubos de escape vaporizarán el hielo en el choque directo, y licuarán toda la zona tangencial. Solo...

No había necesidad de que Yatagawa continuara su explicación. Talbridge comprendió perfectamente lo que iba a suceder.

El Calypso quedó colgado unos instantes sobre la brillante columna de su estela de fuego, y luego se precipitó hacia el suelo. Talbridge vio moverse los alerones de cola, una pulgada por encima de la humeante nube de vapor.

Luego, el Calypso, parando sus motores, penetró en el hueco que sus tubos de escape habían abierto en el hielo. La esbelta nave reposó finalmente sobre el lecho de roca que se extendía debajo de la capa de hielo.

—¡Mire! —aulló Talbridge.

Pero Yatagawa no necesitaba mirar. Había sabido lo que iba a suceder desde que

el jet hizo su aparición... y había sabido también que no había modo de evitar que sucediera.

En una temperatura de ciento sesenta grados bajo cero, el hielo fundido vuelve a cuajarse inmediatamente. En cuanto el Calypso hubo penetrado en el hueco abierto por sus tubos de escape, quedó rodeado por una masa de hielo. El agua creada por los tubos había vuelto a helarse en el instante en que los motores quedaron parados.

Quizá la tripulación del Calypso creyó que el agua permanecería indefinidamente en estado líquido; quizás esperaban posarse sobre un pequeño lago. Quizá creyeron que sus tubos de escape no fundirían la capa de hielo. Quizás —y esto les pareció lo más probable a Yatagawa, Talbridge y los otros horrorizados supervivientes de la Andrómeda— no habían pensado en nada.

Pero, ahora, las conjeturas no tenían importancia. Lo que importaba eran los hechos. Y el hecho era que los cien pies de longitud del Calypso estaban sumergidos en el hielo, después de haberse hundido en el momentáneo lago con la misma facilidad que un cuchillo se hunde en la arcilla..., una arcilla que se había endurecido en el espacio de unos microsegundos.

Sólo el morro de la nave de rescate era visible por encima del hielo, como un periscopio surgiendo de un océano.

Talbridge se estremeció. Yatagawa se limitó a fruncir el ceño, con expresión desolada. Ninguno de los doce supervivientes podía valorar la situación inmediata con demasiada claridad, pero todos podían darse cuenta de una indiscutible verdad: la nave de rescate estaba cogida en una trampa.

Yatagawa, moviéndose rápidamente sobre sus cortas y nervudas piernas, fue el primero en acercarse, seguido a corta distancia por los demás. Se detuvo, tanteando el hielo, antes de aproximarse a la nave.

El hielo era sólido. Muy sólido. El momentáneo lago se había convertido de nuevo en una masa helada que aprisionaba a la nave. Y el hielo desplazado por la masa del Calypso se había esparcido a su alrededor en todas direcciones.

Yatagawa trepó por el hielo y miró hacia abajo. A unos cuantos pies debajo de la transparente superficie veíase una mirilla. Y, pegado a ella, el rostro desolado de uno de los ocupantes de la nave de rescate.

Yatagawa agitó una mano; el hombre le devolvió el saludo, y luego golpeó la mirilla con una expresión desesperada en su rostro. Un segundo hombre apareció detrás de él, y los dos miraron hacia arriba a través del hielo como animales en una jaula..., cosa que no se apartaba demasiado de la realidad.

Yatagawa hizo un gesto señalando la garganta de su traje térmico, donde se encontraba la radio portátil, y al cabo de unos instantes uno de los hombres captó la idea y se colocó unos auriculares.

—Bien venidos a nuestras costas —dijo el comandante secamente, cuando quedó establecido el contacto—. Ha sido un aterrizaje maravilloso.

—Gracias —respondió una voz lúgubre desde el interior del hielo—. De todos los

estúpidos, imbéciles...

—No es éste el momento más adecuado para los reproches —le interrumpió Yatagawa—. Tenemos que sacarles de ahí lo antes posible. Soy Yatagawa, comandante de la Andrómeda.

—Werner, capitán del Calypso... y el mayor idiota que viste y calza.

—Por favor, capitán. No podía usted prever una circunstancia tan desdichada.

—Le agradezco su amabilidad, comandante. La culpa es mía. Hasta ahora, nunca me las había visto con uno de estos planetas helados. Supongo que debí prever que el hielo no permanecería fundido más que un instante, pero no imaginé que volviera a cuajarse con tanta rapidez.

En tono algo más imperioso, Yatagawa dijo:

—Disponemos de muy poco tiempo para conversar, capitán Werner.

—¿Como cuánto tiempo, comandante?

Yatagawa sonrió tristemente.

—Calculo que nuestros trajes térmicos dejarán de funcionar dentro de ocho horas, con un posible margen de treinta minutos.

—Entonces, tenemos que actuar rápidamente —dijo Werner. Su rostro, claramente visible a pesar de los pies de transparente hielo que lo cubrían, estaba congestionado—. Pero... ¿qué podemos hacer?

Helmut dijo:

—He enviado a Sacher y a Foymill a la Andrómeda en busca de picos y palas. Tendremos que cavar aprisa.

—Dorvain —dijo Yatagawa, en tono indulgente—, ¿cuánto cree que tardarán doce hombres en cavar un agujero de un centenar de pies en hielo sólido?

Helmut permaneció unos instantes en silencio. Luego, con voz cavernosa, murmuró:

—Tardarán... días, tal vez.

—Exacto —dijo Yatagawa.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Werner.

—Podemos intentarlo —dijo Talbridge.

—De acuerdo —asintió el comandante.

Sacher y Foymill llegaron con las herramientas. Yatagawa señaló el lugar donde debían empezar su trabajo.

Los picos subieron y bajaron. Yatagawa permitió que la demostración continuara por espacio de dos minutos, exactamente.

Durante aquel tiempo, los dos tripulantes cavaron un agujero de cuatro pulgadas de profundidad y seis de anchura. Yatagawa se inclinó para medir la profundidad con una mano enguantada.

—A este paso —dijo—, tardaríamos siglos.

—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Helmut.

—Una pregunta muy interesante —respondió el comandante, encogiéndose de

hombros.

Incluso desfigurado por el traje térmico, el gesto resultó muy elocuente.

A bordo del Calypso, el capitán Werner y el técnico en comunicaciones Diem Mariksboorg se miraron con expresión desolada. Un delgado rayo de luz penetró a través de la capa de hielo, a través de la mirilla, hasta la cabina. La luz procedía del amarillento sol que acompañaba a la estrella; desgraciadamente, irradiaba muy poco calor.

—Ciento sesenta grados bajo cero —murmuró Werner—. Y nosotros lo sabíamos.

—Tranquilícese, capitán —dijo Mariksboorg.

El técnico en comunicaciones estaba sinceramente preocupado por la sensación de culpabilidad que embargaba al capitán. Se preguntó cómo habría reaccionado Yatagawa de encontrarse en el caso de Werner. Desde luego, dos mil años antes Yatagawa se hubiera hundido una espada en el vientre. El harakiri era una costumbre de épocas muy pretéritas, pero Werner parecía estar pensando seriamente en la posibilidad de ponerla en práctica.

—¿Cuándo se ha oído hablar de una nave espacial aprisionada por el hielo?

—Ya no tiene solución, Vroi. ¡Olvídelo!

—Una solución fácil, olvidar; pero continuamos enterrados aquí. ¿Cómo puedo olvidar, cuando ni siquiera me atrevo a salir de mi camarote y enfrentarme con mi propia tripulación?

—Los muchachos no están enojados —insistió Mariksboorg—. Todos ellos lamentan mucho lo que ha sucedido.

—¡Lo lamentan! —exclamó Werner sarcásticamente—. ¿De qué sirve lamentarlo? Esto es muy serio, Diem; estamos atrapados.

—Ya saldremos —dijo Mariksboorg en tono apaciguador.

—¿De veras? Escuche: si no salimos de aquí antes de ocho horas, esos doce hombres que están fuera morirán helados. Su nave está abierta y no pueden refugiarse en ella, ni en ningún lugar de este maldito planeta. De modo que morirán. Muy lamentable. Pero, ¿quién va a sacarnos de aquí?

—¡Oh! —murmuró Mariksboorg, como si no se le hubiera ocurrido pensar en aquel aspecto de la situación.

—Según mis cálculos, tenemos comida para cuatro días. Cuando el Control Central nos encargó esta misión, nos informaron de que no podrían mandar otra nave aquí en menos de una semana. Eso, sin contar el tiempo que invertiría otra nave en encontrarnos y en sacarnos de aquí...

Mariksboorg se humedeció los labios.

—La situación es crítica —murmuró.

—No puede serlo más —dijo el capitán.

Desde el exterior llegó la ronca voz del comandante Yatagawa.

—Hemos intentado cavar un agujero, pero no dispondríamos de tiempo para hacerlo.

—Desde luego que no —dijo Werner. Y añadió, en voz baja—: No habrá tiempo para nada.

—¿Cómo dice?

—No tiene importancia —dijo Werner.

Se produjo una pausa. Luego:

—Habla Dorvain Helmut, primer oficial de la Andrómeda.

—Hola, Helmut.

—La mayoría de los aparatos de nuestra nave están intactos. ¿Cree que podríamos utilizar alguno de ellos para sacarles de ahí?

—¿Tienen una perforadora hidráulica?

—No tenemos ninguna herramienta mecánica para cavar —respondió el comandante Yatagawa.

Werner suspiró. Encima de él, unos rostros ansiosos le contemplaban... separados por una delgada pero resistente mirilla de plástico, y una gruesa y resistente mirilla de hielo.

—¿Y si pusieran sus motores en marcha? —sugirió Talbridge—. Podrían ponerlos a baja presión..., la suficiente para fundir el hielo que les rodea y salir de ahí.

Werner sonrió; resultaba agradable encontrar a alguien más tonto que él en el planeta.

—Si ponemos los motores en marcha, será como disparar una pistola que tiene el cañón atascado. ¿Sabe usted lo que ocurre?

—Que revienta el cañón, ¿no es eso?

—Sí —asintió Werner—. Sólo que, en este caso, el cañón seríamos nosotros. Lo siento, pero si pusiéramos los motores en marcha reventaríamos todos. Además —añadió, aprovechando la oportunidad que se le presentaba de demostrar que no era tonto del todo—, aunque consiguiéramos fundir el hielo, tendríamos que disponer de algún medio para expulsar el líquido a alguna distancia. ¿Tienen ustedes alguna bomba?

—Una, pequeña. Dudo que sirviera para el caso.

—No serviría.

Talbridge insistió, sin darse por vencido.

—¿No podrían ustedes calentar el interior de la nave? Podrían colocarse los trajes térmicos y poner a toda marcha el sistema calefactor. El casco de la nave se calentaría, y...

—No —dijo Werner—. El casco de la nave no se calentaría.

—¡Un momento! —exclamó repentinamente el comandante Yatagawa—. Supongamos que pudieran ustedes poner en marcha los motores... ¿No calentarían la cola de la nave, al menos?

—No. ¿Qué sabe usted acerca de los motores a reacción?

—Muy poca cosa —admitió Yatagawa—. Nunca he estado en una nave

propulsada a chorro.

—El casco es una capa de plástico polimerizado —dijo Werner—. Constituye un aislante casi perfecto. Evita que nos aseemos cuando viajamos a través de una atmósfera... y que nos helemos en lugares como éste.

Yatagawa asintió en el interior de su traje térmico. Tras un breve silencio, el comandante dijo:

—Regresaremos dentro de unos instantes, Werner; creo que acaba usted de darme una idea.

—¡Ojalá! —murmuró Werner fervientemente.

El maltrecho cadáver de la hipernave Andrómeda yacía sobre el hielo, en una concavidad poco profunda. Su abierto casco atestiguaba el impacto que había recibido al chocar contra el suelo.

—Casco de plástico polimerizado —repitió Yatagawa en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Eso significa... si el calor interior no pasa al exterior...

—... el calor exterior no pasará al interior —dijo Helmut, completando la frase.

—Exactamente.

Yatagawa penetró en el interior de la Andrómeda, seguido por su primer oficial. Tuvieron que pasar por encima de los cadáveres de las víctimas de la catástrofe. El frío sin bacterias del Mundo de Valdon aseguraba una indefinida conservación de los cuerpos; siempre habría tiempo para enterrarlos. Ahora tenían tareas más urgentes.

Yatagawa señaló un tanque de helio que no se había roto.

—¿Podríamos utilizar esto? El helio tiene que estar líquido a esta temperatura.

—¿Como un superconductor, quiere usted decir? Que me aspen si lo sé.

Yatagawa se encogió de hombros.

—Era sólo una idea —dijo.

Continuaron avanzando hacia el cuarto de máquinas. Sorprendentemente, una lágrima tembló de pronto en un ojo de Yatagawa. El comandante refunfuñó en voz baja, enojado consigo mismo; los trajes térmicos no iban provistos de «secalágrimas». Además, aquella clase de expansión emotiva le parecía excesiva. Pero la vista del laberinto de mandos que otrora habían gobernado su nave le había emocionado.

—Aquí estamos —dijo, con voz ligeramente enronquecida—. Lástima que no dispongamos de tiempo para examinar a fondo todo esto y tratar de localizar la avería.

—Ya se encargarán de localizarla en el curso de la investigación —dijo Helmut.

—Desde luego.

Yatagawa cerró los ojos unos instantes pensando en la encuesta que le aguardaba, si llegaba a salir del Mundo de Valdon. Luego cogió un grueso rollo de alambre de cobre y se lo entregó a Helmut.

El primer oficial cargó con el rollo y lo transportó al exterior de la nave.

Al entregarle el tercer rollo, Yatagawa dijo:



—Con éste, son tres mil pies. ¿Habrá suficiente?

—Será mejor que llevemos otro —sugirió Helmut—. No podemos instalar nuestro generador demasiado cerca del Calypso.

—De acuerdo.

Cuando hubieron sacado los cuatro rollos, Yatagawa consultó el cronómetro adaptado a la muñeca de su traje térmico.

—Quedan siete horas —dijo—. Espero que Werner no esté equivocado en lo que respecta al casco de su nave; si lo está, va a morir asado, desde luego.

—¿Puede ver lo que están haciendo? —preguntó Werner.

Mariksboorg torció el cuello tratando de atisbar a través de la mirilla.

—Están forrando con alambre todo el hocico de la nave que sobresale del hielo.

Werner recorrió la cabina a grandes pasos, con aire sombrío. El tiempo transcurría ahora con una rapidez increíble. Los hombres de la Andrómeda disponían de muy pocas horas para abrir la trampa.

—¡Es el colmo! —exclamó, amargamente—. ¡Somos los rescatadores, y ellos los rescatados... y se están rompiendo el cuello para salvarnos!

Desde el exterior llegó la voz de Yatagawa.

—¿Werner?

—¿Qué diablos están haciendo? —preguntó Werner.

—Hemos colocado una capa de alambre alrededor del hocico de su nave. Va conectado a un generador ultrónico que hemos sacado de la Andrómeda. ¿Puede usted verlo?

—No. No puedo ver nada.

—Estamos a unos millares de pies de distancia de la nave. El generador es de tamaño mediano, porque el de tamaño grande está averiado. Pero con éste habrá suficiente. Le sacaremos un millón de voltios. Más de lo que necesitamos, desde luego.

—¡Un momento, Yatagawa! ¿Qué es lo que se propone?

—Voy a asar su casco. Supongo que si transmitimos el suficiente calor al alambre, el casco se calentará y el hielo que lo rodea se fundirá.

Werner tragó saliva.

—¿Y qué pasa con nosotros? Estamos dentro...

—El calor no pasará de los mil grados centígrados. Su casco puede soportar esa temperatura... y ustedes no sentirán nada. Por lo menos, eso espero. ¿Tienen trajes térmicos?

—Sí —respondió Werner con voz ronca.

—Entonces, sugiero que se los pongan. Sólo por lo que pueda pasar, desde luego.

—Pero...

—Esperaré su señal antes de poner en marcha el generador. Entretanto...

Movido por una idea repentina, Werner preguntó:

—¿Qué van a hacer ustedes con el hielo derretido? Volverá a helarse en cuanto corten la corriente... Mi casco no conserva el calor.

—Ya hemos pensado en eso. Instalaremos nuestra pequeña bomba y una tubería. A medida que el hielo se derrita, enviaremos el líquido colina abajo.

—¿Y qué sucederá entonces?

—Subiremos a bordo del Calypso y nos marcharemos —dijo Yatagawa.

—¿Cómo van a subir? No pueden tender un puente a través del hielo..., y la escotilla de entrada se encuentra en la parte inferior del casco.

Se produjo un breve silencio. Luego, el comandante Yatagawa dijo:

—Tiene que haber algún medio...

Werner enarcó las cejas pensativamente.

—Nos encontramos sobre la capa de piedra, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, la solución es sencilla, por descabellada que parezca. Verá: ustedes limpian de hielo un espacio de unos treinta pies de diámetro, y nosotros nos colocamos en posición vertical sobre la roca. Despegamos del modo habitual, y luego retrocedemos, para girar en una órbita reducida a unos treinta pies del suelo. Desde la escotilla de entrada les lanzaremos unas cuerdas. Parece una solución descabellada, como ya le he dicho, pero vale la pena intentarlo.

El comandante Yatagawa estaba de pie junto al generador ultrónico, apoyado en él, contemplando los relucientes alambres de color pardo-rojizo que rodeaban el hocico de la nave enterrada en el hielo.

El sol amarillo estaba poniéndose; sus rayos moribundos iluminaban la masa del fantasma gris que era su vecino, colgando muy bajo del horizonte y borrando un gran pedazo de cielo.

—Estamos preparados —anunció la voz tensa del capitán Werner.

—De acuerdo —dijo Yatagawa.

Pulsó el interruptor. El generador empezó a disparar corriente a través del alambre de cobre. Fluyeron los electrones; la energía eléctrica fue transformándose en calor.

El calor se extendió a través de la corteza altamente conductora del Calypso. El casco del Calypso empezó a calentarse.

—¿Qué tal se sienten ahí dentro? —preguntó Yatagawa.

—Por ahora, perfectamente —respondió el capitán Werner.

—Me alegro de oírlo. La temperatura de su casco será en este momento superior a los cero grados centígrados, y se calentará más.

Los alambres al rojo habían fundido ya delgadas líneas a través del hielo que cubría la nave. Empezaron a levantarse nubes de vapor.

—El hielo empieza a fundirse —gritó Helmut.

—Vamos a poner el sifón en marcha —dijo el comandante Yatagawa.

La pequeña bomba que habían encontrado a bordo de la Andrómeda y arrastrado con tanto esfuerzo sobre el hielo empezó a funcionar. Rechinando por el esfuerzo que

se exigía de ella, pero empezó a funcionar, arrastrando el agua lejos de la caliente superficie de la nave espacial y vertiéndola por la ladera de la colina, donde se helaba inmediatamente en una espiral de forma fantástica.

—Está funcionando —murmuró Yatagawa, como si hablara consigo mismo—. Está funcionando.

Más tarde... después de haber desalojado todo el volumen de agua, después de que el Calypso se hubo erguido sobre el lecho de roca, extrañamente desnudo en el centro de un agujero de treinta pies de diámetro y cien de profundidad, empezó la operación de rescate.

Más tarde... después de que el Calypso hubo despegado ruidosamente, colocándose en su absurda órbita inmediatamente encima de la helada superficie del Mundo de Valdon; después de que los doce supervivientes de la Andrómeda hubieron trepado por las cuerdas lanzadas desde la escotilla de entrada del Calypso, los dos comandantes se encontraron frente a frente.

El comandante Yatagawa, que había perdido su nave... y el capitán Werner, que había perdido el prestigio.

Juntos, contemplaron a través de la mirilla de observación el Mundo de Valdon, que quedaba rápidamente atrás.

—Me parece que lo estoy viendo —dijo Werner.

—¿Se refiere a aquel puntito? —inquirió Yatagawa—. Sí, tal vez sea aquello...

Repentinamente, el capitán del Calypso se echó a reír.

—¿Qué sucede? —preguntó Yatagawa.

—Tendremos que redactar un informe sobre todo esto —dijo Werner—. Y yo tendré que notificar al Control Central que la operación de rescate ha sido efectuada.

—¿Y qué tiene eso de divertido?

Werner, con el rostro enrojecido, dijo:

—Oficialmente, yo le he rescatado a usted. ¡Diablos! ¡Van a concederme una medalla por esto!

# El regalo de los dioses

Raymond F. Jones

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

Se supone que toda historia debe tener un principio, un centro y un final. Es difícil decir dónde empieza ésta en Mahlia XII, cuando el navío fue lanzado a la noche del espacio con su único tripulante robot —en algún tiempo antiguo que nadie puede saber— o quizás si comenzó aquella noche del baile juvenil en el Western Technical and Engineering College, allá en 1936. O quizás si no tuvo principio en absoluto. Como no tiene final.

Pero si pierde algo de valor literario por no quedar circunscrita en estas divisiones artificiales, quizás también gane por acercarse a los asuntos ordinarios de todos nosotros, que de igual manera no tienen principio ni final, excepto el nacimiento y la muerte. En cualquier caso, donde se coloque la historia, comenzó hace mucho, y esto es su centro.

El navío cayó en el mar, lejos de la costa de Nueva Jersey. Llameó como una escoria al rojo al acercarse a la Tierra y se calculó que al menos lo habían visto diez millones de personas. Los periódicos utilizaron todo cuanto pudieron la noticia, insertando con titulares gigantescos: «*Platillo volante se estrella en el océano*».

Como casi todos recuerdan, se encontró el navío flotando en la superficie al día siguiente; inmediatamente fue rodeado por los navíos guardacostas y abordado con toda facilidad. Y luego el Gobierno de los Estados Unidos, hizo uno de esos movimientos absolutamente increíbles, por el que se ha hecho tan famoso y que deja al europeo medio jadeando de incredulidad. Aunque el navío estaba claramente en aguas territoriales de los Estados Unidos, lo entregó al poco a las Naciones Unidas para que fuese inspeccionado por todo el mundo, incluyendo las naciones de *nuestro* bando y las de *su* bando.

Actualmente, sin embargo, esto no constituye el conflicto básico que creció con la presencia del navío. Los hechos pudieron haber ocurrido lo mismo, tanto si los rusos estaban presentes como si no. El conflicto fue básicamente una diferencia entre dos hombres que estaban en el mismo bando, pero cuyas jameas no eran parecidas...

## II

Era una nubosa y gris mañana de noviembre en Chicago, cuando el doctor Clark Jackson recibió una llamada de Washington. Se encontraba en la mitad de una fase crítica de su investigación y le importaba muy poco de dónde procedía la llamada; iba a esperar durante quince minutos hasta llegar al punto culminante de su análisis instrumental. Cuando por último se enteró de que la llamada era del teniente general George Demars, deseó momentáneamente no haber acudido al teléfono.

—¡Clark! —dijo George Demars— ¿Cómo está usted?

—Muy bien —contestó Clark—. Desearía estar en Florida en una mañana así, pero por lo demás, las cosas van estupendamente.

—No puedo hacer nada por enviarle a Florida —dijo George—, pero por lo menos sí puedo sacarle de Chicago.

—No, me temo que no; tengo un programa de investigaciones que lo menos durará otros diez meses.

—Ha leído los periódicos. Sabe porque le llamo.

—¿Ese asunto del platillo volante? Lo siento, pero me temo que no puedo ayudarle ahí. Ésa es una mercancía con la que no tengo experiencia.

—Está dentro de su campo de acción, Clark. Estuve en el navío; es la cosa mayor que puede haber sucedido a la raza humana.

Eso extendía sus límites muy lejos, incluso para George, pensó Clark. Pero luego recordó que habían pasado cinco años desde la última vez que se vieron.

—Espero que me envíe una copia de su informe oficial después de que hayan acabado de seccionar lo que han encontrado... siempre, claro, que no se trate de alto secreto.

—Necesito tenerle, Clark. Iré personalmente y le embarcaré en un avión. No puedo decirle lo importante de este asunto por teléfono, pero no me equivoco y no miento. Eso vino del espacio; tiene motores que han cruzado muchas galaxias y no tenemos la menor idea de cómo funcionan.

—También es cuestión de tiempo —dijo George—. Ya los rusos nos dicen que les informemos de cuántos científicos vamos a colocar a bordo para inspeccionar el navío y cuándo se les permitirá examinarlo a ellos. Necesitamos al mejor hombre del país para que dirija la brigada de analistas que representen al bondadoso Tío Sam y también necesitamos que no pierda el sentido dentro de aquel decorado fantástico. Usted es el indicado.

Durante un momento Clark Jackson dejó que sus ojos descansasen en la suave superficie negra del teléfono delante de su rostro. Preguntó cuánto debería rebajar dado lo mucho que conocía a George Demars. Por lo menos durante la tercera parte de sus vidas odió a George con un rencor amargo y oscuro que era aún más furioso porque carecía de causa alguna. George se daba perfecta cuenta de sus sentimientos, sin embargo llamó a Clark repetidamente durante la guerra, cuando aquel odio era

aún más agudo.

Esto casi desapareció en los largos años transcurridos desde su último encuentro, pero George no podía ahora saberlo. Demars ignoraba su posible existencia y le llamaba para que realizase un trabajo, que consideraba que sólo Clark Jackson podía realizar. Esto sólo parecía convocar de nuevo la vieja sensación que ardió durante tantísimo tiempo en el pecho de Clark.

Pero lo más importante ahora era si George había retenido algo verdadero o si todo desembocaría en una nueva fantasía. La posibilidad de que pudiera ser real, hizo que dentro de Jackson ardiese, un nuevo fuego.

—Está bien, iré —dijo Clark—. ¿Dónde quiere usted que nos pongamos en contacto?

### III

Se habían conocido en la universidad, Clark Jackson venía de una familia no demasiado notable, de granjeros comunales; eso fue mucho antes que la guerra despertase la independencia entre granjeros y permitiese a muchos de ellos convertirse en grandes negociantes. Clark se abrió paso por la universidad con la ronda ordinaria de trabajos oscuros y tediosos intercalados entre largas y torturantes horas de estudio.

Era todo distinto con George Demars. Conducía su propio Cadillac descapotable por los jardines y jugaba al fútbol y nunca trabajó en nada que no le gustara.

Los dos hombres no vieron que sus caminos se cruzasen con mucha frecuencia durante sus primeros años en el Western T. y E. Cursaron en la misma clase matemáticas y física, y al año siguiente calculo. Cuando eran novatos en la carrera, celebraron en común un análisis vector. Aparte de esto, había poco más, excepto la noche del baile juvenil.

A pesar de sus escasos contactos, sin embargo Clark se daba cuenta intensamente de su compañero ocasional de clase. Parecía que por cualquier calle que caminara, sólo tenía que alzar la vista y vería el Cadillac amarillo volando veloz por la carretera, cargado con un increíble número de chicas guapas y bien vestidas y elegantes alumnos como el propio George Demars.

Le parecía a Clark, en aquellos duros años, que George era lo que él no fue. George formaba en el equipo de fútbol; podía llevar un traje deportivo y parecer un miembro del Cuerpo Diplomático. En cualquier reunión casual, era de los que se sentaban en el piano y ejecutaban para entretenimiento de los demás, algo que oscilaba entre Bach y el «boogie boogie».

Claro, Clark no veía muchas veces estas actuaciones de su condiscípulo, pero lo que no veía se lo contaban. Todos en la universidad se daban cuenta de la presencia de George Demars; era el hombre del día del colegio.

Tampoco se podía objetar de las capacidades básicas intelectuales de George. En

las clases que compartían, luchó con Clark grado a grado. Su afición se dirigía a la ingeniería electrónica, mientras que Clark deseaba para su vida, la carrera de física teórica.

Aun cuando George jamás había cometido ninguna crueldad abierta, Clark le hubiera odiado. Quizás esto es sólo comprensible para aquellos que se han visto obligados a caminar paralelamente a una criatura como George durante todos los crudos años de la adolescencia, cuando la necesidad de actuar con bizarría es tan importante y la habilidad para ello tan remota.

En los últimos años Clark pudo emitir mucha cantidad de su odio debido a su propia inadaptación. Si jamás se hubiese visto obligado por las circunstancias a asociarse con George, la cosa hubiera resultado comprensible; pero cuando el general Demars estaba cerca, los viejos sentimientos de Clark crecían con una intensidad demasiado grande para volverse hacia el interior, porque los años materialmente no cambiaron sus relaciones. En su propio campo, el doctor Clark Jackson era la cumbre suprema... pero George Demars era aún más supremo, allá donde iba.

Clark apareció en muy pocas reuniones sociales durante sus años universitarios. Hubieron una o dos sesiones de baile poco formales durante el año de su doctorado y la fiesta anual del presidente, a las que asistió más que nada por razones poéticas...

La mayor excepción de esta costumbre normal, ocurrió durante su primer año cuando asistió al enorme y formal baile juvenil. Fue porque, por alguna razón milagrosa, su invitación al baile le fue dada por Ellen Pond, una alumna de psicología increíblemente hermosa, a quien llevaba adorando desde el primer día de su ingreso en la universidad.

#### IV

Le costó dos años llegar al punto de intercambiar un saludo casual con ella en el recinto universitario. Su aceptación de acompañarle al baile fue tan sorprendente e inesperada, que le dejó paralizado. Alquiló su primer traje de etiqueta para la ocasión y en seguida se dio perfecta cuenta de otra ingente diferencia entre George Demars y él.

Estaba convencido de que más parecía un espantapájaros vestido con un traje de ceremonia, pero que ni aún así podía ocultar su condición de espantapájaros. Durante algún tiempo, estuvo sufriendo la agonía de la indecisión, entre si debía o no romper su cita con Ellen, pero su deseo de estar con ella era tan grande que salió victorioso al fin.

Sintióse aliviado cuando Ellen le saludó en la puerta tan amablemente y sin la menor indicación de encontrarle ridículo. Pero entonces recordó que Ellen era demasiado gentil para no ser amable con todo el mundo, sin importarle lo que en su interior sintiera u opinara.

Tampoco pareció molestarse por ir en taxi y durante la noche se mostró tan alegre

y maravillosa, que Clark experimentó un vago temor de que las cosas que iban tan bien, posiblemente no podrían durar. La sensación cristalizó en el momento en que vio a George Demars en el centro de un risueño grupo que rendía homenaje a su fino humor.

Sin embargo, no fue hasta el fin de la velada que George advirtió que estaban allí Clark y Ellen. Entonces —parece que casi accidentalmente— se les acercó y presentó a su pareja, una chica muy hermosa en sí pero que a Clark le pareció vulgar y corriente comparándola con Ellen. De mala gana, Clark presentó a George y Ellen.

—Pero si Ellen y yo somos viejos amigos —dijo George—. Espero que podamos bailar cuanto menos una pieza.

Miró con expresión interrogadoramente divertida de uno a otro, dando por sentado que no se le iba a denegar su petición. Clark asintió casi imperceptiblemente, deseando tener suficiente valor como para decirle que se fuera al infierno, pero comprendiendo que eso únicamente habría creado una situación tirante, la que se vería incapaz de explicar a Ellen.

Sabía que George mentía, porque la propia Ellen le había dicho mucho antes que le agradaría conocerle. Así Clark contempló cómo giraban bailando y alejándose de él a través de la pista. Entonces, sin mirarla siquiera, rodeó con el brazo la cintura de la pareja de George, recordando vagamente que se llamaba Marcia.

Más tarde, cuando en apariencia parecía que George y Ellen se habían marchado del baile sin intención de regresar, acompañó a Marcia a su casa en un taxi y ella le agradeció con vehemencia su amabilidad. Durante un momento la joven aguardó junto a la puerta y Clark notó o adivinó que ella estaba a punto de dedicarle un gesto de simpatía... que le diría que, después de todo, no debería sentirse apesadumbrado por haber sido derrotado por George. Que eso era cosa que podría sucederle a *cualquiera*. Entonces, antes de que la muchacha pudiese decir eso o algo similar, dio media vuelta y huyó escaleras abajo, sintiendo a la vez náuseas y pánico.

Durante la noche entera se agitó insomne en su lecho, edificando una reserva de furia glacial, que mantuvo hasta que se encontró con George en el pasillo después de su clase siguiente de análisis vectorial. Llevó a George hasta el umbral de un aula vacía y trató de asumir la imagen de la más negra desconfianza.

—Lo de anoche fue una jugarreta sucia y cobarde, Demars —le dijo—. Te recomiendo que nunca vuelvas a hacerme una cosa así y que de ahora en adelante te mantengas alejado de la señorita Pond.

Dio media vuelta y se marchó antes de que George Demars pudiera recobrase de su asombro.

Más tarde, aquel día, cuando Ellen se le acercó para excusarse, diciéndole:

—No era mi intención hacerlo, Clark. De veras que no pensaba, dejarte plantado. Le dije a George que siempre había deseado ver su coche y él me contestó invitándome a dar una vuelta. No pude negarme, pero él no se contentó con la vuelta prometida y siguió carretera adelante. Cuando volvimos al baile era ya demasiado



tarde. ¿No me perdonarás y me permitirás que te compense pronto de ese desaire?

Todo lo que él pudo contestar fue:

—Estoy seguro de que no tiene por qué excusarse, señorita Pond; de nada en absoluto —y se alejó de ella muy tieso y digno.

Nunca tuvo el coraje de volverla a invitar a salir y, en el curso siguiente ella ya no acudió a la universidad. Nunca tampoco supo lo que fue de Ellen, pero se consumió durante largo tiempo con una furiosa desesperación pensando que de no haber sido por George pudo haberse casado con Ellen Pond.

## V

A bordo del avión que volaba hacia el este durante la noche, contempló las luces de las ciudades allá abajo y pensó en aquellas cosas tan distantes en tiempo y espacio. Ahora podía sonreír un poco, pero aún le quedaba una débil y exquisita pena al recordarlas. Nunca llegó a casarse. Pasados los treinta, consideró que era ya demasiado tarde para el matrimonio; pero a veces, como ahora, cuando no tenía nada que hacer ni nada que ver excepto la oscuridad y los remotos puntitos de luz, se preguntaba si hubo alguna vez posibilidad de que Ellen se hubiera casado con él.

Miró su reloj con impaciencia. Faltaba aún media hora para tomar tierra en el Aeropuerto de Newark. George venía de Washington, es decir, debía haber venido algo más temprano y le había prometido enviarle un coche para llevar a Clark al lugar en donde la llamada espacionave estaba siendo estudiada. Una espacionave, pensó. ¡Qué cosa más improbable!

Y sin embargo, tenía que serlo. Era pura ironía que su relación con George Demars tuviera que mantenerse de aquella manera. Se había pasado despierto centenares de noches durante su carrera de investigador nuclear, soñando en las conquistas que él y sus compañeros harían posibles... la primera espacionave... para que el hombre llegara a las estrellas.

Pero era preciso ponerse primero en contacto con George y que él le presentara. Así fueron siempre las cosas entre él y George Demars.

George había resultado ser un buen ingeniero, de los mejores de la nación; y Clark logró igualmente alcanzar un alto puesto en la investigación física. Ambos subieron a gran altura durante la guerra, pero había sido George quien se llegó a interesar en la Administración y en la política y negociaciones que condujeran a la utilización de la investigación básica. Como si estuviera por entero ignorante de la existencia de sentimientos turbulentos entre ellos, George se puso en contacto con Clark y recurrió a su talento para solucionar una serie de preguntas en apariencia insolubles.

Habían trabajado juntos bien, sin hablar jamás del pasado, como si por algún pacto mutuo, cada cual hiciese lo que estaba de su parte por mantener entre los dos una bien definida barrera. Al separarse al término de la guerra, Clark pensó que

habían acabado los trabajos en común para siempre. Confiaba en refugiarse en las profundidades de la más pura investigación físico-matemática y dejar a George Demars con sus brillantes y alabados triunfos de ingeniería.

Vagamente sintió que así, de esta manera, debería ser; pensó que no debía haber venido. Era una equivocación por su parte tratar de trabajar de nuevo con George, sin la presión que antes les obligó a estar Juntos. No tenía que haber venido... pero no pudo hacer lo contrario; tenía que conocer esa nave que George aseguraba venida del espacio.

El avión aterrizó con lluvia. El corrió hacia la puerta de la valla que separaba el terreno de aterrizaje del edificio de la Administración. Dos hombres salieron del toldo y uno le rozó el brazo.

—¿El doctor Jackson? —preguntó.

Clark se fijó en los uniformes del Ejército.

—Sí.

—El general Demars nos envía —dijo el hombre.

Clark asintió y marchó con ellos hacia la zona de aparcamiento sita junto al edificio.

—¿Está George... el general Demars... ahora en el lugar...?

—Sí. Estaremos con él muy pronto. Por aquí, señor, tenga la bondad.

Ninguno de los dos demostró ser muy hablador. Clark se sentó en el asiento delantero con el que se le dirigió en primer lugar y abandonó todo intento de sonsacarle. Miró con fijeza hacia adelante entre los barridos del limpiaparabrisas, tratando de fijarse en el sombrío paisaje por el que viajaban.

Al cabo de una y media de precavida conducción por la mojada autopista, tomaron un camino pavimentado con grava que se dirigía hacia el mar. A una milla de la desviación fueron detenidos por un centinela armado de pie ante la puerta enrejada de una alta cerca militar. Una vez dados a conocer y franqueado el paso, marcharon hacia una masa vasta y enorme que comenzó a tomar forma bajo la luz difusa de los faros.

—Un hangar de dirigibles —dijo el conductor en respuesta a la tácita pregunta que adivinó en Clark—. Nos lo prestó la Marina; es decir, se lo prestó a las Naciones Unidas —no tratando de ocultar la amargura de su tono.

En una esquina del hangar una larga fila de iluminadas ventanas indicaban la situación de las oficinas y talleres, construidos evidentemente para realizar el proyecto. Los guías hicieron bajar a Clark del coche y le acomodaron en la cálida y humosa atmósfera de una sala.

Había presentes una docena de hombres pero todos los rostros parecieron imprecisos a la primera y apresurada mirada de Clark. Todos menos uno. George se volvió desde el escritorio, se levantó y cruzó la sala con la mano extendida. Sonreía como si la suya fuera una amistad solidificada e incommovible al paso de los años. Estaba algo más grueso que la última vez que se vieron y su cabellera empezaba a

tomar un tono grisáceo.

—Me alegro de volverle a ver, Clark —dijo con voz sincera—. No puede imaginarse lo mucho que agradecemos su venida en tan escaso espacio de tiempo transcurrido desde que le avisé.

Clark le estrechó la mano.

—Ni yo sabré nunca por qué lo hice. Espero que la cosa valga la pena. ¿Qué tal si echarnos un vistazo a ese chisme, sea lo que sea?

—Ahora mismo. Si así lo desea, puede usted no hacer más que mirarlo por encima ahora; más tarde habrá el estudio detallado. Ordenaré que venga un pelotón de escolta.

Se alejó y Clark miró en su torno para captar una impresión más completa de los otros hombres presentes en la sala. Con un sentimiento próximo a la sorpresa, observó que la mayoría eran extranjeros de una u otra nacionalidad. Unos iban de uniforme, otros vestían de paisano. Con placer advirtió que tres no le eran desconocidos. Estaban allí el Dr. Oglothorpe, físico británico; el profesor Rousseau, de París, y el alemán doctor Schwartz.

Avanzó hacia ellos, pero George regresó de pronto y le puso un brazo en el hombro, dirigiéndose al grupo en general.

—Caballeros, éste es el doctor Clark Jackson, que va a dirigir el subcomité americano de nuestro grupo. Como ustedes comprenderán, se muestra impaciente por ver el navío. Si no les importa dejaremos para luego las presentaciones formales, hasta que tengamos más tiempo libre y la curiosidad del doctor Jackson esté satisfecha.

Sin embargo, cuatro hombres más aparecieron detrás de George y él los presentó escuetamente por su apellido. Eran todos desconocidos para Clark y todos abandonaron Juntos la sala.

—Nunca tenemos que preocuparnos de si estamos solos al hallarnos en la vecindad del navío —dijo George, tratando de caminar con Clark un poco aparte de los otros—. Siempre y cuantos subimos a bordo vamos en parejas, un militar y un científico. Y siempre hay un par de los *nuestros*, una pareja de los de *ellos* y otra pareja de los llamados neutrales; eso es lo que designamos con el nombre de grupo mínimo. Nunca menos de seis personas suben a bordo cada vez... tres científicos para atisbar por encima de su hombro, para ver que nadie descubra nada que los otros desconozcan, y tres militares, armados y rápidos en disparar, con el fin de impedir jugarretas de cualquier especie.

George habló con amargura, pero para Clark la situación era tan ridícula que casi rompe a reír en voz alta.

—¡No puedo ni imaginar cómo han podido preparar una cosa tan íntima!

—Sabía que usted no vendría si le mencionaba por teléfono algo así, pero quizás *ahora* decida quedarse.

Cruzaron la puerta que daba paso al hangar principal. George señaló hacia un

objeto en el centro, bañado por la luz de los reflectores colocados en círculo a su alrededor. El navío no era en absoluto un platillo; su forma resultaba esférica, de color gris y de unos veinte metros de diámetro.

Clark se detuvo para obtener una visión de conjunto del navío. Iluminada brillantemente en el fondo, la superficie de arriba quedaba aún oscura y en sombras. Trascendía a misterio y a lo desconocido y Clark se lo imaginó marchando raudo y veloz por entre los sistemas estelares del espacio.

Pero, por otra parte, parecía muchísimo, como si lo hubieran fabricado allí precisamente, en el hangar.

Clark se volvió hacia George.

—¿No es esto alguna complicada broma? —dijo casi suplicante— ¿De verdad que vino de las estrellas...?

George sonrió un poco ásperamente y miró hacia la abierta portezuela de la nave. Quedaba sombreada por una figura que apareció de pronto.

—Ahí tiene usted la respuesta a esa pregunta —dijo.

## CAPÍTULO II

### I

Clark se quedó mirando con fijeza. Su boca se entreabrió una pizca; los ojos se le desorbitaron de súbita incredulidad.

—Esa cosa... —murmuró.

La sombra se apartó del umbral y vino hacia ellos. No era tan alta como un hombre y ahora Clark vio tres piernas de apariencia rígidas caminando con una gracia que hubiera creído imposible. En lo alto del trípode de piernas había un esferoide oblongo de unos setenta y cinco centímetros de diámetro; y en torno a su perímetro, en un plano horizontal, se veían seis flagelos flexibles que se movían continuamente mientras la «cosa» caminaba.

Clark tuvo una visión momentánea de los vehículos marcianos descritos por H. G. Wells en «La guerra de los mundos».

—Éste es Hain Egoth —dijo George cuando la figura llegó a ellos—. Es el piloto del navío, piloto y único tripulante. Todas sus comunicaciones, Clark, referentes al navío y a su contenido tendrán efecto a través de él...

—Pero es que es...

—Sí, es de metal... un robot, fabricado por un pueblo que ya no existe. Me enseñó fotos de sus fabricantes, pero no eran mejores en aspecto que el que tiene él...

Clark miró al robot fijamente y con una incómoda sensación de que debía decir algo, embarazado por su falta de habilidad para recordar que aquello era sólo una masa de metal con respuestas preinculcadas. Pero George trataba a la máquina como si fuese una criatura amiga y Clark se sintió obligado a seguir la conducta de su jefe.

—Éste es el doctor Clark Jackson, uno de los más destacados científicos de mi pueblo —dijo George.

La esferoide se volvió ligeramente y Clark sintió cómo se enfocaban sobre él las diminutas rendijas de luz de su superficie superior. Una voz musical habló en perfecto inglés.

—El pueblo de Alcardia le da la bienvenida, doctor Clark Jackson; será un placer trabajar con usted.

—Muchas gracias —respondió Clark—. No se me ha hablado de Alcardia, ni del motivo de la venida de su navío. Todavía he de enterarme de esas cosas.

—Nuestra visita es preliminar —dijo George—. principalmente para demostrar al doctor Jackson que es usted un verdadero visitante de otro sistema estelar. No será necesario que le dé la información básica; yo mismo se la trasladaré después de que nos vayamos.

—Pero sería mucho mejor que lo hiciese —dijo Hain Egoth—. Permítame, si no tiene inconveniente.

Las dos parejas de rusos y suecos siguieron de cerca a Clark y George, quienes fueron hacia el robot montando la verde rampa que conduela a la portezuela de entrada. La abertura era demasiado baja para los terrestres y tuvieron que agacharse para cruzarla. Clark se detuvo un momento para pasar el dedo sobre la lisa y fría superficie metálica. La carrocería del navío tenía más de sesenta centímetros de grosor; supuso que estaba hecha de múltiples capas, con espacio vacío entre ellas. El metal estaba sin pintar y no mostraba rastro de corrosión. Su aspecto mate indicaba una posible y compleja aleación de acero o quizás una combinación de metales jamás explorados por los terrestres.

Clark sintió como si alguna porción de su conciencia quedase estupefacta por el impacto de la realidad del navío. Quería ir despacio y tomarse tiempo para contemplar los detalles, pero el robot les apremió.

—Por aquí, si tienen la bondad —dijo Hain Egoth.

Era difícil creer que no seguían a un guía vivo. George evidentemente cesó de revelarse contra el pensamiento del robot como ser inteligente, vivo. Clark supuso entonces, que era más fácil tratar al robot de esa manera que buscar una etiqueta apropiada que contrastase a las máquinas pensantes diferenciándolas de los seres humanos.

Hain Egoth cruzó un estrecho corredor hasta llegar a una cámara central de unos siete metros de diámetro. Estaba llena de paneles y bancadas de tuberías en forma de espiral con símbolos nada familiares. Clark le dijo que aquélla era la sala de máquinas.

El robot se lo confirmó.

—La fuerza primaria es atómica —dijo—, en cierto modo más adelantada que los descubrimientos de ustedes. El proceso de transformación de la energía, es algo enteramente nuevo para su raza, sin embargo, está basado totalmente en el fenómeno de los campos. Ya conocerán más tarde todos los detalles concernientes.

Mientras los ojos de Clark escrutaban la cámara, toda su esperanza cínica de desencanto voló de su cuerpo. Experimentaba por sí mismo la abrumadora verdad de que el navío venía de las estrellas, que era el producto de una cultura, quizás de muchos miles de años por delante de la Tierra. ¿Pero por qué había venido? ¿Qué pasó a aquella cultura lejana?

Se volvió para mirar a los que le iban detrás y retrocedió con sorpresa al contemplar sus rostros. Los científicos miraban en su torno con una expresión que sólo tenía un nombre: codicia. Casi literalmente, pensó Jackson, se estaban relamiendo en deliciosa anticipación de asimilar aquello que les había caído en las manos. Se preguntó si su propio rostro traicionaba tal avaricia.

Pero fueron los rostros de los militares lo que le hicieron retener el aliento con súbito miedo. Incluso el coronel sueco —pero más particularmente el ruso— estaban

junto a sus compañeros los científicos con los rostros retraídos, ásperos, trascendiendo una sola emoción: la posesión.

Como si hubiesen hablado en voz alta, Clark comprendió los pensamientos de cada cual: que estaban decididos a poseer para sí mismos y a solas las cosas que miraban en aquel momento.

Luego se fijó en George y casi sintió náuseas. El rostro de su asociado parecía o accedía casi a la expresión de los demás, demostrando ciega determinación de poseer.

Clark hizo un esfuerzo para hablar con Hain Egoth.

—Esto es prueba de una maravillosa ciencia mucho más allá y adelantada de la nuestra; espero que tengamos una oportunidad adecuada para aprenderla nosotros mismos.

Estaba cerca del robot. Durante un momento Hain Egoth no respondió, pero Clark tuvo la sensación de que aquellos ojos mecánicos escrutaban su rostro como si en una rápida búsqueda desesperada, tratasen de hallar algo que el robot necesitaba encontrar.

—Tendrá la oportunidad —dijo una voz casi lo bastante baja para impedir que los demás le oyeran.

En el centro de la cámara unas escaleras mecánicas empinadas casi verticales, les condujeron hasta los pisos superiores. Hain Egoth montó en un peldaño y los otros le siguieron hasta el piso contiguo. Aquí una gran cámara estaba ocupada por armarios idénticos y compartimentos, que no ofrecían idea de su contenido. El robot se detuvo ante ellos e hizo un gesto dramático, mientras descansaban sus ojos particularmente en Clark. O así parecía, según Clark pudo comprobar.

—Esto es por lo que he venido —dijo Hain Egoth—. En esta cámara y en las que hay encima nuestro, están los productos de una civilización de medio millón de años; los traigo como regalo de mi pueblo.

—¿Por qué? —exclamó Clark— ¿Por Qué le enviaron a usted con tal regalo?

—Mi pueblo ya no es capaz de actuar como custodio de lo que ellos crearon y descubrieron; mi pueblo ya no existe.

Las palabras del robot parecieron el lejano sonido de una campana de tonos graves.

—¿Cómo es posible? —preguntó Clark en voz baja.

—No fueron capaces de instalar una relación suficientemente estable entre sí mismos, a pesar de sus grandes conquistas en el universo físico. Ya le explicaré con mayor detalle más tarde.

Se volvió hacia un panel en uno de los armarios más próximos y oprimió un cuadrado pequeño. La tapa del armario se corrió hacia arriba, revelando un oscuro espacio vacío; pero casi de inmediato el vacío se vio reemplazado por un globo pendiente en mitad de la oscuridad, como un planeta visto desde unos cuantos millares de kilómetros en el espacio.

—Mi mundo —dijo Hain Egoth—. Diferente del suyo, la atmósfera es tal, que

ustedes no podrían haber sobrevivido allí, considerablemente más cálido por estar más próximo al sol. Pero mi pueblo ha viajado por el mismo sendero que ustedes. Tenían los pensamientos y esperanzas que poseen ustedes ahora. Mediante sus regalos desean trasladar la probabilidad de su viaje hasta el mismísimo fin de ese sendero que ellos seguían.

Oprimió otro control y la esfera se amplió hasta llenar la oscuridad por completo y permitirles ver una porción de su superficie. Era un lugar oscuro y salvaje con agitados mares. Espesas y amazotadas nubes se extendían por el horizonte, salpicado de fuegos volcánicos en algunos puntos y en otros oculto bajo bosques gigantes, en donde se veían extrañas vidas animales.

—Esto fue el principio —dijo el robot—, antes de que mi pueblo viniera. Ya les he dicho que era muy parecido a la Tierra.

Clark añadió en silencio, quedándose sorprendido ante la perfección de aquella reproducción.

—Y aquí es cuando llegamos a ser los más grandes —dijo Hain Egoth.

Cambió la escena de nuevo. El mundo primitivo dio paso a un paisaje que era como un jardín gigantesco. No parecía que hubiesen grandes ciudades en el suelo, sino macizos de poblados del tamaño de comunidades que existían por doquier.

—El control del clima hizo posible utilizar toda la superficie del planeta.

—Usted está preparado para enseñarnos eso, claro —dijo el coronel ruso con tono casi acusador, como si sospechase que el robot tuviese intención de retener parte del conocimiento.

—Se lo enseñaré. Y ahora... el fin.

Cambió otra vez la escena ante ellos y fue casi como si el principio hubiese retornado. Las multitudes de pueblecitos habían desaparecido, pero de trecho en trecho podían verse débiles ruinas. La jungla oscura se había extendido sobre la tierra, rota por sábanas de desierto amarillo.

Clark experimentó una sensación de horror y el robot pareció detectar su reacción.

—Sí —dijo—, mi pueblo se destruyó a sí mismo. Unos cuantos de los supervivientes que me enviaron, hicieron un esfuerzo final desesperado para mantener el control del mundo en el que sus padres habían vivido, pero no tenían esperanzas de triunfar. Y la carga que enviaron conmigo era su verdadera esperanza de conservar a su civilización del completo aniquilamiento.

—¿Por qué no vinieron con usted? —preguntó Clark—. Seguramente podían haber lanzado otros navíos, también, y después instalar colonias en otros lugares.

—Quizás —contestó el robot—. Habían muchos que eran partidarios de tal plan, pero no lo llevaron a cabo. Era importante para ellos sobrevivir entre su propia clase, en su propio mundo. La supervivencia personal no importaba, si no podía conseguirse de esta manera. En cuanto a venir conmigo, me prepararon para hacer lo que ellos quizá no pudieran nunca realizar. Sabían que yo podía viajar mucho más tiempo que



el correspondiente a muchas generaciones suyas y eso ha resultado verdad. Se hizo como desearon. De nada servirá la crítica con arreglo al criterio de ustedes, porque todos han desaparecido; pero quizás, cuando ustedes comprendan todos sus actos e historia, no desearán criticarles.

—¿Podemos verlo todo... aquí en este visor? —dijo Clark.

—Sí. Cada día de la historia de mi pueblo ha quedado registrado. Espero que encuentren que vale la pena mirar con detalle las vidas de los de mi raza y aprender todo cuanto hicieron.

Apagó el visor y lo cerró.

—Basta ya para esta noche —dijo—. A veces olvido que ustedes están sujetos a la fatiga. Creo que la llegada del doctor Jackson completa la organización necesaria, así que podemos proceder con las instrucciones formales, ¿no es verdad, general Demars?

George asintió.

—Un día más para completar nuestros acuerdos y podremos empezar.

Clark sintió en cierto modo el ridículo impulso de estrechar la mano a Hain Egoth, mientras daba media vuelta dirigiéndose a la entrada del navío y volvían a través de la sombría caverna del hangar. El y George dejaron a sus compañeros en el despacho y se fueron juntos hasta un coche.

—Le he preparado habitaciones en mi hotel —dijo George—. Le llevaré hasta allí. Sé que desea dormir un poco, pero es que hay unas cuantas cosas que quiero decirle. Necesita usted hacerse cargo por completo de la situación lo antes posible.

Había dejado de llover y la luna plateada lucía sobre la carretera mientras se alejaban de la base.

—Es inútil revelarse contra la estupidez, de aquellos que fueron responsables de entregar esa cosa a las Naciones Unidas —dijo George—. Usted se formó una imagen a la que tenemos que enfrentarnos por culpa de tal torpeza. El contenido del navío trasciende a seguridad militar para casi una eternidad de tiempo, utilizándola uno de cada cien que pongan primero sus manos en todos estos inventos... y la exclusión de todas las demás.

—Me parece como si nadie fuese a entrar en posesión de esos tesoros en exclusiva, bajo las presentes circunstancias.

—Esa apariencia es enteramente engañosa. Cada uno de nosotros de los que tomamos parte en la investigación de la nace tiene el encargo de obtener los datos, primero que nadie, y utilizar cada medio posible para contener al grupo de la oposición e impedirle que se apodere de estos datos trascendentales. *Ellos* lo hacen... y *nosotros* lo haremos también sea como sea, con engaños y falsedades. Tratarán de apoderarse o de destruir, claro, los datos importantes que corran peligro de caer en nuestras manos después de que ellos los hayan absorbido primero.

—¿Y haremos nosotros lo mismo?

—Exactamente —contestó George—, no hay alternativa.

—¿No hay una? —dijo Clark lentamente— ¿No hay una tercera alternativa en la que todas las naciones posean el mismo conocimiento y lo utilicen para propósitos no militares?

George soltó una risa de burlona desesperación.

—Sigo olvidando —dijo—, que es duro para el ciudadano medio que no conoce al día las circunstancias mundiales, que reconozca las realidades del mundo en el que vivimos. Para los que somos sabedores de la verdadera situación, la respuesta es absolutamente no; su tercera alternativa no existe en el mundo en que usted vive ahora. La primera utilización de los datos alcardianos para un largo tiempo venidero será determinar quién de nosotros representará la raza humana en el futuro que esperamos. Pero la cosa que debe destacar es que la comisión que le ofrezco es de doble utilidad. No basta con analizar la información que Hain Egoth le proporcione; usted debe también asegurarse de que nuestros compañeros no roben informaciones esenciales ante nuestras narices. En compensación usted debe hacer cuanto pueda por impedir que *ellos* obtengan tantos elementos vitales como sea posible en orden de abortar sus intentos de construir un ejército o unas armas extraídos de los principios alcardianos. Reconozco que esto no es lo que le gustaría a usted; que no queda dentro de la norma de conducta que usted piensa que debería seguirse. ¡Pero ha de aceptar usted la palabra de cuantos conocemos la verdadera situación y considerar que el único modo de hacer las cosas es el que le sugiero yo!

—¿Y si no estoy de acuerdo? —preguntó Clark después de un largo silencio.

—Lo estará. Mire en su interior y verá que no es usted el alocado individuo que muchos de los científicos resultan ser. Aún reconociendo que era ése su sistema de comportarse, sujetará el idealismo a sentido común. Usted lo hizo cuando trabajamos juntos antes; ganó usted muchas batallas importantes para nosotros que valieron por toda la guerra entera. ¡Lo volverá a repetir!

## CAPÍTULO III

### I

George subió hasta la habitación que había reservado para Clark y se sentó en la cama. Habló de su trabajo en conjunto durante la guerra, pero pareció lo bastante cuidadoso como para no retroceder más en el tiempo y acercarse a la barrera que tácitamente conocían ambos. No mostró muchas ganas de marcharse, como si estuviese ansioso de asegurarse de que no se había perdido nada en su presente relación, que Clark no abrigaba reservas insospechadas o que no había adquirido nuevas evaluaciones que le hiciesen menos cooperativo de lo que lo fue antes.

Era casi el alba cuando finalmente se fue. Clark experimentó una clase de satisfacción al advertir que todavía se percibía una apariencia de incertidumbre en George, como si dudase de la cualidad de lealtad que podía requerir del físico.

—No se olvide, a las dos de esta tarde —dijo George—. Espero que se vea capaz de hacerlo. Sólo esta última conferencia y pondremos en marcha las cosas.

—Estaré preparado —prometió Clark. Cuando estuvo a solas, Clark ya no sintió ganas de irse a la cama. Las rosadas luces del alba en el armamento comenzaban a despejarlo del sueño y de la fatiga. Se sentó en el sillón junto a la ventana para contemplar la salida del sol desde el horizonte del mar y a la otra parte de la ciudad.

Deseó hallar algún modo de saber lo que George pensaba mientras estaba hablando. Deseó poderlo conocer como cuando estaban en la Western T y E hacía tanto tiempo. Sospechó entonces que la actitud de George era la de supremo desdén para todos los seres humanos menos dotados. Parecía encontrar la expresión literal en su resplandeciente Cadillac y en sus fáciles consecuciones de honores, cada una de las cuales suponía una ventaja sobre los no graduados, una ventaja que se extendía hasta el límite.

Durante la guerra, Clark Jackson comenzó a tener un punto de vista más caritativo de George, aceptándole como un ser humano de extrema vitalidad que quizás raras veces comparaba sus propias funciones con las de cualquier otra persona. Ahora Clark no estaba tan seguro. Amparando el idealismo con el sentido común, parecía como si George hubiese dicho: «Clark Jackson amparará a George Demars».

«Lo volverás a hacer». Precisamente, ¿qué volvería hacer... esconder sus propios ideales una vez más ante la urgencia de la época? ¿Esconder su propia integridad ante el ego de George Demars? Sus reacciones eran quizás infantiles, pensó, pero no podía evitarlo. Volvió a alzarse de nuevo el débil fantasma de la agonía que le había acosado durante sus años de universidad, renaciéndole la precaria confianza que adquirió en su capacidad para conducir el asunto de la simple existencia; pero no

podía escapar al hecho de que la mera presencia de George Demars era suficiente para hacerle dudar de sí mismo. Por que ambos tenían que vivir en un mundo en guerra, y con dólares, y con Ellen Pond... pero sólo George sabía cómo arreglarse para sobrevivir ahí.

Sin embargo, el día no estaba muy entrado cuando el mundo veía un predominio de los átomos, y las estrellas, y de las matemáticas madre. Quizás sus características para afrontar estos cambios no eran tan iguales. Quizás la mayor cuestión en aquel momento era, a qué clase de mundo pertenecía el navío de Hain Egoth.

«Ocultar el idealismo bajo el sentido común... lo volverás a hacer...».

No estaba siendo infantil; había sólo una única interpretación posible. George le había llamado porque creía que no era problema doblegarse bajo la súplica de una necesidad militar como había hecho antes, abandonando tales ideales en cuanto podían afectar al impacto de los regalos de los alcardinos.

Se puso en pie al primer destello de la luz solar mañanera que atravesó su ventana. Cualquiera cosa que hiciese, no iba a someterse de nuevo. No conocía del todo el momento en que pensó o sintió algo acerca del robot y del navío... pero sabía que había visto en sus amigos, los hombres en el hangar, algo que no le placía en absoluto. Su confianza mutua y las frenéticas sospechas oscilaban sobre el grupo como un palio invisible.

Tenía que hacerse algo sobre eso. Si los regalos de Hain Egoth eran tan grandes como se suponía, tenían que ser rescatados de esta especie de codicia militar. Sería tarea suya, pensó, trabajar para una distribución libre y equitativa de estos secretos entre todos los hombres.

Y no había nada en absoluto que el general Demars pudiese hacer acerca de tal determinación.

## II

Finalmente desayunó en el comedor del hotel y regresó a su habitación para dormir unas cuantas horas. Al medio día despertó, no sintiéndose del todo descansado, pero incapaz de dormir más tiempo.

Llamó a la base y encontró que George no había llegado todavía. Decidió irse de inmediato. Probablemente a George no le gustaría, pero quería estar en la zona un rato sin tener constantemente al general a su lado. Sentía una agradable anticipación de unirse con los otros científicos del proyecto, renovar amistades y establecer otras nuevas con los hombres muy famosos que según George participaban en la operación.

Llamó a una agencia de alquiler de coches para conseguir un automóvil para su propio uso. Tampoco probablemente le gustaría eso a George, pero sería contratado el coche a su cargo puesto que no tenía intención de depender de los constructores del ejército durante su estancia entera.

La conducción a la base le ocupó menos tiempo que el de la tarde lluviosa anterior. El cielo era claro y soplabla una brisa fresca, que seguía al paso del frente frío durante la noche, proveniente del mar. A una milla de la base, Clark vio la bandera de las Naciones Unidas en lo alto del hangar. En cierto modo se sentía abrumado por este detalle; si los ideales de la organización alguna vez llegaran a realizarse, sería esa bandera la que los hombres planteasen en la superficie de la luna.

Después de ser admitido en la puerta de ingreso en la base, miró hacia atrás y sonrió para sí. Cuando él y sus amigos científicos hubiesen hecho su trabajo en este proyecto, todas esas cercas deberían ser derribadas.

La oficina parecía casi desierta. Un coronel americano alzó la vista al entrar Clark. Frunció el ceño un momento y luego se adelantó.

—El doctor Jackson, ¿verdad? —dijo—. Soy el coronel Allison. Hace un momento hablé con usted por teléfono. El general Demars todavía no ha venido, pero estoy seguro de que estará pronto aquí, así que si quiere ponerse cómodo... Perdonará que haya cierta tosquedad en nuestro acomodamiento en la cuestión del tiempo y las facilidades. Las cosas han sido bastante difíciles aquí.

Miró a la habitación más allá, y Clark vio que allí estaba la mayor parte del personal cuya ausencia le había extrañado.

La sala era como un despacho y sala de conferencias, provisto de largas mesas tipo biblioteca y de sillones, con estanterías también parcialmente llenas. Con una mirada advirtió que habían hombres de por lo menos media docena de nacionalidades.

—Las cosas irían mejor —dijo Clark—. Uno ha de intentar organizarlo sobre bases político militares. Creo que encontrará a los científicos del grupo capaces de cruzar las barreras internacionales con mayor facilidad que a los otros miembros.

—No tengo la menor duda —dijo el coronel Allison placentemente—, pero hay una cosa que es demasiada facilidad en nuestros asuntos. Un punto óptimo cierto se necesita, y algunas veces resulta muy difícil definir cuál es ese punto.

Clark miró con fijeza al soldado, pero el rostro de Allison permaneció placentero, como si acabase de hacerle una observación casual, sin intención alguna de reprimenda o consejo.

—Confío en que ese punto óptimo se encontrará —dijo Clark—, y que consistirá en la máxima libertad y comunicación entre todos los partidos y todos los sujetos.

El coronel sonrió, pero no se opuso en absoluto.

—Quizás desee usted visitar la otra habitación hasta que el general llegue. Tenemos allí los principios de una extensa biblioteca, aunque es demasiado pequeña.

### III

En el despacho y sala de conferencias, Clark trató de captar la atmósfera existente y, nada más lo hizo, odió todo cuanto acababa de detectar. Había allí un denso y

secreto deseo que parecía descansar dentro del mismo material del edificio en sí, y que recargaba el aire con una sensación de retiro, de retraimiento.

En una mesa cerca de la puerta, Clark vio al físico inglés Oglothorpe, enzarzado en una discusión animada con otros miembros de su grupo.

Nada más vio a Clark su rostro se iluminó de placer y se levantó con la mano extendida.

—¡Doctor Jackson! ¡Cuánto me alegro de verle! Esperaba que tuviésemos tiempo de conversar anoche, pero comprendí, claro, lo fatigado que estaba después de su viaje... y cuán impaciente por ver el navío.

Y entonces, mientras Clark estaba estrechando la mano del inglés, se dio cuenta de un extraño fenómeno que hizo que un escalofrío le recorriese la columna vertebral, como si una ráfaga de aire helado hubiese cruzado la estancia.

La luz en el rostro de Oglothorpe se apagó.

Su apretón de manos se hizo flojo y miró nerviosamente por encima de su hombro.

Era como contemplar la muerte de un hombre, pensó Clark.

Siguió la dirección de la mirada del inglés. Se dirigía a la mesa en donde sus cinco compañeros estaban mirando, tres militares y dos científicos de paisano. Sus ojos eran fríos e inmóviles mientras se clavaban en Oglothorpe y en su amigo americano, estimando, esperando, calculando, sospechando y desaprobando.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, ¿verdad? —dijo Oglothorpe, habiendo desaparecido de su voz el entusiasmo—. Desde el año 43, en Monmouth...

Clark asintió.

—Seguí una buena cantidad de sus documentos después. El informe último de la reflexión radioactiva es estupendo.

—Sí... gracias, me alegro de que le gustara —Oglothorpe se agitó inquieto—. Bueno, me temo que tendrá que perdonarme ahora. Estaba discutiendo un asunto con mi grupo y están particularmente impacientes por dejarlo zanjado antes de la reunión. Por lo menos, permítame que presente a mis asociados.

Uno a uno, estrechó la mano del resto del grupo de Oglothorpe. Sus fríos apretones fueron a la vez saludo y despedida.

Cuando hubieron terminado, no quedaba nada para él, sino dar media vuelta y marcharse.

Miró de reojo a los otros grupos apiñados en torno a sus mesas.

Los suecos estaban juntos, con los italianos, los franceses, los rusos.

En ningún lugar nadie cruzaba la barrera para dirigirse a un grupo que no fuera el suyo; nadie le tendió una invitación para que se uniese con ellos, nadie se adelantó a saludarle.

Se sentó en una mesa vacía y miró en su torno.

¿Qué les había pasado?, pensó era el miedo a sus guardianes militares lo que les hacía actuar como zombies.

Hubiese querido conseguir la dirección de Oglothorpe antes de separarse hoy y ver a su colega en privado, para que pudiesen los dos actuar de nuevo como seres humanos.

Sus sombríos pensamientos fueron interrumpidos por la entrada del general Damars. George miró por la sala y frunció el ceño enojado al ver a Clark, pero elaboró una cordial sonrisa al acercarse al científico.

—Es usted un pájaro madrugador —dijo—. Pensé que no se levantaría hasta media tarde.

—Uno requiere menos sueño cuando se acerca a la vejez —contestó Clark.

—Entonces supongo que deberíamos conservar nuestras diez horas mientras podamos —dijo George. Miró su reloj—. Es casi la hora de nuestra reunión. Yo tenía particularmente impaciencia porque se sentase en ésta, con el fin de conseguir una imagen total de nuestra situación, también enterarse escuetamente de las normas de conducta que hemos hallado necesarias de adoptar. Sin embargo, quiero que conozca a los otros miembros de nuestro propio subcomité ahora mismo; están afuera, en el despacho.

Clark siguió a George y fue presentado al doctor Alvin Barker, químico, y al Dr. John Paris, matemático. Conocía a ambos hombres por su reputación. También fue presentado a sus contrapartidas militares, comandante Benson, de la Marina, y teniente general Stagg, de la Fuerza Aérea. Mientras les estrechaba las manos, notó que los militares le miraban con la misma expresión de recelo, evidenciada por los compañeros de Oglothorpe. ¿Habían llegado al punto de sospechar uno de otro?, se preguntó casi frenéticamente.

George Demars les apremiaba ahora para que fuesen a ocupar las mesas de la conferencia.

—Es la hora convenida —dijo—. Nuestra orden del día está muy cargada, y tendremos que sudar algo si queremos tratar todos los asuntos y comenzar el trabajo mañana.

Los americanos se sentaron en la mesa donde Clark había estado solo unos pocos minutos antes. George ocupó su estrado en una mesa vacía cerca de la puerta y se colocó delante un micrófono perteneciente al sistema de amplificación de la habitación. Hubo un arrastrar de sillas mientras los que estaban antes enfrentándose uno a otro se volvieron hacia él.

—Como secretario provisional del comité investigador, anuncio que se abre la sesión —dijo.

Clark se preguntó cómo iban a arreglar la cuestión del idioma. No se veía prueba alguna de sistemas de traducción simultánea al uso. Sólo más tarde se enteró, que después de muchas discusiones preliminares los miembros del comité aceptaron colocar en su delegación a un miembro científico que conversase en inglés y actuase de intérprete. Esto, acoplado con una orden del día impresa en el lenguaje de cada grupo zanjó la mayor parte de las dificultades idiomáticas.

—Punto primero —dijo George—, se trata del informe en relación de los subcomités nombrados por cada nación participante. He de informar que la delegación americana, queda ahora completa con el nombramiento del Dr. Clark Jackson como presidente del subcomité. Según lo dispuesto, esto completa todos los subcomités. ¿Hay alguna objeción? ¿Existe alguna delegación que informe que no está completa?

Miró a los asistentes, mientras se produjo una rápida consulta mutua en una gran cantidad de idiomas.

—Aprobado, pues el punto primero —anunció—. El punto número dos presenta la cuestión de un sistema distributivo. Se acordó en las sesiones preliminares que toda información contenida en la espacionave se proporcionaría sin ningún prejuicio a todos los grupos de naciones representados. Nuestro debate cerró la última sesión con la mecánica de asegurar que ésta es una cuestión abierta.

»Se acordó que todas las veces la mínima unidad de un subcomité sería considerado por un miembro científico y uno militar. Se acordó que en ningún momento se admitiría dentro del navío a un grupo que consistiese en menos de una unidad de una nación políticamente democrática, una unidad de una nación políticamente no democrática y una unidad de una nación neutral, quedando esto definido de manera clara.

»En esta orden del día queda la cuestión del número máximo de miembros de comités que puedan ser acomodados por el tamaño físico del navío y sus facilidades para penetrar. También está la cuestión de pedir a Hain Egoth que presente su material aquí en la sala del comité mejor que a bordo del navío. Tenemos que debatir...».

Clark Jackson hizo un esfuerzo para dejar de escuchar, asqueado por aquella jerigonza de George. Eran como niños en una escuela discutiendo sobre la distribución de las bolitas para jugar, pensó. O quizás como una pandilla de bandidos en una cueva llena de botín robado, cada cual con una mano en el cuchillo para asegurarse de que su compañero en el crimen no tomaba más que una porción justa.

Oyó subsiguientemente algunas estúpidas sugerencias indicando que deberían destituir al robot y ocupar el navío completamente según sus propias condiciones. Durante un rato casi pareció que este sentimiento permanecería, destacando que Hain Egoth no era nada más que una parte de la maquinaria de la nave y que no poseía una forma de vida o de inteligencia diferente de la que se encontraría en una cinta magnetofónica grabada.

Ante esto, Clark ya no pudo permanecer más tiempo sentado. Pidió la palabra y tuvo un momento de amargo divertimento cuando George le miró ceñudo como si desease que Clark permaneciese callado y no se arriesgase a alguna torpeza social en su ignorancia de las realidades con las que estaban tratando. Pero no pudo negarse a conceder la palabra a Clark.

—A veces, apenas podemos distinguir entre la vida y la muerte dentro de nosotros



mismos —dijo Clark—. Tenemos, pues escaso derecho a juzgar que una criatura que habla y razona, que vino a nuestro mundo con regalos de su gente, sea o no entidad individual. Aun cuando se haya dicho que Hain Egoth no es más que una acumulación de partes metálicas y de impulsos eléctricos, él diría que no es una cosa muerta.

»Miramos a las estrellas de noche y todo lo que sabemos es que han estado allí desde que se desvanecieron; vemos solo la luz que viene a nosotros desde muy lejos en el pasado. Del mismo modo, Hain Egoth nos porta la luz de una gente que nos quería bien, que agotó sus moribundas energías que podía haber utilizado en algo mejor, por enviarnos ese mensaje. El robot nos trae precisamente un encargo de esa raza; él porta la vida de ellos. No tenemos derecho a violarla. La vida y el mensaje de los alcardianos existe en la persona de Hain Egoth, como seguramente existe en las estrellas cuya luz vemos de noche, pero cuyo presente, cuya realidad actual, nunca podremos saber a ciencia cierta».

Cuando se sentó vio una oleada de asentimiento en la mayor parte de los miembros civiles. Los militares evidenciaron pétreo desaprobación. Pero el argumento de Clark canceló el debate por el momento. Por lo tanto dejó en blanco cualquier discusión sobre qué armas o alarmas podía tener a su disposición el robot para prevenir un ataque como el que se sugería. Cuando la larga sesión hubo terminado finalmente, se sintió cansado por su rebelión interna contra los procedimientos, contra las ridículas condiciones que el comité imponía por sí mismo. Era todo profundamente innecesario, pensó.

Deberían comportarse como individuos maduros y civilizados en vez de como chiquillos alborotadores.

Los mismos del comité abandonaron la estancia sin apenas cambiar palabras, los ojos parecían fijos delante de cada uno. Oglothorpe se fue con rapidez sin mirar, en dirección a Clark, pero Clark decidió ponerse en contacto con él más tarde.

George le llamó a parte mientras los otros se marchaban.

—Me parece que usted ahora ve una imagen total —dijo ceñudo—. ¿Comprende lo que quería decir cuando le expliqué cuál sería su misión? Clark asintió despacio.

—Me temo que sí; y por lo que he llegado a saber esta tarde, quizás incluya también mantener lejos de mis costillas la punta de algún cuchillo.

—Sí —asintió George—, puede que incluya eso también.

#### IV

George se quedó en la base. Clark comió sólo en el comedor del hotel y llamó a Oglothorpe inmediatamente después. El inglés respondió con voz precavida:

—Al habla Oglothorpe.

—Dan, Soy Clark. Quería hablar con usted más de lo que tuve ocasión esta tarde. ¿No podríamos salir esta noche y recordar lo que ha ocurrido desde...?

—Lo siento muchísimo pero esta noche no me es posible —dijo Oglothorpe—. Deseaba con impaciencia hablar con usted, pero, bueno... no está aprobado. Quizás no le importe venir a mi hotel y estar sentados un rato en el vestíbulo.

Su voz era precavida en extremo y Clark sospechó que tenía miedo de que alguien escuchara sus conversaciones telefónicas.

—Estaré ahí dentro de quince minutos —dijo Clark.

Cuando se reunieron, parte de la precaución de Oglothorpe y de su reserva habían desaparecido. Estaba sentado en un sillón en el centro del vestíbulo, y se levantó *en* cuanto vio a su amigo. Estrechó la mano de Clark cálidamente y le condujo a un pardo sofá de cuero situado frente a la ventana.

Mantuvo la sonrisa en el rostro, pero su voz era seria.

—Me vigilan —dijo—. Es inútil tratar de salir a alguna parte. ¡Creo que estaré muy agradecido cuando esta misión haya sido cumplida!

—¿Tiene que ser siempre como fue esta tarde? —preguntó Clark.

—No lo sé —suspiró Oglothorpe—. ¿Y de qué otra manera podría ser?

—Podría ser muy diferente; si tú, Fenston, Smernoff, los otros de la clase y yo, estuviésemos solos. Podríamos estar sin tener el cañón de un revólver proyectado sobre nuestros hombres por nuestros amables protectores. ¿Por qué no podríamos resolverlo solos... aquellos de nosotros que comprendemos los problemas científicos que entraña esta cuestión?

El rostro de Oglothorpe parecía volverse frío de nuevo. Cuando clavó los ojos en Clark su mirada parecía casi hostil.

—Ya sabe usted que eso no resultaría —dijo—. El mundo está dividido en campos de hombres armados, y los científicos no son diferentes a los demás seres humanos.

—Su mayor y más grande químico habla en bien del bienestar general; un físico vende los secretos mejor guardados a través de la barrera a los del otro campo. ¿Y en quién de éstos podría usted confiar? ¿Podría yo confiarle a usted la posible vida y bienestar de mi nación? ¿Podría usted fiarse de mí?

Sacudió la cabeza vigorosamente.

—No, Clark, nunca daría resultado. Debemos darles crédito para manejar este asunto de la única manera posible práctica.

—Podríamos hacerla resaltar —dijo Clark—. Usted y yo y los demás que queremos con suficiencia verlo trabajar en una base de confianza, honradez y mutua comprensión.

—¡Ya le he dicho a usted por qué no hay base alguna para eso! No se puede confiar en un científico más que en cualquier otro hombre. Hace tiempo, quizás, era verdad lo que usted dice. Los últimos años nos han enseñado lo contrario.

—Porque nuestro historial de los pasados veinte años aproximadamente es un fracaso, no significa que siempre ha de serlo así —insistió Clark.

Oglothorpe sacudió la cabeza.

—No hay esperanzas.

—¿Entonces qué va a ser de este regalo de los alcardianos... de su gran idealismo? ¿Vamos a entrar a saco en el navío robando cuantos principios nuevos podamos encontrar, para luego volver a casa alocados y ponernos a crear almacenes enteros de nuevas armas ofensivas sacadas de ellos?

—Sí —asintió despacio Oglothorpe—, eso es precisamente lo que va a ocurrir. Eso es lo que yo haré; eso es lo que usted hará. En el fondo, Clark, usted sabe que no hay otros medios. No podríamos hacerlo de otra manera aunque lo intentásemos. No. Has crecido en un mundo en donde ni siquiera se puede intentar lo que se acaba de sugerir.

»Mis consejeros militares me avisaron amablemente que podían encarcelarme por decir estas cosas, pero no importa —el inglés sonrió pensativo—. Especialmente me previnieron en contra de usted; me dieron órdenes insinuándome que su misión es evitar la distribución equitativa de los datos del navío, cueste lo que cueste.

Los ojos de Clark se contrajeron al mirar el rostro de su amigo.

—Se equivocan. No pueden saber qué órdenes he recibido. ¿No lo comprende, Dan? Son palos de ciego. Todos... van a tientas, con sospechas contagiosas en donde no hay motivo de sospecha, haciendo enemigos a hombres que debían ser amigos.

Oglothorpe extendió las manos y las dejó caer sobre su regazo.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, Clark? ¿Qué puede hacer cualquiera de los nuestros?

## CAPÍTULO IV

### I

Durante mucho rato aquella noche, Clark estuvo despierto en su habitación, viendo cómo la luna surcaba el cielo entre girones de nubes blancas. Pensó en la última pregunta de Oglothorpe. Quizás no fuese tan fácil como pensaba, pero tenía que hacerse algo para cambiar la atmósfera que rodeaba la transferencia de regalos traídos por Hain Egoth. Si los científicos fracasaban en conseguir la unión ahora, durante este intercambio, entonces Oglothorpe tendría razón. Sería desesperado si las barreras fuesen de pronto construidas más y más altas y más espesas y profundas. Pero no podía permitirse que esta cosa ocurriera. Sintió confianza en que podría imaginar algún curso de acción práctico que todos aceptarían. Incluso Oglothorpe cooperaría, en eso estaba seguro, si podía demostrar al inglés que todavía no habían perdido la batalla.

La mañana parecía venir demasiado pronto. Se vistió y se tomó de un trago una taza de café, marchando en su coche a gran velocidad hasta la base.

George Demars le cogió del brazo mientras entraba en el hangar.

—Me alegro de que haya venido usted pronto —dijo George—. Reúna a su grupo y vea que cada cual esté enterado de los puntos del acuerdo. He aquí su copia. No queremos ningún resbalón que dé pie a una discusión con los camaradas. Hain Egoth nos espera a las ocho en punto.

Clark se sentó en una mesa de la sala de conferencias, repasando la lista que parecía para él un conjunto de infantilismos y tonterías. Tales acuerdos entre personas inteligentes, carecían mucho de sentido común, de comprensión necesaria, y eran del mayor efecto para promover dificultades en vez de fomentar los esfuerzos mutuamente constructivos. Se basaban, más que nada, en el recelo, en la envidia y en motivos de mutua destrucción.

Al entrar los americanos, uno a uno, revisó el contenido de los acuerdos. Los soldados los habían aprendido ya de memoria. Barker y Paris compartían algo de su falta de entusiasmo, pero eran lo suficiente diligentes como para observar la letra de los pactos.

No había tenido tiempo de entablar suficiente conocimiento con sus compañeros miembros del subcomité americano. Aquél debería ser su primer esfuerzo en vez de haber pasado la noche entrevistándose con Oglothorpe, pensó; debería haber determinado cuántos de sus propios colegas estaban identificados con los papeles asignados. Todos parecían lo bastante amistosos, pero incluso así, notó en su actitud un elemento de la misma reserva precavida, del recelo, con que el resto de la

comisión se veía infectada.

Mientras la habitación se llenaba, había una inquieta y ansiosa expectación, una combinación de intranquilidad del primer día de colegio, y de la incertidumbre de enfrentarse a algo desconocido, a un mundo ignorado a punto de ser desvelado. Le parecía curioso a Clark que un sentido de la presencia de Hain Egoth fuese tan incompletamente defectuoso. El era la figura central aquí, pero todas las maniobras, el complejo trasfondo, iba a seguir adelante sin apenas pensar en el robot.

Bruscamente hubo un agitarse cuando George apareció y les indicó que había llegado el momento de marchar. Sesenta miembros que componían el máximo comité del primer día se levantaron y comenzaron a desfilar. Esto no era más que un tercio del comité completo, pero el navío no podía acomodar a más personal al mismo tiempo.

—El aula está abierta —dijo John Paris con una mueca.

Hain Egoth estaba esperándoles a la entrada del navío. Cuando los miembros de la comisión aparecieron, dio media vuelta y entró enseñando el camino. El segundo piso había sido preparado con asientos de un equipo semántico de inducción. Esto le permitía dirigir material hablando o en visual de una manera completamente independiente de su lenguaje nativo, así que las formas más complejas de interpretación quedaron eliminadas.

En la mesa del grupo americano, George estaba sentado al lado de Clark. De manera simultánea, se colocaron los pequeños botones metálicos del inductor semántico en su cráneo, siguiendo las instrucciones de Hain Egoth. El robot había previamente analizado los textos normales terrestres en el campo de la física, química y las matemáticas, con el fin de establecer un punto de partida. Mientras la primera sesión seguía desarrollándose, emitió una larga serie de conceptos ampliatorios de la mecánica del quantum y de la relatividad.

Para Clark, aquel primer día pasó como un intervalo en el paraíso, y pudo ver que casi todos los miembros científicos se veían similarmente afectados. La mayor parte, sus rostros reflejaban un estado de éxtasis inducido por las revelaciones del robot.

Clark experimentó una alegría adicional al alcanzar la creciente certidumbre de que las esperanzas de Oglothorpe no tenían justificación. El compartir estos datos de los alcardianos, proporcionaría un lazo entre los científicos que ninguna cantidad de seguridad podrían romper. Cuando se conociese por último esto, la tensión cesaría; los miembros de la comisión encontrarían posible saludarse mutuamente como habitantes del mismo planeta una vez más. La respuesta le pareció tan simple que Clark se preguntó cómo no se le había ocurrido antes.

La ciencia siempre ha proporcionado el disolvente universal para las diferencias de la humanidad. Nunca falló excepto cuando la comunicación entre los científicos del mundo fue rota a la fuerza. Ahora, la comunicación iba a ser restaurada en un grado como nunca existió, incluso en los mejores años de la historia de la Tierra.

Se separaron rápidamente para almorzar y se reunieron lo antes posible. El día le

pareció a Clark el más breve de cuantos había pasado durante toda su existencia, pensó, mientras George se levantaba finalmente a las ocho de la noche y recordaba al robot que los terrestres no podían proseguir indefinidamente, a diferencia de él. Excusándose, Hain Egoth se despidió de ellos, pidiéndoles que volviesen, pronto, puesto que tardarían muchos meses en completar el trabajo al paso que iban, el único que les era posible.

Más tarde, en el hotel, el subcomité americano se reunió en la habitación de George Demars para recapitular y evaluar los datos conseguidos durante el día. Durante una hora los tres científicos compararon notas y opiniones. Aunque técnicamente adiestrados, los soldados quedaron pronto fuera de la profundidad de sus discusiones.

Cuando se produjo una pausa, George dijo en voz baja:

—Y no olvidemos que hoy los camaradas han obtenido el mismo material.

Fue como si de pronto alguien hubiese sombreado la luz y abierto la ventana para que entrase el frío viento nocturno. Barker y Paris se hundieron en sus sillones.

—Lo que voy hacer con eso nos interesa mucho, porque tenemos que hacerlo nosotros primero y mejor —dijo George—. ¿Qué es lo que ven ustedes?

—No lo sé —dijo Paris despacio—. No sé lo que significa; parece ser un paso más allá de los fenómenos de radiación electromagnética con los que estamos tan familiarizados.

—¿Rayos de muerte? ¿No más clases de acción a distancia?

—Con toda posibilidad. Debe usted recordar que éstos son sólo los elementos esenciales de una ciencia nueva por entero; únicamente nos es posible imaginar su pleno desarrollo.

—¿Por qué nuestras deducciones han de dirigirse sólo en esa dirección? —preguntó Clark colérico—. Hay un millar de direcciones por las que podríamos ir.

—Tiene usted toda la razón —dijo George—. E iremos en todas esas direcciones... pero por este camino es por el que tenemos que caminar *primero*, porque esta noche *ellos* se han reunido lo mismo que nosotros y ésa es la dirección en la que se encaminan. Tenemos dos alternativas: seguir sus huellas, o tomar la iniciativa y destruir la amenaza que ellos poseen. ¿Cuál prefiere?

En el momento en que Clark penetró en el edificio a la mañana siguiente, se dio cuenta de que George había tenido razón. Todos los subcomités se habían reunido y habían dicho las mismas cosas. Los rostros de los hombres quedaban retirados y evasivos. En lugar de la alegría con la que abandonaron el navío la noche anterior, se veían abrumados con renovada ansiedad y recelo. Los grupitos de subcomités parecían más aislados entre sí que nunca, si es que eso era posible. Clark sintió como si hubiese despertado de una pesadilla. La atmósfera era increíble; antes de que la investigación hubiese terminado, se echarían mutuamente uno sobre otro dispuestos a estrangularse.

Al pasar la primera semana, se hizo evidente que las indicaciones de la sesión

inicial eran correctas. John Paris elaboró una demostración de que los nuevos principios de radiación hacían posible la temida muerte mediante rayos, por primera vez.

Unos cuantos centenares de horas de desarrollo mecánico harían posible la construcción de una arma devastadora que excedería a las bombas A y H en efectividad criminal, sin ir acompañada de la destrucción de propiedades.

Los americanos, los ingleses, los franceses, los rusos... no había nación a la que se pudiese eliminar; no había nadie cuyos científicos fuesen tan pobres que no pudiesen extrapolar estos perfeccionamientos letales.

Y entonces, al principio de la segunda semana, uno de los científicos fue asesinado durante una sesión por el delegado militar de otra de las naciones.

El soldado acusó al científico de tratar de ocultar en su persona uno de los libros grabados en cintas originales, que no había sido duplicado y distribuido a la comisión como los demás; las subsiguiente investigación demostró que la acusación era cierta.

Los americanos estaban temblorosos y pálidos cuando se reunieron por la noche después de aquella sesión. Clark experimentó una torpeza mental, como si hubiese tomado una decisión, pero reconoció que era la que él mismo tomó casi desde el principio. Solamente ahora era capaz de reconocer que siempre conoció la imposibilidad de lo que estaban intentando.

—Este comité —dijo—, es una burla científica de la raza humana. Hemos visto hoy un pequeño ejemplo de lo que ocurrirá al mundo si continuamos por el camino tomado; no podemos seguir adelante.

—No podemos detenernos —dijo John Paris.

—¿No sería mejor si lo hiciésemos? —dijo Clark— ¿No sería mejor, incluso ahora, si le dijéramos a Hain Egoth que tomase su navío y se fuese? No estamos preparados para recibir lo que nos ofrece. Y nos ha traído el regalo de los dioses, sin estar en condiciones de recibirlo.

En seguida se dio cuenta de que no había acuerdo. Barker sacudió la cabeza con vigor.

—Tampoco la raza del robot estaba preparada o valía para ser depositaria de esa sabiduría. No tuvieron éxito en manipular el conocimiento, pero sí su posibilidad; nosotros tenemos que poseer la nuestra.

»Nuestra seguridad está en el apoyo común que ha de ser establecido. Probando es como lo conseguiremos, creo que nadie está consiguiendo más detalles que cualquier otro. Lo ocurrido hoy es más afortunado que trágico, porque destaca en general que nadie va a conseguir ninguna ventaja sobre los demás. Si continuamos manteniendo el equilibrio no habrá peligro.

»En el pasado hubo desigualdad, que es lo que hacía que un grupo se aventurase a sobreponerse a otro. Ahora, con la ciencia de los alcardianos, una nación pequeña es tan igual como una grande. Éste es el principio del ecualizador, que se exhibió primeramente en el famoso revólver Colt de los primeros días de nuestro Oeste. Los

puestos pacíficos de colonos se extendieron por encima del desorden inicial y el ecualizador Colt fue el mayor factor en hacer tal cosa posible.

«Volverá a dar resultado. La tierra entera es ahora la frontera, y con ecualizadores apropiados distribuidos entre las naciones, encontraremos una repetición de nuestra propia historia del Oeste a una escala enteramente mundial. El incidente de hoy no será el último, pero por cada uno pequeño de su clase, se reducirá la oportunidad de que ocurra uno grande».

Clark escuchó, tratando de no creer lo que oía decir a uno de sus amigos científicos. Se sintió de pronto perdido y sintió frío al reconocer cuan lejos habían vagado en dirección a la que los militares querían que marcharan.

A través de la discusión los ojos de George Demars quedaron fijos en Clark.

—Así son las cosas, Clark —dijo por último—. Usted no nos querrá decir ni convencer de que cojamos a Hain Egoth y le pidamos que tome su material y se marche, ¿verdad? Y menos hasta haber visto los ejemplos de las alturas a las que puede llevarnos con su ciencia.

Clark se miró las manos plegadas en la mesa delante de él. Apretó los pulgares con fuerza uno contra otro.

—No, claro que no —dijo—. Pero tenemos que hallar una mejor respuesta de la que tenemos y es preciso hallarla bien pronto.

## II

En la noche pensó que estaba soñando y por poco grita en voz alta, cuando una forma se recortó contra el firmamento. Mientras yacía en una parálisis momentánea, semiinconsciente entre el frío y un súbito temor, la cosa saltó dentro de la habitación.

Entonces la reconoció, antes de que la voz humana hablara.

—Soy Hain Egoth, Clark Jackson —dijo el robot—. Quiero hablar con usted, pero no debe saberse que he venido aquí.

El momentáneo miedo de Clark quedó reemplazado por un sentimiento igual de sorpresa, de que el robot hubiese venido desde la base tan distante y que hubiera sido capaz de encontrarle, y sin ser descubierto.

—¿Por qué ha venido? —preguntó Clark—. Seguramente le echarán de menos en el navío.

—Nadie lo sabrá. Puedo atravesar con facilidad las cercas guardadas de ustedes y neutralizar el radar que cruza la zona. Y si alguien subiese a bordo de mi navío, no me echaría de menos. No soy lo que ustedes suponen; hay cinco como yo a bordo, Clark tuvo un nuevo estremecimiento de sorpresa al comprender en aquel momento la posibilidad de que hubieran muchos secretos, que el robot quizás no se mostraría inclinado a revelar.

—He venido —continuó el robot—, porque usted es el único con quien puedo hablar. Los he analizado a todos y usted solo, Clark Jackson, es la persona indicada;



usted posee la noción de que se ha cometido un error. Hain Egoth ha traicionado a su pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—Mis regalos no eran para ustedes. Ya ha visto por sí mismo que son incapaces de utilizar lo que traigo. Tienen razón al llamarlo el regalo de los dioses, pero es demasiado fuerte para los hombres de la Tierra. Les traería solamente muerte, no vida.

—¡Usted también piensa lo mismo! —exclamó Clark.

—Sí. Es inevitable. Pero necesitaba encontrar alguien de ustedes que también lo creyese.

—¿Por qué nos proporcionó ese regalo, si sabía *que* éramos incapaces de utilizarlo?

—La decisión no fue del todo mía; mejor dicho, me fue impuesta. Me acerqué a la Tierra para examinar a su pueblo y explorarlo. Tuve que realizar un largo camino para encontrar razas nuevas que se acercasen por los menos a las condiciones requeridas. A primera vista, el mundo de ustedes parecía ser apto. Pero no tuve precaución al acercarme; no esperaba que me atacasen.

—¿Atacado? ¿Cómo?

—En apariencia, la raza de usted ha estado en guardia contra alguna aproximación procedente del espacio. Uno de sus aviones me disparó un proyectil atómico que penetró en mi navío y produjo un pequeño daño que, sin embargo, al producirse en una zona crítica, me obligó a aterrizar, parcialmente perdido el control.

—¡Los platillos volantes! —exclamó Clark—. No me imaginaba que hubiesen puesto vigilancia de esa magnitud; no sabía que tuviesen aviones que disparaban proyectiles atómicos.

Hain Egoth continuó:

—Cuando mi navío fue recogido, su gente hizo torpes reparaciones; más tarde arreglé algunas de estas torpezas. Se me pidió que no mencionase el ataque.

—Evidentemente, no querían que el resto de las Naciones Unidas supiera que usted había sido derribado por un ataque —murmuró Jackson—. ¿Pero qué tiene que ver esto con su decisión de entregarnos el rico material científico?

—El daño era tal que mi navío no funcionaba; yo no podía despegar de nuevo. Era obvio que no obtendría cooperación alguna de su raza para reparar las averías, si les decía que después me marcharía. Ellos insistirían en conocer cuanto contenía mi navío.

»Pero había la posibilidad de que pudiesen estar cualificados para asimilar eventualmente la ciencia. Por otra parte, había empezado a creerse que yo podía trabajar a través del espacio hasta que todos mis recursos se agotasen sin encontrar un grupo incluso, tan cualificado como el de ustedes. Así que decidí completar mi misión mostrándoles mi material.

—¿Y ahora cree usted que fue un error incluso considerando las circunstancias

bajo las que tomó tal decisión? —preguntó Clark.

—Sí. Sería mucho mejor si mi navío se perdía para siempre en las profundidades del espacio a que fuese instrumento de instrucción de este pueblo en quien se pueden poner muchas esperanzas, pero que tiene que caminar muchísimo todavía.

—Todos nos hemos preguntado acerca de algo que usted no ha querido explicar. ¿Por qué cayó su propia raza? ¿Cómo se puede asegurar a un pueblo la seguridad de tener éxito en perpetuarse a sí mismo, cuando ustedes no lo consiguieron?

—Ya que mi pueblo no puede responder a esa pregunta, es evidente que yo tampoco —contestó Hain Egoth—. Pero el problema que no lograron resolver es el que ustedes encontrarán también, si llegan lo suficientemente lejos.

»A medida que las criaturas racionales se desarrollan, aumenta su poder creador y su autodeterminación. Al hacerlo así, la demanda de leyes externa disminuye y las leyes se convierten en internas para uno mismo. La sociedad remota, técnicamente, es una completamente sin ley en la que los individuos creativos conforman a cada paso sus propias regulaciones autodeterminantes para promover el bienestar propio y el de sus compañeros.

»Cuando se acerca a este ideal, sin embargo, las desviaciones de cualquier clase se convierten en crecientes críticas. Una pequeña transgresión cerca de la cumbre creará más caos, que un crimen mucho mayor en una sociedad no tan desarrollada. Entre mi gente, se llegó a una condición de estabilidad, en la que las aproximaciones finales a la sociedad cumbre, produjeron un retroceso que mandó a todo el planeta a una rápida espiral de degeneración. Cada intento por detener el descenso parecía acelerarlo. Nuestros científicos no descubrieron los principios básicos de lo que estaba tomando lugar hasta que ya fue demasiado tarde y para entonces ellos mismos formaban parte de dicho caos. Nunca aprendieron cómo podía evitarse el desastre, o si era posible que se evitara. Algunos consideraron que las leyes teoréticas de la sociedad eran una imposibilidad práctica. Nunca lo supieron con seguridad.

Clark permaneció en silencio durante un rato, meditando las palabras del robot, tratando de imaginarse a una sociedad trepando tan cerca de las alturas divinas y cayendo por el mismo camino hasta la profunda destrucción. Se preguntó si aquellos alcardianos tenían derecho a suponer que las cumbres nunca serían alcanzadas por seres racionales.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —dijo finalmente—. Estoy de acuerdo en que los dones de ustedes no deberían ser compartidos por mi pueblo, ¿pero cómo se puede evitar? Cualquier intento para detener lo que ha comenzado provocaría la fuerza meramente. ¿Podría destruir su navío antes que permitir eso?

—Puedo... y lo haría si fuese necesario —contestó Hain Egoth—. Pero entonces habría fracasado por completo. Preferiría intentar una continuación en mi búsqueda, seguir adelante de todas formas cuanto me sea posible. Con algo de ayuda no sería difícil reparar perfectamente mi navío. Pero necesito esa ayuda; por eso es por lo que he venido hasta usted.

—¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer por usted?

—Se necesita efectuar ciertas reparaciones, que yo no puedo realizar. Ha de comprender algo de mi naturaleza para entender el daño que se ha producido.

—Esta forma que ve no es en realidad el robot, Hain Egoth, sino meramente una extensión. El mecanismo cerebral, como ustedes le llamarían, está situado permanentemente en el propio navío, en una cámara debajo de la sala de máquinas. Las cinco figuras robóticas de la clase que usted ve aquí son operadas desde la unidad central. Además, los mandos del navío en sí están conectados directamente con el mecanismo cerebral y son manipulados por él sin intervención de formas robóticas. Es esa porción del mecanismo la que está averiada.

—¿Pero no pueden repararla utilizando una de las formas robot?

—No; por eso es por lo que necesito ayuda exterior. Esas reparaciones necesitan la desconexión y aislamiento durante un breve tiempo de todo el mecanismo completo cerebral, excepto unos cuantos circuitos receptores que pueden quedar funcionando. Yo puedo utilizar una forma robótica para guiarle en la realización de las reparaciones, pero no puedo efectuar las acciones reflexivas necesarias para conseguir por mí mismo reparar actualmente el daño. Podría usted compararlo con el caso en que usted necesitara una operación en su propio cerebro. Se necesitaría una desconexión temporal y el trabajo no podría ser llevado a cabo reflexivamente.

—Ayudaré en cuanto pueda —dijo Clark—. Pero no veo cómo podré entrar a solas en el navío; ya conoce usted los convenios referentes a eso.

—Mañana por la noche, vendré a por ustedes después de nuestra sesión regular. Vendrá usted al navío acompañado por una mínima comisión. Dentro, mis cinco formas robóticas se ocuparan de la gente adicional. Con el fin de evitar que se le considere traidor, fingiré dominarle también. Cuando el trabajo esté terminado, todos ustedes serán libertados y yo partiré; no habrá ninguna dificultad. Le anticipo que requerirá unas tres horas y media realizar el trabajo.

—¿Pero las formas robóticas quedarán sin funcionamiento parte de su tiempo!

—Sí. Ése es el riesgo que hay que correr. Sus compañeros estarán encerrados. Será tarde y no habrá motivo para que nadie más entre en el navío. Excepto durante unas dos horas, yo estaré inmóvil y sin capacidad de actuar y usted quedará solo, campando por sus respetos. ¿Acepta correr ese riesgo?

## CAPÍTULO V

### I

Después de que Hain Egoth se hubo ido, Clark siguió viendo en la oscuridad la imagen del científico que había sido asesinado por tratar de robar material del navío. Si él, Jackson, era sorprendido —o incluso sospechado de su voluntaria participación en la fuga del robot— recibiría un tratamiento igualmente implacable.

En contraste con las sesiones de los días anteriores, la siguiente parecía interminablemente larga. Clark experimentó la sensación de que su nerviosismo debía trascender a todos los demás. Efectuó una serie de rápidas y copiosas notas para esconder esta ansiedad, pero no pudo controlar el intermitente temblor de sus dedos mientras escribía.

Finalmente la sesión terminó. Clark permaneció sentado para estar entre los últimos del grupo al abandonar el navío. George le hizo un gesto irritado para que se uniese al grupo.

—Vámonos. Estoy realmente agotado esta noche.

Entonces, mientras se alejaban de la mesa y recorrían el pasillo, Hain Egoth les llamó.

—General Demars, ¿podría hablar con usted durante unos cuantos minutos?

George se detuvo y dio la vuelta.

—Sí, si es preciso. Pero necesitaremos formar nuestro mínimo comité, ¿no puede esperar hasta mañana?

—Me temo que no. Hay algo particularmente urgente que debo discutir con usted. Le agradecería que reuniese a los demás miembros y se quedara.

—Está bien —George masculló un reniego en voz baja y se fue, siguiéndole Clark.

Se tardó pocos minutos en reunir a los miembros del grupo, que lo hicieron de mala gana, y para ese tiempo —notó Clark con satisfacción— casi todos los demás habían dejado el edificio.

—¿Por qué tenemos que esperar? —gruñó el ruso irritablemente—. No hay nada que esté sin acabar. Esto es muy poco corriente.

—No lo sé —le contestó George—, pero cuanto antes solucionemos el caso, mejor. El robot tiene algo en su cabeza.

Nada más llegaron a la cubierta superior de la cámara, las cinco formas robóticas salieron de su escondite y se apoderaron de los miembros de la partida, los tentáculos se enrollaron como bandas de acero en torno a los cuerpos.

Los hombres carraspearon asombrados al ver las múltiples figuras de lo que

habían creído que era sólo un robot.

—¿Qué diablos es esto? —protestó George— ¡Suéltennos antes que...!

—¿Sí? —exclamó Hain Egoth— ¿Antes de qué?

El general dejó de forcejear y trató de mantenerse rígido con dignidad.

—Por favor, explíquese —dijo con frialdad.

—Ya tienen ustedes sus propias explicaciones —dijo Hain Egoth—, no necesito ninguna más. Se les ha ofrecido el regalo de los dioses y ustedes se revuelcan como cerdos en el fango.

Clark había sido capturado por uno de los robots que también sujetaba a otro miembro del grupo. Un tentáculo le rodeaba brazos y pecho con fuerza innecesaria y notó que era capaz de cortar a un hombre en dos si el robot así lo deseaba.

Fueron llevados a una cámara en el extremo lejano de la habitación y metidos en una desnuda sala mecánica, todos excepto Clark.

—Necesito este hombre —dijo el robot—. Cuando haya terminado su tarea para mí, serán ustedes libertados. No deseo hacerles daño, pero no intenten huir.

La sala no estaba construida para ser una prisión. La cerradura en la puerta era sencilla. El robot rompió el picaporte interior y la hizo inasible desde allí. Aseguró a Clark que no había peligro.

—Ahora démonos prisa —dijo.

Clark encontró que, bastante sorprendente, su tensión y su nerviosismo habían desaparecido para cuando Hain Egoth le condujo hasta la sala de control y le mostró la situación del mecanismo cerebral. Era un recinto al que ninguno de los terrestres había sido admitido.

El robot destornilló las tapas pesadas que escondían el mecanismo y Clark carraspeó al verlo. Inconscientemente había presumido que quizás fuese una caja pequeña conteniendo unos cuantos intrincados reíais o válvulas electrónicas de alguna especie, pero estaba del todo falto de preparación para la masa de componentes que vio.

Aún más, se sintió desalentado por el tamaño total que tenía. Los componentes eran en extremo diminutos... algunos casi microscópicos, y miles de ellos montados sobre filas de soportes de metal. Las interconexiones parecían hechas con un material semejante a la tela de araña, que parecía tan frágil como para romperse al recibir el aliento de una persona.

—No puedo... —balbuceó Clark.

—Sí —le dijo Hain Egoth—. Por favor, ponga en marcha este receptor y enchufe esta clavija en aquel panel; es parte del tiempo del trabajo de que le hablé.

Clark se sentó y oprimió un pequeño botón a un lado de su cabeza. Se colocó una especie de casco y durante una hora estuvo manando en su mente un torrente de información tan compleja y detallada, que parecía mucho más allá de su consciente comprensión, sin embargo, se dio cuenta de que se iba depositando en circuitos en su mente, en donde quedaría a mano para cuando deseara aprovecharse de ella.

Al término del obligado adiestramiento, se sintió exhausto por la cantidad total de energía que se le exigía y, sin embargo, su tarea actual aún no había empezado todavía. Pero mientras escrutaba una vez más el extensivo mecanismo, se sintió la indefinible oleada de certidumbre que conocía precisamente cuál era la función de cada uno de los miles de componentes y que era capaz de hacer lo que el robot le había pedido con respecto a reparar las averías.

—Estoy dispuesto —dijo.

—Sí... y es hora de empezar.

La forma robótica adoptó una posición desde la que podía ver el mecanismo cerebral y las manos de Clark mientras comenzaban la tarea del desmontaje. Visión y habla quedaron con el robot, pero por otra parte la criatura metálica se quedó inmóvil y sin vida.

El proyectil había penetrado en la envoltura, ligeramente desde abajo, y había roto una considerable masa de componentes del fondo de todo el conjunto. Durante una hora Clark arrancó las partes quemadas y averiadas, sintiéndose como un cirujano operando en un cerebro humano.

Una vez limpia la herida, según la imagen que él mismo se creó, se encaminó al armario de recambios y comenzó a extraer una enorme cantidad de unidades múltiples para reemplazar a las averiadas y volver a conectar el cerebro al sistema de control del navío.

Rápidamente, comenzó el trabajo de sustitución, utilizando el cable capilar irrompible que halló. Trabajó desde el extremo del control hacia el cerebro en sí, con el fin de colocar estos circuitos en su lugar antes de reconectar el mecanismo cerebral a las formas robóticas.

De pronto oyó un grito de alarma de Hain Egoth.

—¡Vienen! Sus hombres atacan el navío desde todas direcciones, tanto que apenas puedo describirlas. ¡No deje que le encuentren aquí! ¡Suelte a sus compañeros y dígalos que se vio obligado a trabajar en el mecanismo y que logró escapar! ¡Le creerán y así se salvará usted también!

Clark dudaba. Alzó la vista hasta la inmóvil faz del robot donde los ojos mecánicos aún mostraban su débil luminiscencia. Miró el verde mecanismo bajo, sus manos. Nunca habría otra posibilidad; ésta era la única.

Sólo una cosa parecía retenerle. Tuvo la visión momentánea del rostro despreciativo de George Demars. Entonces desapareció.

—Terminaré —dijo—. Puede que haya tiempo... Durante largo rato el robot no dijo nada, pero Clark pareció sentir fijos en él sus ojos luminosos.

—Desearía que mi raza le hubiese conocido, Clark Jackson —dijo el robot.

## II

Clark aumentó su velocidad hasta el límite. En su cerebro se formó un nuevo

propósito y rogó al cielo que le concediera tiempo para llevarlo a cabo. Entonces, mientras aún estaba inclinado en el montaje de la máquina, oyó pasos a su espalda. No se volvió a mirar; sabía quién era el que acaba de entrar.

—Apártese, Clark —ordenó George—. Apártese de esa máquina o le mataré.

—Tendrá que matarme —contestó Clark—. Pero me gustaría saber cómo lo descubrió.

—Había un micrófono oculto en su habitación. ¿Cree que hubiéramos dejado a alguien sin vigilancia en algo tan importante como esto? Hasta sus pesadillas fueron grabadas y examinadas. ¡Quite las manos de esa máquina!

La mano izquierda de Clark descansaba en una pequeña palanca cercana a su cabeza.

—Mientras tenga las manos aquí, creo que estaré a salvo —dijo—. Incluso si me dispara, podré realizar lo que es necesario hacer mientras me desplomo.

—¿Qué es ello?

—¿No lo sabe? La puerta exterior está abierta. En tres segundos podríamos estar a quince mil metros de altura y si el frío y el vacío no nos matasen, la aceleración lo haría.

Alzó un momento la vista y se sorprendió al ver que el rostro de George se contraía de ansiedad y estaba tan cubierto de sudor como debía estarlo el suyo propio.

—No lo creo —dijo George—. Los demás estarán aquí dentro de un momento; Podemos apartarle de ahí sin disparar ni luchar —se volvió un instante y gritó—: ¡Teniente! ¡Por aquí!

—¡Que no se acerque nadie más de lo que lo está usted!

Desesperado, Clark miró a la maquinaria. Menos de una docena de conexiones quedaban por hacer para que pudiese llevar a cabo la amenaza de elevarse, pero George no podía saberlo. Mantuvo una mano en el control y trabajó rápidamente con la otra. Trató de mantener la conversación para impedir que George se recobrara.

—No entiendo por qué me dejaron llegar tan lejos si estaban enterados de mi conversación con Hain Egoth. ¿Cómo no me arrestaron entonces?

—Porque quería salvarle —dijo George—. Es usted un hombre al que no puedo permitirme el lujo de detener. Diez individuos con las más altas capacidades no podrían hacer el trabajo que efectuó usted en el pasado; y ahora le necesitaba a usted aquí.

—Pero no creo que haya logrado salvarme, George —repuso Clark—. O me va a tener que matar de un tiro o voy a lanzar el navío al espacio y moriremos todos.

—No le dispararé ningún tiro —dijo George con suavidad—, y usted tampoco bajará esa palanca.

»Si le hubiera arrestado anoche, usted se habría quedado helado y le habríamos perdido para siempre. Tuve que dejarle proseguir; tenía que permitirle que advirtiera el completo fracaso de cualquier intento para impedir que poseamos este regalo de los dioses, como suelen llamar al navío. Puede que tengan razón al darle ese apelativo;

quizás el pueblo que lo posea pueda llegar a ser una especie de conjunto de dioses. Vamos a descubrirlo y nada en la Tierra nos lo impedirá. Usted lo intentó y ha fracasado. Ahora regrese con nosotros y ayúdenos.

Clark se sintió durante un instante estupefacto de la incredulidad al darse cuenta de que George decía lo que pensaba. George le perdonaría le repondría en su puesto de la comisión, incluso ahora.

De pronto, cada instante de su vida en la que se había relacionado con George Demars volvió a su mente. Volvió a ver la arrogancia del joven universitario que podía hacer cualquier cosa que se le propusiera mejor que los demás; que era capaz de resolver una ecuación diferencial y ejecutar un concierto de Brahms y conducir un descapotable amarillo y robarle la novia a cualquiera.

—Este navío no es ningún Cadillac amarillo —dijo Clark suavemente.

Los ojos de George se le desmesuraron como si le acabaran de dar un bofetón en la mejilla, luego en su interior creció una compasión increíble. La mano del revólver le tembló.

—Todos estos años... —murmuró—. Han pasado tantísimos años y sigue usted pensando en aquello.

Un par de tenientes aparecieron tras George, Clark apretó los dedos en torno a la palanca. Había terminado la última conexión.

—Que no se acerquen más —advirtió. George les ordenó que retrocedieran con un simple gesto, pero siguió apuntando a Clark con su revólver de reglamento.

—Qué palabra ha escogido —continuó Clark con un tono tan indiferente como si estuvieran hablando en una tranquila sobremesa—. Habla de salvarme... y quizás, después de todo, ésa sea la palabra adecuada. Eso es lo que hace usted a la gente, ¿verdad? La salva para utilizarla en sus fines particulares. Si mi derrota le proporciona algún placer ahora, aprovéchese cuanto pueda.

—¡Estúpido! —gritó George— ¿Es que nunca aprenderá? ¿Es que jamás tendrá coraje suficiente para mantenerse en pie y tomar lo que desea y tenga derecho? Toda la vida se la ha pasado vendiéndose a si mismo barato; ahora está dispuesto a hacer lo propio con toda la raza humana.

»Pudo usted tener a Ellen Pond... ¿no lo sabía, Clark? Lloró la noche en que la devolví al baile ya demasiado tarde y usted se había ido; lloró por lo que usted pudiera pensar. Debí decírselo. Quizás las cosas serían diferentes ahora. Pero no lo hice porque usted no tenía bastante de lo que hay que tener para merecerse a una chica como Ellen; y sigue sin tenerlo.

»Si piensa que soy un embustero, pruebe lo contrario. ¿No cree que sé lo que significa dar suelta a esta ciencia antes de que seamos capaces de asimilarla adecuadamente? Puede que tenga razón; quizás nos destruiría en vez de enriquecernos. Pero tenemos derecho a averiguarlo, derecho a alcanzar una respuesta positiva en vez de no saber nunca y lamentar siempre haber podido salir de dudas.

»Se requiere coraje para hallar la verdadera respuesta a esa pregunta. Pero no se



necesita nada para deslizarse a nuestra espalda y tratar de destruir nuestra única posibilidad de despejar nuestras incertidumbres. Si tiene valor, aparte la mano de esa palanca y...

Casi simultáneamente se produjo una levísima contracción de los músculos de la muñeca de Clark y el estampido de un disparo.

La mano de Clark se alzó en movimiento reflejo ante el doloroso impacto en su pecho. Se tambaleó un momento sobre sus rodillas y carraspeó y cayó de costado.

George dejó que el revólver se le escapara de entre los dedos. Una náusea infinita estalló en su interior cuando vio la roja sangre salpicándolo todo. Rodeó la masa del cerebro robótico y se arrodilló junto al físico.

Los ojos de Clark permanecían abiertos, buscando frenéticos algo que enfocar. Entonces vio el rostro de George y le miró un momento.

—Siempre ganas —murmuró—. Este navío es mucho mejor que un Cadillac amarillo, ¿verdad?

Cerró los ojos y luego hizo un tremendo esfuerzo final.

—Toda mi vida odió tu coraje —dijo con fervor.

Al cabo de un rato George se levantó, los brazos colgando a sus costados desmadejadamente. Miró al físico muerto y a los restos del robot. Los ojos mecánicos le vigilaban, pero Hain Egoth no habló. George se preguntó si una vez más podrían restaurar a la criatura mecánica dándole la vida. Pero sabía con certeza que nadie era capaz de restaurar a Clark Jackson.

—Debí habértelo dicho —murmuró al muerto—. Quizás si hubieras tenido a Ellen todo sería distinto; poseías más de lo que de ordinario tiene un hombre y con ella serías quizás el mejor dotado de todos. ¿Pero cómo puede saber cada uno de nosotros cuándo tiene razón y cuándo está equivocado? Podemos seguir a aquello en que creemos, ¿pero cómo llegaremos a saber que nuestras creencias son la verdad absoluta?

# Entreacto

Raymond F. Jones

## I

La reunión parecía un velatorio; la conversación era tranquila, los rostros de los huéspedes estaban serios. John Carwell pensó que algunos de ellos se arrepentirían de haber ido. Algunos de sus mejores amigos. No se lo reprochaba; no hay nada adecuado que decirle a un hombre en su propio entierro.

Doris había insistido en celebrar la reunión, y estaba luchando denodadamente para crear un ambiente de fiesta. Lo malo es que para ella era una fiesta.

Doris se sentó al piano y sus dedos interpretaron una jubilosa canción primaveral. Los huéspedes estaban sentados a su alrededor, o de pie en pequeños grupos, atentos a su interpretación. Pero, a juzgar por la expresión de sus rostros, hubiérase dicho que lo que Doris tocaba era una marcha fúnebre.

John se dirigió silenciosamente hacia el balcón que daba al jardín. En la oscuridad, casi chocó con otra figura que estaba de pie, apoyada en la barandilla. En tono de disculpa, gruñó:

—Lo siento, George. No sabía que estabas aquí.

La figura de George McCune, agente de conciertos de John y Doris Carwell, se movió como una sombra bulbosa.

—He salido a llorar un poco —dijo—. Esa música... Cuando pienso que no voy a oírla más se me hace un nudo en la garganta. —Apoyó una mano regordeta en el hombro de John—. He dicho todo lo que tenía que decir: he formulado todas mis objeciones. De modo que ahora sólo me queda felicitarte.

Hizo una breve pausa, pero el comentario que esperaba no llegó.

—Es algo maravilloso lo que estáis haciendo, tú y tu hermana. Algo maravilloso... y la mayor locura de que he oído hablar en una vida que ha sido larga, y compuesta de muchas locuras. ¿Qué podría decir para que te dieras cuenta de lo absurdo... de lo condenadamente absurdo...?

Extendió las manos en un gesto de resignación y las dejó caer sobre sus costados.

—¿Has tratado de hacérselo comprender a ella, John?

El brazo de John rodeó cariñosamente los anchos hombros de George.

—Es inútil que sigamos hablando de eso —dijo—. Comamos, bebamos y seamos felices, ya que mañana Doris y John no serán más que conejillos de Indias.

George resopló violentamente y apartó de su hombro el brazo de John. Miró hacia

el horizonte, a través de la ciudad de vida y ruina.

—Planeta 7 —murmuró—. ¡Desarrollos Humanos! Es maravilloso que cojan adultos de inteligencia infantil y conejillos de Indias, y los conviertan en seres humanos y en genios. Pero, ¿qué diablos tiene que ver todo eso con John y Doris Carwell?

»Tú y tu hermana sois ya unos genios. Con vuestra música hacéis feliz a la gente. ¿Existe un genio superior a ése?

»Pero no es la primera vez que esto ocurre. Dime que has cambiado de idea y que vas a hacer que Doris comprenda. Di una sola palabra que pueda hacer feliz a un viejo.

—Salimos mañana, a mediodía —dijo John.

Detrás de ellos, las notas del piano eran como un millar de diminutas campanas. Los dos hombres escucharon, y soñaron en un mundo primaveral, sin carbonizar y rebosante de vida.

—Doris tomó la decisión —dijo John—. Siempre ha decidido por los dos, desde que éramos niños. Ella es mayor; las cosas siempre han salido tal como ella ha dicho. Tal vez ésta saldrá igualmente bien.

»Yo no iría, desde luego, si no fuera por ella; pero soy menos de la mitad de nuestro conjunto musical y no puedo quedarme. Solo, no me conseguirías tres contratos al año.

—¡Escucha, muchacho! —George casi saltó con la repentina inspiración—. Podrías tener a la gente de pie en los pasillos. *Lo sé*. Te he observado: tienes un fuego que Doris no tendrá nunca. Sus interpretaciones son brillantes... y frías; nunca ha permitido que muestres las cosas que hay dentro de ti.

»Dile que has decidido continuar solo; dile que vas a vivir tu vida y a interpretar tu música a tu gusto. Cuando la hayas convencido, olvídate de los Desarrollos Humanos y sigue adelante por el camino que tú mismo te hayas trazado.

—Conoces perfectamente a Doris. Sabes que no la convencería ni el propio diablo, y yo no soy ningún diablo.

—¿Qué eres tú? —susurró George con una repentina amargura que les impresionó a los dos. Luego—: Perdona —dijo rápidamente—. No quise decir eso, John. Vamos adentro.

—No, yo me quedé aquí. De todos modos, es el número de Doris.

—¡Siempre el número de Doris! —estalló George—. Pero no estoy dispuesto a darme por vencido. La convenceré yo mismo. Mañana tocarás en el auditorium. ¡Anunciaré en la radio que has recobrado el sentido común!

Se marchó: rechoncho, decidido, ridículo, encantador. Andaba como si no le hubiera dicho un centenar de veces a Doris la locura que representaba abandonar una carrera en la Tierra por los fantásticos experimentos que se estaban llevando a cabo en Venus.

John se apoyó en la barandilla de hierro, contemplando la estrella vespertina que

brillaba encima de la ciudad. Al cabo de unos instantes la música se interrumpió y oyó un murmullo de voces. Cerró sus oídos a la discusión que humeaba de nuevo; le ponía enfermo. Iban a marcharse, él y Doris. Él no comprendía por qué; tal vez Doris lo supiera.

En el Planeta 7, del sistema Alpha, estaban tratando de hacer un hombre nuevo debido a que el hombre antiguo había fracasado. El Homo Sapiens había quemado un mundo.

Transcurridos cien años desde entonces, sólo una cuarta parte de la Tierra se había convertido en habitable, y su población no llegaba a los treinta millones. Una sobria, obstinada y aturdida humanidad reconstruyendo entre las ruinas.

Habían hecho muchas cosas durante aquel siglo. Había ciudades; había vuelos espaciales; y las mutaciones habían sido vencidas. Había un solo gobierno coordinado, que unía los esfuerzos de todas las razas y lenguas.

Eran las ruinas las que lo habían hecho, opinaba John. Por ebrio, por engreído y por olvidadizo que fuera el hombre, no podría apartarse de las ruinas. Un millar de años de reconstrucción no las eliminarían.

Pero Doris decía que esto no era suficiente; decía que, con el tiempo, los hombres olvidarían lo que significaban aquellas ruinas, y crearían otras con nuevas guerras.

Tal vez Doris estaba en lo cierto. John pensó que siempre había estado en lo cierto.

De nuevo su pensamiento se fijó en George. *¿Qué eres tú?*, había preguntado George. A John le hubiera gustado tener alguna respuesta a aquella pregunta. La había visto antes... en los ojos de los que le miraban cuando estaba junto a Doris.

No podía comprender exactamente por qué tenía que ser formulada la pregunta. No le parecía ilógico que tuviera que encontrar sus respuestas para vivir en la mente más poderosa y más brillante de su hermana. A veces tenía la sensación de que una sobrecarga de energía había fundido sus propios circuitos cerebrales, dejándole los mínimos indispensables y obligándole a vivir tan subordinado como un robot.

Sabía también el momento en que había sucedido: el día que se enteró de que sus padres habían muerto y de que en el mundo no quedaban más que él y Doris. Podía recordar aquel instante como una gran cortina extendida delante de la parte de su mente donde se alojaban la vida, la iniciativa y el entusiasmo.

En aquella época tenía ocho años; Doris tenía dieciséis. A Doris no le había afectado como a él. Ella tenía fuerza suficiente para los dos, y desde entonces había dependido de Doris.

De modo que... irían al Planeta 7.

John no estaba realmente interesado en el asunto. Era impermeable al torrente de argumentos que fluía a su alrededor. Aquello pertenecía a la parte de su mente que había quedado detrás de la cortina hacía muchísimo tiempo. Doris decía que estaba bien; y la mente de John no podía sustentar otra opinión.

Y no pudo contestar a la pregunta de George, porque ignoraba qué otra cosa podía

ser.

El murmullo de las conversaciones en el interior de la habitación quedó repentinamente cortado por una voz furiosa. John miró la alta y morena figura de Mel Gordon, junto al piano.

—¡Cállense de una vez! —dijo Mel—. Doris sabe lo que se hace. La mayoría de nosotros no hemos tenido el valor suficiente para pensar en ello: por lo menos, dejemos que Doris haga lo que estime conveniente. ¡Déjenla en paz!

Se apartó del piano con expresión furiosa y se encaminó al balcón. Todos los presentes comprendieron su estallido. Mel Gordon tampoco deseaba que Doris se marchara.

Mel vio a John observando desde las sombras del balcón.

—Siento haber perdido los estribos —dijo.

—Todos nosotros nos sentiríamos un poco mejor si hiciéramos lo mismo —replicó John—. ¿Has recibido algún informe acerca de tu petición?

—Me la han devuelto otra vez. Mel Gordon ni siquiera es suficientemente bueno para conejillo de Indias. ¿Quién sabe lo que sucederá cuando traten de hacer de vosotros un Homo Superior? Conmigo tendrían una posibilidad de conseguirlo; pero Doris es ya lo que ellos tratan de encontrar.

—¿Le has pedido que se quede?

—No tengo derecho a pedirle eso; nadie lo tiene. ¿Cuántos de nosotros sabemos lo que deseamos hacer con nuestras vidas?

Se volvió a mirar hacia la habitación al oír unos sonidos que revelaban que los huéspedes se estaban marchando.

—Creo que he estropeado vuestra reunión. Lo siento mucho, John.

—No has estropeado nada; a ellos no les hacía ni pizca de gracia asistir a este funeral. Y comprenden lo que sientes.

—¡Sí! El bueno de Mel... con la antorcha muy alta. John, cuando lleguéis allí, dile a Doris que he intentado ir, ¿quieres? Dile que lo he intentado.

Cuando los huéspedes se hubieron marchado, se enfrentaron el uno al otro con la ligera turbación que experimentaban siempre que se encontraban solos. Doris volvió a sentarse al piano. Sus dedos jugaron con una melodía de Brahms.

John pensó que Doris era maravillosa. A los treinta años, tenía algo de la madurez de una madre, y de la pasión del primer amor. Pero Doris no sabía nada del amor ni de la maternidad, ni quería saberlo; vivía en un plano lejano, frío, donde el destino humano era determinado por extraños destellos de razón, y la emoción era desconocida. John no comprendía la existencia de tal lugar; no comprendía la existencia de tal mentalidad.

Sólo sabía que Doris no se equivocaba casi nunca.

Se dio cuenta de que su hermana había dejado de tocar y le estaba mirando. En sus ojos había un brillo que le sorprendió por lo inusitado.

—Tú crees que tenemos que marcharnos, ¿no es cierto, John? —preguntó Doris.

—Desde luego... ya está decidido. No habrás cambiado *tú* de idea...

—¡No! Pero a veces me gustaría que pudieras comprender cómo siento... sólo un poquito.

## II

Había casi un centenar de voluntarios esperando detrás de las verjas del espaciopuerto, cada uno de ellos con un grupo de familiares y amigos que habían ido a despedirles. Algunos de los grupos permanecían en silencio, esperando lo inevitable; otros eran albercas tormentosas, llenas con las lágrimas del último momento.

El cielo, encima del espaciopuerto, aparecía resplandeciente y moteado de nubes, como si la propia Tierra estuviera dirigiendo una última llamada a los emigrantes, incitándoles a pensar en lo que estaban a punto de abandonar. John contempló los pequeños remolinos del viento sobre el campo, y se preguntó si el polvo del Planeta 7 tendría el olor seco y cálido de los viejos senderos olvidados en verano; si podrían imaginarse rostros, caballos y buques en el mar de sus nubes.

Estaba de pie casi en el centro de su grupo. Pensó que incluso el zumbido de las voces humanas era una especie de música. Pero él no volvería a oír aquellas voces... nunca más.

Se apartó de la silenciosa súplica de Mel; de la explosiva furia de George, exigiendo en el último instante que Doris entrara en razón; de los gritos de varios centenares de admiradores.

No le resultó difícil escapar. La atención estaba concentrada en Doris, increíblemente hermosa e impasible ante el hecho de que estaba a punto de abandonar la Tierra y nunca volvería a verla. John sabía que ninguno de los que hablaban se dirigía a él.

Contempló la nave espacial balanceándose ligeramente en su base de lanzamiento, rodeada de grandes tractores pegados como insectos a su masa. Trató de mirar por encima de las cabezas de la multitud, para ver a otros que iban a ser sus compañeros de viaje.

Y entonces captó un sorprendente movimiento de color abriéndose paso entre las islas de humanidad.

Era una muchacha que llevaba un vestido rojo como una llama. Al llegar a la verja se puso de puntillas, agarrándose a las barras de hierro como un chiquillo ávido. John abrió la verja y se colocó al lado de la muchacha.

—Si ha venido usted a despedir a alguien —dijo—, temo que va a resultarle difícil encontrarle entre tanta gente.

—¡Oh, no! —La muchacha le miró—. Soy yo la que va a embarcarse en la nave. ¿Forma usted parte de la expedición, también?

Las ondas de su pelo negro temblaron, y las oscuras pupilas de sus ojos se llenaron de luz.

Si los científicos del Planeta 7 no estaban ciegos, conservarían aquella luz para el futuro. John no había visto nunca nada parecido.

—Sí, formo parte de ella —respondió John.

Contemplaron la enorme nave. Estaba completamente inmóvil, y los mecánicos se afanaban como hormigas en su base. Se abrieron las escotillas.

—¿Cree usted que podremos ayudar? —preguntó John—. ¿Cree usted que dentro de mil años la humanidad será mejor gracias a nosotros?

La muchacha se echó a reír.

—No me preocupa cómo pueda ser la humanidad dentro de mil años; voy a ayudarme a mí misma.

Como si el silencio de John fuera un reproche, la muchacha irguió la cabeza con aire de reto.

—Y, de todos modos, *yo soy humanidad*. Y a ellos no les importa *por qué* vamos allí, mientras tengamos las cualidades de un conejillo de Indias.

—No iba a reprochárselo —se apresuró a decir John—. Su actitud es estimulante. Lo que sucede es que se acostumbra a hablar con rostro grave y en tono solemne de las grandes cosas que Desarrollos Humanos está haciendo por el futuro del género humano.

—A nadie relacionado con el asunto le importa en absoluto el futuro del género humano dentro de mil años. Los científicos están interesados porque su trabajo consiste en manejar conejillos de Indias; y finalmente han ideado el más colosal espectáculo de conejillos de Indias que se haya soñado nunca.

»Los demás tenemos nuestros propios motivos. Algunos de nosotros estamos huyendo de algo; otros lo encuentran divertido. Y otros..., bueno, ya lo verá cuando lleguemos allí. No hay nada del noble sacrificio de que hablan los periódicos. Después de todo, nadie ha regresado para contar lo que ocurre allí.

John miró a la muchacha. Se mostraba tan desafiante como una mañana invernal. ¿Estaría en lo cierto? Él sabía que no había nobleza en su partida. Pero, ¿qué decir de los elevados propósitos de Doris?

Doris no tenía que huir de nada. Su mente era lo bastante ágil y aguda como para encerrar a todo el universo, incluida la humanidad de un millar de años más tarde. La peyorativa opinión de la muchacha acerca de sus compañeros de viaje no podía aplicarse a su hermana. Pensó que tenía que procurar que se encontraran a bordo de la nave.

Los empleados del espaciopuerto contuvieron a los amigos y familiares, mientras la ola de emigrantes avanzaba hacia la nave, lentamente, como si en el último momento se resistieran a tomar parte en una expedición que había sido planeada tan cuidadosamente.

John volvió la mirada hacia Doris y notó que la presión de la multitud le separaba de la muchacha del vestido rojo.

—¡La veré a bordo de la nave! —gritó—. Estoy en la sección de la Colonia Alpha.

La muchacha sonrió.



—No voy a verle a usted. Yo voy como Control.

Encontró a Doris cortando sus últimos lazos con la Tierra cuidadosa y desapasionadamente. Palmeó la mejilla de George como si se despidiera de un cariñoso cachorro. Besó a Mel de un modo frío y fraternal. Y luego cogió el brazo de John y le arrastró hacia la nave.

El vehículo espacial olía espantosamente. El olor golpeó a John en la boca del estómago y le hizo detenerse a medio camino de la rampa elevadora. No era el familiar olor a carbón, a aceite o a gasolina, sino el acre picor a ozono del espacio exterior, de los mundos falsificados donde la estancia del hombre era antinatural.

Alzó la mirada hacia el enorme tubo. Había contemplado los brillantes arcos en el cielo nocturno, pero hasta entonces no había visto a una nave de cerca. Miró su propia mano, blanca y delgada, apoyada en la barandilla, y se preguntó qué clase de hombres podían construir naves como aquélla.

—¡No se detengan! —gritó alguien.

John cerró su mente a toda pregunta y se concentró en la rampa de acero que había debajo de sus pies.

En su camarote, John se sentó cuidadosamente en el camastro situado cerca de una gran mirilla. Experimentó una curiosa sensación de entumecimiento, como si el mundo entero fuera algo que sólo tuviera relación con él.

Vio en el Oeste, más allá de la ciudad, el cráter de una milla de anchura lleno de agua, como un tranquilo lago con el sol de la tarde brillando en su superficie. No podía ver la alta valla eléctrica que rodeaba toda la zona, demasiado contaminada para que pudiera ser habitada por el hombre. No sabía cómo, pero tenía la sensación de que le afectaba a él, profundamente.

Debajo de la columna de acero de la nave, el suelo —a casi doscientos pies de distancia— hormigueaba de gente, que se movía de un modo errático y definido al mismo tiempo. Era algo que le estaba sucediendo a él, también.

Y la muchacha, la muchacha del vestido rojo como una llama. *Ella* le había sucedido a él.

Siempre había sido igual; resultaba espantoso reconocer que durante toda su vida cosas y personas le habían sucedido a él, como si fuera un decorado de un fantástico escenario.

Se puso en pie y trató de descartar aquella sensación. Oyó a Doris, invisible tras la puerta de su camarote contiguo, removiendo maletas, cerrando cajones, con su acostumbrada eficiencia. A Doris no le ocurrían las cosas; era ella quien las moldeaba. El mundo de Doris Carwell era exactamente del modo que ella quería que fuese.

Sin deshacer su equipaje, John hundió las manos en sus bolsillos y salió del camarote. Recorrió los pasillos, sin saber adonde iba, furioso consigo mismo por no saberlo. Bruscamente, se encontró en la antesala principal. El enorme vestíbulo

estaba a oscuras y, pensó John, desocupado. Luego distinguió una intensa mancha de color en un rincón alejado.

Era esperar demasiado, pero allí estaba la muchacha que había encontrado en la verja; sentada, con un gato en su regazo. Sus dedos acariciaban suavemente las orejas del animal.

John no hubiera podido decir por qué experimentó tanto placer al verla. Pero su placer quedó disminuido por una repentina sensación de pérdida, cuando recordó sus últimas palabras.

—No esperaba volver a verla tan pronto —dijo John—. ¿Le importa que me una a usted y a...?

—*Toby* —dijo la muchacha—. Éste es *Toby*, Me han permitido traerlo conmigo. No tendría que estar aquí, pero *Toby se* escapó cuando lo saqué de su cesta y lo he capturado aquí.

»No creo que tardemos mucho en despegar, ¿verdad?

—No comprendí lo que me dijo usted en la verja —dijo John—. ¿Qué significa ser un Control? Había oído la palabra, pero siempre utilizada como un nombre desagradable.

—Tal vez lo sea. El agente de reclutamiento que extendió mi contrato opinaba de un modo distinto. —Remedó—: «Usted proporcionará al género humano el mismo servicio desinteresado y útil que los demás, incluso los que van destinados a la Colonia Alpha». De todos modos, yo no hubiera venido de no ser como Control.

—¿Qué significa eso?

—Me explicaron que cuando un científico lleva a cabo un experimento, realiza su trabajo con una muestra de material, y deja otra muestra sin tocar a fin de poder compararlas posteriormente y comprobar los cambios que se hayan producido a consecuencia del experimento.

»En el Planeta 7 hay colonias de personas que viven en condiciones absolutamente naturales, a fin de poderlas comparar con los productos de las colonias experimentales».

—No creo que sea necesario establecer colonias especiales de Control en el Planeta 7; bastaría con la propia Tierra.

—Existen demasiados factores fortuitos —económicos y sociales—, que no podrían ser debidamente valorados. Al menos, así me lo dijeron.

—Pero, ¿cómo pueden descartarse esos factores en el sistema Alpha? La tecnología está allí; la gente conserva sus recuerdos, y existen los mismos problemas económicos y sociales.

—En un plano ligeramente distinto —dijo la muchacha—. Cuando uno se pierde en una selva y tiene que buscar su alimento sin más ayuda que la de sus manos, la mayoría de esos factores desaparecen.

John contempló a la muchacha, horrorizado.

—¿Vivir en una selva? ¿Quiere usted decir que ésa será la clase de existencia que

llevará usted el resto de su vida? ¿Una existencia primitiva, sin la menor civilización? Acabará con usted, o la convertirá en una salvaje.

—Ésa es una de las cosas que los hombres de ciencia tienen interés en descubrir —respondió la muchacha—. Dicen que así empezó la humanidad, y nosotros hemos completado casi del todo un círculo. Quieren comprobar hasta qué punto hubiera evolucionado de no existir los progresos técnicos.

—Pero, eso es horrible... Convertir deliberadamente a las personas en salvajes, para comprobar una teoría...

—Bueno, no se preocupe por mí. ¿Qué es lo que cree que van a hacer con usted, exactamente?

—No lo sé —respondió John con repentina lasitud—. Creo que preferiría no haber oído hablar nunca del Proyecto de Desarrollos Humanos.

—Entonces, será mejor que se dé prisa en apearse de la nave, porque acabo de oír la señal de despegue. Tenemos que meternos en nuestros camarotes y ocupar los camastros de despegue antes de que suene la próxima señal. ¡Vamos, *Toby*!

### III

Durante el despegue sintió unos terribles mareos. Cuando finalmente estuvieron en el espacio, se sentó, con la cabeza hinchada como un globo y el estómago revuelto. Vio a Doris que se encaminaba tranquilamente hacia la mirilla, para contemplar la Tierra, cada vez más borrosa. Por un instante, John odió la fría competencia y el dominio de sí misma de su hermana. ¡Tenía que ser *él* quien se mareara!

—¿Te encuentras mejor, Johnny? —Doris se acercó, sonriendo con la simpatía de un ser superior—. Te ha afectado mucho. La azafata dice que normalmente no despegan así.

—Estoy perfectamente.

Durante el resto del día permaneció en el camarote. Contempló el borroso disco de la Tierra; aunque el hacerlo le producía una insoportable sensación de vértigo, no pudo evitar el dirigir una última mirada a su «hogar» natal.

No sentía el menor deseo de ir a cenar, pero cuando Doris sugirió que la azafata podía traerle la cena al camarote, rechazó la sugerencia.

—Puedo cenar en el comedor —dijo.

No le habló a su hermana del único motivo que tenía para desear ir al comedor; se resistía a admitir que era únicamente para ver de nuevo a la muchacha que llevaba un vestido rojo como una llama y viajaba con un gato. Se dijo a sí mismo que deseaba conocer a sus compañeros de viaje, a los que habían sido lo bastante locos como para renunciar a todo lo que poseían en la Tierra a cambio de este experimento de Desarrollos Humanos.

Cruzó lentamente el comedor, con la mano de Doris apoyada en su brazo. Escudriñó las mesas en busca de un rostro familiar, pero no lo vio en ninguna parte.

Luego creyó comprender. Era un comedor pequeño, y no tenía cabida para todos los que habían embarcado. Cada una de las colonias disponía de sus propios servicios, seguramente.

Interrogó al camarero.

El hombre asintió.

—Ésta es la Colonia Alpha —dijo—. Los miembros de las Colonias Beta, Gamma y Delta ocupan otros sectores de la nave. ¿Hay alguien a quien desee encontrar?

John vaciló.

—Tengo un amigo... un Control.

—Lo siento, señor —dijo el camarero—. Seguramente le habrán informado ya de que no está permitida la comunicación entre el grupo de Control y las Colonias experimentales..., a efectos de experimentación, ¿comprende? Si tiene alguna duda acerca de esto, puede consultarla con su inspector de adoctrinamiento.

No, no tenía ninguna duda. Era otra de las cosas que le estaban sucediendo. Aunque ésta le resultaba insoportable. Repentinamente, le pareció de vital importancia ver de nuevo a la muchacha del vestido rojo. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. No podía hablar de ella ni citar su nombre.

—¿No tienes apetito? —preguntó Doris.

—Creo que mi estómago no se encuentra aún en condiciones de ingerir alimentos.

A bordo de la nave se celebraban cursillos de adoctrinamiento para preparar a cada uno de los grupos con las tareas que les esperaban en sus respectivas colonias. El inspector de la Colonia Alpha era un tal doctor Martin Bronson. John le conoció al día siguiente, cuando entró en el camarote para presentarse a sí mismo.

John descubrió que era incapaz de mantener su propósito de encontrar antipático a Bronson. Calculó que tendría unos treinta y cinco años, y tenía un aspecto casi anhelante: como si deseara conocer todas las respuestas que se suponía que era capaz de dar.

—Conozco su música —dijo—. Tengo todos sus discos en el Planeta 7. Me alegró mucho saber que su hermana y usted iban a unirse a nosotros. Espero que tendré ocasión de gozar de sus interpretaciones personales.

John señaló una silla junto a la mirilla.

—¿Para eso nos han traído aquí? —inquirió—. ¿Para que seamos músicos de la corte?

Inmediatamente lamentó haberse expresado con tanta acritud. Por el rostro de Bronson. cruzó una sombra.

—¿No le gusta la música? —preguntó.

—Temo que lo que no me gusta es la Colonia Alpha, si quiere que le sea sincero. He venido a causa de mi hermana, pero no tenía el menor interés en hacer este viaje. De todos modos, trataré de colaborar en todo lo que me sea exigido.

—Lo que exigiremos de usted no será mucho: lo único que vamos a pedirle es la oportunidad de observar su vida... en el ambiente social y físico que nosotros le proporcionaremos.

»En la Colonia Alpha tenemos una sección dedicada al estudio de la estética; les incluiremos, a su hermana y a usted, en aquel grupo. Es cosa sabida que los valores estéticos han contribuido grandemente al desarrollo del género humano, pero nunca han sido valorados adecuadamente.

»Vivirá usted en un pequeño grupo comunitario, cuyas únicas preocupaciones son las estéticas; todas sus necesidades económicas estarán cubiertas. Dentro de ese grupo, podrá usted vivir en completa libertad; pero será usted observado, y todos sus actos serán registrados minuciosamente.

—¿Qué me dice de los aspectos procreativos del programa? —preguntó John en tono casual.

—Por ahí corren rumores desagradables, ¿verdad? —dijo Bronson—. Pero supongo que ya le habrán informado de que el matrimonio entre miembros del grupo

está permitido, aunque no es obligatorio. La única restricción es que tiene que ser dentro del grupo, porque los potenciales compañeros son aquellos que poseen las mismas cualidades, las cuales deseamos subrayar y estudiar en futuras generaciones.

—¿Qué amplitud tiene esa sección de la Colonia Alpha?

—En la sección de estética hay casi un millar de miembros.

—¿En qué consisten los grupos de Control? —preguntó súbitamente John—. He oído hablar de ellos, pero muy poco.

Bronson le contempló en silencio durante un largo rato.

—Sí —dijo finalmente—, el camarero de su comedor me ha informado de su interés.

Y luego, bruscamente:

—No trate de verla. ¡No trate de volver a verla!

El exabrupto hirió a John como una bofetada.

—Todo se lo dice usted —murmuró.

—Eso espero —dijo Bronson—. Pero hay algo que no debe usted olvidar; estoy seguro de que se lo explicaron adecuadamente. Una vez que alguien ha embarcado para este viaje, no existe posibilidad de que se vuelva atrás; ninguna posibilidad. Su firma en un contrato de Desarrollos Humanos anula automáticamente cualquier obligación anterior; y todos los contratos futuros serán elaborados dentro de la estructura de Desarrollos Humanos. Nuestras restricciones son las mínimas exigidas para el éxito de los experimentos, pero tienen que ser observadas escrupulosamente. ¿Lo ha comprendido, John?

—Sí..., lo he comprendido —dijo John.

Una vez en el espacio, dentro del sistema Alpha, el cohete tenía que viajar durante varios días antes de llegar al Planeta 7, el único mundo de tipo terrestre de aquella familia de planetas. El hombre podía llegar a las estrellas, pero el deseo de extraer algún provecho de esa facultad casi había muerto; el descubrimiento había llegado tarde, demasiado tarde...

Llevaban nueve días de viaje cuando John vio al gato..., el gato que pertenecía a la muchacha del vestido rojo. John vio al animal vagabundeando delante de él en el pasillo que conducía a su camarote. Miró rápidamente a su alrededor, pero no había nadie cerca. Entonces siseó suavemente. Como si le reconociera, el gato volvió la cabeza, arqueó el lomo y lo frotó contra la pared de acero. John cogió al animal en brazos y entró apresuradamente en su camarote.

Era absurdo, pero descubrió que sus manos temblaban mientras dejaba al gato encima del camastro. Discutió consigo mismo la posibilidad de abrir la puerta y sacar a *Toby* al pasillo; pero sabía que no iba a hacerlo.

Entró en el camarote de Doris, sabiendo que su hermana estaba fuera, ya que acababa de dejarla con el doctor Bronson en la cubierta de paseo. Buscando en los cajones encontró un trozo de cinta. Entonces regresó a su camarote y se sentó ante el pequeño escritorio.

Vaciló unos instantes. ¿Qué iba a decirle? ¿Y por qué suponía que ella pudiera estar interesada en recibir alguna noticia suya?

John lo ignoraba.

Cogió un trozo de papel y escribió apresuradamente:

*Ni siquiera conozco su nombre. El mío es John Carwell. ¿Puedo volver a verla? En el pasillo situado entre la antesala principal y su puente, hay una puerta con un letrero, «Tripulación», que conduce al paso entre máquinas. Esta noche, después de cenar, estaré allí.*

Sus manos temblaban todavía más mientras convertía el papel en un pequeño rollo y doblaba la cinta sobre él. Luego, la ató al cuello del gato. Cautelosamente, abrió la puerta y sacó al animal al pasillo.

—Ve en busca de ella, *Toby* —dijo—. Date prisa.

El largo tubo situado en el centro de la nave contenía los diez mil alambres y tuberías que formaban el sistema nervioso mecánico del vehículo espacial. Contenía un ascensor para uso de la tripulación, y en cada uno de los puentes había una pequeña plataforma a efectos de inspección. Entre las distintas plataformas discurría una escalerilla que iba de un extremo a otro de la nave.

En el paso entre máquinas hacía frío. El aire estaba impregnado de olor a sulfuro y a ozono. John podía oír el ocasional zumbido de las máquinas auxiliares, y el sordo rugido de los motores de la nave.

Esperó allí, a oscuras, diciéndose a sí mismo que estaba cometiendo una locura. Había nueve posibilidades contra una de que el gato ni siquiera hubiera llegado al camarote de la muchacha con el mensaje en su cuello. Cuando John lo había soltado, el animal había tratado de arrancarse la cinta con las zarpas. Y la otra posibilidad era que la muchacha se echara a reír y no hiciera el menor caso del mensaje.

Pero él estaba allí. Llevaba allí veinte minutos, y no sabía cuánto tiempo tendría que esperar aún. Quizás hasta que llegaran a Venus, pensó absurdamente.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse rápidamente. John se aplastó contra la pared.

Inmediatamente después lanzó un suspiro de alivio: acababa de reconocer a la figura que se acercaba.

La muchacha le llamó en voz baja:

—John...

—Estoy aquí —dijo John.

Durante unos instantes permanecieron uno frente a otro, incapaces de explicar por qué habían ido.

—Deseaba volver a verla —dijo finalmente John.

—Y yo tenía la esperanza de que lo deseara —respondió la muchacha.

Y luego pareció que no había nada más que decir. Pasados unos días, la nave

aterrizaría en Venus, y ella se iría a vivir a una selva, en tanto que él vería transcurrir el resto de su vida en alguna jaula musical. Repentinamente, la situación parecía irracional, absurda.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó John.

—Lora. Lora Wallace.

—¿Por qué ha venido? ¿Por qué va al Planeta 7?

—Para huir de la muerte. La Tierra no es más que una enorme tumba. Nos engañamos a nosotros mismos diciéndonos que estamos reconstruyéndola, pero no es cierto. La gente de Desarrollos Humanos sabe que no es cierto, pero no hay muchos más que lo sepan.

»Pero no crea que tengo la menor simpatía por los Desarrollos Humanos; el Proyecto está destinado al fracaso. He venido huyendo.

»En la Tierra ocurre lo que ha ocurrido cien veces antes de ahora. No se puede viajar de una ciudad a otra sin un centenar de firmas en los documentos personales; no puede planearse un proyecto tan sencillo como un jardín en la parte trasera de la casa, sin consultar a veinticinco autoridades y expertos.

»¡Oh, sí! Todos son muy generosos y serviciales. Y nosotros comprendemos que es necesario cumplir las normas a fin de poder conservar y reconstruir el mundo. Pero, de todos modos, estamos en una cárcel.

»No pude soportarlo por más tiempo. Algunos de mis amigos se marcharon a las colonias de la Luna; otros a Marte: pero yo no tenía el dinero suficiente para ir a ninguno de los dos lugares. La única posibilidad que se me ofreció para escapar fue la de convertirme en miembro de una colonia de Control del Proyecto de Desarrollos Humanos.

—¿Cree usted que será libre viviendo en la selva, entregada a sus propias fuerzas? —preguntó John.

—¡Sí! —respondió impetuosamente Lora—. Porque nadie va a preocuparse de lo que hago, ni de adonde voy, con tal de que no perjudique a mi vecino. Apostaría cualquier cosa a que, a la larga, los únicos supervivientes de la civilización terrestre serán los descendientes de las colonias de Control del Planeta 7. El único modo de elaborar hombres y mujeres capaces de conquistar un planeta consiste en darles un problema y dejar que lo resuelvan a su manera, con absoluta libertad de acción.

—¿No es eso lo que están haciendo en la Tierra? —objetó John—. ¿Y de un modo más civilizado? Tenemos el problema: hacer de nuevo habitable la Tierra, crear una civilización estable. ¿Acaso no lo estamos haciendo con una colaboración mayor que la que había existido antes?

—¡No! Ésa es la misma antigua sofistería que ha arruinado a centenares de naciones. Controles, restricciones, oficinas... Esas cosas no significan colaboración: significan fuerza. Y cada aplicación de fuerza representa menos libertad para algún hombre.

»No necesito a nadie que me diga cuál tiene que ser mi tarea; lo sé mejor que



nadie. No necesito a nadie que me diga cuál es el mejor lugar para vivir; sabré encontrarlo por mí misma. Y lo mismo harán millones de otras personas, en cuanto tengan una oportunidad. Y al final descubriremos que hemos realizado una tarea mucho mejor que la que los técnicos y los expertos hayan podido soñar. ¡Si no puedo vivir en la Tierra como un ciudadano libre, iré al Planeta 7 como un Control!

John estaba ligeramente turbado por la vehemencia de las palabras de Lora, pero al mismo tiempo le permitía echar una ojeada a un mundo nuevo. Un mundo —ahora se daba cuenta— que hacía mucho tiempo deseaba ver.

—¿Por qué ha venido *usted*? —preguntó la muchacha.

—No lo sé —respondió John—. No tengo ningún motivo para estar aquí; debo encontrar uno.

Lora sacudió la cabeza.

—Los motivos *viven* dentro de uno, no se encuentran... —dijo. Y, tras un breve silencio—: Será mejor que regresemos a nuestros camarotes. Alguien podría echarnos de menos si nos quedamos aquí demasiado tiempo. Yo saldré la primera; espere unos minutos antes de salir.

—¡Un momento! —John apoyó una mano en el brazo de la muchacha—. ¿Volveremos a vernos?

Lora vaciló y le miró, sonriendo.

—De acuerdo. Mañana. A la misma hora. Tenga cuidado. No debe enterarse nadie...

## IV

La clase de adoctrinamiento del día siguiente resultó interminable. Bronson parecía encontrar un placer especial en señalar lo irrevocable de su decisión, recordando que ninguno de los que iban a bordo de la nave podría volverse atrás.

Cuando llegó el momento del coloquio, John se puso repentinamente en pie.

—¿Qué pasa con los que descubren que son incapaces de adaptarse? —preguntó—. ¿Qué pasa con los que se niegan a regirse por las normas del Proyecto?

—Nadie es desaprovechado —dijo Bronson—. La rebeldía es un rasgo que ha sido observado a través de las épocas; tenemos colonias en las cuales se valora debidamente. Puedo afirmar que las investigaciones preliminares demuestran que la utilidad de la rebeldía desde el punto de vista de la sociedad ha sido ampliamente sobreestimado.

—Pero, ¿qué *hacen* ustedes con ellos?

—Existen colonias en la selva formadas exclusivamente de rebeldes, de no-conformistas, de individualistas que creen que pueden arreglárselas solos. Desde luego, las condiciones de vida de esa colonia son bastante duras; sin embargo, y milagrosamente, incluso ellos consiguen sobrevivir; y nosotros aprendemos mucho de su supervivencia.

—¡Eso es inhumano! —exclamó John—. No pueden ustedes condenar a unos hombres a esa clase de existencia, sólo porque han descubierto que cometieron un error al venir aquí.

—Todo el mundo ha venido *voluntariamente* —dijo Bronson—, para contribuir con el resto de su vida y de sus energías a los Desarrollos Humanos. Necesitamos contribuciones de todas clases, Y no debe usted olvidar que los rebeldes obtienen lo que desean. Ésa es la primera norma del experimento, dar a un hombre lo que desea, y descubrir lo que puede hacer con ello.

John se sentó, con el pecho ardiendo y la garganta reseca. Notó las curiosas miradas que le dirigían los otros pasajeros que se encontraban en la habitación, como si hubiera interrogado al oráculo de los siglos.

La atención se apartó de él. Se inició otro debate, mientras John permanecía sentado, pensando. Lo que Bronson le había dicho no establecía ninguna diferencia para él, ya que no tenía intención de rebelarse; lo había preguntado por preguntar algo. Pero, si era así, ¿por qué ardía su pecho y por qué tenía las palmas de las manos calientes y húmedas?

El nombre de Lora repiqueteaba en su cerebro, y John no supo el motivo de que sus extraños pensamientos estuvieran centrados alrededor del nombre de la muchacha. Tal vez era porque ella estaba tan segura y él tan inseguro.

En alguna parte, Lora había encontrado exactamente la respuesta que deseaba de la vida. En esto era como Doris. ¡Pero cuan distinta había sido su respuesta de la de

su hermana! Y entre las dos, John no podía encontrar ninguna respuesta para sí mismo, a fin de acallar las interminables preguntas que se agitaban en su mente. Lora.

El nombre estaba todavía en su cerebro, horas más tarde, mientras permanecía sentado en su camarote contemplando el lento discurrir de las estrellas a través de la mirilla. La puerta del camarote de su hermana se abrió repentinamente. Doris entró y se quedó de pie ante él.

—¡Martin lo sabe todo! —exclamó—. ¿Por qué diablos has cometido una estupidez como ésa?

John palideció.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. ¡Deslizándote como un malhechor hasta el puente de los Controles, para reunirte con esa muchacha! Lo encuentro muy desagradable, John..., desagradable e increíble. Martin ha dicho que no tomará ninguna medida porque no cree que una sola visita haya podido producir daños irreparables. Pero tienes que prometer que no volverás a repetir esa tontería.

»¿Quién es ella? ¿Dónde la conociste?

John se puso en pie, con el rostro pálido y frío.

—Doris —dijo secamente—, me harás el favor de mantener tus malditas narices fuera de mis asuntos.

Seguía temblando cuando llegó al paso entre máquinas, mucho más tarde. Fue el primero en llegar, y esperó largo rato, pensando que Lora había decidido no acudir a la cita, o que le habían impedido hacerlo.

Ignoraba cómo habían descubierto su encuentro con Lora, y no sabía si en aquel preciso momento le estaban espiando. Fatigado y espiritualmente exhausto, no le importaba lo que supieran ni lo que hicieran.

Finalmente, llegó Lora. Pareció que tardaba una eternidad en abrir la puerta, y cuando estuvo dentro se quedó en pie, completamente inmóvil. —Lora... John se acercó a ella, cogió su mano y la retuvo entre las suyas. Estaba muy fría, como si la muchacha hubiera estado temiendo algo durante un largo rato.

—Lo saben todo —dijo Lora—. ¿Te lo han dicho?

John asintió en la semioscuridad.

—Pensé que tal vez te impedirían venir.

—Me advirtieron que no lo hiciera, pero no han tratado de impedirlo.

—¿Por qué has venido?

—No lo sé... —Lora sacudió la cabeza como si protestara violentamente por algo de que John acabara de acusarla—. Supongo que ha sido porque lo había prometido.

—¿Por qué lo prometiste?

—¡No lo sé!

Repentinamente, las manos de Lora aferraron los brazos de John y se apretó contra él, su corazón palpitando contra el otro corazón.

—¡John! ¡John! ¿Por qué tienen que ser así las cosas?

Las manos de John oprimieron la espalda de la muchacha, como si tratara de detener el sacudimiento de su cuerpo. Luego acarició sus cabellos.

—Vamos a regresar —dijo—. Conseguiremos que nos dejen regresar.

Permanecieron en silencio, completamente inmóviles, paladeando aquel instante con sabor de eternidad. John pensó en ello: estaban de pie en una cámara sulfurosa y fría, con la vida de la nave palpitando a su alrededor. Y más allá se encontraba la noche del espacio, a través de la cual se deslizaba el esbelto tubo que les albergaba y les protegía del mortal frío exterior.

¡Qué lejos habían tenido que ir para encontrar aquel instante!

John alzó la barbilla de Lora con el filo de su mano.

—No sé nada de ti —dijo—. Cuéntame. Quiero saber todo lo que te ha sucedido, todos los amaneceres que has visto, y todas las hojas que han caído cerca de ti.

Lora sacudió la cabeza y trató de apartarse, como si el embrujo se hubiera desvanecido. Pero John la retuvo.

—No hay tiempo para eso —dijo Lora—. Sólo queda tiempo para preguntar por qué no podíamos haber nacido en el mismo mundo. Tú no podrías comprender nunca la aspereza del mío: aquél en que he vivido, y aquél hacia el que me dirijo. Y en el tuyo, me ahogaría.

—Entonces, encontraremos uno nuevo —dijo John apasionadamente—. Encontraremos uno en la Tierra que nos acogerá a los dos. No voy a permitir que te marches.

En aquel momento sonaron unos pasos precipitados en el pasillo, y los dos jóvenes quedaron inundados de luz mientras la pesada puerta se abría de par en par. Se abrazaron fuertemente unos instantes, para separarse en cuanto Bronson avanzó hacia ellos. En el umbral de la puerta se movían otras figuras.

—Está usted creándose problemas —dijo Bronson—. Lamento que no siguiera mi consejo, John: será necesario recluirle en su camarote durante el resto del viaje. Ahora, acompáñeme, por favor.

John notó que la mano de Lora adquiría una momentánea rigidez en la suya, y luego se soltaba.

—Vamos a regresar —dijo John, dirigiéndose a Bronson—. Exijo que nos devuelva usted a la Tierra en la primera nave que salga del Planeta 7.

Bronson sacudió la cabeza.

—Creo que no me ha comprendido —dijo—. No hay viaje de regreso; no hay viaje de regreso para ninguno de nosotros. En Desarrollos Humanos sólo se va hacia adelante.

Los continentes centrales del Planeta 7 son áridas y desoladas extensiones donde no existe más que el monstruoso «pieslargos» de los arenales. Pero cerca de los polos hay cinturones de vegetación de casi mil millas de anchura. Allí, el apagado color de la arena se convierte en un verde lujurante, y bosques impenetrables se yerguen al

lado del estéril desierto.

Toda la humedad del planeta encuentra su camino hacia los cálidos ríos y lagos de aquellas regiones polares. Allí se encuentran los mugrientos núcleos de vida indígena; allí, los terrestres han establecido su Proyecto de Desarrollos Humanos.

En aquella fantástica selva, todo esquema utópico concebible ha sido elaborado, y sometido a prueba en vistas a su practicabilidad. Proyectos con una duración calculada de un millar de años miden los efectos del medio ambiente y la capacidad del hombre para conquistar el universo después de conquistarse a sí mismo.

Concebido unos setenta años antes por el doctor James Rankin, un famoso sociólogo, el proyecto fue considerado al principio como impracticable, debido a la dificultad que ofrecía el obtener el dinero suficiente para llevarlo a cabo. Rankin propuso la idea poco después del final de la Gran Guerra. Una de las consecuencias del conflicto había sido el descubrimiento de un supercarburante que permitía los vuelos interestelares; en el primer impulso de entusiasmo, se enviaron expediciones al sistema Alpha, donde se descubrió el Planeta 7, que fue explorado minuciosamente. Pero el entusiasmo inicial no tardó en enfriarse, debido a la urgencia de otras tareas inaplazables sobre la Tierra, y los informes fueron archivados.

Rankin expuso la idea de que la supervivencia en la Tierra sólo le sería posible a un nuevo tipo de hombre, aunque nadie sabía qué tipo de hombre tendría que ser, ni si podría ser encontrado. Se habían establecido colonias en la Luna y en Marte, pero en ellas faltaba algo...

La idea de Rankin encontró valedores, y finalmente el gobierno mundial decidió aceptarla; al parecer, los gobernantes se habían dado cuenta de que era el último esfuerzo... que no habría otra oportunidad si se desperdiciaba aquella. Rankin vivió lo suficiente para ver establecida la primera colonia en las implacables selvas de un mundo lejano, que giraba alrededor de una estrella desconocida.

Teóricamente, podía haberse llevado a cabo en algún otro mundo de nuestro propio sistema solar, pero los vuelos espaciales hacían que todos aquellos mundos parecieran demasiado cercanos; un planeta que giraba alrededor de otra estrella resultaba muy conveniente desde el punto de vista psicológico: podía infundir la sensación de que realmente se trataba de un nuevo comienzo...

En tres cuartos de siglo, el Proyecto había prosperado hasta cubrir casi toda la franja polar septentrional con sus diversas colonias. Continuaban produciéndose discusiones acerca de los méritos de los Desarrollos Humanos. Discusiones apasionadas y vehementes. Se había exigido que el Proyecto dejara de ser un secreto, y que se hicieran públicos sus procedimientos y sus informes. Pero el único medio de obtener tal información seguía siendo el alistarse voluntariamente como colono.

No era el deseo de ocultar sus actividades al mundo, decían los gobernantes, sino el convencimiento de que el conocer las actividades que allí se desarrollaban podían contaminar el pensamiento de los posibles voluntarios a medida que transcurrían los

años. Regularmente, unos comisionados del Gobierno efectuaban una rigurosa inspección de las instalaciones y procedimientos; sus informes habían sido siempre favorables, y nunca habían faltado voluntarios. Los elegidos eran el resultado de una cuidadosa selección al objeto de obtener ejemplares adecuados para los diversos experimentos que se estaban llevando a cabo.

John Carwell contempló el planeta llenando lentamente la mirilla, reemplazando a la nebrura moteada de estrellas que había tenido ante sus ojos durante cinco largos días de encierro.

La nave cruzó raudamente las estériles zonas centrales. John contempló con tristeza aquella desolación, que se extendía hasta la zona polar.

Luego, bruscamente, la nave quedó envuelta en una densa niebla: había penetrado en la perpetua masa de nubes que giraban lentamente alrededor de las franjas polares. John continuó mirando, sin variar de posición, con las manos unidas detrás de la espalda y la cabeza apoyada en la mirilla. Había niebla, y ocasionales explosiones de verdor a través de ella. La lluvia chocaba contra los costados de la nave, anticipando la acogida que el Planeta 7 les dispensaría cuando salieran de la embarcación.

La única emoción que John pudo descubrir en su interior fue el odio. Odiaba al Planeta 7; odiaba a los Desarrollos Humanos. Pero, por encima de todo, se odiaba a sí mismo. Tenía que haber realizado algún acto heroico y violento para defender su posición y ganarse a Lora.

Pero ignoraba cuál podía ser aquel acto. No podía destruir las recias paredes de la nave, no podía aplastar su blanco puño contra el rostro implacable de Bronson. Los suyos no eran de aquella clase de puños; estaba atracado y vencido.

La puerta se abrió silenciosamente detrás de él. Doris habló en voz baja.

—Estamos llegando. ¿Lo tienes todo preparado?

—Todo, menos yo.

Señaló hacia la selva ahora visible a través de la fina cortina de lluvia.

—Voy a morir allí —susurró.

—No es allí donde vamos —objetó Doris—. Has visto las fotografías; sabes el aspecto que tiene la Colonia Alpha. Nosotros no vamos a esa selva. Allí se encuentran las Colonias de Control.

Inmediatamente se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. El rostro de John se ensombreció todavía más.

—Enviarán a Lora allí. ¿Qué clase de fanáticos son?

—Recuerda: es lo que ella desea —dijo Doris cariñosamente—. Se alistó voluntariamente como Control. No puedes hacer nada. Absolutamente nada.

—Encontraré una solución. ¡Tengo que encontrar una solución!

No sintieron en ningún momento la humedad de la tormenta. Una pasarela cubierta se extendió desde la estación de término hasta el casco de la nave. A través de ella, los pasajeros llegaron al edificio de la estación. John no pudo ver a Lora; su grupo se había marchado rápidamente bajo la inspección de Bronson.

Al otro lado del edificio les esperaba un autobús que les llevó velozmente a lo largo de una carretera asfaltada que hendía la selva. John sintió aumentar su sensación de irrealidad a medida que el vehículo avanzaba a través de las cortinas de lluvia. Era como hundirse cada vez más profundamente en un sueño..., tan profundamente, que nunca podría despertar.

Sus compañeros no hablaban. Estaban sentados con la rigidez de los autómatas, como si hubieran renunciado ya a toda voluntad e iniciativa. Pero John intuía que estaban tan aturcidos como él por el impacto de haber llegado a su destino *final*. Cuando estamparon sus nombres en el contrato que les ataba para siempre al Planeta 7, habían experimentado la emoción de la aventura. Ahora, en cambio...

A John y a Doris les fueron asignados dos apartamentos contiguos. John se sentó en la lujosa cama.

—Bueno, ahora somos superhombres —dijo. La amargura de su tono cortó cualquier respuesta que Doris hubiera podido dar. La joven se acercó a una de las ventanas y apartó a un lado las cortinas. Al mirar a través de los cristales, profirió una ahogada exclamación.

—¿Qué sucede? —inquirió John.

Entonces, John vio también lo que había más allá de la ventana. Vio el paisaje, cuyo impacto fue como el sonido de un dulce acorde emitido suavemente por un gran teclado.

John se puso en pie y se acercó a la ventana. Era la antigua Grecia; era una campiña inglesa, los grandes bosques de la antigua Alemania.

—Vale la pena —dijo Doris—. Vale la pena, John. En este mundo nunca tendremos que *luchar*.

No había calles, únicamente senderos abiertos entre el césped. Ningún vehículo mecánico afeaba el paisaje. Los edificios, las casas... todo encajaba perfectamente. Si hubieran quitado uno solo de ellos, todo el escenario habría quedado imperfecto.

Estatuas tan gloriosas como la Vejez de Pericles aparecían esparcidas por los amplios céspedes. Al lado de aquello, las ciudades de la Tierra, tal como John las recordaba, no eran más que infectos suburbios.

—Éste es nuestro hogar —murmuró Doris, con voz apenas audible—. Nunca lo abandonaremos; nunca volveremos a estar cansados.

Había algo extraño en ella, algo que John no había visto nunca y que no comprendía. Tenía la impresión de contemplar a su hermana desprendiéndose de un

fardo con el cual no la había visto nunca cargada.

Pero su propio fardo no podía ser descargado. En alguna parte de la selva que se extendía más allá de la cúpula transparente que albergaba a la Colonia Alpha se encontraba Lora, indefensa y en un medio salvaje.

A la mañana siguiente, John fue convocado para la esperada entrevista con el doctor Warnock, director de la Colonia Alpha. Quedó levemente sorprendido por el aspecto del director; Warnock no parecía, en modo alguno, el jefe de semejante grupo.

Era inmenso, y sus ojos estaban casi ocultos en la gran redondez de su rostro. Sostenía entre sus dedos un cigarro apagado. Su despacho podía haber sido el despacho de cualquier hombre de negocios, y contrastaba extrañamente con el esplendor visible desde las ventanas del apartamento.

—Siéntese, John —dijo el doctor Warnock.

Su voz, suave y amable, fue una segunda sorpresa para John, el cual se encontró modificando apresuradamente sus anteriores cálculos.

—¿Ha hecho usted algo útil durante su vida? —preguntó repentinamente el doctor Warnock.

John vaciló, enrojeciendo.

—No... no lo sé.

—Eso está bien. Yo tampoco sé si lo he hecho. Algunas personas tienen los más fantásticos puntos de vista acerca de sus propias realizaciones. Me preguntaba si usted sería una de ellas.

»Todos nosotros nos alegramos mucho al enterarnos de que iba usted a venir. Especialmente Papá Sosnic. Desea oírle a usted; se ha pasado la tarde rondando por estos alrededores.

—¿Papá Sosnic?

—Es el decano del grupo; dice que es el primer miembro. Tiene casi noventa años. Afirma que no quiere morir sin haber encontrado al Gran Música y a la Gran Música. Asegura que las colonias son estériles y que nunca han producido nada. Pero ya lo oírás usted de sus propios labios. Hábleme de su música.

John se encogió de hombros.

—Ha sido un medio de vida.

—¿Eso es todo? ¿No le gusta su música?

John sonrió y habló a Warnock de su infancia con Doris, que tenía una ambición para los dos. Le contó cómo le había golpeado para someterle, y le había obligado a practicar interminablemente desde que era un niño.

—Y por eso odia usted su música —dijo Warnock.

—No. —John sacudió la cabeza—. Eso es lo extraño del caso. Tendría que odiarla, pero no la odio.

—¿Por qué?

—Resulta difícil de explicar. Nunca he tratado de contárselo a nadie, y mucho



menos a Doris; nunca comprendería por qué he seguido tocando.

—¿Puede contármelo a mí? —inquirió Warnock.

John se encontró a sí mismo haciéndolo, sin comprender por qué. Warnock le parecía tan amplio en comprensión como en tamaño físico, y los sentimientos de John se derramaron.

—Los escritores, los artistas y los poetas han sido todos hombres —dijo—. Me refiero a los grandes. Una mujer no puede ser una gran artista. Pero nunca he podido decirle eso a Doris. Es el medio que tiene el hombre para llorar y para reír, para decir que el mundo es un lugar maravilloso; por eso compone música, y escribe libros, y pinta cuadros.

»Una mujer no tiene que hacer eso; no puede. Dispone de otros medios. Pero un hombre se supone que es un animal mudo y obtuso, que nunca piensa en esas cosas. Algunos de nosotros vacilamos acerca del modo aceptable de decir lo que llevamos dentro.

—¿Por qué supone que toca su hermana? —preguntó Warnock.

John sacudió la cabeza y sonrió.

—Ella no siente la música. Toca con la cabeza..., no con el corazón.

—Ha sido la conductora en toda su obra. ¿Por qué se lo ha permitido usted?

—No lo sé. Doris no me comprendería si le dijera cómo deseo tocar; y mucho me temo que nadie lo comprendería.

—Creo que Papá Sosnic lo comprenderá —dijo Warnock. Se puso repentinamente en pie y extendió una mano—. No tardará en ir a visitarle. Estamos completando su instalación. Cuando esté terminada ya le avisaremos.

John regresó a su apartamento con una sensación de culpabilidad. Había dicho cosas que no tenía que haber dicho; no tenía derecho a hablar de Doris de aquel modo. Pero su pesar se desvaneció al pensar de nuevo en Lora.

Había estado a punto de exponerle su problema a Warnock, tan intensa era la sensación de confianza que le inspiraba el director. Pero ahora se alegraba de no haberlo hecho. Warnock había recibido el informe de Bronson acerca del incidente, desde luego; pero si él había preferido ignorarlo, no iba a ser John quien le enmendara la plana.

Pero esto le dejaba sin nadie con quien hablar de Lora, y la idea resultaba espantosa. Desde la ventana del apartamento, comparó la idílica paz del paisaje con la odiosa selva que se extendía más allá de la cúpula. Tenía que sacar a Lora de allí, y no tenía la menor idea de cómo podría conseguirlo.

Doris había salido. Papá Sosnic se presentó por la tarde. Llamó una sola vez, y entró sin esperar a que John abriera la puerta.

Con sus blancos cabellos y su barba blanca, era un hombre bajito y tan viejo como un duende. La piel de sus manos era como una membrana. Tenía una voz cascada, pero en ella había aún una patriarcal autoridad.

Se presentó a sí mismo.

—Deseo oírle tocar. Quiero saber si es usted un músico, u otro charlatán.

John sonrió amistosamente.

—Ha oído usted mis discos —dijo—. Y sabe cómo toco.

—No sé nada —dijo Sosnic—. El alma de un hombre no puede encerrarse en un trozo de plástico. Además, todo lo que he escuchado de usted ha sido con su hermana como primera figura. Un tímido muchacho paseando en la sombra, donde el sol no quema y la lluvia no moja. Siéntese y permítame escuchar cómo toca.

Súbitamente, John se encontró temblando, como si acabara de descubrir un gran secreto y no tuviera ningún lugar donde ocultarse.

Luego se sentó ante el teclado y sus temores desaparecieron. Se sentía en presencia de un amigo con el cual podía hablar como nunca había hablado hasta entonces. Empezó a tocar suavemente una sonata de Beethoven. Pero al cabo de una docena de compases, Papá Sosnic alzó sus manos.

Casi aulló:

—¡Toque! Ahora no está aquí Doris. ¡Toque la música!

John empezó de nuevo. No tocó como si Doris estuviera junto a él con su cronometraje frío, intelectual, analizando cada una de sus pulsaciones. Alteró el compás, y moduló su pulsación de modo que la música no dibujara un diagrama con matemática precisión.

Ahora pintaba un cuadro y contaba una historia. En un momento determinado se convirtió en la historia de Lora. Bosquejó las suaves líneas del perfil de la muchacha, tal como la había visto en la semioscuridad del paso entre máquinas.

Se lo contó todo a Papá Sosnic con su música. Le contó lo que significaba estar solo, y lo que significaba encontrar un término a la soledad, aunque únicamente fuera por un breve instante.

Cuando el piano enmudeció, los ojos del anciano estaban llenos de lágrimas. Palmeó los hombros de John y le besó en la mejilla.

—Usted puede tocar, John —dijo—. Usted puede *tocar*.

Permanecieron sentados ante el piano hasta que oscureció. Y entonces, sin poderla mantener dentro de él por más tiempo, John le contó a Papá Sosnic la verdadera historia de Lora, cómo se habían conocido a bordo de la nave para separarse de nuevo sin la menor esperanza de volver a verse.

El anciano gruñó:

—¿Y permitió usted que se marchara? ¿No hizo absolutamente nada?

—¿Qué podía hacer? Esperaba encontrar un medio para que nos devolvieran a la Tierra. Pero ahora me parece completamente imposible.

—¿Por qué permitió que se marchara? Podía haber ido usted con ella. ¿No lo sabía? Podía usted haber cambiado su condición de miembro de la colonia experimental por la de miembro de la colonia de Control. Es una posibilidad abierta a los que se cansan de las condiciones en que han de vivir aquí. ¿No se lo dijeron?

John asintió.

—Creo que sí —dijo lentamente—. Creo que en el contrato decía algo de eso. Pero, no puede usted pretender que debía condenar a Lora y condenarme a mí mismo a vivir en estado salvaje durante el resto de nuestras vidas. ¡Eso es ridículo!

—¡Ah! —exclamó Papá Sosnic—. ¿Es ridículo el amor? ¿Y hay alguna otra cosa que importe? Ni siquiera su música... porque estaría siempre dentro de su corazón.

—No —susurró John—. No saldría bien. Nos destrozaría a los dos.

—Tiene usted que andar mucho todavía —murmuró Papá Sosnic tristemente—. Tiene usted que andar mucho, Johnny, antes de que consiga salir de la sombra. Toque para mí otra vez, hijo mío: déjeme escucharle de nuevo...

## VI

De las posibles instalaciones que les fueron ofrecidas, John y Doris escogieron las que quedaban más cerca del apartamento de Papá Sosnic. A Doris le agradó inmediatamente el anciano músico, y John se alegró muchísimo. Le parecía muy importante que Doris simpatizara con Papá Sosnic.

El apartamento de John estaba decorado lujosamente en tonos verde y oro, y era servido en él con precisión robótica. Una profusión de aparatos que nunca había imaginado atendían a todas sus necesidades. Nunca vio a un solo criado humano.

Al principio, la situación tenía el atractivo de la novedad, pero al cabo de unos días John se sintió atormentado por la idea de que aquello iba a durar el resto de su vida. Era como ir a un carnaval diariamente.

Trató de trabajar; trató de pensar; trató de dominar sus propias emociones y encontrar una solución. Y trató de no tomar en cuenta la terrible solución que Papá Sosnic le había propuesto.

Aceptar aquello significaría abandonar la esperanza para siempre. Las colonias existían para el elevado propósito de desarrollar un Hombre que pudiera sobrevivir a su propia ingenuidad. A John le agradaba pensar que estaba empezando a sentir aquel propósito. Pero los Controles eran simples pautas animales, cuya única finalidad era medir el progreso del Hombre.

Eran necesarios para el experimento, quizá, pero no tenía vuelta de hoja el hecho de que ningún Control individual podía pensar en sí mismo como en algo más que un ciego y obediente elemento sacrificado para el mejor éxito del experimento.

John pensó que se reprocharía a sí mismo el resto de su vida si decidiera irse a vivir con Lora en la selva, sólo para verla marchitarse, para ver cómo se apagaba aquella luz que brillaba en sus ojos.

A través de los años de incesante lucha contra la humedad, y el barro y los terrores nocturnos, su amor iría disminuyendo, para convertirse en indiferencia, primero, y finalmente en odio. Prefería no volver a verla a pasar por aquella experiencia.

Ahora disponía de tiempo para componer, cosa que en la Tierra le había sido negada casi por completo debido al riguroso programa de conciertos. Pero, inclinado sobre el teclado o sobre el pupitre, su mente no olvidaba nunca el problema de huir. Estudiaba la colonia, su administración, el horario de entradas y salidas. Y finalmente supo lo que podía hacer.

Su primera composición le dejó emotiva y físicamente agotado. En ella decía algunas de las cosas que toda su vida había anhelado decir, y ahora no sabía si las había dicho o se había limitado a engañarse a sí mismo.

Cuando la obra quedó terminada, invitó a Papá Sosnic a escucharla. El anciano se mostró entusiasmado.

—No le suponía capaz de terminar nada tan rápidamente —dijo—. Quizá pueda ser interpretada en el concierto de otoño. Vamos a oírla, Johnny.

Había oscurecido, pero John apenas necesitaba ver el teclado. Sus manos se movían como si con ellas expresara lo que toda su vida había deseado decir.

La pieza empezaba con unos compases sombríos de aturdimiento y desolación. Luego, la música adquirió una vibración de terror. Repentinamente, John se sintió invadido por una oleada de pánico. Se interrumpió, y apartó las manos del teclado.

En la semioscuridad resonó suavemente la voz de Papá Sosnic:

—Siga, Johnny...

Al cabo de unos instantes, John levantó cansadamente las manos y reanudó la pieza por donde la había interrumpido. Continuó narrando la historia. Habló de estar vivo y de tener conciencia del espacio, del tiempo, de los planetas, de los soles, del frío y de la oscuridad. Habló de lo que era estar solo y de lo que era estar contento.

Cuando terminó, no oyó ningún sonido procedente del otro lado de la habitación: Papá Sosnic estaba a su lado, inclinado sobre él.

—Lo haré, Johnny —susurró—. Creo que encajará muy bien en nuestro concierto. La incluiré en el programa, si puedo.

John sacudió la cabeza. —Es muy mala, ¿verdad?

—Es lo que hay en su corazón, Johnny; el corazón de un hombre nunca es malo.

John se puso súbitamente en pie y se acercó a la ventana, contemplando el crepúsculo de espaldas a Papá Sosnic. —Buena o mala, es lo único que puedo hacer. Ha evitado que enloqueciera durante el último mes, pero cuando se celebre el concierto de otoño ya no estaré aquí.

—¿Dónde estará usted? ¿Va a marcharse con Lora?

—¿Puedo confiar en usted? ¿Me ayudará?

—Desde luego. Si es para ver a Lora, pida lo que sea. La música es una bagatela; el Proyecto de Desarrollos Humanos es una fruslería comparado con los asuntos de un hombre enamorado. ¿Cuál es su plan, Johnny?

—Voy a regresar a la Tierra. He ideado el modo de introducirme en la nave en el próximo viaje. La conozco lo suficiente como para que no me descubran durante el vuelo. No me encontrarán hasta que sea demasiado tarde para volver atrás, de todos modos.

»He controlado el horario de los autobuses de la estación de término. Puedo llegar al espaciopuerto en un día. Pero necesito una coartada para los días siguientes, aquí, hasta que la nave esté lo suficientemente lejos. ¿Querrá ayudarme? Papá Sosnic asintió.

—Desde luego. Puedo decir que se ha marchado a vivir unos días al bosque, a una de las cabañas, para trabajar. Es bastante frecuente y dará resultado..., si puedo evitar que Doris entre en sospecha. ¿No se lo dirá a ella?

—No. Cuento con usted para evitar que ella lo sepa. De todos modos, parece tan ocupada que no creo que se dé cuenta.

—¿Y qué piensa hacer cuando esté en la Tierra? —preguntó Papá Sosnic—. ¿Cómo le acercará más a Lora su plan?

—Contaré a todo el mundo lo que es el Proyecto de Desarrollos Humanos. Hablaré del encarcelamiento y de la esclavitud de aquellos que no se pliegan a los deseos de los jefes del Proyecto. Contaré al mundo entero una historia que no puede ignorar.

—¿Esclavitud? —Papá Sosnic volvió sus manos hacia arriba en un gesto de interrogación—. Yo no he visto ninguna esclavitud aquí. La Tierra no fue nunca tan buena como esto.

—Hay esclavitud cuando uno no puede hacer lo que desea..., pero sería inútil discutir eso. ¡Les diré lo que sé!

—Sí —suspiró Papá Sosnic—. Se lo dirá usted; se pasará meses y años llamando a puertas oficiales con descabelladas acusaciones que nadie querrá escuchar. Su vida y su energía se irán consumiendo. Usted estará en la Tierra, y Lora continuará aquí. Quizá cuando los dos sean viejos, cuando hayan perdido la juventud y la belleza, les permitirán que vuelvan a verse. Quizá.

John se sublevó ante la aplastante lógica del anciano.

—De modo que usted quiere que me convierta también en un salvaje, y que Lora y yo nos miremos cada día con creciente amargura, mientras luchamos contra la selva simplemente para mantenernos vivos... ¿Es eso lo que quiere?

—Hay otra respuesta —dijo Papá Sosnic lentamente—. No la he expuesto antes porque se trata de una posibilidad muy remota. Pero me gustaría que lo intentara antes de embarcar como polizón hacia la Tierra.

—¿De qué se trata? —preguntó John.

—¿Examinaron a Lora para las distintas calificaciones de las Colonias?

—No lo sé. Ella dijo que se había alistado voluntaria como Control.

—Entonces, es posible que pueda superar las pruebas para su ingreso en la Colonia Alpha. Si las supera, puede solicitar dicho ingreso...

—No lo hará —le interrumpió John—. Por algún extraño motivo, odia a las Colonias experimentales. La única respuesta está en la Tierra.

—Lora lleva un mes en la selva. Quizás ha cambiado de idea; quizá se ha dado cuenta de que no es tan romántica como pensaba.

John se volvió bruscamente, con aspecto decidido.

—¿Qué puedo hacer? —inquirió.

—Lora puede venir aquí provisionalmente, y sufrir el examen. Vale la pena intentarlo.

—Sí..., vale la pena intentarlo.

A la mañana siguiente, John se entrevistó con el doctor Warnock. Le contó toda la historia..., guardándose en la manga, como último recurso, su desesperado plan para regresar a la Tierra.

Cuando hubo terminado de hablar, Warnock alzó la mirada y sonrió astutamente.

—De modo que Papá Sosnic le ha dicho que sería posible traer a Lora aquí provisionalmente, para ver si le gusta la colonia Alpha lo suficiente como para quedarse...

—Suponiendo que pueda superar las pruebas. ¡Y estoy convencido de que puede hacerlo!

—A veces me pregunto quién dirige esta colonia: si Papá Sosnic o yo —dijo Warnock.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de John. Acababa de darse cuenta de que lo que Papá Sosnic había sugerido sólo era cierto en opinión del propio anciano.

—Es algo que no se ha hecho nunca —continuó Warnock, confirmando los temores de John—. Hacerlo ahora sería tanto como desarticular todo el plan de la Colonia. Ni usted ni Papá Sosnic comprenden la necesidad de aislamiento que nos viene impuesta.

—Creo que encajaría mejor la palabra encarcelamiento —murmuró John.

Warnock sonrió con cierta tristeza.

—Resulta bastante difícil de explicar a un recién llegado aquí los motivos básicos de nuestros experimentos. En el momento en que un hombre se convierte en miembro de nuestras colonias, se desarrolla en él una especie de complejo de persecución; adquiere la psicología de un preso.

—Tal vez eso sea algo más que un vulgar comentario acerca de los métodos de sus experimentos.

—Tenemos normas, sí..., pero también nos damos cuenta de que tratamos con seres humanos. Supongo que usted cree que voy a rechazar su petición. Se equivoca. Voy a traer a Lora aquí... si ella quiere venir, desde luego; la decisión final le corresponde a ella.

»Estoy enterado de sus potencialidades como miembro productivo de la Colonia. Tenemos ya un expediente suyo de una pulgada de espesor. Queremos saber lo que un hombre como usted puede hacer por el futuro del género humano cuando goza de libertad para desarrollar todo lo que hay en su interior.

—¡Libertad!

Warnock asintió lentamente.

—No ha comprendido usted, John. En el Planeta 7 hay libertad; lo único que tiene usted que hacer es alcanzarla y cogerla.

—Pero usted ha dicho que lo que yo le he pedido no se había hecho nunca.

—Nunca fue solicitado.

John se relajó repentinamente y se echó a reír sin poder contenerse, a pesar de que lo que en realidad sentía eran unas intensas ganas de llorar.

—¿Qué sucede? —preguntó Warnock, intrigado.

John le contó entonces su descabellado plan de embarcar como polizón en la nave espacial y regresar a la Tierra para llevar a cabo una campaña contra el Proyecto.

—No hubiera podido usted marcharse sin que lo supiéramos —dijo Warnock—,

pero no se lo hubiéramos impedido. No hubiera vuelto usted a ver a Lora nunca más.

—¿Sabía eso Papá Sosnic?

—Papá sabe muchas cosas que nosotros ignoramos. Sí, creo que lo más probable es que lo comprendiera perfectamente; Papá Sosnic le ha prestado a usted un gran servicio.



## VII

Pasaron tres días antes de que John recibiera la noticia de que Lora iba a llegar. Cuando se enteró, le pareció que se referían a alguien a quien había conocido hacía muchísimo tiempo, en su infancia, alguien a quien los años transcurridos habrían cambiado hasta el punto de que apenas podría reconocerle. Se preguntó qué se dirían el uno al otro cuando se vieran.

La Colonia de Control de Lora se encontraba en dirección opuesta al espaciopuerto, a través de la selva; John y Lora tenían que reunirse en la estación de término.

Se vieron el uno al otro a través del vestíbulo oscurecido por la tormenta. John no corrió hacia ella como había pensado que haría. Lora *era* como una conocida de la infancia, y John necesitaba tiempo para asimilar el hecho de su presencia.

Nunca la había visto tal como iba vestida ahora. Llevaba un vestido de tela burda teñida de verde. Su rostro también había cambiado; era más delgado y moreno.

Pero sus ojos eran los mismos. John experimentó una extraña sensación de felicidad cuando vio aquella luz en sus ojos. Era incluso más intensa que antes, pensó.

Luego, Lora estuvo junto a él, tocándole, apoyando la mano en su brazo. Y John no había encontrado aún lo que debía decir.

Los ojos de Lora resplandecían.

—No debí venir —dijo—. Pero tuve que hacerlo; tuve que aceptar la oportunidad que creí no iba a llegar nunca: la oportunidad de volver a verte.

—Ya te dije que no te dejaría marchar —murmuró John.

En el fondo de su corazón había creído que este momento no llegaría nunca. Hacía mucho tiempo que había perdido la capacidad de creer en los milagros.

Puso sus brazos alrededor de Lora y la abrazó fuertemente, pero fue como abrazar a un impaciente pájaro.

—No tenía que haber venido —dijo Lora—. Fue una trampa, pero sabía que era la única oportunidad que se me ofrecía de volver a verte.

—¿De qué estás hablando? —John la acercó más a él—. Ahora estás aquí, y es para siempre.

—No voy a quedarme, John; les dejé que creyeran que aceptaría las pruebas, pero no voy a hacerlo. Ni siquiera deseo saber que podría ser apta para la Colonia Aloha.

Los músculos de John se pusieron rígidos, como si el tiempo se hubiera detenido, y le pareció encontrarse en el centro de un remolino de aire helado. Acercó sus labios al oído de Lora.

—¡Silencio! —murmuró—. Mañana hablaremos de eso.

Pero no volvieron a mencionar el asunto, ni al día siguiente, ni al otro. Lora se alojaba con Doris, y John no estaba seguro del resultado que aquel hecho podía dar.

Recordaba claramente a su hermana, en la nave, diciéndole que su cita con Lora había sido una estupidez.

Pero Doris había cambiado mucho durante las últimas semanas, sin que él se diera cuenta de ello. Tal vez era Bronson. El científico venía a visitarles con mucha frecuencia —a visitar a Doris—, y John suponía que el hecho resultaba contrario a las normas, ya que no cabía duda de que a los ojos de los directores del Proyecto era un factor de contaminación.

El cambio que se había producido en Doris se hizo evidente cuando John le presentó a Lora. Las dos muchachas intercambiaron una mirada, como si tuvieran algún secreto en común que las uniera contra el mundo. John trató de comprender las tristes y amistosas sonrisas que se dirigieron mutuamente.

Papá Sosnic expresó su profunda satisfacción y besó las dos mejillas de Lora cuando John se la presentó. Lora había cambiado provisionalmente el burdo vestido de la Colonia de Control por las exquisitas telas suministradas al grupo Alpha. Con el bronceado de su piel contrastando con el blanco material de su vestido, Lora era la mujer más encantadora de toda la Colonia, según pensó John... y Pana dijo.

Le gustó extraordinariamente todo lo que había en el apartamento. Cuando estuvieron de nuevo solos, Lora se sentó en una cómoda butaca. A través de la ventana podía ver el amplio y apacible paisaje, y el esplendor griego de las estatuas y de los hombres y mujeres que paseaban junto a ellas.

Acarició con los dedos la tela de su vestido.

—Cuando era niña, soñaba con tener un vestido como éste —dijo—. Y nunca pude tenerlo.

—Ahora lo tienes —dijo John—. Y para siempre. Lora miró a través de la ventana, más allá de la cúpula que retenía al sol, al viento y a las estrellas. Sacudió lentamente la cabeza.

—No... Nunca me ha gustado vivir detrás de unas rejas. ¡Y aquí hay rejas incluso en el cielo!

En los días que siguieron, John la llevó por toda la Colonia, pero tenía la desagradable sensación de que la estaba perdiendo. Le parecía que estaba tratando de proteger una casa de arena con sus brazos, mientras las olas se la llevaban a pesar de todos sus esfuerzos.

Lora estaba entusiasmada con los fantásticos aparatos que había en los apartamentos, y que repartían las comidas a toda la colonia desde las cocinas automáticas centrales. Estaba encantada con la paz de los bosques por los cuales paseaba cogida de la mano de John, Y permanecía horas enteras delante de las estatuas clásicas, mientras John le explicaba las historias que aquellas estatuas contaban.

Pero era como una niña excitada por una visita a una extraña y fabulosa feria. Su deleite no significaba que hubiera aceptado todas aquellas cosas como suyas, a pesar de la apasionada insistencia de John para que lo creyera.

John sabía que Warnock no les concedería muchos días más; no tardarían en pedirle a Lora que se sometiera a las pruebas por las que tenían que pasar los miembros de los grupos experimentales.

Entretanto, se celebró el concierto para el cual Papá Sosnic había programado la audición de la obra de John. Éste no se encontraba en la mejor disposición de ánimo para tocar, pero accedió a hacerlo porque Papá Sosnic lo deseaba.

El tiempo y la Colonia Alpha se habían hecho increíblemente irreales. John trató de ver las cosas desde el punto de vista de Lora. Contempló fijamente el cielo a través de la cúpula protectora, y se preguntó por qué Lora habría visto rejas en ella.

¿Qué diferencia había entre aquella cúpula y las paredes de una casa? ¿Por qué era un error aceptar la protección, la paz y el lujo que le concedían tiempo para dedicarlo a su música? En la Tierra, Doris y él habían sido músicos, pero habían tenido que trabajar duramente —tan duramente como si fueran albañiles—, y él no había dispuesto de mucho tiempo para componer.

El día del concierto trató de explicarle esto a Lora, pero ella se limitó a reír.

—Sería mejor que fueras albañil durante el día y músico por la noche —dijo.

Parecía vivir de acuerdo con un conjunto de normas que a John le resultaban completamente desconocidas. Y le negaba el secreto del misterio de sus razonamientos.

Iba a perderla, y no podía hacer nada para evitarlo. Pasados un par de días le pedirían que se sometiera a las pruebas, y ella se negaría. Regresaría a la selva, John podía ir con ella si lo deseaba... y morir lentamente allí, en su presencia. ¿Por qué prefería Lora la muerte en la selva a la vida que en la colonia era posible?, se preguntó John por milésima vez.

La noche del concierto Lora estaba más hermosa que nunca, como para mostrar a John lo que iba a perder. Pero también ella saldría perdiendo, pensó John. En la selva volvería a llevar sus vestidos de tela burda. Nunca volvería a tener el aspecto de aquella noche.

El concierto iba a celebrarse en el auditorium central de la Colonia, donde tenían lugar todos los acontecimientos importantes. John observó con disgusto que su nombre figuraba en último lugar en el programa. Un tributo, sin duda, al neófito, que tendría ocasión de tocar para los que no se hubieran marchado ni se hubieran quedado dormidos...

John se sentó en una de las primeras filas con Lora y Doris, y con Papá Sosnic y el doctor Bronson, cuya frecuente presencia junto a los Carwell se estaba convirtiendo en una fuente de preocupaciones en la Colonia. Hasta que le llamaron para su actuación, John permaneció sentado entre el auditorio.

El programa incluía a una serie de nombres que él conocía. Nombres ausentes desde hacía mucho tiempo de los elencos de artistas de la Tierra, pero que habían sido famosos en las salas donde John y Doris habían actuado.

El primero era un tal Faber Wagnalls cuya obra había sido estudiada intensamente

por John durante los primeros años de su carrera. John se encontró a sí mismo inclinándose ávidamente hacia adelante a pesar de su estado de depresión, ansioso por oír la nueva obra de aquel hombre con el cual no se había encontrado desde que llegó a la Colonia.

Wagnalls era mucho más viejo ahora. Tenía el pelo completamente blanco, y su aspecto era muy distinto al de las fotografías que John había visto. Se sentó al piano y empezó a tocar.

John cerró sus ojos para concentrar toda su atención. Las primeras notas le sorprendieron. Pensó que el que estaba tocando era otro hombre, no el Wagnalls que había compuesto hacía tanto tiempo en la Tierra. John continuó escuchando.

Lentamente, tuvo la sensación de que un viento frío soplaba sobre su cuerpo. La música no se parecía en nada a la del gran Faber Wagnalls. Era una melodía afeminada que gambeteaba y languidecía alternativamente, sin el menor encanto, sin gracia.

Los aplausos fueron simplemente corteses, y John se unió a ellos cuando Wagnalls hubo terminado su interpretación. Pero se preguntó si eran realmente piadosos al permitir que el anciano maestro se engañara a sí mismo hasta tal punto. Miró a Doris, la cual le devolvió la mirada con aire desafiante. Doris había comprendido, pero se negaba a admitir que en la Colonia Alpha hubiera algo malo.

La siguiente actuación fue un grupo de instrumentos de cuerda. Resultó mediocre, aunque no tan mala como la actuación de Wagnalls. John empezó a preguntarse cuándo escucharía alguna de las bellas obras para las cuales había sido creada la Colonia Alpha. Al lado de lo que acababa de oír, su propia obra no resultaba tan mala...

Continuó interrogándose a medida que el programa avanzaba. Se sentía cada vez más asqueado ante el desfile de intérpretes ineptos y de composiciones vulgares.

Y cuando su malestar rozaba el pánico, como si repentinamente hubiera captado la falsedad y la superchería de la propia vida, comprendió.

Comprendió una infinidad de cosas que hasta entonces no había comprendido. Comprendió a Doris, se comprendió a sí mismo y comprendió a Lora. Comprendió por qué Lora miraba hacia la gran cúpula y veía barrotes en el cielo. Comprendió que el aplauso a Wagnalls había sido sincero y no simplemente cortés o piadoso.

Vagamente, en medio de su pánico y su comprensión, oyó que pronunciaban su nombre. Se puso en pie, avanzó maquinalmente hacia el estrado y se sentó ante el piano.

Empezó a tocar. Y mientras tocaba, se vio iluminado por una nueva realidad. Sabía lo que tenía que hacer.

Trató de expresarlo con su música. Sabía que el auditorio no iba a entenderlo, pero lo expresó, de todos modos. Lo expresó con apasionamiento y con rabia. Lo expresó con un tema de pasión y de lucha que sorprendió a los oyentes.

Cuando hubo terminado se produjo un breve silencio, y luego resonaron unos

débiles y dispersos aplausos, seguidos rápidamente por la dispersión del propio auditorio. John se quedó casi solo con el pequeño grupo de sus amigos mientras el vestíbulo se iba vaciando.

El doctor Warnock se acercó a él y le estrechó la mano.

—Ha sido un manjar un poco fuerte para los delicados paladares de los miembros de nuestra Colonia —dijo—. No entiendo mucho de música, pero me ha gustado mucho más su obra que las lánguidas piezas que oigo tan a menudo aquí.

—Ahora sé lo que tengo que hacer —dijo John.

—¿Sí?

—Voy a marcharme con Lora; saldremos para la Colonia de Control mañana por la mañana.

## VIII

Después del concierto se reunieron en el apartamento de Papá Sosnic. Papá tenía un aire de secreta alegría mientras andaban hacia la casa bajo la cúpula que dejaba filtrar la luz de las estrellas. Bronson parecía intrigado y un poco furioso, en tanto que el doctor Warnock era un interesado espectador de los acontecimientos absolutamente inesperados de una obra teatral.

Lora y John experimentaban una profunda satisfacción, como si repentinamente pudieran ver todo el camino hasta el final de sus vidas, y supieran que marchaban por el mejor de los senderos.

Pero Doris marchaba sola, ignorando la presencia de Bronson, como si hubiese quedado aturdida por las palabras de John.

Cuando llegaron al apartamento de Papá Sosnic, Doris fue la primera en hablar, después de separar a John de los demás.

—No sentías lo que has dicho —insistió—. ¡No vas a decirme que renuncias a todo lo que hemos obtenido por una muchacha testaruda que teme enfrentarse con la vida!

—Amo a esa muchacha testaruda —replicó sencillamente John—, y ella me ama a mí.

—Entonces, puede tener el valor suficiente para vivir aquí como un ser humano... ¡No puedes cometer esa locura, John!

Los otros no se habían movido, retenidos por la angustia de la voz de Doris. No querían escuchar, y no podían evitarlo.

Lora estaba muy cerca de ellos y les oía también, pero a Doris no pareció importarle.

—He pasado toda mi vida tratando de evitar que te enteraras de lo desagradable que puede ser el mundo —continuó Doris—. No quería que lo supieras. Cuando eras un niño nunca supiste que los alimentos que a veces comías eran robados, y que yo me quedaba sin comer porque no había suficiente para los dos. Te enseñé a convertirte en un gran hombre; y en la Tierra éramos grandes artistas. No podíamos haber conseguido más..., hasta que encontramos esto.

»Y ahora ya no tendremos que preocuparnos por nada durante el resto de nuestras vidas. Cuidarán de nosotros, y podremos trabajar y crear dando expresión a lo bueno y lo bello que haya en nuestro interior.

»Pero hay algo más: no sólo nos ayudamos a nosotros mismos, sino que ayudamos también al género humano. Nunca habrá otra oportunidad de elaborar la clase de humanos que no se destruyan a sí mismos. Si nosotros no cambiamos, no volveremos a tener esa oportunidad.

»Esto es como el entreacto de una gran comedia. Tenemos la posibilidad de modificar el texto y escribir de nuevo la obra... para estar seguros de que no

terminará en tragedia.

»No puedes renunciar a tu oportunidad de ayudar en eso, John. ¡Ni tú puedes pedirselo, Lora!

Por primera vez en su vida, John comprendió a Doris. Por primera vez se dio cuenta de lo que el mundo había sido para ella: un lugar de agonía y de terror, del cual tenía que proteger a su hermano.

Recordó el día en que conoció a Lora junto a la verja del espaciopuerto. Lora había dicho que algunos iban a Desarrollos Humanos porque huían de algo. Y él había pensado que aquello no podría decirse nunca de Doris. Pero, era cierto: Doris había huido de la lucha de la vida a la seguridad de la Colonia Alpha.

¡Y John que había creído que ella era la más fuerte de todos!

Ahora, quien tenía la fuerza era Lora, Había asegurado que estaba huyendo, pero huía *hacia* la vida, no *de* ella.

John cogió la helada mano de Doris en la suya.

—Has cuidado de mí demasiado tiempo y demasiado bien —dijo—. Esta noche has tenido ocasión de oír lo que sale de unos hombres y mujeres que están demasiado bien cuidados. Has oído la clase de creación que surge cuando no existen necesidades ni deseos.

Se volvió a mirar al doctor Warnock.

—Usted sabe que la Colonia es un fracaso, ¿verdad, doctor? —le preguntó.

Warnock sonrió y se encogió de hombros.

—Papá Sosnic me lo ha dicho más de una vez. Yo..., bueno, yo no soy músico, soy un simple sociólogo.

—La Colonia Alpha es un fracaso —dijo John—. Todo el Proyecto es un fracaso. Todo... menos las Colonias de Control.

»Ustedes han creído que podrían aprender algo sobre la grandeza de los hombres separándolos en grupos y analizando una sola faceta de la vida. No pueden hacer eso; no pueden tener músicos sin conductores de camión y albañiles. Ni pueden tener a un hombre que únicamente sea músico. Toda esta división, y separación, no revelará nada, del mismo modo que un solo brazo o una sola pierna no revela nada acerca de un hombre.

»La grandeza sólo puede ser analizada en el hombre entero. Todo lo demás es perder el tiempo. Todo hombre necesita unas pinceladas de malicia, un toque de locura y toda la inteligencia que su cerebro pueda contener. Desposéanlo de cualesquiera de esos elementos y tendrán solamente un trozo de hombre.

»Y, por encima de todo, no pueden ustedes elaborar grandes hombres cuidando de ellos. No lo comprendí hasta que oí las estúpidas piezas interpretadas en el concierto. Han tomado ustedes grandes hombres y los han convertido en nulidades. Faber Wagnalls, por ejemplo... Al ver en lo que se ha convertido, me entraron deseos de llorar.

»La única grandeza verdadera de un hombre ha sido siempre su capacidad para

cuidar de sí mismo, de dominar el mundo para satisfacer sus necesidades. Es verdad que casi hemos arrasado el mundo en el proceso, pero ese “casi” es lo que establece la diferencia. No hemos fracasado, ni fracasaremos..., a menos que renunciemos a cuidar de nosotros mismos y nos dediquemos a crear alguna Utopía fatal. En el jardín del Edén no existe la libertad.

»He estado a punto de descubrirlo demasiado tarde. Y a no ser por lo de esta noche, Lora no me hubiera convencido nunca.

A la claridad del nuevo día, la Colonia parecía un lugar que John no había visto nunca. Marchaban lentamente hacia el edificio de la estación de término, pasando junto a las estatuas clásicas que adornaban el paisaje, y que aquella mañana tenían un aspecto artificial, falso.

John comprendió el motivo, y lo hubiera notado antes de haber sido escultor. Las imágenes no eran más que copias: copias efectuadas por las defectuosas memorias de unos hombres que recordaban la Tierra, pero que no proyectaban su mirada hacia ningún futuro.

Los céspedes y los senderos de los bosques era como el jardín de juguete de un niño, y los estrechos límites debajo de la cúpula parecían aplastar a John. Levantó la mirada hacia el cielo... y pudo ver los barrotes que encerraban al mundo, a la lluvia y al viento.

Lora andaba apresuradamente a su lado, como si no pudiera soportar por más tiempo el encarcelamiento de la Colonia. Cuando llegaron al edificio de la estación de término miraron hacia el exterior y vieron que más allá de la cúpula estaba lloviendo de nuevo, la eterna lluvia de la selva. John tembló mientras el viento empujaba humedad a través de las puertas.

Miró a Doris y a los demás. Le inspiraban lástima, pero no podía hacer nada por ellos. Doris estaba pálida, pero tranquila. John la abrazó y la besó.

—Adiós, hermanita —dijo.

Luego salieron bajo la lluvia, dirigiéndose al autobús que había de conducirles al comienzo del camino de la selva. Lora estaba riendo, mientras las gotas de la lluvia se aplastaban contra su rostro y descendían por él en arroyuelos.

Cuando se escribiera la historia de los Desarrollos Humanos, pensó John, sería la de los descendientes de las Colonias de Control, y no la de los desdichados prisioneros de la Colonia Alpha.

Luego contempló sus propias manos, alargadas y blancas, y recordó que en la selva no habría música. Sus manos se endurecerían con las rudas tareas de edificar refugios para cobijarse y de luchar por conseguir alimento. Pero, ¿no habría música? Súbitamente, John se echó a reír en voz alta, recordando las palabras de Papá Sosnic: «... estará siempre en su corazón».

¡Cuántas cosas sabía Papá Sosnic! John miró de nuevo el rostro de Lora, mojado por la lluvia, y alzó su propio rostro para recibir las gotas de agua sobre su piel.



La húmeda caricia le permitió saber que, al fin, estaba vivo.

# Tierras vivas

Alfred Coppel

El lugar de la cita se encontraba bastante lejos de la zona apestosa que había sido incendiada por el aterrizaje de la nave espacial. Kenyon se hallaba de pie en el lindero de un bosquecillo de plumas cercano al lugar donde el mar sin mareas se extendía, rojo y brillante.

Kenyon miró hacia atrás, maldiciendo lo llano de la isla. La torre de la nave espacial dominaba todo el terreno; allí no había ningún lugar para ocultarse. Kenyon sabía que cualquiera que deseara hacerlo, podía espiarle fácilmente mientras estaba allí, esperando que Elyra saliera del bosquecillo.

Y no es que existiera ningún motivo razonable, se dijo a sí mismo, defendiéndose, para que ocultara sus relaciones con Elyra. Los contactos con mujeres indígenas — aunque considerados de mal gusto— eran corrientes entre los hombres espaciales. Pero la misión en Kana era de repatriación, más que de explotación, y todos los miembros de la expedición habían sido advertidos contra el peligro de anudar relaciones capaces de provocar desagradables situaciones cuando los indígenas fueran evacuados de Kana.

Kenyon se movió, impaciente de un lado para otro, atisbando a través del bosquecillo. Le hubiera gustado penetrar en él para ir al encuentro de la muchacha, pero era algo que nunca se había atrevido a hacer. No podían correrse riesgos en un planeta como Kana, que significaba el retroceso desde la tecnología más avanzada a un salvajismo de leyenda. Y existía aquella pregunta sin contestar acerca del canibalismo.

Elyra no, desde luego, pensó Kenyon rápidamente; no era posible. A fin de cuentas, la misión sólo llevaba unos cuantos días en Kana. Resolver el acertijo del alimento indígena era únicamente cuestión de tiempo.

Un leve susurro de las plumas le advirtió de la proximidad de Elyra. Indígena o no, se dijo Kenyon, era un ser maravilloso. Con su pelo rojo, al igual que todos los indígenas, hombres y mujeres. Y sus ojos grises, casi fríos. Pero su cuerpo era esbelto y flexible.

Elyra se detuvo en el mismo lindero del bosquecillo, solemne y seria a la decreciente luz.

—Está a punto de ponerse el sol, Kenyon —dijo.

Su saludo era siempre el mismo. La afirmación de que terminaba un día, de que la luz se borraba del cielo. Inconscientemente, Kenyon miró hacia el Este, donde la primera pálida claridad de una estrella brotaba a través del rojizo brillo del sol

poniente. Pensó que las estrellas eran muy pálidas en el Filo. Le llenaban de una sensación de lejanía, de vastos espacios vacíos, de los parsecs que separaban a Kana y su estrella roja de los fecundos mundos de los sistemas interiores. No era de extrañar que hubiera permanecido ignorado durante tanto tiempo...

Se estremeció ligeramente y miró a Elyra, sonriendo.

—¿Pasearemos junto al mar? —preguntó—. He traído algo para ti..., un regalo.

Normalmente, la promesa de un presente habría arrancado una sonrisa al rostro de Elyra, pero en aquella ocasión permaneció solemne y extrañamente ausente.

—Esta noche pasearemos por el bosque.

Kenyon frunció el ceño. Se lo había prometido a Elyra, y ella lo había recordado.

A lo lejos, en una de las islas que se erguían a través de las rojizas aguas, un tambor empezó a resonar con rítmica insistencia. Una extraña sensación inundó a Kenyon, algo parecido al temor..., a pesar de que no había nada, que él supiera, capaz de provocar aquella sensación en la mente de un hombre del espacio. Tenía detrás de él a toda una cultura interestelar, con su poderío y sus máquinas. En la galaxia deshabitada no había nada que pudiera inspirar miedo a un hombre del espacio; pero Kenyon estaba asustado: lo sabía. Asustado de este mundo acuático y de sus islas. Quizás estaba asustado incluso de Elyra.

—Hemos paseado junto al mar —dijo Elyra, manteniéndose separada de él—, y ahora pasearemos por el bosque. Tú has venido aquí desde el cielo para llevarte a mi pueblo de Kana...

Kenyon pensó que no serviría de nada negarlo, puesto que Bothwell y Grancor ya lo habían anunciado al jefe de la isla. En los combinados industriales de los mundos interiores era necesario la mano de obra. Permitir que unos humanos vivieran una existencia salvaje en un mundo sin valor comercial como Kana era un despilfarro de energías potenciales.

—Yo te llevaré de la mano —continuó Elyra en su arcaica lingua spacia—, y te enseñaré por qué mi pueblo no desea marcharse.

Los ojos de Kenyon se abrieron a causa del asombro. Hasta entonces, ninguno de los indígenas había ofrecido a los tres miembros de la misión un motivo para su resistencia a abandonar Kana. Éste era, al parecer, el primer resquebrajamiento de una muralla de cortés resistencia pasiva. Si él, Kenyon, pudiera convencer a los jefes de que debían apremiar a su pueblo para que embarcara en la nave espacial sin necesidad de coacciones ni de derramamiento de sangre, el hecho representaría una excelente nota en su expediente personal; podría conducirlo a cosas más importantes que evacuar trogloditas desde el Filo del estado galáctico.

—Espérame aquí, Elyra —dijo—. Regresaré antes de que acabe de ponerse el sol, e iré contigo al bosque.

Elyra sonrió, mostrando unos dientes muy blancos y puntiagudos.

Kenyon se estremeció ligeramente y se encaminó a la nave espacial. Podía ir al bosque, pensó, pero no sin armas... ni sin que Bothwell y Grancor supieran lo que

iba a hacer y dónde, al servicio del Estado.

Al llegar junto a los enormes remolques preparados para transportar a los indígenas de Kana, pudo oír a Bothwell y a Grancor que discutían.

Bothwell:

—Eres un estúpido... Ni siquiera eres capaz de decirme lo que ha sucedido con los malditos lanchones. Un millar de años en este clima no los destruirían. De modo que, ¿dónde están?

Y Grancor, en tono seco y avinagrado, como el de un profesor de academia.

—Evidentemente, mi querido Bothwell, cuando las islas quedaron formadas ya no fueron necesarios. Se hundieron, sencillamente.

Kenyon se detuvo a escuchar. Era una discusión perpetua entre los dos hombres, a la vez inútil y exasperante, en opinión de Kenyon. Nunca había querido unirse a ella.

Se había iniciado con el descubrimiento de diez mil islas en el mar de poco calado que en otra época —según el libro— cubría todo el planeta de Kana.

Quinientos años antes, en el primer impulso de la colonización estelar, Kana había sido poblado con seres humanos procedentes de la galaxia interior. Dado que no existían terrenos de ninguna clase, y dado que había un buen mercado para las sales de oro y los nitratos que podían ser extraídos del mar de Kana, se estableció una colonia acuática. Pueblos flotantes, hidropónicos, y una esencial y altamente desarrollada tecnología. Y luego se produjo el interregno: un interregno comercial que encontró innecesarios los productos de Kana. El comercio decayó, y eventualmente el planeta y sus habitantes fueron olvidados. Una colonia perdida. Transcurrieron quinientos años antes de que la mano de obra de Kana y de otros mundos semejantes se hiciera lo bastante valiosa como para enviar a expediciones encargadas de reunir a los habitantes de aquellos mundos y trasladarlos a los combinados industriales.

Pero Kenyon, Grancor y Bothwell, este último jefe nominal de la expedición, se encontraron con algunas sorpresas en Kana. Los pueblos flotantes habían desaparecido, los habitantes se habían convertido en salvajes, y había diez mil islas donde antes no había ninguna.

—El vulcanismo está descartado —estaba diciendo Bothwell—. Kana y su sol son demasiado viejos para soportar esa clase de fenómeno.

—Es cosa que ignoras —replicó secamente Grancor—. Eres un hombre del espacio, no un geólogo.

—Tampoco soy agrimensor —dijo Bothwell—, pero puedo decirte que aquí no crece ninguna vegetación, aparte de esas malditas plumas...

—Parecen plumas —dijo Grancor—, ¿Acaso no has visto plantas más raras?

El aislamiento, pensó Kenyon, está endureciendo su antagonismo natural. El aislamiento y el fracaso. Un fracaso que ninguno de los dos se atreve a reconocer. Sabía que dentro de unos días Bothwell estallararía y embarcaría a los indígenas de Kana en los remolques de la nave espacial utilizando la fuerza. Disponían de armas

para hacerlo..., pero Kenyon experimentaba un extraño temor a tener que recurrir a la violencia; en Kana existían peligros que ninguno de los hombres del espacio había reconocido aún. Kenyon estaba convencido de ello.

Después de armarse, descendió la rampa en dirección a las estridentes voces; sería un placer interrumpirles.

Bothwell levantó la mirada y enarcó las cejas. Kenyon decidió de nuevo, como había estado haciendo durante las últimas semanas, que no le gustaba Bothwell.

—¿Adónde vas tan armado? —preguntó Bothwell.

—¿Dónde quieres que vaya? —murmuró Grancor—. Nuestro joven colega va a reunirse con su hermosa salvaje, desde luego.

Kenyon enrojeció.

—Puesto que parece que estamos perdiendo el tiempo, voy al bosque a hablar con el jefe —dijo, con cierta insolencia.

—¿Es eso prudente? —le preguntó Grancor a Bothwell.

—Que vaya donde quiera —dijo Bothwell—. Cuando se convenza de que las palabras no sirven para nada, adoptaremos medidas más radicales.

Kenyon hizo un esfuerzo para dominar su furor y dio media vuelta. Pero se detuvo inmediatamente, no deseando marcharse sin pedir su ayuda, y odiando el tener que hacerlo.

—Manteneos a la escucha —dijo, en tono casual—. Informaré por radio de cualquier progreso...

Bothwell estalló en una carcajada.

—¡Progreso! —exclamó—. ¡Se va al bosque de noche con su hermosa salvaje y quiere mantenernos informados!

Kenyon salió casi corriendo de la nave, con el rostro encendido.

El sol estaba hundiéndose en el horizonte y una densa neblina flotaba sobre la isla. Las botas de Kenyon se hundían en el pestilente y quemado suelo mientras avanzaba, haciéndole tambalearse. Como una roja herida sin cicatrizar, pensó. Una típica muestra de las mejoras introducidas por el hombre en los mundos que explotaba.

Elyra continuaba en el mismo lugar en que la había dejado, esperando a la sombra de las altas plumas. Los tambores resonaban más fuertes, de isla en isla. La última luz sanguinolenta iba borrándose del cielo.

Sin hablar, Kenyon tomó la mano de la muchacha y juntos se desvanecieron en el bosque de ondeantes plumas.

... el viento nocturno y tambores en el bosque un círculo de formas para acoger a un hombre procedente de las estrellas y la oscuridad se hace más intensa suenan los pasos espera las plumas susurran, está llegando espera el suelo dice que está llegando a nosotros vuestro padre cuidará de vosotros y os alimentará y no tendréis que marcharos entre las estrellas yo os protegeré...

A Kenyon le pareció que andaban horas enteras a través de la oscuridad. Se daba cuenta de la creciente excitación de Elyra, como si estuviera poseída por un sentimiento de triunfo y de anticipado placer. Pensó en las especulaciones de Grancor acerca del canibalismo entre los habitantes de Kana, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Cuando llegaron a un claro del bosque, los tambores cesaron de resonar; el silencio pareció estallar delante de sus ojos. Elyra volvió el rostro hacia su acompañante, sus ojos muy abiertos y oscuros entre las sombras.

Kenyon encendió una cerilla y la acercó a su cigarrillo, aspirando profundamente el humo. Elyra se relamió los labios con la lengua y Kenyon observó lo puntiaguda que era. Casi sucumbió al impulso de echar a correr, pero la idea de Bothwell y de Grancor riéndose de él, le contuvo.

—Sé fuerte, Kenyon —dijo Elyra, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Sé valiente, y, sobre todo, sé prudente cuando te encuentres ante el padre.

—¿El padre?

Elyra golpeó impacientemente el suelo con uno de sus pies descalzos.

—El padre, Kenyon —repitió—. El poderoso que llegó a mi pueblo después que vosotros lo dejasteis abandonado...

Allí estaba de nuevo, pensó Kenyon: el cisma entre el pueblo de Kana y el resto de los mundos habitados. Vosotros. Mi pueblo. Como si el nacimiento de una leyenda de dioses procedentes del espacio hubiera transformado a los habitantes de Kana en algo distinto al resto de la raza humana.

—No existen dioses procedentes del espacio, pequeña. Son hombres —dijo Kenyon afablemente.

—El padre no es un hombre —susurró Elyra. Kenyon casi pudo captar la mística calma que descendía sobre ella mientras contemplaba el legendario pasado—. Hace mucho tiempo, cuando el pueblo de Kana vivía en el mar y estaba moribundo, los grandes dioses llegaron hasta nosotros, nos alimentaron y nos calentaron. —Su voz adquirió un tono de resentimiento—. Tu no puedes comprenderme; y yo no puedo hacer que me comprendas. Pero el padre hablará contigo, estoy segura de ello, y entonces sabrás por qué nuestro pueblo tiene que permanecer aquí para siempre.

—No —dijo Kenyon—. De un modo u otro, tu pueblo vendrá con nosotros. Sois necesarios en otra parte.

Elyra se echó a reír.

—Cuando el tiempo se acabe..., cuando la estrella roja muera..., estaremos aquí, en Kana. Lo mismo que todo hombre que haya pisado el suelo sagrado...

Elyra se puso de puntillas y le besó, y Kenyon sintió un agudo dolor en sus labios.

—¡Salvaje!

Retrocedió, secándose la sangre de la boca, en el lugar donde la puntiaguda lengua de Elyra había pinchado su carne. La golpeó en pleno rostro, y Elyra cayó al suelo. La idea llegó a su cerebro como un relámpago que iluminara las tinieblas. No

eran caníbales: eran vampiros. Kenyon experimentó una indescriptible sensación de malestar en la boca del estómago. El hecho de que unos descendientes de hombres civilizados se hubieran convertido en unos seres tan depravados, resultaba increíble.

Grancor y Bothwell tenían que ser advertidos. Radió el mensaje a través de su emisora portátil y esperó la respuesta, mientras Elyra le contemplaba desde las sombras. No hubo ninguna respuesta. ¡Maldición! ¿Permanecían a la escucha, o no? Kenyon no tenía modo de saberlo.

Elyra se echó a reír. El sonido de su risa resultaba exasperante. Kenyon desenfundó su pistola de rayos y apuntó a la muchacha.

—¡Muéstrame el camino de regreso! —ordenó, con más confianza de la que sentía.

Elyra, por toda respuesta, se echó a reír de nuevo, y desapareció en la oscuridad del bosque de plumas. Kenyon disparó a ciegas, tratando de encontrar un sendero a través de la extraña vegetación. Repentinamente, oyó un ruidoso arrastrar de pies descalzos, y un centenar de manos cayeron sobre él, aferrándole, golpeándole.

Luego experimentó un vivísimo dolor en la base del cráneo y le envolvió la oscuridad, profunda y negra como la misma noche del espacio.

Cuando Kenyon despertó, yacía en un claro iluminado con antorchas. A su alrededor, un mar de rostros: los habitantes de Kana. Alguien estaba golpeando un tambor, muy suavemente, con un ritmo insistente e hipnótico. Su cuerpo tocaba el suelo, y por primera vez Kenyon tuvo conciencia de la peculiar textura del terreno. Liso, cálido, con alguna clase de calor latente, interno.

Toda la tribu de indígenas se balanceaba al ritmo obsesionante del tambor. Kenyon pudo oír el murmullo de su cántico, repetido interminablemente.

«... despierta padre despierta padre despierta padre despierta padre...».

Kenyon trató de sentarse, y descubrió que no podía hacerlo. Invisibles, unas cintas le sujetaban al suelo. El pánico se apoderó de él, a pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, adiestrada para combatirlo. Giró la cabeza a uno y otro lado para ver si podía localizar a Elyra en el mar de rostros, pero todas las mujeres eran iguales. Todas se balanceaban al compás de su cántico ritual. El mismo aire parecía vibrar con su ritmo.

De repente, Kenyon quedó helado de horror. A menos de diez metros de distancia del lugar donde se encontraba surgía un tronco... No, no era un tronco humano, sino un indígena enterrado hasta los sobacos en el suelo. Sus ojos estaban abiertos de par en par y su boca se movía convulsivamente. El propio suelo latía lentamente a medida que el hombre iba hundiéndose más y más.

El hombre gritó. De su garganta salió una especie de murmullo líquido. Lo indígenas empezaron a aullar.

«... el padre despierta el padre despierta».

Kenyon, con los ojos saliéndole de las órbitas, permaneció rígido... esperando no

sabía qué. El hombre enterrado en el suelo levantó un brazo como un autómata, señalando directamente al cautivo.

A continuación habló, con una voz profunda, hueca, sepulcral.

—¡Tú..., hombre de las estrellas! ¿Por qué has venido aquí?

Kenyon no pudo contestar.

—A robar a mi pueblo. A separarlo de mí —tronó la voz acusadora—. Cuando fueron abandonados por los de su propia raza... yo llegué a través de parsecs de espacio... a través del golfo que se abre entre las galaxias... a vivir con ellos y a cuidar de ellos. Y, ahora, ¿crees que vas a llevártelos?

Y el hombre enterrado estalló en una risotada. Un sonido hueco, espantoso, que resonó de un modo horrible en el bosque de plumas. Los indígenas hicieron eco a aquella risa desprovista de alegría.

Es un truco, pensó Kenyon. Hipnosis. O tal vez me estoy volviendo loco. Me ha parecido que todo el mundo estaba hablando a través de la boca de ese hombre.

El hombre enterrado movió sus brazos en un amplio círculo. Gritó:

—¡Corred! ¡Yo os invito! ¡Corred conmigo!

Kenyon luchó de nuevo contra las ataduras que le sujetaban, enloquecido por el pánico. Pero los indígenas no le atacaron con sus lenguas puntiagudas, sorbedoras... Se inclinaron, apretando sus bocas contra el suelo, hundiendo sus lenguas en la tierra. El hombre enterrado gritó una vez más y se desvaneció con un ruido húmedo, aspirante.

De repente, Kenyon lo vio todo claro, como un cuadro que iba formándose en su mente. El suelo, la tierra, las islas: eso era el padre. Una raza de seres llegados a través del espacio, que había encontrado refugio en las aguas cálidas y poco profundas de un mundo abandonado por los humanos de la galaxia interior. Animales enormes, cubiertos de plumas, dispuestos a vivir en una espantosa simbiosis con los hombres que habían encontrado en Kana. Dándoles a comer la sangre de la tierra, y tomando a cambio la carne de los hombres. Era algo horrible, nauseabundo. Kenyon pudo imaginar a la gente abandonando las barcas para dirigirse a las islas que veían surgir en el océano, y más tarde viviendo como parásitos de la sangre que discurría debajo de la tostada epidermis...

Sintiendo despertarse en él un frenesí de asco y de furor, Kenyon luchó con todas sus fuerzas, utilizando los dientes y las uñas, para librarse de sus ataduras. Tenía que marcharse de aquel lugar maldito, marcharse hacia la fría y limpia oscuridad del espacio, alejarse de aquella espantosa pesadilla de depravación extraña y humana.

Repentinamente, se encontró libre y corriendo a través del bosque de plumas, con la horda de indígenas corriendo detrás de él, con las antorchas en alto.

Las odiosas plumas desgarraban su carne, el suelo cálido y palpitante de la isla se ablandaba para entorpecer su marcha. Pudo oírse a sí mismo gritando en un paroxismo de rabia y de terror mientras corría.

¡Tenía que regresar!



¡Regresar para advertir a los otros!

Regresar a la nave espacial y sentir bajo sus pies descalzos el frío y limpio metal, y recobrar de nuevo la lucidez de su mente.

¡Tenía que llegar!

Detrás de él, la horda de indígenas aullaba desaforadamente, y el oscuro bosque devolvía el eco de sus gritos.

Y al final Kenyon se encontró corriendo a través de la carne requemada de la zona de aterrizaje de la nave espacial.

¡Una boca espantosa, entreabierta, en forma de cráter!

El suelo palpitaba furiosamente. Kenyon tropezaba, caía. Pero volvía a ponerse en pie y continuaba avanzando, sin dejar de gritar.

Grancor y Bothwell estaban sentados en la sala de mandos, muy pálidos. No se movieron cuando Kenyon penetró en la cabina, tambaleándose. No pronunciaron una sola palabra mientras su compañero contaba su historia con frases entrecortadas. Permanecieron en silencio, incluso cuando Kenyon les gritó que pusieran en marcha la nave.

¿Acaso os habéis vuelto locos? ¿Es que no comprendéis lo que os estoy diciendo? ¡Tenemos que despegar inmediatamente!

Al ver que no contestaban, Kenyon se sentó ante el tablero de mandos y cerró los relés.

Los cohetes no se encendieron.

En aquel momento experimentó la sensación de que la nave estaba hundiéndose. Se estremeció, notando que su lucidez mental volvía a vacilar.

Grancor le cogió del brazo y le condujo a una de las mirillas, desde la cual era perfectamente visible la boca que formaba el desgarrado suelo.

—Mira al exterior —dijo Grancor en voz baja.

—Entonces... recibisteis mi mensaje —murmuró Kenyon.

Grancor asintió.

Kenyon se agarró a las paredes de la nave, mirando a través de la mirilla.

Hacia el Este, el cielo estaba enrojeciendo, y a la claridad escarlata el mar de plumas oscilaba agitadamente. El suelo estaba cerca.

Demasiado cerca.

La boca roja y mutilada se había cerrado alrededor de la nave.

Kenyon recordó al hombre enterrado con un estremecimiento de horror. La nave estaba hundiéndose. Dentro de unos instantes, quedaría completamente engullida.

Kenyon tuvo conciencia de la proximidad de una inteligencia suprema, gigantesca.

Una inteligencia que planeaba por encima de la nave, implacable.

Grancor y Kenyon permanecieron en pie delante de la mirilla, contemplando el silencioso círculo de indígenas que se había formado alrededor de la nave espacial.

Notaron que la nave se hundía lentamente, inexorablemente, cada vez más

honda... en la tierra viva.

# Conocimiento es poder

H. B. Fyfe

## I

La estrella amarilla que calentaba la superficie de Vunor no había trepado aún por encima de las bajas colinas de las afueras de la ciudad cuando Myru e Chib salió de su choza de cañas y barro. Tembló bajo su andrajosa túnica gris y trató de cogerse los cuatro brazos alrededor de su cuerpo; dado que dos de ellos terminaban en muñones, la cosa resultaba difícil.

—¡Buenos días, Loyu e Huj Keviu! —murmuró con voz zumbona—. ¡Que no te pase nada malo en el día de hoy!

Contempló con aire sombrío el tejado de troncos del palacio del gobernante, bañado por la grisácea luz del amanecer y sobresaliendo de los edificios de un solo piso que lo rodeaban, en el centro de Fyogil. Luego inclinó la mirada hacia el par de manos de ocho dedos que le quedaban. Echó a andar a lo largo de la polvorienta calle hacia el puesto de guardia situado en las afueras de la ciudad.

A fin de cuentas, necesitaba mendigar su comida para el día si quería cruzar la llanura, más tarde... hasta la nave espacial terrestre.

Myru trotó a lo largo de la calle sin pavimentar sobre dos recias piernas que eran menos flexibles que sus brazos, debido a que las articulaciones entre las porciones de cuatro pulgadas estaban adaptadas para soportar un peso considerable. Aunque la estatura del vunoriano era inferior en una cuarta parte a la de los exploradores terrestres, que habían aterrizado recientemente procedentes de las estrellas, su tronco y su cuello eran mucho más recios, comparativamente. El colorido de sus escamas era el habitual entre los machos de su especie: azul oscuro en las extremidades, la espalda y la cabeza, y blanco grisáceo en la parte delantera de su cuerpo.

Su cabeza era ancha, con un prominente hueso frontal encima de los cuatro ojos; respiraba a través de unos agujeros situados a cada lado de las comisuras de la ancha hendidura que era la boca. Unas cortas antenas que sobresalían de las fosas respiratorias portaban sus nervios auditivos.

Mientras avanzaba a lo largo de la calle, movía ligeramente la cabeza de un lado a otro, para facilitar su visión lateral a fin de compensar la falta de los dos ojos que normalmente debían estar situados a ambos lados de la cabeza, pero que en el caso de Myru le habían sido arrancados: un par de cicatrices cauterizadas daban fe de ello.

Cuando estuvo cerca del puesto de guardia, Myru aminoró prudentemente el paso.

*No sea que me confundan con un ladrón vagabundo, pensó irónicamente, aunque es bien sabido que nunca he sido cogido con ningún objeto robado.*

Ante los barracones de arcilla y madera había un solo centinela apoyado indolentemente sobre sus dos lanzas. Myru contempló con envidia la túnica y la capa del soldado; eran de color rojizo y parecían de mucho abrigo.

Al ver a Myru, el centinela se volvió deliberadamente y se alejó unos cuantos pasos, como si mirara a través de la llanura hacia las colinas donde había aterrizado la nave espacial terrestre. Myru se deslizó con rapidez hacia la entrada posterior del barracón.

Cinco de los soldados de Keviu gruñían sobre sus cuencos de comida en una larga mesa. Uno de ellos, el jefe de escuadra, Rawn e Deej, guiñó el ojo del lado izquierdo de su cabeza señalando una habitación contigua.

Myru entró en ella y encontró aceite y trapos en un pequeño armario. Empezó su trabajo frotando con un trapo las largas lanzas, y lo terminó limpiando las sandalias de suela de madera y tirillas de tela. Mientras trabajaba, oyó que los soldados abandonaban la mesa. Pero no pasó a la otra habitación hasta convencerse de que Rawn había enviado a los soldados a sus puestos.

—Hay un poco de sopa en la olla —dijo Rawn, mientras Myru empezaba a limpiar la mesa—. Y dudo que nadie quiera esos trozos de pan.

Myru vertió la sopa en un cuenco, pero metió los trozos de pan en una bolsa que llevaba colgada de la cuerda que le servía de cinturón. Tendría que limpiar las ollas; pero con aquel pan en la bolsa para la comida de la noche, podría quedarse todo el tiempo que quisiera cerca de la nave. Ojalá que la limpieza de las armas pudiera servirle de excusa para detenerse en el puesto de guardia con más frecuencia.

Rawn e Deej permaneció sentado, en silencio, mientras Myru sorbía su sopa. Ninguno de ellos aludió al hecho de que eran primos, aunque Myru sabía que de no ser así no le hubieran permitido estar allí; y si Loyu se enteraba, Rawn sería expulsado del ejército, desde luego. Tampoco mencionaron el hecho de que Myru había sido jefe de su primo antes de que protestara con demasiada violencia la decisión de Keviu de apoderarse de su compañera, Komyll.

—¿Vas a volver a la nave terrestre? —preguntó Rawn.

—Sí. Me están enseñando su idioma.

—¿De veras? —Rawn emitió un sonido sibilante a través de sus fosas respiratorias—. ¿Qué clase de seres son? Yo no iba en el cortejo cuando Loyu fue a verlos.

—Dicen que sólo han venido a explorar Vunor, del mismo modo que estudian otros mundos entre las estrellas. Son altos, robustos, sin escamas, y su aspecto es muy raro; sólo tienen dos brazos. Pero permíteme decirte que tienen algunas máquinas maravillosas en aquella nave.

—¿Te han dejado entrar en ella? —preguntó Rawn—. ¡Creí que le habían dicho a Keviu que su aire era nocivo para nosotros!

Myru dirigió una recelosa mirada a su alrededor. Sabía que podía confiar en Rawn, pero su confianza no se extendía a los otros soldados. Y otra sesión con los verdugos de Loyu resultaría fatal.

—No creo que a ellos les guste que se sepa —murmuró—, pero su aire es casi igual que el nuestro, excepto que no es tan fresco; según dicen, su mundo es muy parecido a Vunor, aunque mucho mayor.

—¿De veras? —inquirió Rawn, sorprendido—. Me alegro de que nuestros marinos hayan demostrado finalmente que Vunor es una esfera. Al menos, no apareceremos tan ignorantes ante los seres estelares.

—¡Jo! —exclamó Myru—. Yo no estoy tan seguro de eso! Si creyeran que somos tan sabios, podrían preguntarnos acerca de la tierra y de sus animales; pero, en vez de ello, se dedican a estudiar las plantas y las rocas, y me envían a recoger animalitos para cortarlos a trozos.

—¿Eso hacen? —preguntó Rawn, sorprendido—. ¿Por qué?

—Como ya te he dicho, valoran la búsqueda de conocimientos. Lo cual me recuerda..., quizá pueda vender algunas cosas que me regalaron a cambio de los animalitos que capturé para ellos. No me parece prudente presentarme en la plaza del mercado con unos cuchillos tan buenos, o la pequeña aguja que según ellos es mejor que nuestros compases, o con las joyas.

—¿Te han regalado joyas?

—¡Jo! —dijo Myru—. Son de cristal, como las que nuestros marineros cogen en las islas salvajes, pero de excelente calidad: bastante buenas incluso para el harén de Keviu...

Se interrumpió ante el recuerdo, y en sus ojos brilló una expresión de odio.

—Algunas —se obligó a sí mismo a continuar, en tanto que Rawn inclinaba comprensivamente sus cuatro ojos— son de un metal tan fino como la plata.

—Bueno, tráeme algo y lo intentaré —dijo Rawn—. Recuerdo que hace algún tiempo fui a detener a un prestamista, por comprar objetos robados. Me debe el favor de decir que los objetos los llevaba el ladrón encima.

Se dio cuenta de la expresión de Myru, y levantó los ocho dedos de una mano en señal de protesta.

—Les había cogido a los dos, y con uno que pagara era suficiente. ¿Acaso debía desaprovechar la oportunidad de comprar un poco de comida decente para nosotros? ¡Aquel monstruo del palacio sólo afloja la bolsa para lo que le conviene!

Se interrumpió repentinamente y miró a su alrededor con aire suspicaz. Myru empezó a recoger los cuencos y las ollas para lavarlos, como si no hubiese oído nada. Rawn suspiró y salió de la habitación.

Cuando se hubo ganado su comida, Myru se deslizó al exterior por la puerta de atrás y echó a andar a través de los campos en dirección a las colinas.

Vigiló el camino durante un buen rato, hasta convencerse que no circulaba por él ninguna litera de la corte. La nave terrestre llevaba once días en las afueras de Fyogil,

y empezaba a dejar de ser una novedad. Myru emprendió un monótono y bamboleante trote.

Cuando el follaje verde oscuro de los árboles de la colina se irguió delante de él, giró a la derecha y tomó un sendero recién abierto por numerosas pisadas a través de los rastros parduscos de un antiguo sembrado. La nave terrestre se alzaba, esbelta y reluciente, sobre un círculo chamuscado.

Richter y Kean estaban hablando junto a la escalerilla que daba acceso a la portezuela de entrada. Para Myru, sus voces tenían un raro sonsonete, haciéndose estridentes como las de las hembras al formular una pregunta, y profundas y guturales otras veces. Esperó respetuosamente que se dieran cuenta de su presencia.

—¡Mira quién está ahí! —dijo súbitamente Kean—. ¡Es nuestro amigo Bla-Bla!

—Soy Myru e Chib —dijo el vunoriano, siguiendo la broma, por si en realidad no le habían reconocido.

Se recordó a sí mismo lo difícil que le resultaba distinguirles al uno del otro, excepto a dos o tres de ellos. Richter, que trataba con sustancias, tenía unos pelos amarillos encima de la cabeza; uno de los cinco que conducían la nave lo tenía rojizo. Lombardi, que trataba con plantas y era el más gordo de los terrestres, no tenía pelo. Para identificar a los otros, excepción hecha de Kean, Myru tenía que mirarlos dos veces.

—¿Dispuesto para encontrar algo nuevo para nosotros? —preguntó Kean.

—Sí —respondió Myru.

Kean era el que le había dicho que se alegraba de que en Vunor no hubiera formas de vida —aparte de unos cuantos peces enormes— de mayor tamaño que la raza que dominaba el planeta.

—Vamos —dijo, volviéndose hacia la escalerilla—, y te enseñaré lo que quiero.

Myru trepó torpemente. Le habían dicho que procedían de un mundo donde todas las cosas eran ligeramente más pesadas; pero el vunoriano estaba convencido de que habría trepado con más rapidez que el terrestre... de no haberle faltado las dos manos que Loyu ordenó que le cortaran.

*Hace tres años, pensó, mientras seguía a Kean por los peldaños metálicos. ¡Algún día me las pagará! ¡Ojalá no sufra ninguna desgracia hasta aquel día!*

Recordó a Komyll, y el maravilloso matiz púrpura de sus escamas, y los gritos que había proferido cuando los soldados de Loyu la habían arrastrado hasta el palacio del tirano. Pero también recordó haberla visto cabalgar a través de las calles al lado de Loyu; ella había visto a Myru acechando furtivamente detrás de la multitud, y se había vuelto hacia el tirano con un divertido «¡Jo!».

¿Le había olvidado?, se preguntó a sí mismo. No, lo que hacía era fingir, para evitar que el tirano dejara caer sobre él el peso de su venganza.

Kean entró en la nave, y Myru puso toda su atención en recordar lo poco del idioma terrestre que le habían enseñado. Se alegraba de haberse encontrado en las afueras de la ciudad cuando la nave aterrizó. Disponiendo de poco tiempo libre para

distraerlo de sus investigaciones, los visitantes se habían tomado la molestia de enseñar su idioma únicamente a Myru, hasta el momento, y Myru pensaba aprovecharse de ello, si podía.

—Ven, te enseñaré un grupo de los roedores que trajiste —dijo Kean, mientras subía otra escalerilla, interior—. Me gustaría tener unos cuantos más, si puedes traerlos. Y también algunos peces de río, para compararlos con los de mar que compraste a aquellos pescadores.

*¡Si supiera cómo los «compré»!* pensó Myru.

## II

Kean abrió una puerta y entró en su laboratorio, acompañado de Myru. El venuriano contempló los restos de tres de los pequeños animales que había capturado para los terrestres. El *pon*, que era tan alto como la pantorrilla de Kean, había sido unido de nuevo..., aunque sus órganos internos podían verse sobre un estante, flotando en frascos de líquido. Myru pensó que tal vez lo habían disecado. Los otros ejemplares estaban aún descuartizados.

—Son éstos —dijo Kean—. ¿Puedes traer más?

—Creo que sí —dijo Myru.

—Al parecer, pertenecen a la misma familia. En realidad, y no te ofendas por mis palabras, su estructura es semejante a la vuestra; lo mismo ocurre con los peces, aunque es evidente que se encuentran en una fase menos avanzada de evolución.

—Tus palabras son muy interesantes —dijo Myru—. Pero, ¿por qué quieres saber todo eso?

Kean expresó su regocijo con lo que los terrestres llamaban risa.

—¿Qué otra cosa vale la pena poseer, sino conocimiento?

—Poder —respondió rápidamente Myru, pensando en Loyu e Huj.

—El conocimiento *es* poder —arguyó Kean—. ¿Pueden todos vuestros obreros o soldados hacer una nave como ésta? Tienen fuerza, sí; pero nosotros la hemos construido, porque poseemos el conocimiento.

—¿Con vuestras propias manos?

—No, desde luego que no. Al decir *nosotros*, me refiero a nuestra civilización. Lo que esta expedición aprenda acerca de Vunor será únicamente una pequeña parte de la información reunida por otros en nuestra cultura. Sin embargo, pasará mucho tiempo antes de que otra expedición llegue aquí para informar si el planeta puede ser utilizado como colonia, como puesto de reparaciones o como abastecedor de minerales.

—Como tú digas —convino Myru.

—Pero nunca se sabe las dificultades que pueden evitarse teniendo los hechos a mano. Créeme, lo mejor que puede hacerse es observar todo lo que se pueda y rendir conocimientos. Si eso no es exactamente poder, al menos *crea* poder.

Myru hizo un gesto de asentimiento y contempló pensativamente los ejemplares descuartizados.

—¿Qué me dices de los pájaros? —preguntó Kean—. Hemos visto algunos volando por encima de las colinas.

—Están más allá de mis posibilidades —dijo Myru en tono desolado—. Quizá pueda encontrar a un compañero más ágil que yo para cazarlos.

—No importa —dijo Kean—. Puedes acompañarme a las colinas, y yo mismo cazaré algunos con una escopeta.



—¿Escopeta?

—Una de nuestras armas pequeñas... parecida a un rifle. Las llevamos para cazar, del mismo modo que llevamos granadas, bombas y torpedos cohete por si se presentan dificultades más serias. ¿Qué te parece si nos llegamos ahora a las colinas?

Myru vaciló.

—¿Qué es lo que pasa? ¿No dijiste que no había ningún animal lo bastante grande como para causarnos algún daño?

—Bueno —respondió Myru—, no creí que tuviéramos que ir a las colinas. No me gustaría rondar por ellas armado únicamente con una maza. Podríamos tropezar con algún *kuugh*.

—¿Un *kuugh*? ¿Qué clase de animal es ése? ¿Peligroso?

—No es muy alto —dijo Myru—, pero es fuerte y muy..., muy...

—¿Feroz?

—Creo que sí. Tal vez pueda enseñarte el sitio donde buscarlo, puesto que tienes armas.

Kean se rió al modo de los terrestres.

—Vamos a echar una mirada ahora mismo. Llevaré una escopeta y un rifle, por si tropezamos con algún *kuugh*.

Envió a Myru al piso inferior, para que aguardara allí.

Al cabo de un rato descendió la escalerilla con dos extraños objetos, que Myru supuso serían las armas mencionadas.

—¡Eh, Richter! —gritó Kean—. Voy a cazar unos pájaros con Bla-Bla. ¿Quieres venir?

El terrestre de pelo amarillo rechazó la invitación, pero sugirió que alguno de los otros podría ir. Kean habló por una pequeña máquina conectada a la nave por medio de unos alambres, y no tardaron en presentarse otros dos terrestres. Uno de ellos era el gordo Lombardi.

El grupo emprendió la marcha. Cuando se adentraron en las colinas, Myru vio que Lombardi estaba más interesado en los arbustos, los árboles y las plantas, que en ayudarles a encontrar pájaros. El tercero, llamado Harris, se inclinaba continuamente a examinar las rocas.

—¿Por qué hace eso? —le preguntó Myru a Kean.

—Para estudiar la composición de vuestro planeta. En realidad, es muy parecido al nuestro, lo suficiente como para convertirse en una excelente colonia.

—¿Colonia?

—Un lugar para que algunos de nosotros nos instalemos en esta parte de la galaxia, a fin de que nuestras naves estelares dispongan de una base de aprovisionamiento.

—Como tú digas —convino Myru, pero estaba sumido en profundos pensamientos.

Recordó las dificultades que habían seguido a la invasión por parte de su propia

civilización de algunas de las islas extranjeras. Se rumoreaba que en aquellas islas quedaban muy pocos supervivientes indígenas, y el propio Myru había viajado en cierta ocasión hasta la costa para ver las grandes naves que regresaban con productos de las tierras conquistadas.

A mediodía, Myru iba cargado con varios pájaros que Kean había derribado en pleno vuelo, y ya no se sobresaltaba al oír el estampido del arma del terrestre. En realidad, se estaba preguntando cómo se las arreglaría para pedirle prestada la otra: el rifle. Se detuvo en la cima de la última colina, a la vista de las dunas del desierto que se extendía debajo de ellos.

—Por allí —dijo, señalando con uno de sus brazos—, discurre el camino que conduce a las ciudades de la montaña. Hay mucha arena por todas partes.

—¿Qué opinas, Harris? —le preguntó Kean a su compañero.

—Es difícil apreciarlo, desde tan lejos —murmuró el otro terrestre—. No parece un fondo marino. Más bien un terreno supercultivado en otras épocas.

—¿Vivió tu pueblo en alguna ocasión allí? —le preguntó Kean a Myru.

—Creo que sí, hace muchísimo tiempo. Si miras hacia allí... donde terminan las colinas... tal vez puedas ver algún edificio antiguo semienterrado en la arena.

Los terrestres miraron hacia el lugar indicado, haciendo pantalla con la mano sobre sus ojos.

—¡Es cierto! —exclamó Harris—. ¿Qué os parece si nos damos un paseo hasta allí?

—No es conveniente —dijo Myru—. Es demasiado tarde. Oscurecerá antes de que regresemos a las colinas. Está más lejos de lo que parece.

Le pareció que Kean no estaba disgustado; había sido un largo paseo. Después de prometer a los terrestres que al día siguiente les acompañaría a las ruinas, emprendieron el camino de regreso.

Cuando llegaron junto a la nave, y antes de separarse, Myru se ofreció a intentar cazar un *kuugh* si Kean le prestaba el rifle. El terrestre dio un respingo ante aquella posibilidad, aunque Myru se dio cuenta de que los otros no aprobaban la idea.

—¿Qué mal puede haber en ello? —preguntó Kean—. Al fin y al cabo, se trata de un simple rifle automático.

—Algunas cosas son buenas para copiar —murmuró Harris.

—Bueno, supongamos que copian el rifle. ¿Qué podrían hacer con ellos contra los torpedos nucleares y los cañones automáticos? ¡Sin mencionar las armas biológicas que llevamos para casos de emergencia!

Myru escuchaba con el mayor interés, pero los otros cedieron a la vehemencia de Kean. Aceptando el rifle y unas breves instrucciones para su uso, el vunoriano se marchó. Al llegar al camino, emprendió un rápido trote en dirección a la ciudad, deteniéndose sólo una vez... para ocultar el rifle en medio de un fajo de leña de modo que pudiera llevárselo a su casa sin despertar sospechas.

Poco después de haber llegado a su choza cayó la noche, y Myru salió en busca

de ciertos individuos que pertenecían a los bajos fondos de la ciudad; algunos, oliendo un beneficio para sí mismos, se apresuraban a obtener lo que Myru deseaba; y otros les fastidiaba tener que renunciar a sus pequeños golpes para ponerse al servicio de Myru.

Pero ninguno se atrevía a negarse a ayudar a Myru, ya que era sabido que, a pesar de haber caído en desgracia, seguía contando con la amistad de muchos de sus antiguos camaradas de armas, y un ladrón prudente evita crearse dificultades innecesarias.

Myru dispuso que al amanecer se reunieran con él en las colinas con lo que pudieran robar. Luego se dirigió al puesto de guardia de su primo, Rawn e Deej, y esperó hasta que el oficial salió a efectuar su última ronda nocturna.

Myru atrajo su atención y avanzó cautelosamente hacia el camino.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Rawn, mientras Myru le arrastraba a un lugar envuelto en sombras.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Myru, y procedió a explicársela a su primo...

Al día siguiente, muy temprano, Myru inspeccionaba la entrada a la antigua ruina, obstruida por la arena. Empuñaba el rifle terrestre con una mano. Con la otra, hizo un gesto a los desarrapados compañeros que le seguían.

—La antigua puerta está aún ahí —dijo—. Procurad abrirla.

Tres de ellos avanzaron con evidente mala gana, pero la curiosidad que Myru había cuidado de dejar insatisfecha les impidió gruñir más descaradamente. Empujaron y jadearon, y la reseca madera de la puerta crujió en señal de protesta. Otro miembro de la banda, un robusto individuo que había perdido uno de sus ojos frontales, avanzó a través de la arena para ayudar a sus compañeros, Myru reconoció en él a Yorn: un famoso ladrón, más famoso aún por su habilidad en rebanar gargantas.

Con el peso adicional, la puerta acabó por girar sobre sus viejos goznes. Al ver que los otros vacilaban, Myru penetró resueltamente en el interior de lo que en otra época, y a juzgar por su aspecto, había sido un almacén.

—Bien —aprobó—. No ha entrado mucha arena. ¡Que entre todo el mundo! Traed las azadas y las escobas... y dejadme ver lo que lleváis en las bolsas.

—¿Pretendes, quizá, hacernos barrer la arena? —preguntó Yorn—. ¿Qué es lo que te propones, Myru e Chib? ¿Dónde está el beneficio?

—Habrá beneficios suficientes para todos, y todavía más —replicó Myru—. Es cierto que no os he dicho cómo vamos a obtenerlo... Os daré una pista: ¡barreréis algo más que arena!

Contempló a los hombres que se habían reunido en un pequeño grupo a su alrededor y le miraban con expresión desconcertada.

—¡Vais a barrer los cimientos del trono de Keviu! —les dijo.

Se dio cuenta de que la idea les asustaba, y notó que la antigua rabia crecía en su interior.

—¿Por qué no? —gritó—. ¿Teméis por vuestras vidas? ¿Acaso vivís tan bien que os importen? ¿Por qué no aceptar la oportunidad de convertirlos en amos, en vez de continuar siendo los parias?

—Todo eso está muy bien, Myru e Chib —dijo uno de los ladrones, un tipo muy feo, con escamas de color verdoso—. Pero, ¿cómo va a producirse ese milagro?

—Con tu intervención, y la de algunos otros que yo conozco, obedeciendo mis instrucciones —replicó Myru—. Lo he planeado todo cuidadosamente.

—¡Jo! —exclamó desdeñosamente el tipo de las escamas verdes.

Se volvió hacia la puerta, a través de la cual penetraban el calor y la luz del desierto.

—Espera —sugirió Yorn—. Tal vez Myru e Chib sepa *algo* valioso. No perdemos nada contando lo que tiene en su bolsa antes de dejarle de lado.

El otro se detuvo, siendo imitado por un par de compañeros que se disponían a seguirle.

—En primer lugar —dijo Myru rápidamente—, cuento con vosotros. Y hay otros en la ciudad dispuestos a desafiar las puntas de las lanzas de los guardianes de Keviu.

—Unas lanzas muy largas —murmuró Yorn.

—En segundo lugar —continuó Myru—, conozco a unos cuantos soldados, los cuales a su vez conocen a otros, que están casi tan hambrientos como nosotros.

Se produjo un arrastrar de pies al recuerdo de sus contactos, y otros signos de creciente interés. Incluso oyó unos cuantos gruñidos admirativos. Su antigua posición y la causa de su caída en desgracia eran del dominio público.

—Y, en tercer lugar, cuento con la amistad de los terrestres, los cuales son unos seres muy sabios y tienen en su nave unas armas que ni siquiera podrías imaginar.

Al oír aquellas palabras, el tipo de las escamas verdes vaciló.

—¿Te han prometido su ayuda? —preguntó.

—Todavía no... —admitió Myru—. Pero la conseguiré. ¡Espera!

Pero el otro se había vuelto hacia la salida una vez más. Yorn, con una expresión preocupada, dirigió dos de sus manos al cinturón de cuerda que sujetaba su harapienta túnica azul, en busca de los cuchillos que colgaban de él.

—Ése hablará —murmuró.

—¡Te advertí que esperarás! —dijo Myru.

Algo en su tono impulsó al desertor a volverse. Myru le apuntó con el rifle terrestre y apretó el gatillo.

El disparo despertó mil ecos en las antiguas paredes, convirtiendo al grupo de ladrones en estatuas de piedra. Fue seguido por el ruido de la caída del cuerpo del desertor, con un agujero redondo encima de los ojos.

*Ha salido mejor de lo que pensaba, se dijo Myru. Su actitud me ha ayudado a demostrar la potencia del arma que tengo en mis manos.*

Y en voz alta:

—Deja de acariciar mi arma con tus ojos, Yorn. Es *mía*, y continuará siéndolo, aunque dispongo de otros medios para llevar a cabo lo que planeo. ¿Sigue pareciéndoos una idea descabellada?

—Tal vez no lo sea tanto como parece —respondió Yorn—. De momento, vamos a sacar la arena. Luego, tú dirás lo que hacemos.

### III

Myru permaneció silenciosamente a un lado mientras el ladrón repartía azadas y escobas y colocaba a los otros en hilera a lo largo de la habitación para atacar la capa de arena. Luego hizo una seña a Yorn para que se uniera a él junto a las bolsas que habían traído los ladrones.

—Ábrelas —ordenó—, y veamos lo que han encontrado durante sus correrías nocturnas.

Yorn pareció sorprendido ante la diversidad de estatuillas de pequeños animales y de peces que habían adornado algunos hogares de la ciudad, pero obedeció en silencio las instrucciones de Myru y fue colocándolas en los lugares que el mutilado le indicó.

A última hora de la tarde, el interior estaba limpio de arena; las paredes, y unas cuantas mesas de piedra desenterradas de la arena, estaban pobladas de esculturas de la fauna de Vunor. Los ladrones se tumbaron sobre el frío suelo de piedra para descansar.

—Ahora tengo que marcharme, Yorn —dijo Myru—. Terminad de alisar la arena en el exterior de modo que no parezca que acaba de ser removida, y enterrad eso antes de que el calor haga que huela mal.

—¿Adonde vas? —preguntó Yorn, con la confianza del mando secundario que había asumido.

—Tengo que visitar a los terrestres —le dijo Myru—. Si todo sale bien, regresaremos para una corta visita..., de modo que todo el mundo tiene que estar fuera de aquí antes de que anochezca. Esperadme esta noche en el camino que conduce a la ciudad.

Salió de la habitación, parpadeando a la brillante claridad del exterior.

Las sombras empezaban a espesarse cuando se aproximó a la nave terrestre. La mayoría de los extranjeros estaban sentados en el suelo, alrededor de una fogata, la cual parecían disfrutar.

*Cómo haría yo... si viviera en un palacio*, pensó Myru.

Se acercó al círculo de luz y esperó a que se dieran cuenta de su presencia.

—Bueno, bueno, ¿qué asunto te trae por aquí a estas horas? —preguntó Kean.

—He pensado que tal vez te gustaría ver el templo que hay en las arenas, ahora.

—¿Ahora?

—Es un buen momento. Nadie se atreverá a ir allí de noche, por miedo a los espíritus.

Kean se echó a reír antes de poder dominarse en aras de la cortesía. Los otros terrestres intercambiaron unas significativas miradas, y Myru se dio cuenta de que estaban divirtiéndose mucho.

—¡De acuerdo! —dijo Kean—. Iré a ver qué aspecto tiene aquello. ¿Quién me

acompañar?

El aficionado a las piedras llamado Harris y otros dos decidieron que el paseo podía contribuir a distraerles de su aburrimiento; entraron con Kean en la nave en busca de armas. Cuando estuvieron listos, Myru se puso en cabeza del pequeño grupo y emprendieron la marcha.

Era noche cerrada, y Myru tuvo algunas dificultades hasta que llegó a la abierta extensión del desierto. A la luz de las estrellas, su vista era tan buena, al menos, como la de los terrestres, a juzgar por la cantidad de veces que tropezaron. A fin de impresionarles, Myru les advirtió a menudo que no hicieran ruido.

Finalmente, el grupo llegó al edificio en ruinas. Advirtiendo de nuevo a los terrestres que permanecieran silenciosos, Myru cogió una de las antorchas mecánicas que les había prohibido encender al aire libre y se deslizó dentro del edificio. Un rápido movimiento circular de la mano que empuñaba la antorcha le permitió comprobar que todo había sido dejado tal como deseaba.

Cuando juzgó que los terrestres habían tenido tiempo para ponerse suficientemente intranquilos, escuchando el susurro de la arena que volaba empujada por la fría brisa nocturna, salió al exterior y les llamó. Kean profirió una exclamación de sorpresa a la vista de las estatuillas que llenaban la habitación.

—¿Qué hacen aquí? —le preguntó a Myru, mientras sus amigos examinaban el «templo» vunoriano, conversando en voz baja.

—Esto es un templo —respondió Myru.

—¡Sí, desde luego! Pero, ¿por qué esas figuras de animales? ¡Mira! ¡Allí hay una especie que no me trajiste nunca!

—Es un animal que nada en el mar —se justificó Myru—. ¿Las imágenes? Fueron colocadas aquí por aquellos que deseaban honrar a sus antepasados, o tal vez para impetrar su amistad.

—¿Qué quieres decir?

—En Vunor existe la creencia de que todas las personas, al morir, se convertirán en uno de esos..., se convertirán en algún animal...

—¡Oh-h-h! —exclamó Kean, con repentina comprensión—. Una especie de reencarnación. ¡Debí suponerlo!

Tuvo que explicarle a Myru el significado de la palabra. Luego, los terrestres se reunieron alrededor del vunoriano mientras éste les explicaba que la reencarnación actuaba en un solo sentido: los animales no se convertían posteriormente en personas, de modo que no había necesidad de preocuparse también por la descendencia.

Kean enarcó las cejas. Una nueva idea se le acudió.

—Dime, ¿por qué no parece preocuparte *a ti* todo esto? Has venido aquí de noche, cuando ninguno de los otros indígenas lo haría, y me has traído ejemplares para descuartizar. ¿Cómo sabes que no he hecho pedazos a tu propio abuelo?

—Mis antepasados masculinos —dijo Myru—, pertenecen a uno de los clanes de peces. Además, la mayoría de nosotros —y yo el primero— hemos degenerado hasta

el punto de que ya no creemos en nada de eso.

—Comprendo —rió Kean, al parecer convencido—. ¿Y qué me dices de vuestro rey..., de ese tal Keviu?

—Él es muy estricto en lo que respecta a esta cuestión —dijo Myru—. Hasta el punto de... de...

—¿Fanatismo? —sugirió Kean.

—Sí, eso es. No le gustan las cosas nuevas..., ni siquiera los seres procedentes de las estrellas, y en su palacio tiene a unos verdugos para que convenzan a los que están en desacuerdo con él.

No pudo saber si Kean estaba preocupado. Los otros murmuraron algunas palabras que Myru desconocía, pero durante el trayecto de regreso a la nave permanecieron mucho más silenciosos. Myru se despidió de ellos, después de prometerle a Kean que al día siguiente *cazaría* un *kuugh* para él.

Cuando se encontraba cerca de las chozas de las afueras de la ciudad, le pareció oír un ruido. Luego llegó a sus oídos un cauteloso murmullo.

—¿Myru e Chib?

—El mismo. ¿Yorn?

El ladrón y sus compañeros surgieron silenciosamente de la oscuridad y se reunieron a su alrededor.

—¿Están dispuestos a ayudarte? —preguntó Yorn, tiritando de frío.

—Mañana he de volver a conversar con ellos para acabar de arreglar las cosas —dijo Myru prudentemente—. Entretanto, será mejor que nos hagamos invisibles a la luz del día. ¿Estáis todos conmigo?

—¡Todos! —asintió enfáticamente Yorn.

—Bien. Continuad siendo leales, y cada uno de vosotros tendrá el botín de un palacio. Ahora, debemos entrar en la ciudad mientras la oscuridad nos protege; un grupo como el nuestro resultaría sospechoso a la luz del día.

—¡Cualquiera de nosotros, Myru e Chib, resultaría sospechoso a la luz del día! —dijo alguien en la oscuridad.

Myru se unió a sus reprimidos ¡*Jo!* y luego le dijo a Yorn que le siguiera a un centenar de pasos. Se encaminó hacia el puesto de guardia, aminorando el paso a medida que se aproximaba a él.

No vio al centinela recostado contra la pared hasta que le dio el alto en voz baja. Myru se detuvo.

¡*Buen síntoma!*, pensó. *Normalmente, hubiera disparado sin importarle contra quién lo hacía.*

Se acercó lentamente al centinela y murmuró su nombre.

—¡Jo! ¡Bien venido, Myru e Chib! —le saludó el soldado, con la mayor cortesía de que Myru había sido objeto en los últimos tiempos—. Le diré al jefe Rawn que has llegado.

—¡Espera! —dijo Myru—. Dime, ¿marcha todo bien?



—Para nosotros, en este puesto, puedo decir que sí. Rawn e Deej no nos ha dicho nada, pero después de pasar un largo día en la ciudad, ha regresado con un aspecto muy alegre.

—Bien. Puedes llamarle, pero no prestes atención a algunos amigos míos que tal vez veas en el camino.

Al cabo de unos instantes, Rawn salió apresuradamente, detrás del centinela.

—¡Myru! —exclamó, al ver a su primo—. ¡Pasa dentro! ¡Tengo mucho que contarte!

—Antes que nada... ¿tienes sitio para ocultar a un grupo de amigos míos?

—¿Un grupo de...?

Rawn se interrumpió para mirar a través de la oscuridad. Cuando Myru le explicó en pocas palabras lo que sucedía, dijo:

—Haz que se acerquen en silencio. Pueden pasar la noche en los barracones. Todos mis soldados están dispuestos a seguirte.

—¡Magnífico! —exclamó Myru.

Avanzó hasta el camino y llamó en voz baja a Yorn. Cuando el grupo hubo sido guiado hasta el oscuro edificio por Rawn, Myru apartó a Yorn a un lado.

—Escoge a dos o tres compañeros de confianza —le ordenó—, y marchaos a la ciudad. Con un poco de suerte, doblaréis vuestro número con los que vagabundean por las avenidas. Le pediré a Rawn que envíe a un par de soldados a patrullar por las calles, para que nadie os moleste.

Cuando Yorn se hubo marchado con un taciturno par de ladrones, precedidos por una «patrulla» de la guardia de Rawn, los dos primos se sentaron en la cocina del puesto. Rawn habló del descontento que reinaba entre los soldados.

—Los únicos que permanecerán leales a Loyu —añadió, después de citar a los que habían jurado fervientemente poner su lanza al servicio de cualquier levantamiento contra el odiado gobernante—, son los treinta y dos miembros de la guardia de palacio. *Tienen* que permanecer leales, ya que es del dominio público que Loyu les ha enriquecido con las haciendas y las esposas de muchos de los ciudadanos a los cuales ha ejecutado o ha obligado a huir al desierto.

—¡De modo que la masa del ejército estará con nosotros! —murmuró Myru, muy satisfecho—. Desde luego, eres más popular de lo que había creído.

—¡Jo! ¡Permíteme decirte algo! No eres el único primo de la ciudad que ha conocido a los verdugos de Loyu. ¡Hay muchas cuentas que ajustar!

—Bien. Ahora —dijo Myru—, muéstrame un lugar para dormir. Tengo que ir a la nave terrestre al amanecer.

Rawn le despertó cuando aún era de noche, le hizo comer un poco de sopa caliente y envió a un par de soldados para que se aseguraran de que el camino estaba despejado. Myru se cruzó con ellos en las afueras de la ciudad.

—No andéis tan ufanos con esas lanzas —les advirtió Myru—, o alguien puede sospechar.

—¡Jo! —replicó uno de los soldados, esgrimiendo alegremente sus dos lanzas—. Sería una sospecha muy breve. ¡Hasta la vista... Keviu!

—¡Jo! —murmuró Myru a su vez, complacido a pesar de sí mismo—. ¡Hasta la vista!

Llegó a la nave terrestre antes de que ninguno de los extranjeros hubiera abierto la portezuela lateral. Se sentó pacientemente en el suelo, al lado de las cenizas de la fogata apagada, mientras el cielo se iluminaba con la claridad diurna. Finalmente apareció el tripulante de pelo rojizo, y descendió por la escalerilla.

—¡Hola! —saludó a Myru—. ¿Buscas a Kean?

—Sí —dijo el vunoriano—. Tengo que hablar con él.

El tripulante le gritó algo a otro terrestre que estaba a punto de descender, y que se encargó de avisar a Kean, el cual no tardó en presentarse. Myru le separó discretamente de sus compañeros.

—Lamento haberte llevado al templo —le dijo al terrestre.

—¿Por qué?

—Me ha dicho un amigo que sirve en el palacio de Keviu que alguien vio nuestras huellas en la arena; Keviu ha enviado a unos soldados para que comprueben el rumor.

Kean silbó, un sonido desagradable para Myru, que lo interpretó como una muestra de preocupación. Los otros terrestres, puestos al corriente por Kean, también parecieron preocupados.

—¿Van a plantearnos alguna dificultad? —le preguntó Harris a Myru.

—El actual Keviu es famoso por su severidad. La gente no cesa de murmurar que podría haber un Keviu más bondadoso.

—¡Bueno, lo habrá, si trata de meterse con nosotros! —amenazó Harris—. ¡Le daremos una lección a ese mono insolente!

—A propósito —dijo Kean, mirando a Myru—, ¿dónde está el rifle que te presté para que cazaras un *kuugh*?

—Se lo dejé a un amigo mío, un oficial de la guardia de la ciudad.

—¿Qué?

Los otros parecieron tan sorprendidos como el propio Kean.

—¿Cómo es que conoces tan bien a un oficial? —preguntó uno de ellos.

—No hace mucho, yo era capitán del ejército —dijo Myru—. En realidad, soy pariente del Keviu, por apareamiento... ¿Cómo decís vosotros? ¿Por matrimonio?

—Sí. Pero, en tal caso, ¿por qué nos has ayudado y nos, has llevado a lugares como aquel templo? —preguntó Kean, en tono suspicaz—. ¿Cómo podemos saber que no vas a denunciarnos tú mismo?

—¡Jo! —dijo Myru—. No es probable. ¿Después de haber capturado pequeños animales para ti?

—¿Qué tiene eso que ver?

—No conozco tus sentimientos —dijo el vunoriano—, pero no me gustaría ser

descuartizado como vosotros descuartizáis a esos animales..., que es lo que sucedería si el Keviu se enterase. ¡Sus antepasados eran *pori*!

—Jack —dijo Harris a uno de sus compañeros—, baja un par de rifles y granadas para todos nosotros. Este asunto puede complicarse desagradablemente.

Myru contempló a dos de los terrestres que subían apresuradamente la escalerilla.

—Desde luego —dijo, sin dejar de mirar hacia arriba—, si yo fuera Keviu, sabría cómo tratar a mis amigos. No me mostraría tan severo en algunas cosas. He aprendido de vosotros los beneficios que proporciona el reunir conocimientos.

Kean levantó una de sus dos manos, señalando a Myru con el dedo índice. Los otros permanecieron en silencio.

—¿Y tú estás preparado para gobernar la ciudad? —preguntó enfáticamente.

—Desde luego —aseguró Myru—. Puedo hacerme cargo del gobierno en cuanto muera el actual Keviu. Lo cual no tardará en producirse, a juzgar por el creciente número de ciudadanos que desean acortar su existencia.

—¡Espera aquí un momento! —dijo Kean, un poco más bruscamente de lo que Myru consideraba cortés.

## IV

Los terrestres se reunieron en un pequeño grupo y empezaron a hablar con excitación. Myru tendió las antenas auditivas, pero la charla era demasiado rápida.

*Pero creo, se dijo a sí mismo, que están sopesando el valor de tener «Ocho dedos en el interior del palacio», como decimos nosotros. Deben de estar planeando establecer una colonia en Vunor.*

No quedó decepcionado cuando los terrestres se reagruparon a su alrededor. Kean abrió las negociaciones sin andarse con rodeos.

—¿Crees que nuestra... influencia... te ayudaría a conquistar el gobierno de la ciudad?

—Sin duda alguna —dijo Myru, asegurándose de que le veían contemplar ávidamente las armas que los dos hombres bajaban por la escalerilla.

—¿Y dices que tu actitud sería más *amistosa*?

Myru miró a Kean a los ojos, tal como había visto hacer a menudo a los terrestres.

—Admiro mucho vuestro interés por reunir conocimientos —dijo—. Si vuestro conocimiento es poder para mí, mi poder será utilizado para reunir más conocimientos.

La pequeña boca de Kean se torció en una mueca de placer, imitada por los otros terrestres. Uno de ellos murmuró algo acerca de tener a un dictador domesticado en el bolsillo, pero Myru procuró no demostrar que lo había entendido.

—Si queréis venir a la ciudad conmigo —sugirió—, podréis comprobar lo odiado que es el Keviu. ¡Tengo muchos amigos!

Kean vaciló, y luego empuñó un rifle.

—¡Vamos! —dijo—. No perderemos nada con echar un vistazo. Si no hay nada de lo que dice este pobre diablo, nos pasaremos como simples turistas. Y si es cierto que tiene amigos y partidarios..., bueno, lo mejor es actuar rápidamente y por sorpresa.

—¿Quién se quedará de guardia en la nave? —preguntó Richter.

—Creo que... ¡No! Será preferible que nos presentemos todos en la ciudad y arreglemos este asunto antes de que empiecen a meter las narices por aquí. ¡Soltad la escalerilla y vámonos!

Dos de los terrestres desengancharon la escalerilla y la dejaron en el suelo.

—¡De acuerdo, Myru! —dijo Kean—. ¡En marcha!

Mientras trotaba ágilmente para no quedar rezagado por las largas zancadas de los terrestres, Myru experimentaba una indescriptible sensación de embriaguez.

*¡Pronto, Loyu e Huj!, pensaba. ¡Pronto ajustaremos cuentas!*

Aún en el caso de que la suerte le fuese desfavorable, moriría con el consuelo de haber tenido la oportunidad de luchar contra su enemigo.

En el puesto de guardia, Rawn y sus soldados salieron a recibirles en tropel. Los

terrestres empuñaron sus armas, y luego contemplaron complacidos el recibimiento entusiasta de que era objeto Myru. Los soldados y el grupo de ladrones, engrosado con el reclutamiento de Yorn, quedaron a su vez impresionados ante sus aliados extranjeros.

—La suerte está echada —dijo Kean, y Myru supuso que la frase sería algún proverbio terrestre—. Tenemos que actuar con rapidez, si queremos aprovecharnos de la sorpresa... *Saben lo que hay que hacer*, pensó Myru, *como si lo hubieran hecho antes, en otros mundos*.

—Lo que tú digas —convino—. Rawn, ¿están preparados los otros puestos?

Por toda respuesta, Rawn hizo un gesto a un soldado, el cual echó a correr hacia los barracones. Poco después, una espesa nube de humo surgía por la chimenea de la cocina.

—¡Ahora se producirá una carrera para ver quién llega primero a las verjas de palacio! —dijo Rawn.

Fue mucho más fácil de lo que Myru había imaginado. Los guardianes del palacio, al oír el rugido de los soldados que desembocaban en la gran plaza procedentes de todos los puestos de la ciudad, trataron de defender las verjas. Los terrestres lanzaron sus pequeñas bombas.

Cuando el humo se disipó, reinaba un espantoso silencio. Rawn, con su instinto de soldado, hundió una lanza en una ennegrecida figura que luchaba por levantarse de entre los restos de las verjas. Inmediatamente resonó un furioso rugido.

Myru se apoderó de la lanza de un soldado y emprendió una loca carrera a través de los salones del palacio hasta llegar a la cámara del trono, donde el tembloroso Keviu estaba siendo zarandeado entre gritos de triunfo.

—¡Déjalo para mí, Myru Keviu! —suplicó Yorn, blandiendo dos cuchillos, tan largos como puntas de lanza.

—No tan de prisa —dijo Myru, sosteniendo la lanza con una mano y frotándose suavemente los muñones con los dedos de la otra mano izquierda—. Dale escolta hasta la cámara del tormento, en los sótanos del palacio, Yorn. Diles a los verdugos que *puedo* perdonarles la vida.

Myru se encaminó lentamente hacia el trono de plata y maderas preciosas y se sentó en él. En aquel momento estalló un nuevo griterío.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Rawn.

—Han entrado en el harén —le informó su primo—. Será mejor que vaya a detenerles antes de que roben toda tu herencia.

—No —dijo Myru—. Deja que los que lucharon a mi lado escojan a gusto. En cuanto a mí, ya sabes a quién tienes que traerme...

—¡Jo! —dijo Rawn.

—Y otra cosa —añadió Myru—. Diles a los terrestres que ocupen posiciones en la entrada de la cámara y vigilen la plaza, por si se produce una tentativa de rescate.

—¿Quién puede querer rescatar a Loyu? —preguntó Rawn.

—No te preocupes; más tarde daré nuevas instrucciones.

Cuando dos de los soldados de Rawn regresaron con Komyll, que llevaba una túnica con adornos de plata, Myru quedó asombrado ante la acogida de su amada.

—¡Salvaje! —escupió Komyll—. ¿Crees de veras que podrás ocupar el trono del Keviu? ¡Loyu e Huj tiene poderosos aliados, cuyos ejércitos se pondrán en marcha mañana!

—¡Jo! —dijo Myru—. Deja que vengan; peor para ellos. No necesitas seguir fingiendo. Yo también tengo amigos... ¡Los de la nave terrestre!

Komyll ignoró el gesto de Myru para que se acercara al trono.

—¡Ladrón asqueroso y mutilado! —rugió—. ¿Qué tendría que fingir? ¿Qué no me gusta ser la favorita del Keviu? ¡Vuelve a la basura a la que perteneces! ¡No tardarás en ser arrojado de nuevo a ella!

Myru la contempló como si acabaran de hundirle una lanza en el vientre. Era un instante como aquél en que había visto aterrizar a la nave terrestre: lleno de la sensación de que sus sentidos le engañaban, de que lo que estaba sucediendo no podía ser real.

Le pareció que la cámara había permanecido silenciosa largo tiempo antes de que consiguiera recobrar el uso de su voz.

—Quizá no sea tan pronto —murmuró roncamente—. Por lo menos, no lo bastante pronto para que puedas gozar del espectáculo. ¡Guardias!

Dos de los soldados de Rawn se adelantaron.

—Llevadla junto a Loyu e Huj —ordenó Myru—. Un Keviu no puede morir sin compañía. Pero..., decidles a los verdugos que no la hagan sufrir.

Continuó sentado en el trono, sintiéndose helado y vacío por dentro. Al cabo de un rato se dio cuenta de que los soldados regresaban, solos. Poco después se levantó para dar unas órdenes a Rawn, las cuales fueron seguidas por un lejano estrépito y el resonar de armas terrestres.

Al cabo de unos instantes Rawn se encontraba de nuevo de pie ante el trono, recibiendo informes para Myru, dando órdenes en voz baja, sin dejar de contemplar ansiosamente a su primo.

—¡Rawn! —dijo finalmente el nuevo gobernante.

—Sí, Myru Keviu.

—Para ti, solamente «Myru». Recuerdo a quien me alimentó cuando tenía hambre, y a quien luchó hoy por mí. Yo no olvido; puedo recordar demasiado tiempo. ¡Ahora, los terrestres!

Por la expresión de sus rostros comprendió que estaban furiosos al verse introducidos en la cámara del trono atados codo a codo y bajo vigilancia. Los soldados informaron que se habían visto obligados a matar a uno de los diez. Los extranjeros, reaccionando ferozmente al ser cogidos por sorpresa, habían matado a dos soldados y a un ladrón con sus pequeños rifles, antes de ser aplastados por la fuerza del número.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —preguntó Kean, con el rostro enrojecido.

—No tengo nada contra vosotros —dijo Myru—, pero he aprendido que alguien que se encuentre en mi situación no puede dejar sin apagar ningún pequeño fuego, si no quiere que acabe por incendiar su palacio. ¿Deseáis alguna cosa antes de morir?

Kean parpadeó, asombrado. Los otros gruñeron unas palabras que Myru no entendió, pero pensó que lo mejor era no mostrar ignorancia.

—Dejar que regreséis a vuestra nave y os marchéis sería una estupidez —dijo.

—¡Pero, teníamos un acuerdo! —exclamó Kean—. ¡Tú ibas a ayudarnos a nosotros, si nosotros te ayudábamos a ti!

—Hasta cierto punto. Yo iba a ser vuestro capataz de esclavos, cuando enviarais a vuestra gente para establecer una... colonia.

—¡De acuerdo! —aulló Richter—. Tal vez era ésa nuestra intención. Pero, ¿qué dirá tu pueblo si se entera de que tú estabas de acuerdo con nosotros?

—¡Jo! —dijo Myru—. ¿Quién va a decírselo? ¿Vosotros, en *vuestro* idioma?

Los terrestres permanecieron en silencio, hasta que a Kean se le ocurrió una nueva idea.

—Has ganado esta baza —admitió—, pero sería más estúpido por tu parte perder la ventaja. Podemos enseñarte muchas cosas.

Myru le contempló fijamente.

—¿Estás tratando de decirme de nuevo que el conocimiento es poder?

—¡Evidentemente! —dijo Kean—. ¡Mira lo que ha hecho hoy por ti!

—Lo de hoy demuestra únicamente que yo poseo una clase de conocimiento, y vosotros otra; quizás *el mío* se convierta en poder.

Kean le miró con una expresión de rabia y de incredulidad.

—Vuestras armas fueron una ayuda —continuó Myru—, pero lo que más me ayudó fue el consejo que me dabais con frecuencia: observar y aprender para el momento en que el conocimiento pudiera ser útil. ¡Yo os observé a vosotros!

Los terrestres quedaron de nuevo en silencio, y Myru se dio cuenta de que no les gustaba que dijera cosas semejantes. Eran viajeros del espacio, acostumbrados a reunir, no a entregar, conocimientos.

—Os hablé del *kuugh* de las colinas, pero no existe ningún animal llamado *kuugh*. ¡Preguntadle a mi gente! ¡Comprobad si alguien conoce esa palabra!

Kean no miró a los vunorianos que se encontraban en la cámara del trono: continuó mirando fijamente a Myru, esperando.

—Luego os dije que los vunorianos se convertían en pequeños animales, pero aquí nadie cree eso. Os acompañé al templo, pero no era más que un antiguo edificio en ruinas lleno de estatuillas robadas.

—¡De modo que todo fue un truco! —exclamó Kean en tono despreciativo—. No creo que puedas vanagloriarte de habernos proporcionado un conocimiento falso.

—¿Acaso vosotros me dijisteis toda la verdad? —replicó Myru, haciendo una seña a los soldados—. Sabéis tanto, que habéis olvidado los caminos sencillos del

pensamiento. Supongo que habréis visitado planetas donde había animales más raros que mi *kuugh*. Habréis visto muchos mundos con templos raros y gentes que tenían raras creencias, de modo que para vosotros no hay nada nuevo. Incluso es posible que hayáis encontrado entre las estrellas a gente dispuesta a vender a su propia raza para hacer lo que vosotros decíais.

No pudo leer la expresión de los rostros de los terrestres, pero tuvo la esperanza de que fuera un sentimiento de vergüenza. Esto haría más fácil para Myru lo que tenía que hacer.

—Vosotros habéis visto que cualquier cosa es posible —terminó Myru—, de modo que estabais dispuestos a creer cualquier cosa que yo os dijera. Podéis hacerlo todo, excepto ver la verdad más simple a la luz del día. ¿Llamáis poder a ese conocimiento?

Le dirigieron desafiantes miradas, mientras los guardias se los llevaban, pero no había nada que pudieran hacer. Myru sintió lástima por ellos —a su modo, no carecían de grandeza—, y salió a un balcón para respirar un poco de aire fresco y aquietar sus encontradas emociones. Luego vio las estrellas que empezaban a brillar en el cielo sin luna de Vunor, y se obligó a ahogar la piedad que podía debilitarle.

«¡Querían convertir a Vunor en su “colonia”! —murmuró, contemplando el firmamento—. ¡No será, mientras Myru e Chib viva! ¡Estaremos preparados para recibir a los siguientes!».



# Punto decisivo

Poul Anderson

Por favor, mister, ¿podría darme una galleta para mi camelloterio?

No eran exactamente las palabras que cabía esperar en el instante en que la Historia cambiaba de curso y el Universo no podía volver a ser nunca lo que era. La suerte está echada; éste es el signo de la conquista: no podemos quedarnos sentados aquí por más tiempo; tenemos a esas verdades como evidentes en sí mismas; el navegante italiano ha arribado al Nuevo Mundo; ¡Dios mío, la cosa funciona! Ningún hombre dotado de imaginación puede recordar éstas o parecidas frases sin que un escalofrío recorra su espina dorsal. Pero las palabras que la pequeña Mierna nos dirigió, en aquella isla a medio millar de años luz de la Tierra...

La estrella estaba catalogada AGC 4256836, una enana K2 de Casiopea. Nuestra nave efectuaba un rutinario reconocimiento preliminar de aquella región, y había surgido bastante misteriosamente —¡con cuánta facilidad olvidan los terrestres que cada planeta es un mundo completo!—, aunque el hecho no tenía nada de extraordinario en este fantástico cosmos. Los Comerciantes habían anotado los lugares que valía la pena investigar a fondo; lo mismo habían hecho los Federales; las listas no eran idénticas.

Al cabo de un año, la nave y los hombres estaban igualmente agotados. Necesitábamos un descanso, pasar unas cuantas semanas reponiéndonos y recuperándonos antes de emprender el largo vuelo de regreso. Encontrar un lugar apropiado es todo un arte. Hay que visitar los soles cercanos que parecen más adecuados. Si se llega a un planeta cuyas características físicas generales son terrestroides, se comprueban los detalles biológicos —muy cuidadosamente, aunque el hecho de que la operación sea casi enteramente automática la hace bastante rápida— y se establece contacto con los autóctonos, si existen. Los primitivos tienen preferencia. Y no porque se teman posibles peligros militares, como algunos creen. Los Federales insisten en que los nativos no se opongan a que los extranjeros acampen en su territorio, en tanto que los Comerciantes no comprenden que alguien, civilizado o no, que no haya descubierto la energía atómica, pueda ser una amenaza. Lo que ocurre es que los primitivos son menos dados a formular preguntas complicadas y a convertirse en una molestia. Las tripulaciones espaciales agradecen que no se les hable de civilizaciones mecánicas.

Bueno, Joril parecía ideal. El segundo planeta de aquel sol, con más agua que la Tierra, ofrecía un clima templado por doquier. El bioquímico estaba convencido de que podríamos comer alimentos indígenas, y no parecía haber más gérmenes de los

que el UX-2 podía manejar. Mares, bosques, prados, nos hacían sentir como en casa, y las incontables diferencias con la Tierra añadían encanto a la cosa. Los indígenas eran salvajes, es decir, dependían de la caza, la pesca y la agricultura para procurarse las subsistencias. De modo que supusimos que existían millares de pequeñas culturas y escogimos la que nos pareció más avanzada: y no es que la observación aérea indicara mucha diferencia.

Aquella gente vivía en aldeas limpias y exquisitamente decoradas a lo largo del litoral occidental del mayor de los continentes, con bosques y colinas detrás de ellos. El contacto se estableció fácilmente. Nuestros semánticos tropezaron con muchas dificultades en lo que respecta a su idioma, pero los aldeanos no tardaron en entender el inglés. Su hospitalidad era de lo más cordial siempre que recurriamos a ella, pero permanecían alejados de nuestro campamento a menos que les invitáramos de un modo explícito. Nos instalamos con un profundo suspiro de felicidad.

Pero desde el primer momento hubo ciertos síntomas alarmantes. Aún admitiendo que tenían gargantas y paladares humanoides, no esperábamos que los indígenas hablaran un inglés sin acento en un par de semanas. Todos ellos. Y era evidente que lo hubieran aprendido con más rapidez, si se lo hubiésemos enseñado de un modo sistemático. De acuerdo con la costumbre, bautizamos al planeta con el nombre de Joril, después de averiguar que era la palabra local que correspondía a tierra... para descubrir más tarde que Joril significaba Tierra, con mayúscula, y que aquella gente poseía una excelente astronomía heliocéntrica. Aunque eran demasiado corteses para acosarnos a preguntas, no se limitaban a aceptarnos como algo inexplicable; la curiosidad ardía en ellos, y no tardarían en decidirse a interrogarnos.

Una vez superado el ajeteo inicial y remansadas nuestras impresiones, llegamos a la conclusión de que habíamos caído en un sitio que valía la pena estudiar más a fondo. En primer lugar, necesitábamos examinar algunas otras zonas para asegurarnos de que aquella cultura Dannicar no era un fenómeno aislado. Después de todo, los Mayas neolíticos habían sido buenos astrónomos; y los hierroagrícolas griegos habían desarrollado una filosofía de alto nivel. Estudiando los mapas que habíamos trazado mientras estábamos en órbita, el capitán Barlow escogió una gran isla que se encontraba a unos 700 kilómetros al Oeste. Preparamos un bote espacial que debían tripular cinco hombres.

Piloto: Jacques Lejeune. Mecánico: yo. Representante militécnico federal: comandante Ernest Baldinger, de la Fuerza Espacial del Gobierno Solar. Representante civil del Gobierno: Walter Vaughan. Agente comercial: Don Haraszthy. Este último y Vaughan eran los jefes, en tanto que los demás debíamos ocuparnos de las múltiples tareas planetográficas.

Emprendimos el vuelo inmediatamente después de la salida del sol, de modo que teníamos ante nosotros dieciocho horas de luz diurna. Recuerdo lo bello que era el mar debajo de nosotros, semejante a una enorme bola de metal, plateada en los lugares bañados por el sol, cobalto y verde cobre más allá. Luego apareció la isla,

cubierta de espesos bosques, con inmensas manchas de vegetación carmesí. Lejeune escogió como lugar de aterrizaje un claro del bosque, a unos dos kilómetros de una aldea que se alzaba junto a una amplia bahía. El aterrizaje fue perfecto. Lejeune es un piloto excelente.

—Bueno... —Haraszthy irguió sus dos metros de estatura y se desperezó hasta que todas sus articulaciones crujieron. Su peso era el que correspondía a su estatura, y su rostro aquilino conservaba las huellas de antiguas batallas. La mayoría de Comerciantes son rudos y pragmáticos extravertidos; tienen que serlo del mismo modo que los representantes civiles tienen que ser lo contrario. Aunque ello provoca conflictos—. Vamos para allá.

—No tan aprisa —dijo Vaughan: un joven delgado, con una mirada incisiva—. Esa tribu no ha oído hablar nunca de los seres de nuestra especie. Si se han dado cuenta de nuestro aterrizaje, pueden estar asustados.

—Razón de más para que vayamos a sacarles de su error —dijo Haraszthy, encogiéndose de hombros.

—¿Todos nosotros? ¿Habla usted en serio? —preguntó el comandante Baldinger. Reflexionó un poco—. Sí, supongo que sí. Pero el responsable soy yo, Lejeune y Cathcart se quedarán aquí. Los demás iremos a la aldea.

—¿Por qué tengo que quedarme? —protestó Vaughan.

—¿Conoce usted alguna solución mejor? —preguntó Haraszthy.

—En realidad...

Pero nadie le escuchó. El gobierno actúa de acuerdo con teorías preestablecidas, y Vaughan era demasiado novato en el Servicio de Reconocimiento para comprender cuán a menudo hay que prescindir de las teorías. Estábamos impacientes por salir al exterior, y yo lamentaba no formar parte de la expedición que iría a la aldea. Desde luego, alguien tenía que quedarse, dispuesto a reclamar ayuda si se presentaban dificultades graves.

El claro estaba cubierto por una hierba muy alta y la brisa olía exclusivamente a canela. Los árboles se erguían contra un cielo intensamente azul; la rojiza luz del sol se derramaba a través de flores silvestres de tonos púrpura y de insectos voladores de color bronce. Saboreé la perfumada brisa antes de unirme a Lejeune para comprobar que todos los aparatos del bote estaban en orden. Todos íbamos ligeramente vestidos; Baldinger llevaba un rifle desintegrador, y Haraszthy una emisora portátil con la potencia suficiente para establecer contacto con Dannicar, pero lo mismo el rifle que la emisora parecían ridículamente inadecuados.

—Envidia a los jorilanos —observé.

—Hasta cierto punto —admitió Lejeune—. Aunque quizá su medio vital sea demasiado bueno. ¿Qué estímulo tienen para progresar?

—¿Por qué tienen que desearlo?

—No lo desean de un modo consciente, amigo mío. Pero todas las razas inteligentes descienden de otras que en pasadas épocas tuvieron que luchar duramente

para sobrevivir. Incluso en los herbívoros más pacíficos hay el instinto de la aventura, y tarde o temprano tiene que encontrar explosión...

—¡Recaramba!

La exclamación de Haraszthy nos llevó rápidamente, a Lejeune y a mí, al otro lado de la nave. Durante unos instantes, mi razón se tambaleó. Luego decidí que el espectáculo no resultaba tan sorprendente como todo eso... aquí.

Del bosque había surgido una niña. El equivalente de una terrestre de cinco años, calculé. Su estatura no llegaba al metro (los jorilanos son más bajos y más delgados que nosotros), y tenía la enorme cabeza de los de su especie, lo cual le daba un aspecto todavía más raro. El pelo rubio y muy largo, las orejas redondeadas, y unos rasgos delicados que eran completamente humanoides, a excepción de la frente, muy alta, y de los inmensos ojos color violeta. Su moreno cuerpo estaba cubierto por un simple taparrabo. Agitó alegremente hacia nosotros una mano de cuatro dedos. En la otra sostenía una cuerda. Y al extremo de aquella cuerda había un saltamontes del tamaño de un hipopótamo.

No, no era un saltamontes, comprobé mientras la niña danzaba hacia nosotros. La cabeza era muy parecida, pero las cuatro patas que utilizaba para andar eran cortas y robustas, y las otras eran simples apéndices desprovistos de huesos. Me di cuenta también de que su respiración era pulmonar. A pesar de todo, era un monstruo impresionante; y babeaba.

—Género insular —dijo Vaughan—. Indudablemente inofensivo, ya que de no seras! no lo... ¡Pero una niña, apareciendo de un modo tan casual...!

Baldinger sonrió y bajó el rifle.

—Creo que hemos estado de suerte —dijo—. Para un chiquillo, todas las cosas son igualmente maravillosas. Podrá recomendarnos favorablemente a sus mayores.

La niña (tengo que darle este nombre) se dirigió en línea recta hacia Haraszthy, alzó aquellos inmensos ojos hasta posarlos en el rostro de pirata de nuestro agente comercial y trínó, con una irresistible sonrisa:

—Por favor, mister, ¿podría darme una galleta para mi camelloterio?

No recuerdo exactamente los instantes que siguieron. Fueron muy confusos. Eventualmente nos encontramos, los cinco, andando a lo largo de un sendero que cruzaba el bosque y que estaba bañado por el sol. La chiquilla triscaba a nuestro lado, parloteando como un xilofón. El monstruo avanzaba pesadamente detrás, masticando golosamente lo que le habíamos dado.

—Me llamo Mierna —dijo la chiquilla—, y mi padre hace cosas de madera, no sé cómo se llama en inglés, díganmelo, por favor, ¡oh! Carpintero. Gracias, es usted un hombre muy amable. Mi padre piensa mucho. Mi madre hace canciones. Son unas canciones muy bonitas. Me envió a buscar un poco de hierba dulce para la cama de un recién nacido, porque su esposa ayudante va a tener un niño muy pronto, pero cuando les vi a ustedes bajar del modo que dijo Pengwil, supe que tenía que venir a

saludarles y acompañarles a Taori. Es nuestra aldea. Tenemos veinticinco casas. Y cobertizos, y una Sala de Pensar que es mayor que la de Riru. Pengwil dice que las galletas tienen un gusto espantoso. ¿Puedo probar una?

Haraszthy la complació, con una expresión que revelaba su desconcierto. Vaughan sacudió la cabeza y casi gritó:

—¿Cómo es que conoces nuestro idioma?

—En Taori todo el mundo lo conoce. Desde que llegó Pengwil y nos lo enseñó. Eso fue hace tres días. Hemos estado esperando y esperando que llegaran ustedes. ¡Los de Riru se morirán de envidia! Pero no les permitiremos verles, si no nos lo piden como es debido.

—Pengwil..., un nombre dannicariano, desde luego —murmuró Baldinger—. Pero no habían oído hablar de esta isla hasta que se la mostré en nuestro mapa. ¡Y no pueden haber cruzado el océano en aquellas balsas! Los vientos son contrarios, y las velas cuadradas...

—¡Oh! El bote de Pengwil puede navegar perfectamente contra el viento —rió Mierna—. Yo le vi con mis propios ojos, llevó a todo el mundo a dar un paseo, y ahora mi padre está haciendo un bote como aquél, pero mejor.

—¿Por qué vino Pengwil aquí? —preguntó Vaughan.

—Para ver lo que había. Es de un lugar llamado Folat. En Dannicar tienen unos nombres muy raros, y visten de un modo muy raro, también. ¿No es verdad, mister?

—Folat... sí, lo recuerdo, una comunidad situada al norte de nuestro campamento —dijo Baldinger.

—Pero los salvajes no se arriesgan a navegar a través de un océano desconocido por... por simple curiosidad —tartamudeé.

—Pengwil lo ha hecho —gruñó Haraszthy.

Casi pude ver los relés latiendo en el interior de su maciza cabeza. Aquí existían inmensas posibilidades comerciales, alimentos, materias textiles y especialmente la deslumbrante artesanía. A cambio...

—¡No! —exclamó Vaughan—. Sé lo que está pensando, Comerciante Haraszthy, y no va usted a traer máquinas aquí.

Haraszthy enarcó las cejas.

—¿Quién dice eso?

—Lo digo yo, en virtud de la autoridad que poseo. Y estoy seguro de que el Consejo ratificará mi decisión. —A pesar de la agradable temperatura, Vaughan estaba sudando—. ¡No nos atreveremos a tanto!

—¿Qué es un Consejo? —preguntó Mierna. Una sombra de preocupación cruzó por su rostro. Se arrimó más a la masa de su animal.

A pesar de todo, tuve que acariciar su cabeza y murmurar.

—Nada que deba preocuparse, querida. —Y para alejar de su mente, y de la mía, vagos temores—: ¿Por qué llamas camelloterio a tu compañero? ¡Ése no puede ser su verdadero nombre!

—¡Oh, no! —La niña olvidó inmediatamente sus preocupaciones—. Es un yao, y su verdadero nombre es, bueno, significa Pies-Grandes-Ojos-Abultados-Lleva-Hombre-Encima. Ése es el nombre que le puse. Es mío y es muy bonito... —Acaricié una antena del monstruo, el cual ronroneó de placer—. Pero Pengwil nos contó que ustedes tenían algo llamado un camello en su país, que es peludo y asustadizo y lleva cosas y babea como un yao, de modo que pensé que sería un bonito nombre inglés. ¿No lo es?

—Mucho —asentí débilmente.

—¿Qué significa ese asunto del camello? —inquirió Vaughan.

Haraszthy se pasó una mano por el pelo.

—Bueno —dijo—, ya sabe que a mí me gusta Kipling, y una noche, en una reunión, les leí algunos de sus poemas a unos indígenas. Supongo que entre ellos estaría el del camello. Seguramente les gustó Kipling.

—Y recuerdan el poema a la perfección después de una sola lectura, y lo hacen circular a lo largo de la costa, y ahora ha cruzado el mar —dijo Vaughan, en tono de asombro. —¿Quién les ha explicado que la desinencia terio significa «mamífero»? —pregunté.

Nadie lo sabía, pero era indudable que uno de nuestros naturalistas lo había mencionado de un modo casual. Y la pequeña Mierna había captado la desinencia de labios de un marinero vagabundo y la había aplicado con absoluta corrección: a pesar de sus antenas y de sus ojos insectoides, el yao era un verdadero mamífero.

Al cabo de un rato llegamos a una faja de terreno despejado enfrente mismo de la bahía. Allí estaba la aldea, con sus casas de madera de tejados puntiagudos, muy diferentes en estilo de las de Dannicar, pero igualmente agradables a la vista. Unas canoas eran arrastradas hasta la playa, donde estaban puestas a secar unas redes de pesca. Anclada un poco más allá había otra embarcación. Desde luego, en nuestra supermecanizada Tierra no teníamos nada parecido; pero su esbelta silueta sugería una capacidad de navegación rápida y segura.

Los habitantes de la aldea, que no nos habían visto descender, interrumpieron sus tareas —cocinar, limpiar, tejer, los incontables trabajos de los primitivos— para correr a nuestro encuentro. Iban vestidos con tanta sencillez como Mierna. A pesar de sus grandes cabezas, que no eran grotescamente grandes, de sus extrañas manos y orejas, y de las proporciones corporales ligeramente distintas, las mujeres tenían muy buen aspecto: demasiado bueno. Los hombres, imberbes y de cabellos muy largos, eran guapos, a su manera, y ambos sexos poseían la gracia flexible de los felinos.

No gritaron ni se reunieron en tumulto. En la playa sonó un exuberante cuerno. Mierna corrió hacia uno de los hombres, le cogió de la mano y le arrastró hacia nosotros.

—Éste es mi padre —cacareó—. ¿No es maravilloso? Y piensa mucho. El nombre que utiliza ahora es el de Sarato. Me gustaba más el que usaba antes.

—Uno llega a cansarse de la misma palabra —rió Sarato—. Bienvenidos,

terrestres. Nos hacéis un gran... lula... perdón, desconozco la palabra inglesa adecuada. Esta visita nos eleva mucho.

Su apretón de manos —Pengwil debió de hablarle de esa costumbre— fue vigoroso, y sus ojos se encontraron con los nuestros con respeto, pero sin temor.

Las comunidades dannicarianas confiaban en el poco gobierno que necesitaban a especialistas, escogidos a base de algunas pruebas que aún no hemos comprendido. Pero no establecían ni siquiera aquella diferencia de clase. Fuimos presentados a todo el mundo por su ocupación: cazador, pescador, músico, profeta (creo que es lo que significa nonato), etcétera. En Taori había la misma ausencia de tabúes que habíamos observado en Dannicar, pero un código igualmente elaborado de modales y costumbres... que no esperaban que nosotros observáramos.

Pengwil, un joven robusto que llevaba la túnica de su propia civilización, nos acogió cordialmente. No era simple casualidad el hecho de que hubiera llegado al mismo lugar que nosotros. Ardía en deseos de mostrarnos su embarcación. Le complacé, nadando hasta ella y trepando a bordo.

—Un excelente trabajo —dije, con absoluta sinceridad—. Aunque me gustaría hacer una sugerencia. Para navegar a lo largo de la costa, no necesitas una quilla fija. —Describí una orza de deriva—. De ese modo podrías arrimarla a la playa.

—Sí, Sarato ha pensado en ello después de haber visto mi embarcación. Ha empezado ya a construir una así. También piensa colocar un trozo de madera plana, giratoria, en la pared de atrás. ¿Irá bien?

—Sí —murmuré, asombrado.

—Lo mismo creo yo —sonrió Pengwil—. La corriente de agua puede ser partida en dos, como la corriente de aire. Su mister Ishihara me habló de la aerodinámica. Aquello fue lo que me dio la idea para construir una embarcación como ésta.

Regresamos nadando a la playa y volvimos a vestirnos. La aldea bullía de animación, preparando un festín en nuestro honor. Pengwil se unió a ellos. Yo me quedé detrás, paseando por la playa, demasiado excitado para sentarme. Mirando fijamente a través de las aguas y respirando un olor a mar que era casi como el de la Tierra, tuve unos extraños pensamientos. Fueron interrumpidos por Mierna. Avanzaba hacia mí, arrastrando un pequeño carretón.

—¡Hola, Mister Cathcart! —exclamó—. Tengo que recoger algas para dar sabor a la comida. ¿Quiere ayudarme?

—Desde luego —dije.

Mierna hizo una mueca.

—Me alegro de estar aquí. Mi padre, y Kuaya, y otros hombres, le están preguntando a Mister Lejeune cosas de matemáticas. Yo soy demasiado pequeña para que me gusten. Lo que me gustaría sería oír contar cosas de la Tierra a Mister Haraszthy, pero está hablando solo en una casa con sus amigos. ¿Me contará usted cosas de la Tierra? ¿Podré ir allí algún día?

Murmuré algo. Mierna empezó a recoger algas filamentosas que el mar había

arrojado a la playa.

—Antes no me gustaba este trabajo —continuó—. Tenía que ir y venir demasiadas veces. No me permitían utilizar mi camelloterio, porque cuando se le mojan los pies se pone malo. Les dije que podían hacerle unos zapatos, pero me dijeron que no. Pero ahora es muy divertido con este... este... ¿qué nombre le dais?

—Un carretón. ¿No habías tenido ninguno antes?

—No, nunca. Pengwil nos habló de las ruedas. Vio que los terrestres las utilizaban. El carpintero Huanna empezó a construir carretones con ruedas. Sólo tenemos unos cuantos.

El carretón estaba construido de madera y hueso, y tenía grabadas unas figuras profesionales.

—He estado pensando y pensando —dijo Mierna—. Si hiciéramos un carretón más grande, un camelloterio podría tirar de él, ¿no es cierto? Sólo tendríamos que encontrar un buen sistema para atarlo, de modo que no se hiciera daño y pudiéramos guiarlo. He pensado en un sistema que me parece bueno.

Trazó unas líneas en la arena: un arnés en pleno funcionamiento.

Con una carga completa, regresamos hacia las casas. Me quedé absorto admirando las columnas labradas a mano. Sarato me enseñó sus herramientas con filo de obsidiana. Dijo que los moradores de las zonas costeras iban tierra adentro en busca de material, y habló de obtener acero de nosotros.

¿O seríamos tan increíblemente amables que les explicáramos cómo extraíamos el metal de la tierra?

El banquete, la música, las danzas, las pantomimas, la conversación, todo fue tan espléndido como habíamos imaginado, o más. Pero decepcionamos a nuestros anfitriones al no aceptar su invitación para que pasáramos allí la noche. Nos acompañaron al regreso, a la luz de numerosas antorchas, y cantaron durante todo el trayecto, hasta que llegamos a nuestra nave. Entonces dieron media vuelta y se marcharon. Mierna iba en la cola de la procesión. Permaneció largo rato inmóvil, agitando en dirección a nosotros su mano de cuatro dedos.

Baldinger sacó vasos y una botella de whisky.

—Es lo único que he encontrado a faltar —dijo—. Un trago de whisky.

—¡Desde luego! —exclamó Haraszthy, apoderándose de la botella.

—Me pregunto cómo será su vino, en el momento que lo inventen —murmuró Lejeune.

—¡No hay cuidado! —dijo Vaughan—. No van a inventarlo.

Todos nos quedamos mirándole. Vaughan se sentó, muy rígido, en la pequeña cabina.

—¿Qué diablos quiere usted decir? —preguntó finalmente Haraszthy—. Si hacen vino la mitad de bien de lo que hacen las otras cosas, se pagará a diez créditos el litro en la Tierra.



—¿Es que no lo comprende? —gritó Vaughan—. No podemos tratar con ellos. Tenemos que marcharnos de este planeta y... ¡Oh! ¿Por qué les habremos encontrado?

—Bueno —suspiré—, los que nos hemos molestado en pensar en la cuestión, siempre hemos sabido que algún día íbamos a encontrar una raza como ésta.

—Ésta es una estrella probablemente más vieja que el Sol —dijo Baldinger—. Menos maciza, de modo que puede permanecer más tiempo en la secuencia principal.

—No es necesaria mucha diferencia en la edad planetaria —dije—. Un millón de años, medio millón..., eso no significa nada en astronomía ni en geología. Sin embargo, en el desarrollo de una raza inteligente...

—¡Pero, ellos son salvajes! —protestó Haraszthy.

—La mayoría de las razas que hemos encontrado lo son —le recordé—. El hombre también lo fue, durante la mayor parte de su existencia. La civilización es un espejismo. No llega de un modo lógico. En la Tierra empezó, según me han enseñado, porque el Oriente Medio se secó cuando los glaciares retrocedieron, y algo había que hacer para seguir viviendo cuando la caza empezó a escasear. Y la civilización científica, mecánica, es un accidente todavía más anormal. ¿Por qué tenían que pasar los jorilianos más allá de la tecnología del Paleolítico Superior? Nunca han tenido necesidad de hacerlo.

—¿Por qué poseen unos cerebros tan desarrollados, si continúan en la Edad de Piedra? —arguyó Haraszthy.

—¿Por qué los teníamos nosotros, en nuestra propia Edad de Piedra? —repliqué—. No era necesario para la supervivencia. El hombre de Java, el hombre de Pekin y el resto de razas inferiores, poseían cerebros muy desarrollados. Pero hay que tener en cuenta que éste es un medio vital que no plantea dificultades, al menos en la actual época geológica. Los indígenas ni siquiera parecen tener guerras, las cuales podrían estimular el progreso técnico. En consecuencia, tienen pocas ocasiones de utilizar sus poderosas mentes para algo que no sea arte, filosofía y experimentación. social.

—¿Cuál es el promedio de su cociente de inteligencia? —susurró Lejeune.

—Insensato —dijo Vaughan hoscamente—. Más allá de 180, la escala se rompe. ¿Cómo podemos medir una inteligencia muy superior a la nuestra?

Se produjo un breve silencio. Oí el rumor nocturno del bosque a nuestro alrededor.

—Sí —rumió Baldinger—. Siempre imaginé que tenía que existir alguien superior a nosotros. Sin embargo, no esperaba encontrarlo en este microscópico rincón de la galaxia que hemos explorado... Y... bueno, siempre imaginé que tendrían máquinas, ciencias, viajes espaciales...

—Los tendrán —dije.

—Si nos marchamos... —empezó a decir Lejeune.

—Demasiado tarde —le interrumpí—. Les hemos dado ya un nuevo juguete, la ciencia. Si les abandonamos, vendrán a buscarnos dentro de un par de centenares de

años. Como máximo.

Haraszthy pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Por qué hemos de dejarlos? —rugió—. ¿De qué diablos están asustados? Dudo que la población de este planeta llegue a los diez millones de personas. ¡Y en el Sistema Solar y las colonias hay quince mil millones de seres humanos! De modo que no me importa que un joriliano sea más inteligente que yo. ¿Y qué? Hay otros muchos que lo son, y no me molesta, mientras pueda hacer negocio.

Baldinger sacudió la cabeza. Su rostro parecía tallado en hierro.

—El asunto no es tan sencillo. El problema estriba en saber qué raza dominará este brazo de la galaxia.

—¿Sería tan horrible que lo hicieran los jorilianos? —preguntó Lejeune suavemente.

—Quizá no. Parecen bastante decentes. Pero... —Baldinger se removió en su silla—. No voy a ser el animal doméstico de nadie. Quiero mi planeta para decidir su propio destino.

Aquél era el hecho inalterable. Permanecimos sentados y en silencio, sopesándolo durante un largo rato.

Los hipotéticos superseres habían estado siempre cómodamente lejos. No les habíamos encontrado, ni ellos a nosotros. Por lo tanto, lo más probable era que no se mezclaran nunca en los asuntos de la remota franja galáctica donde morábamos. Pero un planeta a sólo meses de distancia de la Tierra; una especie cuyos miembros eran genios, y cuyas genialidades resultaban incomprensibles para nosotros: surgiendo de su mundo, irrumpiendo en el espacio, vigorosos, ávidos, realizando en una década lo que a nosotros nos llevaría un siglo —si conseguíamos realizarlo—, destruirían irremediablemente nuestra civilización, tan penosamente edificada. Y lo mismo les sucedería a todas las otras especies pensantes, a menos que los jorilianos fueran lo bastante misericordiosos como para dejarlas solas.

Y los jorilianos, probablemente, serían misericordiosos. Pero, ¿quién desea esa clase de misericordia?

Alcé la mirada con horror, únicamente Vaughan tuvo el coraje de expresar lo que pensaba:

—Existen planetas sometidos a un bloqueo tecnológico. Culturas demasiado peligrosas para permitirles tener armas modernas, naves espaciales... Joril puede ser sometida a uno de esos bloqueos.

—Ahora que tienen la idea, inventarán todas sus derivaciones sin ayuda de nadie —dijo Baldinger.

—No, si las dos únicas regiones que nos han visto fueran destruidas —replicó hoscamente Vaughan.

Haraszthy se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¡Siéntese! —aulló Baldinger.

Haraszthy profirió una palabrota. Su rostro ardía de indignación. Los demás permanecemos sentados, inundados por un sudor frío.

—Usted me ha llamado a mí desaprensivo —gritó el Comerciante—. Retire inmediatamente esa sugerencia diabólica, Vaughan, o le aplastaré los sesos.

Pensé en el cañón nuclear vomitando sobre Joril, pensé en la pequeña Mierna, y dije:

—¡No!

—La alternativa —dijo Vaughan— es no hacer nada hasta que se haga necesaria la esterilización de todo el planeta.

Lejeune sacudió la cabeza con expresión de angustia.

—Error, error, error. Sería un precio demasiado elevado para sobrevivir.

—¿Y qué me dice de la supervivencia de nuestros hijos? ¿De su libertad? ¿De su orgullo y...?

—¿Qué clase de orgullo podrían sentir, cuando conocieran la verdad? —interrumpió Haraszthy. Agarró a Vaughan por la pechera de la camisa, y le atrajo hacia sí hasta que las facciones del federal quedaron a tres centímetros de sus ojos—. Le diré a usted lo que vamos a hacer —continuó—. Vamos a comerciar, y a enseñar, y a confraternizar, lo mismo que con los otros pueblos cuya sal hemos comido. ¡Y a aceptar nuestros riesgos como hombres!

—¡Suéltele! —ordenó Baldinger. Haraszthy levantó un puño—. Si le golpea, haré que le juzguen por insubordinación... ¡He dicho que le suelte!

Haraszthy soltó a Vaughan, el cual se desplomó sobre su silla. A continuación, Haraszthy se sentó, ocultó la cabeza entre sus manos y no trató de disimular sus sollozos.

Baldinger volvió a llenar nuestros vasos.

—Bueno, caballeros —dijo—, esto parece un callejón sin salida. Mal si lo hacemos, y mal si no lo hacemos...

—Que decida el Consejo —sugirió Lejeune.

¡Bendito sea el whisky! Me permitió dormir unas horas antes de que amaneciera. Entonces, la claridad del día, penetrando a través de los ventanucos de la nave, me despertó, y no pude quedarme dormido otra vez. Al final me levanté y salí al exterior.

El paisaje estaba completamente inmóvil. Las estrellas palidecían, y por oriente avanzaba una luz rosada. A través del fresco aire matinal oí los primeros trinos de los pájaros en el bosque que me rodeaba por todas partes. Me quité los zapatos y paseé descalzo por la húmeda hierba.

No me extrañó en absoluto ver aparecer a Mierna con su camelloterio. Soltó la cuerda y corrió hacia mí.

—¡Hola, Mister Cathcart! Tenía la esperanza de que alguien de ustedes se hubiera levantado. No he desayunado aún.

—Tendremos que arreglar eso. —La columpié en el aire, hasta que chilló de

placer—. Y luego tal vez podamos llevarte a dar un pequeño paseo en este bote. ¿Te gustaría?

—¡Ooooh! —Sus ojos inmensos reflejaron su alegre sorpresa. Pasó un buen rato antes de que se atreviera a preguntar—: ¿Iremos a la Tierra?

—No, tan lejos, no. La tierra se encuentra a una distancia considerable.

—¿Algún día, quizás? ¡Por favor!

—Desde luego, querida, algún día.

—¡Voy a ir a la Tierra, voy a ir a la Tierra, voy a ir a la Tierra! —exclamó Mierna, acariciando al camelloterio—. ¿Me echarás de menos, Pies-Grandes-Ojos-Salientes-Lleva-Hombre-Encima? No estés tan triste. Tal vez puedas venir también tú. ¿Podrá, Mister Cathcart? Es un camelloterio muy bueno, palabra, y le gustan mucho las galletas.

—Bueno, quizá sí, quizá no —dije—. Pero tú irás, si lo deseas. Te lo prometo. Cualquiera de este planeta que lo desee, irá a la Tierra.

La mayoría de ellos querrán. Estoy convencido de que nuestra idea será aceptada por el Consejo. La única posible. Si no puedes vencerles... deja que se unan a ti.

Acaricié el pelo de Mierna.

En cierto sentido, querida, ¡qué mala pasada vamos a jugarle! Trasladarte directamente de la sencillez de tu existencia actual a una enorme y complicada civilización. Asombrarte con todas las máquinas y con todos los artilugios que poseemos, no porque seamos mejores, sino sencillamente porque los hemos necesitado antes que tú. Esparcir vuestros diez millones entre nuestros quince mil millones. Y no te darás cuenta de lo que sucede. Ni creo que llegues siquiera a lamentarlo.

Quedarás asimilada, Mierna. Te convertirás en una muchacha de la Tierra. Naturalmente, al crecer te convertirás en uno de nuestros jefes. Aportarás grandes cosas a nuestra civilización, y serás recompensada adecuadamente. Pero el caso es que será nuestra civilización. Mía... y vuestra.

Me pregunto si echarás de menos el bosque, y las casitas junto a la bahía, y las embarcaciones, y los cantos, y las historias antiguas, muy antiguas, y a tu querido camelloterio. Sé que el planeta vacío te echará de menos a ti, Mierna. Lo mismo que yo.

—Vamos —dije—. Nos ocuparemos de ese desayuno.

# Evación de la órbita

Poul Anderson

El repiqueteo del timbre cortaba como una sierra circular. Durante unos instantes, Wister lo ignoró. Estaba cabalgando un caballo blanco cuya crin y cuya cola eran llamas, los grandes músculos apretados entre sus piernas, el viento rugiendo a su alrededor, oliendo a prados veraniegos. ¡Brrrrng! Las abejas zumbaban incansablemente. El viento tenía el matiz del pelo de Julie y olía a sol, pero los humos del combustible del cohete que avanzaba hacia él lo estropeó todo. El caballo dio un enorme salto y abandonó la Tierra. Los prados disminuyeron de tamaño, el cielo se oscureció hasta adquirir un tono infinitamente azul, y las estrellas del espacio parpadearon delante de él. ¡Brrrrng! El caballo dijo, con la voz del padre de Wister: «Ésa es la Osa Mayor, a la cual solían llamar el Carro del Rey Carlos, pero hace mucho tiempo fue Odin. ¡Brrrrng! y por la noche ¡Brrrrng! Júpiter frío y misterioso ¡Brrrrng! Saturno Plutón Andrómeda ¡Brrrrng! adelante adelante adelante ¡Brrrrn! arriba arriba ARRIBA TE GUSTE O NO BRRRRNG BRRRRNG BRRRRNG.

La oscuridad le confundió. En aquella época del año, el sol salía antes de que sonara su despertador. Wister agitó sus brazos ciegamente, rechazando los diabólicos fragmentos en que se había convertido su sueño. A su lado, Florence se removió, murmurando algo sin despertarse, y se hundió de nuevo en el sueño mientras Wister se iba despejando. Florence roncaba un poco.

La esfera del reloj brillaba con una hora temprana. Maldición, el timbre no era el del despertador, era el del teléfono. ¡Brrrrng! Wister saltó de la cama. El suelo estaba frío bajo sus pies descalzos. Aquello alivió un poco la pegajosidad de su piel. Estaba sudando como un cerdo, a pesar de que la noche de principios de verano no era cálida.

—Está bien, está bien —gruñó maquinalmente, mientras se dirigía al vestíbulo y encendía la luz. Le golpeó en los ojos, del mismo modo que el teléfono había golpeado sus oídos. Descolgó el receptor. Sólo parcialmente activo, su cerebro anticipó terribles motivos para una llamada nocturna, y su pulso latió aceleradamente.

—¿Diga?

—¿Dick? —La voz de Charlie Huang le alivió de las muertes en la familia de su hermana y de un inminente ataque nuclear—. Lo siento, pero tienes que venir lo antes posible. Todo nuestro grupo, en realidad. El *Yankee* ha naufragado.

—¿Eh?

—Ha chocado contra un meteoro.

—¡Imposible! No había...

—Tenía que ocurrir alguna vez. Y ha ocurrido precisamente ahora, en vez de dentro de cien años. Te daré más detalles cuando llegues. Los muchachos han escapado en su cápsula de emergencia. Y se encuentra en órbita alrededor de la Luna.

Wister sacudió violentamente la cabeza, tratando de despejarla. Todo aquello no tenía sentido. Aunque una nave chocara contra un meteorito, o contra una docena de meteoritos, no se abandonaba. Se tapaban los agujeros con parches, y se iniciaban los trabajos de reparación de los mecanismos dañados por el encontronazo. ¿No es cierto?

Tal vez no. Éste era el primer accidente de aquella clase que se había producido.

Wister oyó un *click* en el receptor. Su jefe había colgado, indudablemente para hacer otras llamadas. Wister se dirigió a la cocina. «Date prisa lentamente», se dijo a sí mismo. No podía hacerse nada hasta que estuviera reunido todo el grupo, lo cual requeriría más de una hora. Entretanto, lo mejor que podía hacer era aclarar su cerebro a base de café. Cuando era joven, siempre se había despertado fresco como una rosa, dispuesto a entrar en acción, pero en los últimos años se levantaba con la mente embotada y los ojos hinchados.

*Déjate de tonterías* —se reprochó a sí mismo—. *A los treinta y cuatro años no se es viejo.*

La cocina tenía un aspecto más desolado que de costumbre. Habitualmente, Jim se levantaba cuando lo hacía su padre, parlotando como una cotorra mientras Wister preparaba el desayuno; y la luz del sol bañaba los arriates de flores, inmediatamente detrás de la ventana de la cocina. Wister lavó la cafetera con alguna dificultad —la fregadera estaba llena de platos sucios— y la puso al fuego mientras se dirigía al cuarto de baño.

Se miró al espejo con una expresión de desagrado. Estaba aún bastante delgado, pero sus esfuerzos por mantenerse en forma no encajaban del todo con los efectos de un trabajo de oficina. Estaba acumulando grasas, lenta pero inexorablemente. Por enésima vez, decidió acudir una hora diaria al gimnasio local, sabiendo que no lo haría.

Cuando la ducha le golpeó con sus agujas calientes, su corriente sanguínea empezó a moverse a un paso normal. Los restos de niebla en su cerebro se desvanecieron. En resumen, se estaba preocupando por su cintura, mientras Cy Enwright y Phil Cohn y Bruno Fellini giraban a través de las sombras detrás de la Luna.

*¡Dios mío! ¿Qué voy a decirle a su gente?*

Cerró el grifo, salió de la bañera y se secó el cuerpo con rápidos movimientos.

*No les diré nada. Estaré demasiado ocupado haciéndoles regresar vivos.*

*¿Cómo?*

Volvió al dormitorio, encendió la luz y se vistió. Florence no se movió. En sueños, su rostro, lo mismo que cuando estaba despierta, tenía un color muy poco saludable. Seguía roncando. El pensar en los tres hombres, amigos suyos, enjaulados

entre las frías estrellas, levantó en Wister una oleada de ternura. No era culpa de Pío haber dejado de ser la maravillosa muchacha con la cual se había casado, después del nacimiento de Jim. Algún condenado cambio glandular que los médicos no habían podido combatir... Se inclinó y rozó los labios de Florence con los suyos. El aliento de Florence era agrio.

Florence tendría que acompañar a Jim a la escuela, hoy. Wister garabateó una nota y la colocó debajo del despertador antes de dirigirse de nuevo a la cocina. El café y un par de buñuelos terminaron de despejarle, pero no pensó en el trabajo que le esperaba. Sería inútil, hasta saber lo que había sucedido. En vez de ello, visualizó y recordó a los muchachos del *Yankee*.

Cy Enwright, alto y de hablar arrastrado, como buen tejano, era coronel de la reserva de la USAF. Si se le conocía junto a su esposa, ésta le eclipsaba por completo; Cy parecía un fondo a su belleza y vivacidad. Cuando se les conocía más a fondo, se descubría que casi todo lo que ella poseía se lo debía a él: su agudeza, su tranquila filosofía y el temple de acero que le permitía reír con sus amigas mientras Cy estaba en el espacio. Los otros dos se describían a sí mismos como técnicos civiles, aunque Phil Cohn había servido en las guerrillas del Sudoeste de Asia hacía algunos años. Era bajito, moreno y de movimientos vivaces, aficionado a la lectura y a la música de Mozart, pero al mismo tiempo entusiasta del fútbol y del póquer. Aquel verano iba a casarse y a obsequiar a su madre con los nietos que continuamente le estaba reclamando. Bruno Fellini, el más joven y el más guapo de los miembros de la plantilla de la NASA, no estaba interesado en el matrimonio: únicamente en las mujeres. En un par de ocasiones, los muchachos de Relaciones Públicas se las vieron y desearon para evitar un escándalo de grandes proporciones. Bruno no se había inmutado. Sabía que era un piloto demasiado bueno para que se decidieran a despedirle. Pero, a pesar de sus camisas chillonas, de su paso galleante y de sus calaveradas, era de los que no se olvidan de comprar flores cuando les invitan a cenar, y de los que renuncian a su último dólar en favor de cualquiera que lo necesite.

*Y, luego, estoy yo —pensó Wister—. Nos entendíamos perfectamente, los cuatro. Siempre juntos, prestándonos herramientas, libros, incluso cinco dólares hasta el día de paga..., emborrachándonos de cuando en cuando... Sí, hablábamos de comprar un crucero de cincuenta pies uno de estos años, y dedicarnos a recorrer el Caribe, o el Mediterráneo... Resulta curioso comprobar lo unidas que se sienten las personas después de haber compartido esas trivialidades durante mucho tiempo.*

*Estos tres hombres no han dicho, ni sugerido, ni pensado nunca que yo era menos que ellos, porque me habían destinado a trabajos terrestres mientras ellos efectuaban el viaje de ida y vuelta a Marte. Nunca.*

Se levantó de la mesa. Impulsivamente, se dirigió a la habitación de Jim. El niño dormía aún con «Boo», a pesar de que el oso había perdido su piel hacía mucho tiempo. Jim había dejado de ser una preocupación para su padre. Las pesadillas casi habían desaparecido, y a sus ocho años estaba creciendo a un ritmo bastante

satisfactorio. Wister se inclinó sobre la rizada cabeza.

*Resulta curioso —pensó— el cálido olor a limpio de los chiquillos. En la adolescencia, lo pierden. ¿Por qué será?*

Por algún motivo, recordó a Julie Quist. Estuvo a punto de casarse con ella, hacía una docena de años en Michigan. Pero otro hombre, con más años y mejor técnica, se había interpuesto entre ellos. Más tarde, Wister adquirió el convencimiento de que Julie hubiera sido para él, a pesar de todo, de habérselo propuesto. Pero en aquella época era joven, y estaba amargado, y... ¡Oh, bueno!

Encima de la cama de Jim había una fotografía de una nave espacial en pleno vuelo. Wister confiaba en que su hijo se decidiría a ingresar en la NASA. «Mi hijo el astronauta». Sonaba bien. «Mi hijo, el primer ser humano que ha puesto pie en Titán, debajo del anillado Saturno».

Al pensar en el *Yankee*, Wister no se sintió tan seguro. Desde luego, en el espacio se habían producido accidentes mortales, algunos horribles. Pero Cy y Phil y Bruno eran los hombres con los cuales pensaba navegar algún día a lo largo de las rutas odiseas.

Giró rápidamente sobre sus talones, se dirigió al vestíbulo y abrió la puerta principal: El cielo había palidecido por oriente y la calle del suburbio estaba despejada y tranquila. El único ruido que se oía era el rumor de la brisa deslizándose a través de las frondosas palmeras. Hacia occidente había aún un poco de oscuridad y algunas estrellas dispersas. La Luna había desaparecido. Wister se alegró: no hubiera podido mirarla sin estremecerse.

Subió a su automóvil, puso el motor en marcha mientras encendía su primer cigarrillo y partió. Resultaba agradable conducir a aquella hora temprana, sin tránsito de ninguna clase. Aunque le gustaba el barrio en que vivía, Wister se preguntaba a veces si había valido la pena el traslado. Noventa minutos al día hacían siete horas y media a la semana. Quince días completos al año, que desaparecían de su vida sin dejar a su paso más que una úlcera de estómago...

Wister enfiló la carretera de la costa y pisó el acelerador a fondo.

Su cerebro empezó a darle vueltas al problema de lo que había sucedido allí, en el espacio. El *Yankee* había salido en una misión casi rutinaria, como parte de una serie de vuelos de prueba antes de partir hacia Venus. Mientras daba la vuelta a la Luna se recogían algunos datos para alimentar el hambre de los diferentes grupos de científicos. Pero nada demasiado nuevo. De acuerdo, el *Yankee* había chocado contra un meteorito, por improbable que resultara en la inmensidad espacial. Pero, ¿por qué había sido abandonado? ¡Y especialmente en una época de fulgor solar!

Wister trató de eliminar sus estériles especulaciones. Cuando empezara a trabajar, necesitaría una mente descansada. Se obligó a contemplar el disco del sol, surgiendo plateado y enorme a través del océano, y a recordar los días en que había paseado por aquellas playas, cogido de la mano con Florence y contándole todo lo que iba a hacer en el espacio. Creía que existían muchas posibilidades de que le escogieran para la



expedición a Marte... Y en realidad habían existido: hubiera ido a Marte, de no haberle trasladado desde el cuerpo astronáutico a las oficinas de tierra, a petición de alguien que no había sido él. Se dio cuenta de que había cogido el volante con tanta fuerza que los dedos le dolían, y que había pisado el acelerador con toda su alma.

«¡Cuidado, imbécil! —ladró en voz alta—. ¿Qué bien podrás hacerle a nadie estrellándote?».

Se tranquilizó casi inmediatamente.

Al cabo de un rato, divisó a lo lejos los edificios de la Base. Un Eolo de tres pisos se erguía sobre un caballete, rígido contra el cielo. Estaba destinado a una misión complementaria lunar, la semana próxima. Wister había descartado ya una idea fugaz: la de que podía ser utilizado para salvar a los tripulantes del *Yankee*. El despegue no podía ser adelantado más de cuarenta y ocho horas, de modo que no había tiempo suficiente.

El centinela le dejó pasar sin ninguna formalidad. Su rostro tenía una expresión preocupada.

*Lo sabe —pensó Wister—. Toda la Base lo sabrá en cuanto llegue la gente para ponerse al trabajo. Y luego todo el planeta. Si podemos llevar a cabo un rescate, con los ojos del mundo sobre nosotros, obtendremos por lo menos un ascenso... ¡Pero los que están allí son mis amigos!*

La zona de aparcamiento estaba casi desierta. Wister descendió de su automóvil y se dirigió apresuradamente hacia la puerta principal del Think Hall, como todo el mundo llamaba al edificio lleno de cerebros electrónicos que albergaba al Mando Orbital. En el interior, el abovedado pasillo se extendía fantasmagóricamente, resonando debajo de sus zapatos. Wister jadeaba ligeramente cuando llegó a la oficina de Charlie Huang.

Estaba llena de humo azulado. El jefe se encontraba allí, desde luego, paseando como un tigre enjaulado, Harry Mowitz, el jefe de los servicios de cálculo, sentado en una butaca, se frotaba nerviosamente las manos. Bill Delarue, jefe de comunicaciones, estaba sentado sobre la mesa-escritorio. Media docena de subordinados permanecían pegados a una de las paredes, con expresión preocupada.

Huang dio un respingo al ver entrar a Wister.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Por fin ha llegado usted! ¿Cómo diablos ha tardado tanto?

—¿Están vivos aún? —replicó Wister.

—Eso espero. Pero han pasado a la cara posterior de la Luna, fuera del alcance de la radio. Campo Apolo tratará de establecer contacto con ellos cuando regresen, dentro de media hora, aproximadamente. Hawaii también está a la escucha.

—¡Oh! De modo que han obtenido su órbita...

—Bueno, no. Exactamente, no. Pero su último mensaje normal decía lo suficiente para calcularla, y, desde luego, sabemos cómo planeaban aparcar en relación al *Gal*. Eso fue una hora antes del choque.

Wister estudió la situación. El *Galilea*, un satélite explorador sin tripulación,

perteneciente a la Euratom, daba vueltas alrededor de la Luna en una órbita de cuatro horas, y sus instrumentos transmitían algunas observaciones astrofísicas y coleccionaban otras para ser analizadas a su regreso a Campo Apolo. Se suponía que el *Yankee* seguiría una órbita ligeramente menos radial en el mismo plano. Las ondas de radar, yendo y viniendo entre la nave y el satélite, proporcionarían datos por medio de los cuales podría calcularse la forma de la Luna de un modo más exacto que hasta entonces. Existía una íntima colaboración entre los programas espaciales de Norteamérica y los de la Europa Occidental... Sí, los muchachos de Enwright debían de hallarse ocupados en las maniobras finales, embromándose mutuamente acerca de la posición correcta, cuando se produjo el choque.

—Tengo una idea acerca de cómo se produjo el accidente —dijo Mowitz—. Es posible que el espacio no sea tan cóncavo como creíamos. Sabíamos que ninguna de las tormentas de rocas localizadas estaría cerca de ellos. Pero, ¿qué sabemos de los meteoritos que viajan por el exterior del plano elíptico? Pasan junto a la Tierra con demasiada rapidez para poder ser observados, a no ser que haya alguien que se dedique a ellos de un modo especial.

—Pero, ¿qué sucedió? —preguntó Wister. Su boca estaba seca. Se acercó al enfriador de agua y se bebió un vaso lleno hasta los bordes—, ¿Por qué abandonaron la nave?

—Porque se incendió —dijo Delarue.

—¿Qué? —Wister creyó que había entendido mal—. ¿En el espacio?

—Sí —dijo Huang—. Su último mensaje —lo admitieron en onda corta en la única radio que funcionaba, pero Campo Apolo lo captó— decía... Aquí hay una copia: «Chocado con grandes meteoritos. Fuego a bordo... Obligados a escapar en cápsula de emergencia. *Yankee*. Corto». —Huang alzó sus almendrados ojos cargados de pesar—. No tuvieron demasiado tiempo, al parecer. Imagino que les salvó el hecho de llevar puestos los trajes espaciales. Mientras yo me dirigía hacia— aquí, Apolo nos envió otro informe. Alguien captó a la nave a través de un telescopio en los últimos segundos. Dijo que el *Yankee* estaba envuelto en llamas. Luego estalló.

—¡Oh! —Wister encendió otro cigarrillo. Mirando ciegamente ante él, llenó la pared de ecuaciones diferenciales. Apareció la respuesta—. Ya veo lo que debió de ocurrir. El choque afectó a la cámara de combustión y a los tanques. El combustible y el oxígeno líquido se mezclaron y ardieron...

—Imposible —dijo Delarue—. En el momento en que hubiese sucedido algo de eso, la marcha del cohete se hubiera interrumpido. ¡Evidentemente! Entonces se hubiera producido una caída libre, y todo el mundo sabe que en tales condiciones no puede producirse un incendio.

—Puede producirse, amigo —dijo Wister—, si quedan esparcidas gotas coloidales de combustible por todo el casco. Si quiere, llámelo explosión retardada en vez de incendio. Estoy de acuerdo en que el efecto de la caída libre frenaría la velocidad de la reacción; pero, a mayor abundamiento, la nave quedaría envuelta en

llamas durante unos cuantos minutos. Luego, uno de los tanques de combustible que no resultó dañado estallaría, y eso sería todo.

—Pero, en primer lugar, ¿cómo se esparciría a través de la nave el combustible? ¿Qué formaría los coloides?

—La energía supersónica... Un meteorito de unas cuantas libras de masa, silbando a través de un casco lleno de aire, produciría el más espantoso de los estallidos sónicos. Utilizan ustedes supersónicos para homogeneizar la leche, ¿no es cierto? —Wister se encogió de hombros—. Si conocen ustedes una explicación mejor, adelante. Pero creo que un minucioso análisis matemático me dará la razón.

Wister tenía conciencia de la respetuosa mirada que le dirigieron mientras encendía su cigarrillo. El Mando Orbital se alegraba sobre manera de tener en su plantilla a un ex piloto espacial, con todo lo que ello significaba en el terreno de la experiencia práctica y en el de captar los extraños caprichos de las leyes naturales más allá de la atmósfera terrestre. Wister quedó convencido de que había dado en el clavo cuando Charlie Huang hizo un gesto de asentimiento. La sugerencia que acababa de hacer influiría en el diseño del sucesor del *Yankee*.

¡Al diablo con eso! ¡Tenía que existir un medio para bajarlos de allí!

—¿Cuál es el pronóstico del fulgor solar? —preguntó Wister.

—Inseguro, como de costumbre —respondió Huang—. La meteorología solar tiene un largo camino que recorrer antes de convertirse en una ciencia exacta. Sin embargo, todos sabemos que nos encontramos en una mala época, y el último informe predecía considerables perturbaciones en las próximas sesenta horas. Es decir, en las próximas cuarenta y ocho horas, contadas a partir de este momento.

En la estancia se produjo un profundo silencio. No había necesidad *de* revisar los hechos, pero seguían fluyendo obstinadamente a través de la conciencia de Wister. Una llamarada solar emitía una corriente de protones. Dado que el *Yankee* había sido equipado para una expedición a Venus, estaba provisto de pantallas generatrices Swanberg, cuyos impulsos magnetohidrodinámicos eran apropiados para desviar un bombardeo de aquella clase. Pero una cápsula de emergencia no era más que una delgada concha de metal incrustada en la parte delantera de la nave. El interior estaba fuertemente almohadillado, había asientos, y una radio, y herramientas, y cables y otros utensilios. Si una nave que viajaba a través de la atmósfera caía —como le ocurrió en cierta ocasión a una nave rusa—, se suponía que el piloto utilizaría el mar como campo de aterrizaje. Una pequeña carga explosiva separaba a la cápsula de la nave, y la cápsula flotaría con su tripulación hasta que llegara alguien a recogerlos.

Pero aquello no tenía aplicación respecto al espacio. En condiciones ideales, la cápsula conservaría vivos a los tres hombres en el vacío mientras dispusieran de aire: cuatro días, calculó Wister, sabiendo la cantidad de aire almacenado en la cápsula. La protección intrínseca era deficiente, pero serviría para aquel tiempo..., a menos que las radiaciones fueran muy intensas. Un elemento determinado por el fulgor del sol.

Cuatro días, como máximo, para rescatarlos. Pero más probablemente dos días, a

causa del tiempo solar. En tan corto espacio de tiempo, no podía prepararse ninguna nave norteamericana. Pero...

—Euratom —dijo Wister.

—¿Quiere usted decir que tienen algo que puede subir hasta ahí en un santiamén? —preguntó Huang—. He llamado a Ginebra, y la respuesta ha sido negativa.

—¡Entonces, los rusos!

—Gail ha informado ya a Washington en ese sentido. Están tratando de hablar con el propio Karpovitch —dijo Huang rápidamente.

Wister se mordió el labio inferior, preocupado, y aplastó su cigarrillo contra un cenicero.

Un joven subalterno se aclaró la garganta antes de preguntar:

—¿No podría recogerlos el *Galilea*? Está dirigido a distancia, dispone de combustible para un aterrizaje lunar y pasa muy cerca de la cápsula.

—Y tiene una masa neta de casi dos toneladas —explicó Wister—, que tres hombres embutidos en trajes espaciales aumentarían en un 30 por ciento. Eso, sin mencionar la desigual distribución de su masa en la cápsula, que exige continuas explosiones rectificadoras. El motor del cohete no posee tantas reservas. En realidad, el *Galilea* apenas transporta combustible suplementario.

—¿Por qué no? —inquirió el joven, en tono indignado.

—Porque aterriza y despega en la Luna. ¿Sabe usted lo que cuesta cada galón de combustible, después de haberlo transportado desde la Tierra a Campo Apolo? A la Euratom le resulta mucho más barato perder una nave sin tripulación por falta de tanques de repuesto, que cargar con esa masa adicional y cambiar el líquido cada dos o tres semanas a causa de la ebullición.

—Dick está enterado del asunto —dijo Huang—. Es nuestro experto local en la materia. Formó parte del equipo que inspeccionó el *Galilea* el año pasado, después de que la G.E. lo construyó para la Euratom. Y antes había trabajado en un proyecto similar nuestro.

—Comprendo —dijo el joven.

Wister sonrió al recuerdo. Había pasado dos estupendas semanas en Europa. Y se proponía darse una vuelta por el Continente, una vez terminado su trabajo. El permiso hubiera sido fácil de conseguir. Pero Florence volvió a caer enferma por aquellos días. Nada grave. Nunca lo era. Sin embargo, sus quebrantados nervios se desquiciaban por completo cuando estaba enferma, y, no estando su padre allí, Jim tenía que cargar con las consecuencias..., precisamente cuando empezaba a superar sus micciones nocturnas, y todas sus pesadillas y...

Y aquello no tenía nada que ver con los tres hombres que se encontraban encerrados en una cápsula, girando alrededor de la Luna.

Llegaron otros dos subordinados. Huang asintió.

—Creo que tenemos el personal suficiente —dijo—. Vamos, Harry. Prepare a su equipo para calcular lo que tenga que ser calculado. En primer lugar la órbita,

supongo, en cuanto tengamos un punto de referencia.

—En marcha —ordenó Mowitz, dirigiéndose a sus subordinados.

Salieron de la estancia en apretado y silencioso rebaño.

Delarue se puso en pie.

—Será mejor que me marche a mi sección —dijo.

—Se están ocupando ya de ella —dijo Huang—. No *le* necesitan a usted.

—Sí, pero yo les necesito a ellos —murmuró Delarue entre dientes—. ¡No puedo quedarme aquí sentado sin hacer nada!

Se marchó, andando rápidamente.

Solos en la oficina, Huang y su ayudante se miraron el uno al otro. El humo del tabaco irritaba sus ojos. En el exterior, la luz del sol matinal que inundaba la zona de aparcamiento era indecorosamente brillante.

—¿Cree usted que los rusos ayudarán? —preguntó Wister al cabo de un rato, sólo para romper el silencio.

—¡Oh, sí! Si pueden, lo harán —dijo Huang—. Una excelente propaganda, si consiguen sacar de un apuro a los norteamericanos. Además, son también humanos, al margen de la opinión que nos merezca su forma de gobierno.

—Pero, ¿podrán hacerlo? ¿Tienen algo que sirva para la empresa a realizar?

—¿Quién puede saberlo?

La habitación volvió a quedar en silencio; al recordar sus propias misiones en el pasado, Wister pensó que también en la cápsula debía de reinar un gran silencio. Encerrados en sus trajes espaciales, disponiendo de un espacio tan reducido que apenas les permitía moverse, los tres hombres oírían poca cosa aparte de su respiración y del latir de sus corazones, y no verían más que unos diminutos puntos de luz a través de la única mirilla de la cápsula. Podían hablarse el uno al otro por el micrófono instalado en el interior del casco, desde luego; pero, ¿qué podían decirse mientras caían indefensos sobre el lado oscuro de la Luna? ¿Lo que se hubieran dicho en la Tierra?

Sonó un timbre. Huang se puso en pie tan bruscamente, que hizo caer un cenicero de su escritorio. Las colillas se desparramaron por el suelo. Huang pulsó el botón del teléfono interior.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Wister se dio cuenta de la ansiedad con que los dos estaban inclinados sobre la caja negra.

Una voz de mujer, desde la sección de Delarue, dijo, en tono inseguro:

—Ha sido establecido contacto con la cápsula, vía Campo Apolo y Hawaii. Podemos pasar la comunicación directamente, si lo desea.

—Sí, sí. ¡Claro está que lo deseo! —aulló Huang.

El teléfono interior zumbó unos instantes, durante los cuales Wister se sintió anonadado por el pensamiento de que no tenía nada que decirles a los hombres del espacio. Absolutamente nada.

El altavoz se llenó de extraños sonidos. Parásitos, desde luego. Débil y retorcida, oscilando a lo largo del borde de la audibilidad, una voz, dijo:

—Enwright al habla. Enwright al habla. ¿Está ahí, Charlie?

—Sí... —Huang miró a Wister a través de la caja—. Hable usted con él, Dick —murmuró.

—¿Estáis todos bien? —oyó Wister que alguien preguntaba con su garganta.

Recordó que tenía que esperar: dos segundos y medio mientras las ondas cruzaban la nada y regresaban. Casi medio millón de millas, con las perturbaciones atmosféricas y el efecto de Doppler y el seco siseo de las estrellas a lo largo del trayecto. La voz, débil, irreal, dijo:

—Sí, creo que sí, aunque Phil tiene una lesión en los tímpanos, al parecer. Fue una explosión espantosa. Apenas tuvimos tiempo de meternos en la cápsula y soltarla. Pero todo ha funcionado perfectamente. —Una vacilación—. Hasta ahora.

—¿Qué me dices del aire? ¿Y de la temperatura? ¿Y del control CO?

—Todavía estamos vivos —dijo Enwright secamente.

—Y nosotros... nosotros estamos ideando algo para bajaros de ahí. —Wister tuvo que tragar saliva un par de veces antes de continuar—: Estamos buscando un vehículo.

Silencio, de nuevo, hasta que otra voz dijo:

—Bruno al habla. No trates de consolarnos, Dick. Sabes perfectamente que no hay solución. Tú también eres un hombre del espacio.

*Lo fui*, pensó Wister.

—Lo mejor que puedes hacer es conseguir que la esposa de Cy y la novia de Phil se pongan al aparato —dijo Fellini—. Yo soy más afortunado que ellos. No tengo a nadie que vaya a sentirlo mucho.

*Y yo tenía a alguien que iba a sentirlo demasiado* —pensó Wister—. *De modo que tuve que abandonar el espacio, y ahora el sol calienta mi piel mientras te mata a ti. Yo he sido aún más afortunado. ¡Oh, sí!*

—Deja de dramatizar, Bruno —dijo Enwright, que, aquejado de sordera, no podía enterarse de nada—. En la base están haciendo todo lo que pueden. Son los gajes del oficio. Dick, ¿qué podemos hacer nosotros? Sé que estáis calculando nuestra órbita, pero, ¿hay algún dato más que pueda seros útil?

—No... no se me ocurre nada... ¿Qué es lo que veis a través de la mirilla? —preguntó Wister, como si las palabras pudieran alejar a la muerte.

—M-m-m... Estamos dando tumbos, de modo que las estrellas giran locamente. He cronometrado nuestra velocidad de rotación como de 2.3 r.p.m., aunque la precisión no permite obtener datos exactos. Mira, acabo de divisar la silueta de la Luna. Montañas como dientes, sombras que cruzan una llanura gris... ¡Santo cielo! ¡Qué desolación! Veo restos del naufragio casi en la misma órbita que nosotros. Un tanque doble..., sí, de aire comprimido, a juzgar por su color, que no puedo distinguir demasiado bien. El principal tanque de aire. Parece intacto. Pensándolo bien, tiene

que estarlo, ya que la presión del gas al salir le hubiera empujado hacia una órbita radicalmente distinta. El resto de la nave está esparcido por toda la inmensidad del espacio.

—¡Un momento! —dijo Wister—. Tenéis cable flexible, ¿no es cierto? De unas dos millas de longitud. ¿Por qué no sales al exterior y tratas de atar el cable a ese tanque, uniéndolo así a la cápsula?

—Supongo que podemos hacerlo. Aunque tendremos que esperar a encontrarnos en la otra cara de la Luna. Aquí hay una atmósfera muy cálida. Y no es que no podamos soportar el calor. Podríamos incluso aguantar unas cuantas horas la radiación en el exterior de esta cápsula, de acuerdo con lo que señala mi medidor. Pero, francamente, resultaría muy incómodo.

—Desde luego. Espera, pues, hasta que lleguéis a la otra cara.

—De todos modos, creo que sería un trabajo inútil. ¡No podemos aterrizar sobre un chorro de aire comprimido!

—¡Oh, no, no! Pero alargaríais vuestras posibilidades de respirar...

Se oyó la risa de Fellini.

—Tenemos aire suficiente para respirar hasta que el sol empiece a calentar de veras —dijo.

Las uñas de Wister se hundieron en las palmas de sus manos.

—Cualquier cosa puede ayudar —dijo—. No puedo imaginar cómo, en este caso. Probablemente será inútil. Pero no podéis permitir el lujo de renunciar a una posibilidad, por remota que parezca. —Salvajemente—: Estáis muertos, a menos que una de esas remotas posibilidades dé resultado.

—¡Dick! —exclamó Huang—. ¿Cómo se atreve...?

La voz fantasmal de Enwright dijo:

—Tiene razón, Charlie. Ataremos ese tanque en cuanto volvamos a estar en la otra cara de la Luna. Dentro de un par de horas lo llevaremos pegado a nosotros.

—El tanque modificará su órbita ligeramente. La masa total aumentará. En el momento del cambio... —Huang se encogió de hombros—. No importa. Podemos rehacer los cálculos. De acuerdo.

El altavoz zumbó y chisporroteó.

—¿Qué más desean saber? —preguntó Enwright.

—No se me ocurre nada —suspiró Huang.

—Entonces, cortaremos la comunicación..., es decir, hasta que podamos hablar con nuestras mujeres.

—Desde luego. Tan pronto como sea posible. Entretanto... ejem... ¿Les gustaría oír algo de música?

—No, gracias. No con esta recepción, ¿eh, Bruno?

—Yo la escucharía con gusto, si tuvieran algo de jazz clásico —dijo Fellini—. Nada de esas porquerías que tocan ahora, por supuesto.

—Bueno, creo que podré soportarla —dijo Enwright—, Gracias por todo, Tierra y

Apolo. *Au revoir*. Corto.

La voz se apagó. De repente, el altavoz dejó de chisporrotear.

Delarue entró en la oficina.

—Les hemos adaptado un monitor. ¿Quiere que me ocupe de esa música? En casa tengo un montón de discos de jazz clásico, Jelly Roll Morton, etcétera.

—De acuerdo —dijo Huang—. Hágalo. —Llamó a la sección de Mowitz—: ¿Harry? ¿Cómo va lo de la órbita?

—Estamos poniendo los datos en orden. Dentro de un cuarto de hora podré entregarle los primeros resultados.

—No corre prisa. Temo que tendrá usted que rehacer los cálculos. Van a atar una masa externa a la cápsula. Pero, continúe. —Huang desconectó el teléfono interior y se puso en pie—, ¿Puede usted manejar el fuerte unas horas? —preguntó.

—¿Yo? —inquirió Wister, desconcertado—. Supongo que sí. Pero. ¿Qué...?

—Alguien tiene que informar a esas mujeres y preparar una conexión en cadena.

Porque sabía que Huang estaba enterado de ello, Wister tuvo que decir:

—Soy amigo personal de todos esos hombres, Charlie. Puedo ocuparme de eso.

Su alivio fue evidente cuando Huang dijo:

—No. No tengo derecho a encargar a otros las misiones más difíciles. Y, de todos modos, a mí, que soy casi un extraño para ellas, me resultará más fácil decirlo. Y... —Huang hizo una pausa—, Usted está más calificado que yo para dirigir esta oficina en esta clase de situación. Yo no soy más que un hombre de órbitas.

Cuando se quedó solo, Wister se sentó y se quedó mirando a través de la ventana.

*De acuerdo —se dijo a sí mismo—. Y ahora, ¿qué?*

*Ahora, la muerte acecha, eso es todo —se respondió—. Será mejor que busque algún medio de transporte para que Florence pueda ir de compras. Tendré que quedarme aquí hasta que todo termine (¿Por qué no ha aprendido a conducir? No es muy fuerte, pero no está paralítica. ¿Será culpa mía? Tal vez debí mostrarme más duro con ella cuando... O tal vez no. ¿Cómo puedo saberlo? Ahora es demasiado tarde). Al diablo con los gastos. Estoy harto de mendigar favores a toda la vecindad. Dejaré que tome taxis. (Con mi sueldo, no tendría que preocuparme por los gastos, incluso sin cobrar el sobresueldo de vuelo. Pero las facturas del médico, y una mujer de faenas tres veces a la semana, y...). Déjate de lamentaciones. ¡Estás vivo al menos!*

En aquel momento zumbó el teléfono interior. La voz de Gail Jackman dijo:

—Mr. Garth llama desde Washington. ¿Puede usted tomar el mensaje?

—¡Desde luego! —dijo Wister—. ¿Oiga? Richard Wister al aparato. Mr. Huang ha salido y me ha dejado al frente de su oficina.

—Soy Tom Garth —dijo el enlace de la NASA con el Departamento de Estado—. Recibimos ya la respuesta de Moscú.

—¿Sí? ¿Pueden...?

—No. Lo siento. He hablado con el propio Karpovitch. Dice que pueden preparar



una nave tipo *Gagarin* en el plazo de una semana, pero le contesté que para entonces ya no nos sería útil. ¿Hice bien?

—Uh-huh. Nosotros podríamos solucionarlo antes.

—Entonces, ¿no hay ninguna esperanza?

—Estamos tratando de encontrar alguna solución.

—Sería mejor convocar una conferencia. Aquí hemos tenido una reunión muy tempestuosa, y, desde luego, este asunto no va a favorecernos nada, desde el punto de vista de la propaganda.

Wister se sintió incapaz de seguirle en aquel terreno empedrado de tópicos.

—Voy a colgar —dijo—. Tenemos muchísimo trabajo aquí, ¿sabe? Gracias por llamar. Hasta la vista.

Soltó el receptor de golpe.

Su úlcera empezó a fastidiarle. Pulsó el botón del teléfono interior.

—Gail, ¿puede encargarse unas galletas y un poco de leche para mí?

—Sí, con mucho gusto —dijo la secretaria de Huang.

—Uh... encargue también algo para usted, si quiere. Me atrevería a afirmar que no ha tenido usted tiempo de desayunarse, tampoco. Sinceramente, me gustaría poder hablar con alguien. Me ayudaría a olvidar por unos instantes lo inútil que soy.

—Comprendo —dijo Gail amablemente—. Enviaré en seguida a uno de los muchachos. La cafetería de Tam debe de estar abierta ya.

Wister esperó, rumiando su vacío interior y exterior, hasta que entró Gail con una bandeja. Entonces, su corazón se animó un poco. Gail era bonita: no espectacular, pero sí agradable a la vista, inteligente, alegre y soltera. A veces, Wister había deseado insinuarse con ella. Pero, puesto que Gail sabía que estaba casado, nunca había sabido cómo iniciar el ataque. Mientras ella colocaba el desayuno sobre el escritorio, con la luz del sol dorando sus sedosos cabellos, Wister se preguntó si la intimidad de este momento, quizás... No, tenía que pensar únicamente en Cy, en Phil y en Bruno. No obstante, la invitó a sentarse con la más galante de sus sonrisas, y Gail se la devolvió.

—Gracias, Sir Walter —dijo.

—Raleigh, es un gran placer para mí. —La amargura surgió en él—. Perdóneme. Sé que me estoy portando como un estudiante. Pero, ¿qué podemos hacer?

Gail le miró con el rostro muy serio.

—Esto le ha afectado mucho, ¿verdad?

—Sí —respondió Wister, con absoluta sinceridad, pero dándose cuenta de las posibilidades dramáticas de su papel—. ¿Acaso no sentimos todos lo mismo?

Gail sacudió la cabeza.

—Usted es un hombre. Pero una mujer piensa de un modo distinto. ¡Oh! Desde luego que les compadezco, pero en el fondo de mi corazón doy gracias a Dios porque ninguno de esos hombres es el mío.

Wister se bebió la leche de un trago.

—No me juzgue equivocadamente —dijo—. No soy un héroe ni nada por el estilo. Pero, daría... daría un ojo o una mano a cambio de una posibilidad de salvarles.

—Creo que lo dice usted en sentido literal —murmuró Gail.

—En efecto. —No pudo permanecer en su silla, se puso en pie, se acercó a la ventana y alzó la mirada hacia las inmensidades celestes—. Lo que hace que la cosa resulte especialmente dura para mí es el hecho de haber sido piloto espacial. Sé lo que esto significa para ellos. Un calor sofocante, cada vez que el sol choca contra la cápsula. Las ropas pegadas al cuerpo a causa del sudor, que se introduce en los ojos y escuece, sin que exista de posibilidad de frotárselos. El cuerpo se llena de picores, y uno no puede rascarse. El incesante traqueteo de la cápsula produce mareos y náuseas. Y todo esto va quebrantando las defensas mentales. Los instintos de un animal cogido en una trampa se hacen cada vez más imperiosos. Sentado allí, esperando que el sol le achicharre a uno... —Se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Perdóneme.

—Continúe —dijo Gail. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Por otra parte —dijo Wister—, puedo imaginarme a mí mismo acudiendo en su rescate. Pilotar es una cosa más cerebral, desde luego. Pulsar un botón, apretar una palanca, fijar un volante; un problema de matemáticas, en realidad, que nos mantiene demasiado ocupados para sentirnos asustados o incómodos. *Haciendo* algo, en vez de...

Se interrumpió. Durante un largo espacio de tiempo permaneció completamente inmóvil y en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó finalmente Gail, desconcertada.

Wister se volvió en redondo. Sus ojos la miraron sin verla. Habló como si se dirigiera a una persona desconocida.

—Póngame en comunicación con Ginebra.

—Pero...

—Con Mr. Jansen, en Ginebra. Es el jefe de los programas espaciales de la Euratom. Quiero hablar con él.

Wister abrió un cajón del escritorio y sacó unos manuales y la regla de cálculo de Huang. Se sentó. Había olvidado que Gail existía.

Wister soltó los controles. Había llegado al límite de sus fuerzas. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo de la silla, sin darse cuenta de que la oficina se había llenado de gente que gritaba, muy excitada.

Gail Jackman dejó caer la toalla con la cual había secado el rostro de Wister mientras trabajaba. Estaba empapada. Gail se sentó en el suelo, cogiéndose las rodillas con las manos, y estalló en sollozos.

Huang se abrió paso entre la multitud con una botella de whisky en la mano. Wister bebió ávidamente. Se sintió algo reanimado. Se puso rápidamente en pie, se inclinó sobre Gail y palmeó su hombro.

—Vamos, vamos, ya está todo solucionado —susurró.

—Lo siento —murmuró Gail—. Todo ha sido tan... ¿Cómo lo conseguí? Oí que no había suficiente combustible para hacerlo. No pude comprender lo que estaba intentando, pero no había tiempo para preguntar... Estaba usted sentado de un modo..., alguien tenía que...

Wister parpadeó.

—¡Oh! —Había demasiada gente a su alrededor—. Pura suerte. El enorme tanque de aire comprimido. Masa casi igual a los hombres más la cápsula. Aquel gas muy expansivo, calentado por el sol, tenía que ser capaz de matar la mayor parte de la velocidad orbital del satélite. En una vuelta de cuatro horas alrededor de la Luna, representaba unos... alrededor de ocho décimas de milla por segundo. Lo cual es más del 50 por ciento de la velocidad de escape, o el 35 por ciento de la velocidad a desarrollar para un aterrizaje seguro. Eliminando ese 35 por ciento de esfuerzo, tenía que haber combustible suficiente para manejar una masa complementaria igual al 20 por ciento de la masa inicial, teniendo en cuenta las necesarias maniobras adicionales. ¿No es cierto? Lo dicho: pura suerte.

Wister se incorporó y salió de la oficina. Huang iba delante de él, abriéndole paso.

—¿Puedo solicitar unos días de descanso? —inquirió Wister, cuando estuvieron solos en el vestíbulo.

—Tómese un mes, si quiere. Buscaré a alguien que le lleve a su casa. —Huang se estremeció—. Estoy demasiado impresionado para hacerlo yo mismo.

Alguien había colgado la americana de Wister en su oficina. Cuando entraba a recogerla, sonó el teléfono. Wister descolgó el receptor. La voz de Florence dijo:

—¿Dick? He estado tratando y tratando de ponerme en comunicación contigo. ¿Marcha todo bien?

—Sí —dijo Wister.

—Estupendo —dijo Florence cortésmente—. Querido, lo siento mucho, pero no he oído el despertador. ¿Recuerdas que dejaste una nota diciéndome que acompañara a Jim a la escuela? Bueno, me quedé dormida, y al despertarme me sentía tan...

—No importa —dijo Wister—. Dentro de unos momentos estaré en casa.

# Fin del capítulo

Poul Anderson

## I

—No —dijo el anciano.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo Jorun—. No te das cuenta de lo que significa.

El anciano, Kormt de Huerdar, hijo de Gerlaug, y portavoz del distrito de Solis, sacudió la cabeza hasta que los largos y enmarañados rizos se arremolinaron alrededor de sus anchos hombros.

—Lo he pensado bien —dijo. Su voz era profunda, lenta e implacable—. Me diste cinco años para pensarlo. Y mi respuesta es no.

Jorun experimentó una sensación de agotamiento. Llevaba días enteros, semanas, intentándolo, y era como tratar de derribar una montaña. Uno golpea sus flancos rocosos hasta que sus manos quedan ensangrentadas, y la montaña sigue en pie, reflejando la luz del sol en sus picos nevados, ofreciendo al beso de la brisa las copas de los árboles de sus laderas, sin darse cuenta de que uno está allí. Uno es un leve susurro, y la montaña es eterna.

—No lo has pensado bien —dijo, con una rudeza hija de su propio cansancio—. Reaccionas instintivamente a un símbolo muerto. La tuya ni siquiera es una reacción humana, es un reflejo verbal.

Los ojos de Kormt, rodeados de patas de gallo, permanecieron serenos e impávidos bajo las pobladas cejas grises. El anciano sonrió levemente detrás de su larga barba, pero no respondió. ¿Había dejado sencillamente que el insulto resbalara por encima de él, o no lo había comprendido? Era inútil hablar con aquellos campesinos; les separaban demasiados milenios, y uno no podía cruzar aquel golfo.

—Bien —dijo Jorun—, las naves estarán aquí mañana o pasado mañana, y se tardará otro par de días en embarcar a toda tu gente. Dispones de todo ese tiempo para decidir, pero después será demasiado tarde. Piénsalo, te lo ruego. En cuanto a mí, estaré demasiado ocupado para seguir discutiendo.

—Eres un hombre bueno —dijo Kormt—, y sabio, a tu modo. Pero estás ciego. Dentro de ti hay algo muerto.

Agitó una mano grande y nudosa.

—Mira a tu alrededor, Jorun de Fulkhis. Esto es la *Tierra*. Éste es el antiguo hogar de todo el género humano. No puedes marcharte y olvidarlo. El hombre no

puede hacerlo. Está en él, en su sangre, en sus huesos y en su alma; llevará la Tierra en su interior para siempre.

Los ojos de Jorun recorrieron el arco trazado por la mano. Se encontraba en las afueras del pueblo. Detrás de él estaban las casas: bajas, blancas, en su mayor parte de madera con tejados de bálago o de ladrillo rojo, con sus humeantes chimeneas; las calles estrechas y tortuosas. Oyó el ruido de las norias al girar, los gritos de los chiquillos que jugaban. Más allá había árboles y las increíbles paredes derruidas de Sol City. Delante de él, las boscosas colinas se interrumpían y un suave paisaje se deslizaba hacia el lejano cabrilleo del mar: dispersas casas de labor, ganado amodorrado, carreteras con firmes de grava, cercas de mármol y granito antiguos, todo dormitando bajo el sol.

Jorun aspiró profundamente. El aire era picante, olía a hojas fermentadas, a tierra labrada recocida por el calor, a árboles y jardines veraniegos, a mar, a sal y a pescado. Pensó que no había dos planetas que olieran igual, y que ninguno tenía un olor tan penetrante como el de la Tierra.

—Éste es un mundo hermoso —dijo lentamente.

—Es el único —dijo Kormt—. El hombre procede de aquí; y al final tendrá que regresar aquí.

—Me pregunto... —Jorun suspiró—. Mírame: ni un solo átomo de mi cuerpo procedía de este suelo cuando aterricé. Mi pueblo ha vivido en Fulkhis desde hace siglos, y cambió para adaptarse a sus condiciones. Mi pueblo no sería feliz en la Tierra.

—Los átomos no son nada —dijo Kormt—. Lo que importa es la forma, y ésta te fue dada por la Tierra.

Jorun le contempló unos instantes en silencio. Kormt era como la mayoría de los diez millones de personas de este planeta: una gente morena, robusta, aunque había más rubios y pelirrojos allí que en el resto de la Galaxia, era viejo, tratándose de un primitivo que no había sido sometido a los cuidados de la ciencia médica, debía de tener casi doscientos años pero su espalda era recta y su paso firme. Jorun estaba a punto de cumplir su milésimo aniversario, pero no podía evitar el sentirse como un chiquillo en presencia de Kormt.

Aquello no tenía sentido. Los escasos moradores de la Tierra eran una raza atrasada y empobrecida de campesinos y artesanos; eran ignorantes y desgraciados; habían permanecido estáticos durante más de mil años, que se supiera. ¿Qué podían decirle a la antigua y poderosa civilización que casi había olvidado su pequeño planeta?

Kormt contempló el sol, en pleno descenso.

—Tengo que marcharme —dijo—. Debo terminar las tareas del día. Si deseas verme, esta noche estaré en el pueblo.

—Probablemente iré —dijo Jorun—. Queda mucho trabajo por hacer, preparando la evacuación, y tú puedes ayudarme mucho.

El anciano se inclinó cortésmente, dio media vuelta y se alejó. Llevaba el traje corriente de los hombres de la Tierra, tan arcaico en su estilo como en la clase del tejido: sombrero, americana, pantalones sueltos, un largo cayado en la mano. Contrastando con el azul oscuro del vestido de Kormt, la túnica de brillantes matices arco iris de Jorun era como una llama.

El psicotécnico suspiró de nuevo, contemplando alejarse al anciano. Simpatizaba con él. Sería criminal dejarle aquí, solo, pero la ley prohibía el uso de la fuerza — física o mental—, y al Integrador de Corazuno le tendría sin cuidado que un viejo se quedara. Lo importante era sacar a la raza de la Tierra.

*Un mundo encantador.* Las facciones delgadas y móviles de Jorun, de piel pálida y ojos grandes, giraron a su alrededor. *Un mundo encantador, del cual procedemos.*

En la Galaxia había planetas más bellos: el mundo oceánico color añil de Loa, enjovado de islas; las montañas de Sharang, que desafiarían al cielo; el firmamento de Jareb, que parecía irradiar luz... ¡Oh! Tantos y tantos... Pero sólo había una Tierra.

Jorun recordaba su primera visión de este mundo, colgando libre en el espacio, tal como lo había contemplado después del penoso viaje de diez días invertidos en recorrer los treinta mil años luz que lo separaban de Corazuno. Había aparecido ante sus ojos intensamente azul, un disco color turquesa matizado con los verdes intensos de sus tierras y un brillante halo de aurora en sus polos. Los cinturones que rayaban su rostro y empañaban los continentes eran nubes, viento, agua, y la cortina gris de la lluvia, como una bendición del cielo. Más allá del planeta colgaba su luna, un globo dorado lleno de costurones, y Jorun se había preguntado cuántas generaciones de hombres habían alzado sus ojos hacia ella, o contemplado su luz como un puente roto a través de las aguas en movimiento. Para Jorun, que llegaba del centro Galáctico y su innumerable cortejo de soles, éste era el borde exterior donde las estrellas se diluían en la espantosa inmensidad. Se había estremecido ligeramente, envolviéndose un poco más en la capa de aire cálido. Con un movimiento convulsivo. El silencio resonaba en su cabeza. Luego enfiló hacia el polo norte, lugar de cita con su grupo.

*Bueno, pensó ahora, nos queda una tarea rutinaria. La primera expedición, llegada hace cinco años, preparó a los indígenas para el hecho de su evacuación, nuestro grupo sólo tiene que organizar a esos dóciles campesinos para que embarquen a tiempo en las naves.*

Sin embargo, Jorun estaba cansado. Deseaba terminar el trabajo y regresar a casa.

¿Lo deseaba, realmente?

Pensó en el vuelo con Zarek, su compañero, desde el lugar de la cita hasta esta zona que les había sido asignada. Llanuras como océanos de hierba, ondulados por el viento, moteadas por los rebaños de animales salvajes que se movían con un rumor de trueno; bosques, centenares de kilómetros de antiguos y poderosos árboles, ríos que los atravesaban como una larga cinta de acero; lagos donde saltaban los peces; sombras de nubes cruzando rápidamente el paisaje... Incluso sin la presencia del

hombre, todo tenía una vitalidad casi temible a los ojos de Jorun. Su propio mundo de páramos y riscos y oscuros océanos resultaba mezquino comparado con éste; aquí, la vida cubría la tierra, llenaba los océanos y hacía estruendosos los cielos a su alrededor. Se preguntó si la energía que impulsaba al hombre, la fuerza que le había levantado hasta las estrellas, convirtiéndole en semidiós y en semidiablo, era un legado de la Tierra.

Bueno..., el hombre había cambiado; a través de millares de años, la adaptación natural y controlada le había adecuado a los mundos que había colonizado, y la mayoría de sus numerosas razas no se sentirían ahora como en su verdadero hogar aquí. Jorun pensó en su propio grupo: en el rechoncho Culi, de piel ambarina, procedente de un mundo tropical, quejándose amargamente del frío y de la sequedad; en el joven Cluthe, de cuerpo ganglioso y pecho abultado; en el sofisticado Taliuvenna... No, para ellos la Tierra era solamente un planeta más, uno de los millares de planetas que habían visto en sus largas vidas.

*Y yo soy un tonto sentimental.*

## II

Podía haber eliminado la vaga sensación de pesar de su adiestrado sistema nervioso, pero no quiso hacerlo. Ésta era la última vez que unos ojos humanos contemplarían la Tierra, y Jorun tenía la impresión de que el viaje sería para él algo más que la simple realización de otra tarea psicotécnica.

—Hola, buen señor.

Se volvió al oír la voz, y obligó a sus cansados labios a una sonrisa amistosa.

—Hola, Julith —dijo.

Era una política prudente aprender los nombres de los habitantes del pueblo, y la muchacha era una tataranieta del Portavoz.

Tenía trece o catorce años, un pecoso rostro infantil con una tímida sonrisa, y unos grandes ojos verdes, había cierta gracia en ella, y parecía más imaginativa que la mayoría de los de su estólida raza.

—¿Estás ocupado, buen señor? —preguntó la muchacha.

—Bueno, no mucho —dijo Jorun. Se alegraba de tener una oportunidad de hablar con alguien; esto acallaba sus pensamientos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba... —La muchacha vaciló, y luego, apresuradamente—: Me preguntaba si podrías llevarme en un vuelo hasta la playa. Sólo para un par de horas. Está demasiado lejos para ir andando. Si no fuera mucha molestia para ti...

—¡Hum! ¿No tendrías que estar en casa a estas horas? ¿No tienes que ordeñar, o hacer algo por el estilo?

—¡Oh! No vivo en una granja, buen señor. Mi padre es panadero.

—Sí, lo sé. Lo habla olvidado. —Jorun meditó unos instantes. En el pueblo quedaba mucho trabajo por hacer, y no estaría bien que se marchara, dejando a Zarek

solo— ¿Por qué quieres ir a la playa, Julith?

—Hemos estado muy ocupados empaquetando las cosas —dijo la muchacha—. Creo que nos marchamos mañana. Ésta es mi última oportunidad para verla.

Jorun se mordió el labio inferior.

—De acuerdo —dijo—. Te llevaré.

—Eres muy amable, buen señor —dijo la muchacha en tono grave.

Jorun no respondió; se limitó a extender un brazo, y la muchacha se agarró a él con una mano, en tanto que con la otra se aferraba a su cintura. El generador instalado en el interior del cráneo de Jorun respondió a su voluntad, elevándose del suelo y haciéndole avanzar a través del espacio físico. Volaban con tanta lentitud, que Jorun no tuvo que levantar una pantalla contra el viento.

—¿Podremos volar nosotros así cuando llegemos a las estrellas? —preguntó la muchacha.

—Temo que no, Julith —dijo Jorun—. Verás, la gente de mi pueblo nace con esta facultad. Hace miles de años, los hombres aprendieron a controlar las grandes fuerzas básicas del cosmos con una pequeña cantidad de energía. Finalmente, utilizaron la mutación artificial, es decir, se transformaron a sí mismos, lentamente, a través de muchas generaciones, hasta que sus cerebros desarrollaron un nuevo miembro capaz de generar la energía necesaria para controlar aquellas fuerzas. Ahora, gracias a esa energía, podemos volar incluso entre las estrellas. Pero tu pueblo no posee ese cerebro, de modo que tuvimos que construir naves espaciales para sacarlos de aquí.

—Ya entiendo —dijo la muchacha.

—Tus tataranietos pueden ser como nosotros, si tu pueblo desea someterse a la transformación —dijo Jorun.

—Hasta ahora no quisieron cambiar —respondió Julith—. Y no creo que quieran hacerlo—, ni siquiera en su nuevo hogar.

En su voz no había amargura; era una aceptación de los hechos.

En su interior, Jorun puso en duda la afirmación de la muchacha. La impresión física de su trasplante a otro mundo contribuiría a destruir las antiguas tradiciones de los terráqueos; no transcurrirían muchos siglos sin que quedaran culturalmente asimilados por la civilización galáctica.

Asimilados: un bonito eufemismo. ¿Por qué no decir simplemente tragados?

Aterrizaron en la playa. Era ancha y blanca, extendiéndose en dunas desde los campos de hierba rala hasta las rocas contra las cuales se estrellaban mansamente las olas. El sol estaba muy bajo en el horizonte, llenando de reflejos dorados el húmedo aire. Jorun podía mirar casi directamente su enorme disco.

Se sentó, la arena crujió levemente debajo de él, y el viento alborotó sus cabellos y llenó sus fosas nasales con su punzante olor. Jorun recogió un caracol y le dio vueltas entre sus dedos, maravillándose ante su complicada arquitectura.

—Si lo aplicas a tu oído —dijo Julith— podrás oír al mar.

Su voz infantil tenía una extraña ternura al pronunciar las ásperas sílabas del



lenguaje terrestre.

Jorun asintió y atendió su sugerencia. Era sólo el pequeño latido de la sangre en su interior: lo mismo que se oía en el gran silencio hueco del espacio. Pero el caracol resonaba con el canto de las inmensidades en eterno movimiento, del viento y de la espuma, de las olas avanzando bajo la luna...

—Yo tengo dos —dijo Julith—. Me los llevaré, a fin de poder recordar siempre esta playa. Y mis hijos y sus hijos los tendrán, también, y oirán hablar a nuestro mar. —Dobló los dedos de Jorun alrededor del caracol—. Toma, guárdate éste para ti.

—Gracias —dijo Jorun—. Lo haré.

—¿Hay océanos en nuestro nuevo planeta? —preguntó Julith.

—Sí —respondió Jorun—. Es el mundo más parecido a la Tierra que pudimos encontrar y que no estuviera ya habitado. Allí serás feliz.

Pero los árboles y la hierba, el suelo y sus frutos, los animales del campo y las aves del aire y los peces del agua, forma y color, olor y sonido, sabor y textura, todo es distinto. La diferencia es pequeña, sutil, pero representa un abismo de dos mil millones de años de evolución independiente, y ningún otro mundo puede ser completamente igual a la Tierra.

Julith le miró fijamente con ojos solemnes.

—¿Teme tu gente a los Hulduvianos? —preguntó.

—No —respondió Jorun—. Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué vais a entregarles la Tierra?

Era una simple pregunta, pero la voz de la muchacha temblaba un poco.

—Creí que todo tu pueblo comprendía ya el motivo —dijo Jorun—. La civilización —la civilización del hombre y de sus aliados no-humanos— ha avanzado hacia adentro, hacia los grandes racimos de estrellas del centro galáctico. Esta parte del espacio no significa ya nada para nosotros; es casi un desierto. Los hulduvianos no son como nosotros; constituyen otra civilización; viven en grandes mundos ponzoñosos, como Júpiter y Saturno. Creo que parecerían unos monstruos encantadores, si no fuera porque son tan distintos a nosotros que ninguna de las partes puede comprender realmente a la otra. Utilizan también las energías cósmicas, pero de un modo distinto... y su conducta se opone a la nuestra, del mismo modo que la nuestra se opone a la suya. Cerebros diferentes, ¿comprendes?

»En consecuencia, se llegó a la conclusión de que las dos civilizaciones marcharían mejor permaneciendo separada una de otra. Si se repartían la Galaxia, no se producirían interferencias entre ellas; habría demasiada distancia entre ambas civilizaciones. Los hulduvianos, en realidad, se mostraron muy complacientes. Accedieron a ocupar el borde exterior, a pesar de que en él hay pocas estrellas, dejándonos el centro.

»El acuerdo nos obliga a evacuar a todos los hombres y seres humanoides de su territorio antes de que ellos vengan a ocuparlos, del mismo modo que ellos han evacuado los nuestros. Sus colonizadores no llegarán de Júpiter y de Saturno hasta

dentro de unos siglos; pero incluso así hemos tenido que limpiar ahora el Sector Sirio, ya que queda mucho trabajo a realizar en otras partes. Afortunadamente, en esta zona del espacio vive muy poca gente. El Sector Sirio ha sido una región aislada y primi... ejem... tranquila desde que cayó el Primer Imperio, hace cincuenta mil años.

Julith alzó ligeramente la voz.

—Pero, aquella gente somos *nosotros*...

—Y la gente de Alfa Centauro, y de Proción, y de Sirio, y... ¡Oh! De otros centenares de estrellas. Sin embargo, todos juntos no sois más que una diminuta gota en medio de los cuatrillones de la Galaxia. ¿Comprendes, Julith, la necesidad del traslado para bien de todos?

—Sí —respondió la muchacha—. Sí, lo sé.

Se puso en pie.

—Vamos a nadar un poco —dijo.

Jorun sonrió y sacudió la cabeza.

—No, te esperaré aquí para llevarte al pueblo, si quieres.

Julith asintió y corrió a ocultarse detrás de una duna para ponerse el traje de baño. Los terráneos hablan declarado tabú a la desnudez, a pesar del suave clima interglacial; típica irracionalidad primitiva. Jorun se tumbó en la arena, doblando los brazos detrás de su cabeza, y contempló el cielo que empezaba a oscurecerse con las primeras sombras del crepúsculo. La estrella vespertina parpadeaba a lo lejos, blanca en el borroso horizonte azul. ¿Era Venus... o Mercurio? No estaba seguro. Le hubiera gustado saber algo más acerca de la historia del Sistema Solar, de los primeros hombres que pilotaron sus estruendosos cohetes para ir a morir en mundos desconocidos, de las primeras etapas en la ruta hacia las estrellas. Podía encontrarlo en los archivos de Corozano, pero sabía que nunca lo haría. Demasiadas cosas que hacer, demasiadas cosas que recordar... Probablemente, menos del uno por ciento del género humano sabía dónde se encontraba la Tierra... aunque hubo una época en que fue un centro turístico muy importante. Pero de eso hacía ya treinta mil años.

Debido a que este mundo, entre tantos millones, tenía determinadas características físicas, pensé, mi raza ha conseguido imponer unas normas generales. Nuestras unidades básicas de longitud, tiempo y aceleración, las comparaciones mediante las cuales clasificamos los innumerables planetas de la Galaxia, tuvieron su origen en la Tierra. Llevamos el callado recuerdo de nuestro lugar de nacimiento en toda nuestra civilización, y lo llevaremos siempre. Pero, ¿nos ha dado la Tierra algo más que eso? Nuestros cuerpos, nuestras mentes y nuestros sueños, ¿son también hijos de la Tierra?

Ahora estaba pensando cómo Kormt, el testarudo anciano que se aferraba tan ciegamente a esta tierra, simplemente porque era la suya. Cuando se pensaba en todas las razas que andaban sobre los pies... ¡Cuán numerosas eran, cuántas clases de hombres había entre las estrellas! Y, sin embargo, todos ellos andaban erguidos; todos tenían dos ojos, y una nariz entre los ojos, y una boca debajo; todos ellos eran células

de aquella grandiosa y antigua cultura que había empezado aquí, con el primer hombre velludo que encendió un fuego para protegerse del frío y de los peligros nocturnos. Si la Tierra no hubiera tenido oscuridad y frío y animales de presa, oxígeno, celulosa y pedernal, aquella cultura no hubiera llegado a desarrollarse, probablemente.

*Estoy razonando de un modo ilógico. El cansancio y los nervios... el control psicomático que empieza a fallar. Ahora, la Tierra se está convirtiendo para mí en algún oscuro símbolo materno.*

*¿O lo ha sido siempre, para toda nuestra raza?*

Una gaviota graznó por encima de su cabeza y se perdió de vista.

El sol empezaba a hundirse en el horizonte. Julith se acercó corriendo, su rostro casi invisible en la semioscuridad. Respiraba agitadamente, y Jorun no pudo decir si el estremecimiento de su voz era risa o llanto.

—Será mejor que regresemos a casa —dijo la muchacha.

### III

Emprendieron el vuelo de regreso, lentamente. El pueblo era un amarillo parpadeo de luces, brillando cálidamente a través de las ventanas. Jorun dejó a la muchacha a la puerta de su casa.

—Gracias, buen señor —dijo Julith, cortésmente—. ¿No quieres entrar a cenar?

—Bueno...

La puerta se abrió. La luminosa túnica de Jorun le convertía en una antorcha en medio de la oscuridad.

—Es el hombre de las estrellas —dijo una voz de mujer.

—He llevado a tu hija hasta la playa —explicó Jorun—. Espero que no te moleste.

—Y si nos molestara, ¿qué sacaríamos con ello? —gruñó otra voz. Jorun reconoció a Kormt; el anciano debió acudir como huésped a la casa de su nieto desde su granja de las afueras—. ¿Qué podríamos hacer?

—Vamos, abuelo, ése no es modo de hablarle al caballero —dijo la mujer—. Ha sido muy amable. ¿Cenará usted con nosotros, buen señor?

Jorun rehusó dos veces, por si la invitación era un simple acto de cortesía, y luego aceptó encantado. Estaba cansado de la comida que le servían en la posada donde Zorek y él se hospedaban.

—Gracias.

Entró en la casa, inclinándose al cruzar el umbral, demasiado bajo para su estatura. Una sola habitación hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar; unas puertas conducían a los dormitorios. Estaba amueblada con una rústica elegancia: alfombras de pieles, entabladuras de encina, columnas labradas, relucientes objetos de cobre trabajado a mano. Un reloj de radio, increíblemente antiguo a juzgar por su

aspecto, descansaba sobre la repisa de la chimenea, sobre de un crepitante fuego; encima de él colgaba una escopeta de carga química, evidentemente de manufactura local. Los padres de Julith, una silenciosa pareja de campesinos, le acompañaron hasta un extremo de la mesa de madera, mientras media docena de chiquillos le contemplaban con los ojos muy abiertos. Los niños eran los únicos terráqueos que parecían considerar el traslado como una emocionante aventura.

La comida era buena y abundante: carne, verduras, pan, leche, helado, café, todo procedente de las granjas de aquellos alrededores. No había mucho comercio entre los pocos millares de comunidades de la Tierra; prácticamente todas se bastaban a sí mismas. Comieron en silencio, como era costumbre. Cuando hubieron terminado, Jorun deseó marcharse, pero le pareció descortés hacerlo inmediatamente. Acercó una silla al hogar y se sentó delante del fuego, enfrente de la silla ocupada por Kormt.

El anciano sacó una vieja pipa y empezó a fumar. Su rostro quedaba oculto en la sombra, y sólo sus ojos eran visibles.

—Pronto voy a bajar contigo al Ayuntamiento —dijo—. Supongo que es allí donde va a efectuarse el trabajo.

—Sí —dijo Jorun—. Puedo relevar a Zarek. Y le agradezco que me acompañe. Tu influencia es muy grande entre esa gente.

—Tiene que ser serio —dijo Kormt—. He sido su Portavoz desde hace un centenar de años, aproximadamente. Y mi padre Gerlaug lo fue antes que yo, y su padre Kormt lo fue antes que él... —contempló unos instantes en silencio a Jorun, a través de sus enmarañadas cejas—. ¿Quién fue tu bisabuelo?

—Lo ignoro. Supongo que estará vivo en alguna parte, pero...

—Lo que imaginaba. Ni matrimonio, ni familia, ni hogar, ni tradición. —Kormt sacudió lentamente su maciza cabeza—. ¡Compadezco a los galácticos!

—Por favor... —El anciano podía mostrarse tan enojoso como un calculador averiado—. Tenemos archivos que se remontan a una época anterior a la salida del hombre de este planeta. Archivos de todo. Sois vosotros los que habéis olvidado.

Kormt sonrió y expelió una nube de humo azulado.

—No me refería a eso.

—¿Quiere usted decir que cree que es bueno para los hombres vivir una existencia sin cambios, monótonamente igual de siglo en siglo..., sin nuevos sueños, sin nuevos triunfos, siempre con la misma rutina? No estoy de acuerdo.

La mente de Jorun se sumergió en la historia, tratando de valorar las motivaciones básicas de su adversario. Tenían que ser parcialmente culturales, parcialmente biológicas. En una época determinada, la Tierra había sido el centro del universo civilizado. Pero la emigración hacia las estrellas, especialmente intensa después de la caída del Primer Imperio, arrastró a los elementos más aventureros de la población. La sangría duró millares de años. La Tierra había quedado empobrecida, y no había en ella nada que atrajera a un joven o a una muchacha dotados de vitalidad y de imaginación..., sabiendo que podían ir hacia el centro galáctico y unirse a la nueva

civilización que se estaba edificando allí. El tráfico espacial se hizo cada vez menos intenso; las viejas máquinas se enmohecieron y no fueron reemplazadas; era mejor marcharse cuando todavía se estaba a tiempo.

Eventualmente, se creó un determinado tipo psicossomático, un tipo que vivía apegado a la tierra en comunidades aisladas y primitivas y se contentaba con atender a sus necesidades elementales con el trabajo de sus manos, y la ayuda de un caballo o de un ocasional motor en mal uso. Así nació una cultura retrógrada, que aumentó aquella rigidez. Los pocos que habían visitado la Tierra durante los últimos milenios —tal vez un visitante cada siglo, deteniéndose brevemente de camino hacia otra parte— descubrieron que allí no había ningún reto con que enfrentarse, ni ningún estímulo. Los terráqueos no querían más gente, más máquinas, más nada; lo único que deseaban era continuar como estaban.

No podía decirse que se habían estancado. Su vida era demasiado saludable, su civilización demasiado rica a su modo: arte popular, música popular, ceremonial, religión, la intimidad de la vida familiar que los galácticos habían perdido... Pero, para alguien que volaba entre las estrellas, era una existencia sin alicientes.

La voz de Kormt interrumpió sus pensamientos.

—Sueños, triunfos, trabajo, proezas, amor, vida... y finalmente muerte —dijo el anciano—. ¿Por qué tenemos que cambiar todo eso? Son cosas que nunca envejecen; para cada niño que nace son nuevas.

—Bueno... —empezó Jorun, pero se interrumpió. En realidad, no podía contestarse a aquella clase de lógica. Y no era un problema de lógica, sino algo más profundo—. Bueno —continuó—, como ya sabes, esta evacuación nos fue impuesta también a nosotros. No deseábamos efectuar este traslado, pero nos vimos obligados a él.

—¡Oh, si! —dijo Kormt—. Habéis sido muy amables. Hubiera sido más fácil para vosotros, hasta cierto punto, venir aquí con fuego, cañones y cadenas para nosotros, como hicieron los bárbaros hace muchísimo tiempo, entonces quizás hubiéramos podido comprendernos.

—En el mejor de los casos —dijo Jorun—, será duro para tu pueblo. Recibirá una fuerte impresión, y necesitará jefes que le guíen a través de ella. Tienes la obligación de continuar ayudándoles allí.

—Tal vez —Kormt envió una serie de anillos de humo en dirección al más joven de sus descendientes, un niño de tres años, que trataba de encaramarse a sus rodillas—. Pero conseguirán superar esa impresión.

—No parece darte cuenta de que eres *el último hombre sobre la Tierra* que se niega a marcharse —dijo Jorun—. Te quedarás sólo. ¡Para el resto de tu vida! No podremos regresar a buscarte bajo ninguna circunstancia, porque las colonias de hulduvianos se habrán establecido entre la Tierra y Sagitario y nuestro paso constituiría una violación de lo pactado. ¡Te quedarás solo!

Kormt se encogió de hombros.

—Soy demasiado viejo para cambiar de costumbres; y, de todos modos, no me quedan muchos años de vida. Podré vivir perfectamente, con las reservas de alimentos que quedarán aquí. —Alborotó los cabellos del niño, pero su rostro se contrajo en una mueca de cansancio—. Y ahora no hablemos más de esto, por favor. Estoy fatigado de este debate.

Jorun asintió y permaneció silencioso, como los demás, Los terráqueos se pasaban a veces horas enteras sentados, sin hablar, limitándose a gozar de la mutua presencia. Jorun pensó en Kormt, hijo de Gerlaug, el último hombre sobre la Tierra, completamente solo, viviendo solo y muriendo solo. Y, sin embargo, reflexionó, ¿acaso aquella soledad era mayor que la que soportaban todos los hombres durante todos sus días?

Súbitamente, el Portavoz dejó al chiquillo en el suelo, apagó su pipa y se puso en pie.

—Vamos —dijo, cogiendo su cayado.

Caminaron uno al lado del otro por la calle, bajo la macilenta luz de los faroles, pasando ante las amarillas ventanas. Sus pasos resonaban extrañamente en las losas de la acera. De cuando en cuando se cruzaban con alguien, una vaga figura que se inclinaba ante Korint. Sólo una persona no se dio cuenta de su presencia, una anciana que andaba llorando entre las altas paredes.

—Dicen que en vuestros mundos no es nunca de noche —dijo Kormt.

Jorun le miró de soslayo.

—Algunos planetas tienen cielos luminosos —dijo—, y unos cuantos tienen ciudades donde siempre hay luz. Pero cuando todos los hombres pueden controlar las energías cósmicas, no hay ningún motivo para que vivamos juntos; la mayoría de nosotros vivimos de un modo completamente independiente. En mi propio mundo hay noches muy oscuras, y desde mi hogar no puedo ver ninguna otra vivienda..., sólo los páramos.

—Debe de ser una vida muy extraña —dijo Kormt—. Sin pertenecer a nadie.

Llegaron a la plaza del mercado, un amplio espacio pavimentado y rodeado de casas. En el centro había una fuente, y encima de ella había colocada una estatua rescatada de las ruinas. Estaba rota, le faltaba un brazo..., pero la blanca y esbelta figura de la danzarina seguía reflejando juventud y alegría. Jorun sabía que los enamorados solían reunirse allí, y brevemente, irracionalmente, pensó en lo solitaria que estaría la muchacha durante los millones de años a venir.

El Ayuntamiento se encontraba en uno de los extremos de la plaza, enorme y oscuro, los aleros adornados con figuras de dragones, y el frontispicio con aves de alas extendidas. Era un edificio muy antiguo; nadie sabía cuántas generaciones de hombres se habían reunido en él. Una larga y paciente hilera de gente aguardaba en el exterior, esperando turno para entrar en la oficina del registro; al salir, desaparecían rápidamente en la oscuridad, en dirección a los refugios improvisados para ellos.

Andando junto a la cola, Jorun localizó algunos rostros entre las sombras. Una

joven madre sosteniendo a un chiquillo que lloraba, con la cabeza inclinada sobre él, murmurando dulcemente para tranquilizarle. Un mecánico, con la ropa de trabajo, sonriendo con aire cansado el chiste que acababa de contarle el hombre que estaba detrás de él. Un campesino moreno, cejijunto, que murmuró una maldición al paso de Jorun. Los demás parecían aceptar su destino con bastante resignación. Un sacerdote, con la cabeza inclinada, a solas con su Dios. Un joven, frotándose nerviosamente las manos, unas manos enormes, diciéndole a alguien: «... podían haber esperado hasta después de la recolección. Me subleva la idea de dejar el grano en el campo...».

Jorun entró en la oficina del registro. El imberbe y rechoncho Zarek interrogaba pacientemente a los centenares de personas que se presentaban ante él, sombrero en mano: nombre, edad, sexo, ocupación, familiares, necesidades o deseos especiales... Marcaba las respuestas en la máquina registradora, capaz de contener medio millón de vidas en su cerebro electrónico.

—¡Oh! Por fin has llegado —gruñó Zarek—. ¿Dónde te has metido?

—Efectuando unos trabajos de conci —dijo Jorun. Utilizaban una especie de lenguaje cifrado: conci significaba conciliación, cualquier cosa que contribuyera a facilitar la evacuación—. Siento haber llegado tan tarde. Puedes descansar un rato, ahora.

—De acuerdo—. Creo que a medianoche habremos terminado con esto. —Zarek sonrió a Kormt—. Me alegro de verte, buen señor. Hay unas cuantas personas con las cuales me gustaría que hablaras.

Señaló a media docena de hombres sentados en uno de los extremos de la habitación. Ciertas quejas eran manejadas mucho mejor por los jefes indígenas.

Kormt asintió y se acercó al grupo. Jorun oyó a un hombre que empezaba una larga explicación: quería llevarse su arado, lo había construido él mismo, y no existía un arado mejor en todo el universo; pero el hombre de las estrellas le había dicho que ocuparía demasiado espacio.

—Ellos nos proporcionarán todo lo que necesitemos, hijo mío —dijo Kormt.

—Pero, se trata de *mi* arado... —dijo el hombre. Sus dedos retorcían su gorra.

Kormt se sentó y empezó a tranquilizarle.

Jorun ocupó el lugar de su compañero.

—¡Vaya una lata! —refunfuñó Zarek—. Menos mal que ya se acaba. Estoy deseando perder de vista este planeta.

—Es un mundo encantador —dijo Jorun—. No creo haber visto nunca otro más hermoso.

—A mí que no me saquen de Thonvar —replicó Zarek—. Me muero de ganas de sentarme junto al Searlet Seat, rodeado de helechos y de hierba roja, con un vaso de oehl en la mano y los geysers de cristal delante de mí. Eres un tipo muy raro, Jorun.

El fulkhisiano se encogió de hombros. Zarek le palmeó la espalda y se marchó en busca de la cena y de un poco de descanso. Jorun empezó con la rutina del registro. Fue interrumpido una vez por Kormt, el cual bostezó abiertamente y le dio las buenas

noches. El desfile de rostros anónimos continuó. Jorun quedó ligeramente sorprendido al encontrarse delante del último: un hombre obeso, jovial, de mediana edad, con unos ojillos astutos, vestido de un modo algo más llamativo que los otros. Se inscribió como comerciante: un Comerciante en pequeña escala, explicó, que vendía ciertos artículos que los campesinos consideraban más conveniente comprar que fabricarlos ellos mismos.

—Lamento que hayas tenido que esperar tanto —dijo Jorun—. Trabajo de conci.

—¡Oh, no! —El comerciante sonrió—. Sabía que esos palurdos estarían aquí horas y horas, de modo que me fui a acostar y me he levantado hace media hora, cuando la cosa estaba a punto de terminar.

—Muy hábil. —Jorun se puso en pie, suspiró y se desperezó. La habitación estaba cavernosamente vacía, sus luces irradiaban un brillo desagradable. El silencio era absoluto.

—Bueno, soy un tipo listo, aunque me esté mal el decirlo. Y, a propósito, me gustaría expresarle mi agradecimiento por todo lo que están haciendo por nosotros.

—No puede decirse que estemos haciendo mucho...

Jorun cerró la máquina.

—¡Oh! A los destripaterrones tal vez no les guste, pero en realidad éste no es un lugar adecuado para un hombre de empresa. Está muerto. De haber existido algún medio de transporte, haría mucho tiempo que estaría fuera de aquí. Ahora, cuando lleguemos a la civilización, habrá verdaderas oportunidades. Le apuesto lo que quiera a que dentro de cinco años me he creado una situación.

Jorun sonrió. Una sonrisa inexpresivo. ¿Qué posibilidades tendría aquel bárbaro en un mundo civilizado?

—Bueno —dijo—, buenas noches, y te deseo mucha suerte.

—Buenas noches, señor. Espero que volveremos a vernos.

Jorun apagó las luces y salió a la plaza. Estaba completamente desierta. La luna brillaba en el cielo, casi llena, y su frío resplandor oscurecía los faroles. Oyó un perro que aullaba en la lejanía, los perros de la Tierra —no iban a llevárselos— quedarían también muy solos.

Bueno, pensó, el trabajo ha terminado. Mañana o pasado mañana llegarán las naves.

#### IV

Se sentía muy cansado, pero no tenía ganas de dormir. Hasta entonces no había tenido ocasión de inspeccionar las ruinas, y pensó que no estaría mal contemplarlas a la luz de la luna.

Ascendiendo por encima de tejados y árboles, voló hasta la ciudad muerta. Durante unos instantes colgó del cielo como terciopelo oscuro, una leve brisa murmuró a su alrededor y oyó el lejano rumor de los grillos y del mar.



Sol City, capital del legendario Primer Imperio, había sido enorme. Se había extendido sobre más de cincuenta mil kilómetros cuadrados cuando era el alegre y perverso corazón de la civilización humana y se henchía con la sangre vital de las estrellas. Y, sin embargo, los hombres que la habían construido fueron hombres de gusto, y habían contratado verdaderos genios para que crearan para ellos. La ciudad no era una colección de edificios; era un conjunto equilibrado, que irradiaba desde los altos picos del Palacio central, a través de columnatas y parques y surtidores, que adornaban los palacetes de los gobernantes. A pesar de su monstruoso tamaño, había sido una hermosa ciudad, un encaje de metal bruñido y piedra blanca, negra y roja, de plástico de vivos colores, música y luz... en todas partes luz.

Bombardeada desde el espacio; saqueada una y otra vez por las hordas de bárbaros que hormigueaban como gusanos a través de los huesos del asesinado Imperio; sacudida por el lento agrietamiento de la corteza terrestre; excavada por centenares de generaciones de arqueólogos, buscadores de tesoros y simples curiosos; convertida en un montón de metal y de piedra por los ignorantes campesinos que finalmente se agruparon a su alrededor..., seguía conservando un halo de belleza que era como un sueño recordado a medias. Un sueño que la raza había tenido en otro tiempo.

Y ahora estamos despertando.

Jorun se movió silenciosamente entre las ruinas. Los árboles crecían entre bloques caídos bañados por la luz de la luna; el mármol era muy blanco contra el fondo de oscuridad. De cuando en cuando, se hacía visible el perfil de una casa; una casa donde un noble había recibido a sus amigos, donde personas cuya carne ya era polvo habían dormido, y se habían amado, y se habían asomado a las ventanas para contemplar en silencio el ruidoso espectáculo de la ciudad; donde los esclavos habían vivido, y trabajado, y a veces llorado; donde los chiquillos se habían entregado a sus juegos. ¡Oh! Había sido una época dura y cruel; su desaparición estaba justificada, pero había *vivido*. Como expresión de todo lo que era noble, y espléndido, y malvado, y simplemente ávido en la raza.

Un gato trepó a una de las paredes y se deslizó silenciosamente por ella, cazando. Jorun se estremeció ligeramente y voló hacia el centro de la ciudad, al palacio imperial. Una lechuza siseó en alguna parte, y un murciélago se apartó de su camino como una pequeña alma en pena ennegrecida por el fuego del infierno. Jorun no levantó una pantalla contra el viento: dejó que el aire soplara a su alrededor, el aire de la Tierra.

El palacio estaba casi completamente derruido; un montón de piedras y de huesos descarnados de metal «eterno» enmohecido por el viento, las lluvias y las heladas de innumerables siglos; pero en otra época había sido gigantesco. En la actualidad los hombres no solían construir edificios tan enormes: no los necesitaban. Y todo el espíritu humano habla cambiado, haciéndose más abstracto, encontrando sus tesoros dentro de sí mismo. Pero había habido un esplendor elemental en el hombre primitivo

y en las obras que realizó para desafiar al cielo.

Una de las torres seguía en pie: blanca bajo las estrellas, irguiéndose en una filigrana de columnas y arcos increíblemente esbeltos, como si estuvieran contruidos con rayos de luna. Jorun se posó en la rota balaustrada superior, una forma apenas visible encima de la fantasía en blanco y negro de las ruinas. Un halcón emprendió el vuelo desde su nido, luego hubo silencio.

No... un momento... otro aullido, resonando desde el cielo, una sombra negra a través del rostro de la luna.

«¡Ha-ah!».

Jorun reconoció el alegre grito del joven Cluthe, volando por el espacio como un demonio sobre un mango de escoba, y frunció el ceño, disgustado. En aquellos momentos no deseaba ser molestado.

Bueno, tenían tanto derecho como él a venir aquí. Reprimió su emoción, e incluso compuso una sonrisa. Después de todo, le hubiera gustado sentirse alegre y despreocupado de cuando en cuando, pero le resultaba imposible. Jorun no era mucho más viejo que Cluthe —unos cuantos siglos, a lo sumo—, pero procedía de una familia melancólica; había nacido viejo.

Otra forma perseguía a la primera, cuando estuvieron más cerca, Jorun reconoció la esbelta silueta de Taliuvenna. Aquella pareja había sido destinada a uno de los distritos africanos, pero...

Notaron su presencia y descendieron hasta la balaustrada.

—¿Cómo estás? —preguntó Cluthe. Su delgado rostro reía a la luz de la luna—. ¡Oh! ¡Vaya un vuelo!

—Estoy bien —dijo Jorun—. ¿Habéis terminado con vuestro sector?

—Sí. Decidimos darnos una vuelta por aquí. Era nuestra última oportunidad de echarle una ojeada a todo esto.

Taliuvenna frunció los labios mientras contemplaba las ruinas. Procedía de Yunith, uno de los pocos planetas donde todavía se edificaban ciudades.

—Pensé que sería más grande —dijo, en tono decepcionado.

—Bueno, no hay que olvidar que construyeron esto hace más de cincuenta mil años —dijo Cluthe—. Para aquella época, no está mal.

—Quedan excelentes muestras de arte —dijo Jorun—. Piezas que por uno u otro motivo no salieron de aquí. Pero tendréis que buscarlas, si queréis verlas.

—He visto ya un montón de ellas, en museos —dijo Taliuvenna—. No están mal.

—Vamos, Tally —gritó Cluthe, tocando a su compañero en el hombro y emprendiendo el vuelo.

Taliuvenna salió disparado detrás de él, riendo. Revolotearon por encima de las ruinas, y sus gritos despertaron un clamor de ecos.

Jorun suspiró.

Será mejor que vaya a acostarme, *pensó*. Es muy tarde.

La nave espacial era una columna de acero erguida contra un cielo gris. De cuando en cuando una fina llovizna la convertía en una sombra borrosa; luego, dejaba de llover y los flancos de la nave relucían como si acabaran de bruñirlos. Las nubes se deslizaban por el firmamento como jirones de humo, y el viento gemía entre los árboles.

La hilera de terrestres que penetraba lentamente en la nave parecía interminable. Un par de miembros de la tripulación volaba encima de ellos, tendiendo un escudo protector contra la lluvia. Avanzaban en silencio, empujando carritos de mano que contenían sus modestas pertenencias. Jorun les contemplaba, un rostro detrás de otro... ennegrecidos y curtidos por el sol de la Tierra y los vientos de la Tierra, las manos todavía manchadas con el barro de la Tierra.

Bueno, *pensó Jorun*, ya están en marcha. No se muestran tan emocionados como había creído. Me pregunto si realmente les importa.

Pasó Julith, acompañada de sus padres. La niña le vio y se apartó de la hilera para saludarle.

—Adiós, buen señor —dijo. Alzando la mirada, le mostró un rostro pequeño y serio—. ¿Volveré a verte?

—Sí —mintió Jorun—. Procuraré hacerte alguna visita.

—¡No lo olvides, por favor! Dentro de unos años, tal vez, cuando puedas.

Será tarea de muchas generaciones levantar a una gente como ésta a nuestro nivel. Dentro de unos años —para mí— Julith reposará en su tumba.

—Estoy seguro de que serás muy feliz —dijo.

Julith tragó saliva.

—Sí —murmuró, en voz tan baja que Jorun apenas pudo oírla—. Sí, sé que seré feliz.

Dio media vuelta y echó a correr hacia su madre. Las gotas de lluvia brillaron en sus cabellos.

Zarek se acercó a Jorun.

—Me efectuado un recorrido de última hora por toda la zona —dijo—. No he detectado ninguna señal de vida humana. De modo que todos van a marcharse, excepto tu viejo.

—Bien —dijo Jorun en tono inexpresivo.

—Me gustaría que pudieras hacer algo por él.

—También a mí me gustaría.

Zorek volvió a alejarse.

Un hombre y una mujer, jóvenes, cogidos de la mano, se apartaron un poco de la hilera. Un tripulante planeó encima de ellos.

—Será mejor que regreséis a la fila —les advirtió—. Vais a quedar empapados por la lluvia.

—Eso es lo que queremos —dijo el joven.

El tripulante se encogió de hombros y se alejó. Al cabo de un rato, la pareja regresó a la fila.

La cola de la procesión pasó por delante de Jorun y la nave se la tragó rápidamente. La lluvia caía ahora con más intensidad, rebotando contra su escudo protector como lanzas de plata. Hacia poniente parpadeaban los relámpagos, y Jorun oyó el lejano rumor del trueno.

Kornt se acercó a él, andando lentamente. La lluvia empapaba sus ropas y sus largos cabellos grises. Sus zuecos de madera producían un sonido húmedo en el barro. Jorun extendió el escudo protector para cubrirle.

—Espero que habrás cambiado de idea —dijo el fulkhisiano.

—No, no he cambiado de idea —respondió Kornt—. He querido mantenerme alejado hasta que todo el mundo estuviera a bordo. No me gustan las despedidas.

—No sabes lo que dices —insistió Jorun por ¿milésima...? vez—. Es una locura quedarse aquí... solo.

—Ya te he dicho que no me gustan las despedidas —repitió Kornt, bruscamente.

—Voy a avisar al capitán de la nave —dijo Jorun—. Dispones de media hora antes de que despegue. Nadie se reirá de ti si cambias de idea.

—No cambiaré —Kornt sonrió sin alegría—. Tu pueblo es el futuro, supongo. ¿Por qué no puedes dejar al pasado solo? Yo soy el pasado. —Miró hacia las lejanas colinas, ocultas por la intensa lluvia—. Me gusta todo esto, galáctico.

—Bien. Entonces... —Jorun extendió su mano, en el arcaico gesto de la Tierra—. Adiós.

—Adiós.

Kornt estrechó la mano del fulkhisiano sin la menor emoción. Luego dio media vuelta y echó a andar hacia el pueblo. Jorun le contempló hasta que se perdió de vista.

El técnico se detuvo en la portezuela de la nave y se volvió a mirar el paisaje gris y el pueblo, de cuyas chimeneas no salía ningún humo. *Adiós, madre mía, pensó. Y luego, sorprendiéndose a sí mismo: Tal vez Kornt está haciendo lo que debe, después de todo.*

Al atardecer, las nubes se dispersaron y el cielo adquirió un hermoso color azul pálido, como si acabaran de lavarlos. La hierba y las hojas de los árboles relucían. Kornt salió de la casa para contemplar la puesta de sol. El espectáculo era magnífico, todo llamas y oro. Una verdadera lástima que la pequeña Julith no estuviera allí para verlo; siempre le habían gustado las puestas de sol. Pero Julith estaba ahora tan lejos, que si le enviaba un grito que viajara a la velocidad de la luz, cuando él oyera el grito Julith ya estaría muerta.

Llenó su pipa de tabaco, la encendió y aspiró una profunda bocanada de humo. Con las manos en los bolsillos, vagabundó por las mojadas calles. El sonido de sus zuecos resultaba inesperadamente intenso.

Bueno, hijo, pensó, ahora tienes todo un mundo para ti, tal como querías. Eres el hombre más rico que ha existido nunca.

Mantenerse vivo no sería problema. En el pueblo había almacenada suficiente comida de todas clases para alimentar a un centenar de hombres durante los diez o veinte años que le quedaban de vida. Pero Kormt quería estar ocupado. Cuidaría de la granja, del ganado, repararía los desperfectos, limpiaría... Un hombre tiene que mantenerse ocupado.

Llegó al final de la calle y se adentró por un camino que ascendía por la ladera de una colina. El crepúsculo se espesaba sobre los campos, el mar era una lejana cinta metálica y unas cuantas estrellas empezaban a parpadear en el cielo.

Soplaba una leve brisa que murmuraba a través de las copas de los árboles. Todo estaba en calma.

En la cumbre de la colina se erguía la capilla, un pequeño edificio de piedra. Kormt cruzó la verja que conducía al cementerio, situado en la parte trasera. Allí, en aquellas tumbas, reposaban miles de años de hombres y mujeres que habían vivido, trabajado, amado, llorado, reído... y muerto. Alguien había depositado un ramo de flores sobre una tumba aquella misma mañana. Al día siguiente, las flores se habrían marchitado y el viento esparciría sus restos por el campo santo. Tendría que cuidarlo, también. Esto le ayudaría a pasar el tiempo.

Encontró el panteón familiar y se detuvo ante él, con las piernas abiertas y los puños en las caderas, fumando y contemplando las lápidas de los que reposaban en la tierra. Su padre, su madre... Alargó la mano y sus dedos rozaron suavemente la lápida de su esposa. Muchos de sus hijos estaban aquí, también; a veces le resultaba difícil creer que el robusto Gerlaug, y el sonriente Stamm, y la tímida y suave Huwan habían muerto. Sí, había sobrevivido a demasiada gente.

Tenía que quedarme, *pensó*. Éste es mi mundo, pertenezco a él y no podía marcharme. Alguien tenía que quedarse a cuidar todo esto, aunque sea por poco tiempo. Puedo dedicarle diez años más, antes de que llegue el bosque y se apodere de ello.

Las sombras se espesaban a su alrededor. Más allá de la colina, los árboles se erguían como una muralla. En un momento determinado, Kormt se sobresaltó. Le había parecido oír llorar a un niño. No, era un pájaro. Se reprochó a sí mismo los absurdos latidos de su corazón.

Éste es un lugar muy triste, pensó. Será mejor que regrese a casa.

Salió lentamente del campo santo y empezó a descender la colina. Las estrellas brillaban ahora por miríadas. Kormt levantó los ojos al cielo y pensó que nunca había visto brillar tanto las estrellas. Demasiado brillantes; aquello no le gustó.

Marchaos, estrellas, *pensó*. Os habéis llevado a mi pueblo, pero yo me he quedado aquí. Éste es mi mundo.

Se inclinó para tocar la tierra, pero la hierba estaba fría y húmeda bajo su palma.

La grava del camino resonaba fuertemente a su paso, y el viento seguía

murmurando, pero no se oía ningún otro sonido. Ni una voz que gritara. Ni un motor que funcionara. Ni un perro que ladrara. No, Kormt no había creído que todo quedara tan silencioso.

Y oscuro, no brillaba ninguna luz. Tendría que encender también los faroles de las calles... Resultaba muy poco divertido no poder ver el pueblo desde allí, no poder ver nada, excepto las estrellas. Tenía que haberse traído una linterna, pero era viejo y desmemoriado, y ahora no había nadie que pudiera recordárselo. Y a su muerte no habría nadie que plegara sus manos sobre su pecho, nadie que cerrara sus ojos y le depositara en la tierra. Y los bosques irían invadiéndole todo y los animales salvajes roerían sus huesos.

Las estrellas brillaban y brillaban encima de él. Alzando la mirada, contra su voluntad, Kormt las vio brillar, silenciosas, y tranquilas. ¡Cuán lejanas estaban! La luz que veía había abandonado su punto de partida mucho antes de que él naciera.

Se detuvo, conteniendo la respiración. «¡No!», susurró.

Éste era su mundo. Ésta era la Tierra, el hogar del hombre, pertenecía a ella y ella le pertenecía a él. ¡La Tierra no podía quedarse sola!

El último hombre vivo. El último hombre en todo el mundo.

Kormt profirió un grito y echó a correr. Sus zuecos resonaron fuertemente sobre la grava del camino, pero el sonido no tardó en quedar tragado por el silencio. Kormt se cubrió el rostro contra el implacable brillo de las estrellas. Pero no había ningún lugar adonde ir, ningún lugar.

# El cobarde vivo

Poul Anderson

La nave fugitiva fue perseguida durante diez años luz. Luego, zigzagueando por el camino subespacial con un temerario desprecio a los cercanos soles y a las peligrosas nubes de polvo cósmico, despistó al crucero Patrulla.

La búsqueda que siguió no fue tan frenética como el peligro parecía aconsejar. El apresuramiento no hubiera conducido a nada; había un millón de sistemas planetarios afiliados a la Liga, y su territorio incluía varios millones más, demasiado apartados para convertirse en miembros. Incluso un pequeño planeta es un conjunto tal de montañas, valles, llanuras, bosques, océanos, bancos de hielo y selvas —en su mayor parte inexplorados—, que hubiera resultado inútil recorrerlas metro a metro en busca de un solo hombre. La Patrulla sabía que la nave de Varris tenía una autonomía de vuelo de trescientos *parsecs*, y en el curso de meses y años-humanos de investigación se había comprobado de un modo fehaciente que Varris no había repostado en ningún depósito conocido. Pero una esfera de dos mil años luz de diámetro puede ofrecer muchas posibilidades.

La Patrulla ofreció una importante recompensa por cualquier información que condujera a la detención de Samel Varris, humano, procedente del planeta Galdón (Nº tal en el Manual de Pilotos), buscado por el delito de incitación a la guerra. El llamamiento se hizo con toda la amplitud posible. Se advirtió a todos los agentes que mantuvieran alerta sus ojos, o sus órganos sensoriales o telepáticos, tratando de captar a un hombre potencialmente capaz de hacer estallar un billón de entidades vivientes por medio del gas radiactivo. Luego se limitó a esperar.

Transcurrió un año.

El capitán Jakor Thymal, de la nave de transporte *Ganash*, que operaba en la primitiva zona de Spiral Cluster, fue el portador de las noticias. Había visto a Varris, incluso había hablado con él. El hecho era indudable. Pero había una dificultad: Varris le había pedido asilo al rey de Thunsba, un Estado bárbaro situado en el hemisferio meridional de un mundo conocido por los Galácticos —por los pocos que habían oído hablar de él— como el planeta de Ryfin. Varris había adquirido la ciudadanía y había prestado el juramento de servicio como guardián real. La lealtad entre amo y servidor era un elemento muy arraigado en la moral de Thunsba. El rey no entregaría a Varris sin luchar.

Desde luego, las hachas y las flechas tenían todas las de perder frente a los lanzallamas. Quizá Varris no podría ser capturado vivo, pero la Patrulla podría matarle sin eliminar a demasiados thunsbanos. El capitán Thymal veía ya en su

bolsillo la valiosa recompensa ofrecida. Ni por un instante se le ocurrió pensar que la eliminación de Varris no fuera la más sencilla de las operaciones.

Pero...

Wing Alak acercó más su aparato al planeta, colgado entre un resplandor de nubes contra una cortina de estrellas espaciales. Alak se sentó con expresión melancólica, escuchando el chasquido de los instrumentos mientras Drog comprobaba las condiciones de la superficie.

—Completamente terrestroide —dijo el galmaciano. Sus antenas vibraron intrigadas encima de la redonda cara y de los ojillos negros—. ¿Por qué se ha molestado usted en comprobar? Está anotado en el Manual.

—Tengo una mente terriblemente suspicaz —dijo Alak—. Y también muy desdichada.

Era un humano delgado, de mediana estatura, con la tez blanca que casi siempre acompaña al llameante cabello rojo. Su uniforme de Patrullero había sido objeto de todos los retoques de elegancia que el reglamento permitía.

Drog movió tres metros de cuerpo verde y octópodo a través de la cabina. Sus fornidos brazos se extendieron para coger los mapas con las manos de tres dedos.

—Sí..., aquí está el reino de Thunsba y la capital... ¿cómo se llama...? Wainabog. Supongo que nuestra presa estará aún allí; Thymal juró que no le había alarmado. —Suspiró—. Ahora tendré que pasarme una hora en el telescopio para identificar el lugar. ¡Y usted podrá estar sentado como mi esposa cuando empolla un huevo gozando con hermosos pensamientos!

—La única idea hermosa que ahora se me ocurre es la de que, por una vez, el reglamento sea derogado.

—Temo que no haya ninguna posibilidad de ello..., por lo menos hasta que una raza menos sanguinaria que la de usted obtenga el caudillaje de la Liga.

—¿Menos? Querrás decir más... «Bajo ninguna circunstancia, ningún patrullero ni ninguna unidad podrán matar a un ser inteligente». En caso contrario... —Alak hizo un significativo gesto—. ¿A esto le llamas ser sanguinario?

—Desde luego. Sólo una raza con un pasado tan sangriento como la terrestre podría llegar a tales extremos de reacción. Y sólo una especie tan congénitamente feroz podría amenazar con represalias de alcance planetario... o utilizar cualquier clase de bellaquería para alcanzar sus fines. Un galmaciano puede correr detrás de un enemigo en sus bosques nativos y darse un banquete con su cadáver..., pero no sería capaz de esterilizar a sangre fría a todo un mundo.

El cuerpo de oruga de Drog se inclinó sobre el telescopio.

—¡Apártate de mí, Satanás!

Alak volvió a sumirse en sus melancólicos pensamientos. Su cerebro estaba hipnóticamente atiborrado de todas las informaciones que tres generaciones de viajeros habían reunido acerca de Thunsba. Ninguna de aquellas informaciones resultaba esperanzadora.



El rey era..., bueno, si no un monarca absoluto, lo más parecido a ello, simplemente porque la ley le había colocado por encima de los demás. Como la mayoría de los salvajes amantes de la guerra, los thunsbanos sentían una reverencia casi religiosa por la letra de la ley, aunque no siempre por su espíritu. La Patrulla había subrayado dos artículos del código: (a) el rey no entregaría a un leal servidor al enemigo, sino que lucharía hasta la muerte para evitar que se apoderasen de él; (b) si el rey luchaba, lucharía toda la población masculina, a pesar de todas las amenazas de que pudieran ser objeto ellos mismos, sus compañeras o sus crías. ¡La muerte antes que el deshonor!

Los comerciantes del mundo exterior que llegaban al Planeta de Ryfin para intercambiar diversos artículos manufacturados por las pieles y especias indígenas, no habían influido mucho la cultura local. Quizás habían inspirado unas cuantas guerras, pero en conjunto los autóctonos estaban satisfechos de vivir de acuerdo con la tradición de sus antepasados. El principal efecto del comercio había sido una disminución del temor supersticioso: los extranjeros eran poderosos, pero también eran mortales. Alak dudaba de que ni siquiera toda la flota de la Patrulla fuera capaz de obligarles a entregar a Varris sin lucha.

—Lo que no acabo de entender —dijo Drogs— es por qué no planeamos sobre la ciudad y le damos un baño de gas somnífero...

Aquella misión había sido ordenada con tanto apresuramiento que sólo le habían dado las instrucciones más elementales; y, durante el viaje, había seguido su práctica racial de somnolencia: su cuerpo podía realmente «almacenar» el equivalente á muchos días de sueño.

Su mano libre hizo un gesto señalando el interior de la nave. No era una embarcación grande, pero estaba bien equipada, no sólo con armas —para impresionar—, sino con su propio taller y laboratorio mecánicos.

—Diferencia de metabolismos —dijo Alak—. Todos los anestésicos que conocemos son venenosos para ellos, y sus propios trastornos químicos matarían a Varris. Los rayos supersónicos serían igualmente nocivos: aplastarían el cerebro de un thunsbano como si fuera un huevo. Supongo que eso fue lo que decidió a Varría a escoger ese planeta como refugio.

—Pero él no sabía si nosotros nos presentaríamos y aplastaríamos la madriguera.

—Pudo imaginarlo perfectamente. Desde luego, el hecho de que no podemos matar es un secreto, pero todo el mundo sabe que somos reacios a producir víctimas inocentes. —Alak frunció el ceño—. En Galdón hay todavía cien millones de personas que se levantarían —sangrientamente— contra el nuevo gobierno si Varris regresara allí. Si lo consiguiera, nos veríamos obligados a un genocidio, con la consiguiente pérdida de prestigio para la Patrulla.

—Hm-m-m... Varris no puede alejarse de este planeta sin repostar combustible; sus depósitos deben de estar casi vacíos. ¿Por qué no nos limitamos a una acción de bloqueo, asegurándonos de que no podrá adquirir combustible?

—Los bloqueos no son eficaces —dijo Alak. Drogas no había participado nunca en acciones navales, sólo en operaciones de superficie—. Podríamos destruir su nave con bastante facilidad, pero mientras esté vivo intentará regresar a Galdón. Se llevaría a cabo intento tras intento de romper el bloqueo y de sacarle del planeta. Y, tarde o temprano, uno de los intentos tendría éxito. Para nosotros es una terrible desventaja el hecho de que no podamos disparar contra él. Pero, tenemos que atraparlo... ¡y pronto!

Su mirada se posó ávidamente en los anaqueles bioquímicos. Allí había una poderosa droga, un derivado del nembutal, la hypnita. Una pequeña inyección intramuscular pondría a Varris fuera de combate; despertaría en un estado de confusión, pasivo, y permanecería así durante horas, obedeciendo todas las instrucciones que se le dieran. También podría extraérsele valiosas informaciones acerca de la conspiración. Más tarde, aquella droga y otras técnicas serían utilizadas para rehabilitar su anormal psique, pero esta última tarea correspondía a los especialistas de la Base Principal.

Alak se sintió más atado que nunca en su pragmática vida. El proyector de rayos de la muerte que llevaba en su muñeca podía carbonizar a un escuadrón de jinetes thunsbanos..., pero las anacrónicas armas de aquellos jinetes no resultaban tan ridículas teniendo en cuenta que a Alak no le estaba permitido utilizar el proyector.

—De prisa —ordenó súbitamente—. Vamos a ponernos en marcha... ¡y no me preguntes hacia dónde!

Al exterior de las murallas de Wainabog, los comerciantes habían construido un campo de aterrizaje. Las murallas eran muy gruesas y estaban salpicadas de torretas en las cuales montaban guardia centinelas armados, sobre un paisaje azul de ondulados campos y de distantes colinas. Aquí y allá, Alak vio los techos de bálago de varios villorrios; a dos kilómetros de la ciudad había una edificación también fortificada, con una gran torre en el centro coronada por una X dorada. Debía ser el lugar mencionado en los relatos de los comerciantes. La Abadía de Grimmock.

No era un error de traducción hablar de abadías, monjes, jinetes y reyes. Cultural y técnicamente, Thunsba tenía muchos puntos de contacto con la Europa medieval.

Varios campesinos y ciudadanos se detuvieron a contemplar la nave mientras Alak salía de ella. Otros continuaron su camino. Alak miró a su alrededor y vio otra nave espacial a alguna distancia, en el mismo campo de aterrizaje: debía ser la de Varris. Sí, ahora recordaba la descripción. Una docena de alabarderos uniformados la custodiaban.

Ignorando cuidadosamente la curiosidad popular, Alak esperó la llegada de los emisarios oficiales. Llegaron haciendo entrechocar las piezas de sus armaduras, montados en unos animales de pelaje amarillento provistos de cuernos y con una enorme joroba, precedidos por un heraldo que vestía una túnica encarnada y les abría paso con los sonidos de su trompeta. Cuando estuvieron ante Alak inclinaron sus lanzas cortésmente, pero los ojos mantenían una expresión vigilante detrás de las

mirillas de sus cascos.

El heraldo avanzó hacia Alak, que se había puesto el más brillante de sus uniformes.

—Bien venido seas, extranjero, en nombre de nuestro señor Morlach, rey de Thunsba y Defensor del Occidente. Nuestro señor Morlach te invita a que cenes y duermas en su palacio.

El heraldo blandió una espada y la tendió hacia Alak. Éste recordó lo que le habían enseñado y se apresuró a frotar su frente contra el mango.

Los habitantes del Planeta de Ryfin eran completamente humanoides: sorprendentemente humanoides, para cualquiera que no hubiera visto tantas especies como Alak. Lo que marcaba la diferencia no era la piel azulada, ni el pelo de color violeta, ni las cortas colas: siempre, en un caso como éste, el efecto era de una inexactitud más sutil. Las narices demasiado largas, los rostros demasiado cuadrados, rodillas y codos doblados en un ángulo peculiar..., parecían estatuas de cartón piedra que hubiesen adquirido vida. Y olían de un modo muy raro, con un intenso olor amostazado. A Alak no le importaba, sabiendo perfectamente que su aspecto y su olor resultaban igualmente raros para aquellos seres, pero había visto a jóvenes reclutas víctimas de terribles neurosis después de pasar unos cuantos meses en un planeta de «humanoides de seis puntos de clasificación».

Contestó gravemente en idioma thunsbano:

—Mi señor Morlach cuenta con mi gratitud y mi adhesión. Me llamo Wing Alak, y no soy un comerciante, sino un enviado del rey de los comerciantes, con una misión más delicada. Solicito la gracia de ver a mi señor Morlach en cuanto se digne recibirme.

La ceremonia continuó, y aparecieron varios esclavos para acarrear los numerosos regalos que Alak había llevado. Luego le ofrecieron una montura, que rechazó: los comerciantes le habían advertido acerca de aquella pequeña broma, ya que los animales se ponían frenéticos al percibir el olor de un jinete extranjero. Con la adecuada altivez, pidió una silla de manos, la cual resultaba mucho más incómoda y mareante, aunque tenía más dignidad. Los caballeros de Wainabog rodearon la silla de manos, dándole escolta, y el grupo se puso en marcha hacia un palacio con aspecto de fortaleza.

En el interior del palacio, Alak no encontró el rudo esplendor que había esperado, sino una magnificencia refinada, con muebles realmente hermosos. Thunsba podía tirar su basura en las calles, pero tenía un excelente gusto artístico. En la sala de audiencias real había un centenar de nobles, un arcoiris de ropajes, moviéndose de un lado para otro y hablando con gestos bulliciosos. Los criados portaban bandejas de alimentos y de licor. Una pequeña orquesta estaba tocando: la chirriante música hirió los tímpanos de Alak. Cierta número de monjes, vestidos con una túnica gris con capucha, estaban de pie, sin hablar, a lo largo de las paredes, cerca de los inmóviles centinelas armados.

Alak avanzó entre miradas de curiosidad y se arrodilló delante del rey. Morlach era corpulento, de mediana edad, barbudo, y llevaba una pequeña corona. En su regazo descansaba una espada desnuda. A su izquierda, el lugar de honor —la mayoría de aquellas especies eran zurdas— se sentaba un «hombre» más anciano, completamente afeitado, de nariz ganchuda y rostro inexpresivo, que llevaba una túnica amarilla y un alto birrete con una X dorada.

—Me honro en presentarte mis respetos, poderoso señor Morlach. El humilde Wing Alak, de la Tierra, se presenta ante tu imponente majestad, con un mensaje y unos pobres regalos de su rey.

Los «pobres regalos» causaron una inmejorable impresión, desde los vestidos y telas de lustrosas fibras sintéticas, hasta los faros y Espadas de acero inoxidable.

—Bien venido, Sir Wing Alak. Ven a mi derecha. —La voz de Morlach se hizo más fuerte, y los murmullos de las conversaciones, muy apagados ya por la curiosidad, cesaron de repente—. Quiero que todos sepan que Sir Wing Alak es mi huésped, sagrado e intocable, y todas las heridas que se le infieran, excepto en duelo legal, serán heridas inferidas a mí mismo y a mi casa.

Los nobles se arracimaron alrededor del trono. Por lo visto, no se trataba de una corte demasiado formularia. Uno de ellos se detuvo delante del alto asiento que acababa de ocupar Alak. El Patrullero sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal.

Samel Varris.

El refugiado señor de la guerra iba vestido como los otros aristocráticos, con un vistoso ropón de terciopelo adornado de pedrería. Alak llegó a la conclusión de que un guardián real ocupaba una posición muy elevada en la corte, poseyendo sus propias tierras y séquito. Varris era un hombre alto y moreno, de facciones arrogantes y ojos perspicaces. Al parecer había reconocido a Alak, ya que avanzó unos pasos y se inclinó irónicamente.

—¡Ah! ¡Sir Wing Alak! —exclamó en thunsbano—. No esperaba el honor de recibir su visita.

El rey Morlach lanzó un bufido y apoyó una mano sobre su espada.

—No sabía que os conocierais...

Alak disimuló una sensación de vacío con sus modales más amables.

—Sí, mi señor, Varris y yo hemos luchado antes de ahora. En realidad, mi misión le afecta a él.

—¿Has venido a llevártelo? —rugió Morlach, mientras los nobles de Wainabog echaban mano a sus dagas.

—Ignoro lo que él puede haberte dicho, mi señor...

—Vino a pedirme asilo porque sus enemigos habían sojuzgado a su pueblo y puesto precio a su cabeza. Me trajo valiosos regalos, entre ellos uno de esos lanzallamas de los que tanto se enorgullecen los terrestres, y me ha dado sabios consejos gracias a los cuales hemos derrotado a los ejércitos de Rachanstog. —

Morlach miró a Alak con ojos llameantes—. Por lo tanto, Sir Wing Alak, debo decirte que a pesar de que eres mi huésped y no puedo causarte ningún daño, Sir Varris ha prestado juramento como guardián mío y *me* ha servido lealmente. A cambio le he dado oro y un vasto feudo. El honor de mi casa es sagrado... Si pides que sea devuelto a sus enemigos, tendré que pedirte que te marches inmediatamente, y la próxima vez que nos encontremos las cosas serán mucho peores para ti.

Alak frunció los labios para silbar, pero se lo pensó mejor. ¡Un lanzallamas! El arma en sí no tenía importancia, ya que una vez gastada la carga no serviría para nada, pero daba la medida del desprecio hacia la ley galáctica demostrado por Samel Varris...

—Mi señor —se apresuró a decir—, no puedo negar que había venido con tal propósito. Pero nunca fue intención de mi rey ni mía ofender a tu majestad. No te dirigiré esa petición.

—Haya paz —dijo el importante personaje sentado a la izquierda de Morlach. Su tono no fue tan untuoso como las palabras: era un luchador, a su manera, más inteligente y más peligroso que los vociferantes guerreros que le rodeaban—. Sigamos en perfecta armonía. No permitamos que nos dominen los negros pensamientos.

Morlach profirió un juramento.

—En realidad, mi señor, no siento ninguna animadversión hacia este enviado —sonrió Varris—. Respondo de que es un caballero, y sólo desea servir a su rey, del mismo modo que yo te sirvo a ti. Estoy de acuerdo con la invitación a la paz.

—Sí..., un hipócrita barbilampiño predicando la paz mientras crece la traición —gruñó Morlach—. Ya tienes suficientes buenas tierras que me pertenecen, Abad Gulmanan... Por lo menos, mantén apartadas de mi alma tus sucios dedos.

—Lo que mi señor dice de mí no tiene ninguna importancia —replicó suavemente Gulmanan—. Pero no debe hablar contra el Templo.

—¡Que el infierno te lleve! ¡Soy un hombre piadoso! —rugió Morlach—. Hago los sacrificios... para tu insaciable Templo, que trata de hacerme saltar del trono.

Gulmanan enrojeció, aunque consiguió dominarse, con un evidente esfuerzo que hizo blanquear los nudillos de sus dedos mientras apretaba sus manos una contra otra.

—Éste no es el momento ni el lugar para discutir acerca de los límites de las autoridades religiosas y civiles —murmuró—. Ofreceré sacrificios por tu alma, mi señor, y rogaré para que te veas libre del error.

Morlach lanzó un bufido y ordenó a uno de los criados que le sirviera vino. Alak se encogió en su asiento, tratando de pasar inadvertido hasta que la cólera del rey se hubo aplacado. Entonces empezó a hablar de las crecientes posibilidades comerciales.

No tenía la menor autoridad para concertar tratados, pero deseaba asegurarse de que no iban a expulsarle aún de Wainabog.

Convenientemente dotado con antialérgicos, Alak pudo comer lo suficiente de los alimentos del rey como para hacer honor a su condición de huésped. Pero Droggs le

llevó una caja de raciones de a bordo cuando se presentó para atender a su «amo» en las habitaciones que le habían asignado en palacio.

El humano se sentó malhumorado junto a la ventana, contemplando el glorioso cielo nocturno con sus miríadas de estrellas y sus dos lunas. Debajo de él había un fragante jardín, al pie de las murallas del castillo. En alguna parte, un grupo de nobles borrachos estaba cantando: Alak se había marchado muy pronto de la sala donde se celebraba el festín. Unas cuantas velas iluminaban la tapizada humedad de la estancia; estaban perfumadas, pero al no ser un thunsbano Alak no podía gozar del olor a mercaptan.

—Si dispusiéramos de varios miles de patrulleros —dijo Alak—, armados de mazas, podríamos llevar adelante nuestro plan. De momento no se me ocurre otra cosa.

—Bueno, ¿por qué no lo intentamos? —inquirió Drog, inmune a la preocupación.

—Sería una falta de cortesía. Y sin garantía absoluta de éxito: los thunsbanos son fuertes, y podrían vencer a nuestros hombres. Si utilizáramos tanques o algo que nos hiciera invencibles, sólo con mucha suerte podríamos evitar que uno de esos caballeros muriera aplastado... Además, los disturbios de Sannauton no permiten a la Patrulla prescindir de un número tan elevado de hombres. Y cuando puedan prescindir de ellos, probablemente sería demasiado tarde. Los comerciantes deben de haber enterado a media Liga de que Varris ha sido localizado. Lo más probable es que se produzca una tentativa de rescate desde Galdón antes de una semana.

—Hm-m-m... Según lo que usted me ha contado, los clérigos locales no hacen buenas migas con el rey. Tal vez pudiéramos convencerlos para que trabajaran en favor nuestro. En el Reglamento no hay nada que prohíba empujar a las entidades unas a otras.

—No... Temo que los sacerdotes del Templo solo estén autorizados a luchar en defensa propia, y esa gente no quebranta nunca una ley. —Alak se frotó la barbilla—. Aunque, esto puede ser el germen de una idea...

Alguien golpeó el gong que había a la entrada de la estancia. Drog fue a abrir la puerta.

Varris entró, a la cabeza de media docena de guerreros. La claridad de las velas arrancó brillantes destellos a las desnudas hojas de sus espadas.

Alak empuñó el proyector de rayos de la muerte. Varris sonrió y alzó su mano.

—No sea tan impetuoso —aconsejó—. Estos muchachos son una simple medida de precaución. He venido a hablar con usted.

Alan encendió un cigarrillo y expelió una bocanada de humo.

—Adelante —invitó en tono inexpresivo.

—Me gustaría poner en claro unas cuantas cosas, —Varris hablaba el idioma terráqueo; los guerreros esperaban estólidamente, sin comprender, con los ojos moviéndose con inquietud de un lado a otro—. En primer lugar, quiero decir que soy

un hombre paciente, pero toda paciencia tiene un límite y empieza a cansarme la persecución de que vengo siendo objeto.

—¿Persecución? ¿Quién ordenó las matanzas de Nueva Venus?

El fanatismo brilló en los ojos de Varris, pero respondió tranquilamente:

—Yo era el dictador legítimamente elegido. De acuerdo con las leyes de Galdón, estaba en mi derecho. Fue la Patrulla la que provocó la revolución. Y es la Patrulla la que ahora mantiene un odioso colonialismo sobre mi planeta.

—Sí..., hasta que aquellos seres sedientos de sangre a los que usted llama personas adquieran un poco de sentido común. Si no le hubieran parado los pies a usted, a estas horas habría más de un mundo completamente muerto... —La sonrisa de Alak era helada—. Acabará usted reconociéndolo cuando normalicemos su psique.

—Ustedes no pueden ejecutar a un hombre limpiamente. —Varris paseaba por la estancia como un tigre enjaulado—. Tienen que cogerle, y retorcerle, hasta que todo lo que para él era sagrado se haya convertido en diabólico, y todo lo que él despreciaba se haya convertido en deseable. No permitiré que esto me suceda a mí.

—Está usted preso aquí —dijo Alak—. Sé que su nave no tiene apenas combustible. No puede moverse y usted lo sabe. Lo único que tengo que hacer es esperar a que lleguen refuerzos. ¿Por qué no se entrega ahora y nos ahorra todas esas molestias?

Varris sonrió.

—Un buen trato, amigo, pero no soy tan estúpido como supone. Si la Patrulla hubiera podido enviar a más hombres para detenerme, no le hubiera enviado a usted solo. Me quedaré aquí, y estoy seguro que la expedición de rescate procedente de Caldon llegará antes de que la Patrulla pueda disponer de más hombres. Las circunstancias están a mi favor.

Se encogió de hombros.

—Por mi gusto —continuó—, ordenaría a mis hombres que acabaran con usted y con ese monstruo que le acompaña. Pero no puedo hacerlo, porque he de vivir de acuerdo con el código de honor local; si quebrantara en lo más mínimo alguna de sus estúpidas leyes, me expulsarían de aquí. Pero puedo mantener una guardia lo bastante numerosa como para evitar que usted me rapte, tal como proyecta hacer, sin duda.

—Confieso que he pensado en esa posibilidad —asintió Alak.

—Hay otra cosa que puedo hacer, también. Puedo luchar en duelo con usted. Un duelo a muerte, desde luego: es el único que aquí se conoce.

—Bueno, le advierto que no soy mal tirador...

—Aquí no están permitidas las armas modernas. La parte ofendida tiene derecho a escoger el arma, pero sólo puede elegir entre espadas, o hachas, o mazas, o... algo previsto en sus leyes. —Varris se echó a reír—. El pasado año me pasé mucho tiempo practicando con tales armas. ¿Hasta qué punto es usted capaz de defenderse con ellas?

Alak se encogió de hombros. Nunca se había tomado el menor interés por los

deportes primitivos.

—Puedo recurrir a alguna treta sucia —dijo—. Suponga que escojo luchar con mazas, pero que tengo un hierro afilado oculto en la mía...

—Conozco el truco —dijo Varris tranquilamente—. El veneno es ilegal, pero las jugarretas por el estilo de la que usted ha mencionado están permitidas. Sin embargo, las armas tienen que ser idénticas. Tendría usted que alcanzarme con su hierro al primer intento —y no creo que lo consiguiera—, pues en caso contrario me daría cuenta de la treta y exigiría las mismas condiciones. Y le aseguro que la perspectiva no me asusta lo más mínimo.

»Le concederé unos cuantos días para que comprenda lo insoluble que es su problema. Si dentro de una semana no se ha marchado usted... o empieza a obrar sospechosamente antes de que transcurra el plazo, me batiré con usted.

—Soy un hombre pacífico —dijo Alak—. Y ya conoce usted el antiguo refrán: «Si uno no quiere...».

—Aquí no tiene validez. Si yo le insulto a usted delante de testigos, y usted no me desafía, perderá la categoría de caballero y será expulsado del país. Hasta la frontera hay un largo trecho, mucho más largo si hay que recorrerlo a pie y con un látigo entablando continuo contacto con sus costillas. No llegaría usted vivo.

—De acuerdo —suspiró Alak—. ¿Qué quiere usted de mí?

—Quiero que me dejen en paz.

—La gente a la que usted empujó a la guerra también deseaba que la dejaran en paz...

—Buenas noches.

Varris dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Sus hombres le siguieron.

Alak permaneció silencioso largo rato. Más allá de las murallas del castillo, podía oír el viento nocturno del Planeta de Ryfin. Un viento extraño, que tenía un sonido distinto al del viento de la Tierra. Soplaban a través de árboles diferentes, encima de un paisaje que no tenía nada de terreno...

—¿Tiene usted algún plan? —murmuró Drog.

—Tenía uno. —Alak se frotó nerviosamente las manos—. Pero acabo de darme cuenta de que no puedo engañar a Varris. *Sabe* que todas mis amenazas son puro *bluff*. Y está dispuesto a llevarse por lo menos un patrullero al infierno con él.

—Podría usted estudiar el *code duello* local —sugirió Drog—. Podría usted dejar que Varris le matara, de un modo que pareciera desleal. Entonces el rey le expulsaría y yo podría detenerle con la ayuda de un rayo supersónico.

—Gracias —dijo Alak—. Tu sentido del deber es realmente emocionante.

—Recuerdo un proverbio terrestre —dijo Drog—. El pusilánime muere un millar de veces; el héroe sólo muere una vez.

—Sí. Pero da la pequeña casualidad de que prefiero un millar de muertes sintéticas a una sola muerte de verdad. Un cobarde vivo vale más que un héroe muerto...



Alak se interrumpió. Su mandíbula cayó hacia abajo y volvió a alzarse. Se derrumbó en una silla y luego se puso en pie de un salto. Se acercó a la ventana y pasó una mano a través de su rojizo pelo.

Drogs fumaba imperturbable. Conocía los síntomas. Si el Patrullero no puede matar, puede hacer cualquier otra cosa que, en definitiva, tenga las mismas consecuencias.

A pesar de sus pretensiones a la categoría de embajador, Alak descubrió que en Wainabog le concedían muy poca importancia: su única comitiva era un feo no-humanoide. Pero esto podía resultarle útil. Con su despreciativa indiferencia, a los nobles de la ciudad no les preocupaba el lugar donde Alak pudiera estar.

A la tarde siguiente, se dirigió a la Abadía Grimmoch para entrevistarse con el abad.

La audiencia con Gulmanan le fue concedida rápidamente. Alak cruzó un atrio enlosado, pasó por un templo donde los encapuchados monjes oficiaban un impresionante servicio religioso, y entró en una estancia de la gran torre central. Era una habitación amplia, amueblada de un modo austero en el decorado aunque con ricos materiales: oro, plata, gemas y brocados. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías de libros, la mayoría de ellos laicos. El abad estaba sentado en un trono labrado de maderas preciosas. Alak hizo la oportuna reverencia y fue invitado a tomar asiento.

Los ojos del anciano tenían una expresión pensativa, mientras contemplaban al visitante.

—¿Qué te ha traído aquí, joven?

—Soy un extranjero, reverendo señor —dijo el humano—. Sé muy poco acerca de vuestra fe, y pensé que podría enterarme de algo más acerca de ella.

—A nuestra fe no ha tenido aún acceso ningún habitante del mundo exterior —dijo el abad gravemente—. Excepto Sir Varris, desde luego, aunque temo que su devoción tiene más de conveniencia que de convencimiento.

—Me gustaría que me explicara usted lo que cree —dijo el Patrullero.

Gulmanan sonrió, arrugando su azulado rostro.

—Sospecho que a usted no le interesa demasiado el tema —replicó—. Creo que en su mente hay alguna intención más temporal.

—Bueno...

Intercambiaron unas sonrisas. Pero Alak insistió en sus preguntas. Le costó una hora enterarse de lo que deseaba saber.

Thunsba era monoteísta. La teología era complicada y sutil, la moral lo bastante flexible como para acomodarse a las debilidades de la carne. Nadie dudaba de la fe; pero su templo era harina de otro costal.

Aquella asociación religiosa era una poderosa organización, depositaría de la cultura y civilización gradual de una raza bárbara. No existía clero secular: estaba constituida por monjes de alguna categoría, que residían en monasterios más o menos

grandes. Cada uno de ellos estaba regido por un abad —Gulmanan en este caso—, responsable ante el Consejo central, con sede en la ciudad de Augnachar; pero las distancias eran muy grandes y las comunicaciones muy lentas, de modo que aquella suprema autoridad era más bien teórica.

Los monjes eran célibes y estaban completamente dissociados del régimen civil, con sus propias leyes, tribunales y sanciones. Cada detalle de sus vidas, desde el modo de vestir hasta la alimentación, estaba minuciosamente regulado por un inflexible código; no existían dispensas de ninguna clase. Ingresar en la asociación, si era aprobado, era sólo cuestión de acatar sus fórmulas; ser expulsado no era tan fácil, requiriéndose un decreto del Consejo. Un monje no poseía ningún bien material; cualquier propiedad que pudiera tener antes de ingresar, pasaba a sus herederos, y cualquier matrimonio que pudiera haber contraído quedaba automáticamente anulado. Ni siquiera Gulmanan podía llamar suyas las ropas que vestía ni las tierras que gobernaba; todo pertenecía a la comunidad, a la abadía. Y la abadía era rica; durante siglos, muchos thunsbanos le habían donado tierras y dinero.

Naturalmente, existía conflicto entre la asociación y el rey. Ambos tenían poder, ambos reclamaban prerrogativas especiales, ambos insistían en que la suya era la suprema autoridad. Algunos reyes habían asesinado o encarcelado a abades, otros se habían sometido a ellos. Morlach era un término medio, renegaba del Templo, pero sin atreverse a ejercer violencias contra él.

—... Comprendo. —Alak inclinó la cabeza—. Gracias, reverendo señor.

—Espero que tu curiosidad habrá quedado completamente satisfecha. —La voz de Gulmanan era seca.

—Bueno, ahora... hay algunos asuntos de negocios...

Alak se interrumpió, estudiando a su interlocutor. Gulmanan parecía un hombre honrado; un soborno directo podría ser un insulto. Pero la honradez es más maleable de lo que podría creerse...

—¿Sí? Habla sin temor, joven. Ninguna de tus palabras saldrá de entre estas paredes.

Alak se decidió:

—Como ya sabes, mi misión tiene por objeto llevar a Sir Varris a su propio reino, para castigar sus numerosos delitos.

—Él pretende que su causa era justa —dijo Gulmanan sin comprometerse.

—Y lo cree así. Pero en nombre de aquella causa, estaba dispuesto a asesinar a más personas de las que moran en todo este mundo.

—Me he interrogado a mí mismo más de una vez acerca de eso...

Alak respiró hondo y habló rápidamente.

—El Templo es eterno, ¿no es cierto? Desde luego. Por lo tanto, debe mirar siglos adelante. No debe permitir que un hombre, cuyos méritos son dudosos en el mejor de los casos, se interponga en el camino de su progreso.

—Yo soy viejo —dijo Gulmanan en tono codicioso—. Mi vida no ha sido tan

enclaustrada como yo pudiera haber deseado. Si tratas de insinuar que tú y yo podríamos trabajar juntos con beneficio mutuo, dilo sin rodeos.

Alak se explicó a grandes rasgos.

—Y las tierras serían tuyas —terminó.

—Y también las dificultades, joven —dijo el abad—. Ya hemos tenido bastantes choques con el rey Morlach.

—Éste no sería grave. La ley estaría de nuestra parte.

—De todos modos, el honor del Templo no puede ser comprometido.

—En resumen, que deseas algo más de lo que te he ofrecido.

—Sí —dijo Gulmanan abruptamente.

Alak esperó. El sudor empapaba su cuerpo. ¿Qué podía hacer si Gulmanan le hacía una petición imposible?

El azulado rostro se hizo más ávido.

—Tu raza es muy sabia —dijo el abad—. Nuestros campesinos sufren lo indecible, luchando contra un suelo mísero y contra verdaderas hordas de insectos. ¿Existen medios para mejorar su condición?

—¿Es eso todo? Desde luego que existen. Ayudar al progreso de los pueblos que lo desean es una de nuestras principales políticas. Mi... mi rey se alegraría mucho de tener ocasión de prestarte algunos técnicos..., peritos agrícolas..., que enseñarían a tus campesinos el modo de mejorar sus cultivos y combatir las plagas del campo.

—Asimismo... esto es pura codicia por mi parte. Pero a veces, por la noche, contemplando las estrellas, tratando de comprender lo que han dicho los comerciantes —que este amplio mundo nuestro no es más que un minúsculo grano de arena en una inmensidad que escapa a toda comprensión—, me he sentido muy angustiado. —Ahora era Gulmanan el que se inclinaba hacia adelante, temblando—. ¿No sería posible... traducir al thunsbano algunos de vuestros libros de astronomía?

Alak se consideraba a sí mismo como un cínico empedernido. En cumplimiento de su deber como Patrullero, había quebrantando a menudo y sin el menor remordimiento los más solemnes juramentos. Pero ésta era una promesa que estaba dispuesto a mantener por encima de todo.

En el camino de regreso, se detuvo en su nave, donde Drogs se había ocultado para escapar a la curiosidad de los ciudadanos de Wainabog, y puso al galmathiano a trabajar en el taller mecánico.

Un humano no hubiera resistido mucho tiempo con los incomibles alimentos del Planeta de Ryfin. Varris se había preocupado de disponer de un sintetizador de alimentos a bordo de su nave, y aquella noche se regalaba con platos especiales. No invitó a Alak a compartir su cena, y el Patrullero contempló tristemente lo que su Servicio consideraba como una dieta adecuada y nutritiva.

Después de cenar, los nobles se reunieron en un amplio salón con un hogar encendido en cada uno de sus extremos, y trataron de combatir el frío nocturno bebiendo sin cesar. Alak, ignorado por la mayoría, vagó por el salón hasta que

encontró a Varris. El fugitivo estaba conversando con varios barones; desde su trono, el rey Morlach escuchaba con el mayor interés. Varris estaba aumentando su prestigio, explicando algunas teorías bélicas que garantizarían el éxito en la próxima guerra.

—... De modo, amigos míos, que no debe buscarse una victoria segura, ya que en la lucha no existe ninguna seguridad, sino que debe distribuir sus fuerzas a fin de tener las mayores *posibilidades* de vencer...

—¡Cerdo! —exclamó Alak. El vocablo thunsbano que utilizó era mucho más ofensivo.

Varris alzó las cejas.

—¿Decía usted algo? —inquirió.

—Sí. —Alak avanzó unos pasos, con la más insolente de sus expresiones—. Decía que lo que está usted hablando son estupideces.

—Entonces, ¿no está usted de acuerdo? —preguntó un thunsbano.

—No es eso, exactamente —dijo el Patrullero—. No vale la pena estar en desacuerdo con un imbécil como el bastardo de Varris.

Su presa permaneció impasible. Su voz fue completamente inexpresiva:

—Espero que se retractará usted de lo que acaba de decir, caballero.

—Sí, tal vez lo haga —asintió Alak—. He sido demasiado suave. En realidad, como se hace evidente con sólo mirar su repugnante cara, Sir Varris es un ser hediondo, cuyas costumbres no trataré de describir para no hacer sonrojar a los caballeros presentes.

Un intenso silencio planeó en el salón. Sólo se oía el chisporroteo de las llamas de los hogares. El rey Morlach respiró con fuerza, pero no podía intervenir sin faltar a las normas establecidas. Sus guerreros dejaron caer las manos sobre sus dagas.

—¿Qué es lo que se propone? —murmuró Varris en idioma terráqueo.

—Naturalmente —dijo Alak en thunsbano—, si Sir Varris no contradice mis afirmaciones, no hay más que hablar.

El caldoniano suspiró.

—Las impugnaré sobre su cuerpo, mañana por la mañana —replicó.

El zorruno rostro de Alak se distendió en una sonrisa de deleite.

—¿Debo entender que me está usted desafiando? —preguntó.

—Desde luego. Le invito a usted a un duelo.

—Perfectamente. —Alak miró a su alrededor. Todos los ojos estaban clavados en él—. Señores, son ustedes testigos de que acabo de ser desafiado por Sir Varris. Si no estoy equivocado, tengo derecho a escoger las armas y el terreno.

—Siempre de acuerdo con nuestras leyes —gruñó Morlach venenosamente—. No podrás utilizar ninguna de tus brujerías.

—Desde luego. —Alak se inclinó—. Escojo luchar con mis propias espadas, las cuales son más ligeras que vuestras tizonas, pero absolutamente mortales si uno no lleva armadura. Sir Varris podrá, naturalmente, escoger el primero entre las dos. El

duelo tendrá lugar enfrente de la verja principal de la abadía Grimmoch.

No había nada insólito en esto. Un contendiente malherido podía ser recogido por los monjes, los cuales eran también los cirujanos locales. En tal caso, le era permitido restablecerse de sus heridas, con la obligación de volver a celebrar el duelo una vez curado. La ley thunsbana prescribía que ningún duelo podía quedar oficialmente zanjado hasta que una de las partes hubiese muerto. Lo que despertó el interés general fue el empleo de espadas ligeras.

—Muy bien —dijo Varris en tono helado. Aparentaba calma; únicamente Alak podía sospechar lo que su adversario estaba pensando en aquel momento: *¿Qué trampa habrá detrás de esto?*—. Entonces, mañana, al amanecer.

—No —dijo Alak en tono firme. Si podía evitarlo, nunca se levantaba antes del mediodía—. No voy a perder unas horas de sueño porque a usted se le antoje. Nos encontraremos a la hora del Tercer Rito. —Se inclinó profundamente—. Buenas noches, majestad. Buenas noches, señores.

De regreso a sus habitaciones, pasó a través de la ventana y, con la ayuda de su pequeño equipo antigraedad, voló por encima de la muralla y se dirigió a su nave. Varris podía intentar asesinarle mientras dormía.

Aunque tal vez el caldoniano confiaba sencillamente en ser mejor espadachín que él. Y Alak sabía que era cierto. Aquélla podía ser la última noche de su vida.

A media tarde, el sol iluminaba con sus rayos los muros de la abadía Grimmoch. Delante de la verja había un espacio cuadrado de un centenar de metros de extensión, desprovisto de hierba; más allá, una muchedumbre de nobles y de damas conversaba ruidosamente, bebiendo y haciendo apuestas sobre el resultado del duelo. El rey Morlach tenía un aspecto cariacontecido en su trono portátil: le preocupaba que pudieran privarle de un personaje tan útil para él como Sir Varris. En la parte interior de la verja, el abad Gulmanan y una docena de monjes esperaban, inmóviles como estatuas de piedra.

Las trompetas dejaron oír sus metálicos sonos, y Alak y Varris se adelantaron. No llevaban más que pantalones y unas camisas ligeras. Un oficial les cacheó ceremoniosamente en busca de posibles armas ocultas. El noble que había sido nombrado Maestro de Ceremonias avanzó hacia los dos contendientes y recitó el código. Luego cogió un almohadón sobre el cual descansaban las espadas, las examinó minuciosamente y las ofreció a Varris.

El fuera de la ley sonrió sin la menor alegría y escogió una, Alak tomó la otra. El Maestro de Ceremonias les acompañó a extremos opuestos del palenque.

El acero de Alak parecía una pluma en su mano. Su vista y su oído eran desacostumbradamente claros, como si su cerebro estuviera almacenando datos mientras disponía de tiempo para hacerlo. Varris, a un centenar de metros de distancia, se le aparecía como un gigante.

—¡Y, ahora, que la razón sea protegida!

Sonó otra trompeta. El duelo había empezado.

Varris echó a andar, sin prisa. Alak acudió a su encuentro. Cruzaron sus espadas y permanecieron inmóviles unos instantes, mirándose a los ojos.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó el refugiado en terráqueo—. Si tiene usted alguna esperanza de matarme, puede renunciar a ella. En mi planeta era campeón de esgrima.

—Las espadas están trucadas —dijo Alak, con una forzada sonrisa—. Le dejo que imagine en qué consiste el trucaje.

—Supongo que está usted enterado de que el castigo por utilizar veneno consiste en ser quemado vivo... —Por un instante, en la voz de Varris hubo una nota quejumbrosa—. ¿Por qué no me deja usted tranquilo? ¿Qué le importan a usted mis asuntos?

—Mi trabajo consiste en mantener la paz —dijo Alak—. Y, además, me pagan por él.

Varris lanzó un bufido. Retrocedió un paso y se tiró a fondo. Alak paró milagrosamente la estocada. En el aire vibró el sonido de los aceros entrechocados.

Varris empezó a bailar ágilmente, agresivamente, con una fría determinación en el rostro. Alak se defendía de un modo salvaje, manejando su espada con fiereza. La mirada de Varris reflejaba un odio implacable. Paró un mandoble, atacó, y Alak sintió un ardiente dolor en el hombro. La muchedumbre aulló.

*¡Sólo un rasguño! ¡Sólo un rasguño antes de que me atraviere el corazón!*

Alak tenía el cuerpo empapado en sudor, y notó que la sangre empezaba a deslizarse por su espalda. Una herida superficial, simplemente. Recordó que había olvidado lo esencial, y se apresuró a pulsar el botón oculto en la empuñadura de su espada.

El arma de Varris era una mancha borrosa ante sus ojos. Notó que había vuelto a herirle ligeramente. ¡Estaba jugando con él! Fríamente, empezó a retroceder, ante la befa de los espectadores, tratando de recobrar el aliento, reuniendo todas sus fuerzas.

Debía... ¿cómo diablos se llamaba? Estocada *en avant*... Varris siguió avanzando, mientras Alak se detenía. El Patrullero amagó con el brazo izquierdo. Varris se dispuso a parar el golpe por aquel lado. Rápidamente, Alak se cambió la espada de mano y pinchó al fuera de la ley en el pecho.

*¡Ahora... Dios me ayude, tengo que sobrevivir unos cuantos segundos!*

El acero enemigo buscó su garganta. Alak hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió librarse de la amenaza. Varris saltó hacia atrás para tomar nuevo impulso. Alak le imitó.

De repente, los ojos del caldoniano empezaron a nublarse. La espada vaciló en su mano. Alak dirigió su acero contra el brazo de su adversario: una herida sin importancia, lo suficiente como para disimular el truco que había utilizado. La herida empezó a sangrar de un modo satisfactorio. Varris dejó caer su espada y se tambaleó. Alak se apartó mientras el enorme cuerpo se desplomaba.

Los nobles estaban gritando desafortadamente. El rey Morlach rugía. El Maestro

de Ceremonias se precipitó al encuentro de Alak, para mantenerle a un lado.

—No está permitido herir a un adversario caído —dijo.

—Le... aseguro... que no es ésa mi intención.

Alak se sentó en el suelo y dejó que el planeta diera vueltas a su alrededor.

El abad Gulmanan y los monjes se inclinaron sobre Varris, palpándole, con hábiles dedos. Súbitamente, el anciano sacerdote alzó la mirada y murmuró:

—La herida no tiene ninguna importancia. Mañana estará completamente repuesto. Tal vez se ha desmayado...

—¿Por un rasguño como éste? —aulló Morlach—. ¡Maestro, examina la espada del desleal pelirrojo! ¡Sospecho que contiene veneno!

Alak oprimió el botón hacia atrás y entregó su espada. Mientras era examinada, Varris fue trasladado al interior de la abadía y la verja se cerró detrás de él. El Maestro de Ceremonias inspeccionó las dos armas, se inclinó ante el rey y murmuró con aire intrigado:

—No hay el menor rastro de veneno, mi señor. Y, después de todo, Sir Varris escogió el arma... y las dos son idénticas, en mi opinión... Además, el abad ha dicho que la herida no tiene importancia.

Alak se irguió.

—Manejo mejor la espada, esto es todo —murmuró—. Le he vencido en noble lid. Ahora, permítanme que vaya a cambiarme de ropa. Mañana por la mañana les veré...

Se encaminó hacia su nave, donde Drogos le aguardaba con una botella de whisky.

Le costó un enorme esfuerzo de voluntad presentarse en palacio a la hora fijada... no porque estuviera débil, sino porque los thunsbanos iniciaban su jornada a una hora espantosa. Y en el presente caso era necesario levantarse temprano, porque debía enterarse del resultado de su plan.

Fue acogido con una actitud en la que se mezclaban el respeto por haber vencido a un adversario tan temible como Sir Varris —al menos en el primer asalto—, y ciertas dudas acerca de lo leal de su victoria. El rey Morlach, por su parte, le acogió hoscamente, aunque no con declarada hostilidad; seguramente esperaba el informe de los médicos.

Poco antes del mediodía entró el abad Gulmanan. Le seguían varios monjes encapuchados, portando armas —hecho insólito— y rodeando a un monje que iba desarmado. El abad alzó su mano hacia el rey, y en el salón se produjo un expectante silencio.

—Bien —gruñó Morlach—. ¿Qué es lo que te trae aquí ahora?

—Pensé que sería mejor informarte personalmente del resultado del duelo, mi señor —dijo Gulmanan—. Ha sido... sorprendente.

—¿Quieres decir que Sir Varris ha muerto? —Los ojos de Morlach llamearon. No podía luchar contra su propio huésped, pero sería bastante fácil hacer que uno de sus guardias insultara a Wing Alak.

—No, mi señor. Goza de una salud perfecta, sus heridas no revestían la menor gravedad. Pero... su modo de pensar ha cambiado.

El abad hizo un gesto de entendimiento a Alak.

—¿Qué estás diciendo?

Morlach se estremeció y agarró nerviosamente su espada.

—Únicamente esto: cuando Sir Varris recobró el conocimiento le hablé de las virtudes del Templo. Medio en broma, mencioné la posibilidad de que pudiera desear ingresar en el Templo como un hermano. Puedes imaginar mi asombro cuando asintió..., mejor dicho, *insistió* en donar todas sus tierras y riquezas a la abadía e ingresar en ella. —Gulmanan puso los ojos en blanco—. ¡Algo sorprendente, mi señor!

—¿Cómo? —rugió el rey.

El monje desarmado se quitó bruscamente el capuchón. Debajo de él apareció el rostro descompuesto de Varris.

—¡Auxilio! —gritó—. ¡Auxilio, mi señor! He sido traicionado...

—Hay una docena de monjes que pueden atestiguar que obraste voluntariamente, y que están dispuestos a jurarlo —dijo el abad severamente—. Cálmate, Hermano Varris. En caso contrario, tendré que imponerte una dura penitencia.

—¡Magia! —gritó desesperadamente Varris.

—Todos los hombres saben que la magia no tiene ningún poder dentro de las paredes de una abadía —le advirtió Gulmanan.

Varris contempló con expresión salvaje las lanzas y las hachas que le rodeaban.

—Estaba drogado, mi señor —balbució—. Recuerdo lo que hice, sí, pero no era dueño de mi voluntad..., obedecí las sugerencias de este viejo diablo... —En aquel momento vio a Alak y gritó—: ¡*Hypnita!*

El Patrullero avanzó unos pasos y se inclinó ante el rey.

—Majestad —dijo—, Sir Varris eligió entre las dos espadas. Pero, si deseas examinarlas de nuevo, aquí están.

Había sido bastante fácil, después de todo: dos espadas provistas de agujas hipodérmicas retráctiles, sólo que no era de ninguna utilidad si uno no sabía dónde tenía que apretar. En el taller de la nave podían fabricarse en un par de horas.

Alak sacó las armas de debajo de su capote y se las entregó al rey. Morlach examinó las hojas, pidió unos guantes y las rompió entre sus manos. El mecanismo quedó al descubierto.

—¿Te das cuenta? —gritó Varris—. ¿Ves las agujas envenenadas? ¡Quema vivo a ese traidor!

Morlach sonrió siniestramente.

—Así se hará —dijo.

Alak tensó todos sus músculos. Había llegado el momento culminante. Si no conseguía capearlo, le esperaba una muerte horrorosa.

—Mi señor —replicó—, eso sería injusto. Las armas eran idénticas, y Sir Varris



eligió entre las dos. Está permitido utilizar resortes ocultos, sin advertir al adversario acerca de ellos.

—El veneno... —empezó Morlach.

—No había ningún veneno. ¿Acaso no está Varris delante de ti?

—Sí. —Morlach se rascó la cabeza—. Pero, cuando tenga lugar el próximo encuentro, yo proporcionaré las espadas.

—Un monje —dijo Gulmanan— no puede batirse en duelo.

—Un monje puede ser dispensado de sus votos en determinadas circunstancias —arguyó Morlach—. Me ocuparé de que le sean dispensados a Sir Varris.

—¡Un momento! —exclamó Alak—. Mi señor, yo he ganado el duelo. Y no tiene sentido hablar de repetirlo, porque... ¿quién puede luchar con un hombre muerto?

—¿Ganado? —Varris se agitó desesperadamente entre los brazos de los monjes que le sujetaban—. Estoy aquí, vivo, dispuesto a dar cuenta de ti en cualquier momento...

—Mi señor —dijo Alak—, solicito exponer mi caso.

El ceño real se frunció, pero:

—Sea —dijo Morlach.

—Muy bien. —Alak carraspeó para aclarar su garganta—. En primer lugar, luché legalmente. Admito que en cada una de las espadas había una aguja de cuya existencia no había sido advertido Sir Varris, pero esto está autorizado por el código. Tampoco puede decirse que le envenené, ya que, como ves, se encuentra delante de ti, ileso. La droga que utilicé sólo tiene un efecto temporal, y no es, por definición, un veneno. En consecuencia, fue una lucha legal en todos los aspectos.

Morlach asintió de mala gana.

—Pero fue una lucha incompleta —objetó.

—¡Oh! Sí, mi señor. ¿Cuál es la correcta terminación de un duelo? ¿No es que una de las partes muera como resultado directo de la destreza y de la habilidad del adversario?

—Sí... desde luego...

—Entonces, yo afirmo que Varris, aunque no fue envenenado, murió como consecuencia inmediata de la herida que le infligí. *¡Y ahora está muerto!* Ha decidido hacerse monje... a causa de la droga que le administré. Su situación actual puede no ser absolutamente irrevocable, pero sí hasta que el Consejo le dispense de ella. Y... un monje no posee ninguna propiedad. Sus bienes terrenos pasan a sus herederos. Su esposa se convierte en una viuda. Y el monje se encuentra al margen de toda jurisdicción civil. En una palabra: *¡está legalmente muerto!*

—¡Pero yo estoy aquí! —gritó Varris.

—La ley es sagrada —declaró Alak suavemente—. Insisto en que sea obedecida la ley. Y, de acuerdo con todas las definiciones legales, usted está muerto. Ya no es usted Sir Varris, de Wainabog, sino el Hermano Varris, de Grimmoch: una persona completamente distinta. Si este hecho no es admitido, toda la estructura de la

sociedad de Thunsba debe ser cambiada, ya que descansa en la absoluta separación de las leyes monástica y civil. —Alak se inclinó profundamente—. En consecuencia, mi señor, soy el vencedor del duelo.

Morlach permaneció en silencio largo rato. Su cerebro trabajaba a toda presión, buscando una salida a aquella situación, sin encontrar ninguna.

—De acuerdo —terminó por decir, a regañadientes—. Sir Wing Alak, eres el vencedor. Eres también mi huésped, y no puedo causarte ningún daño..., pero tienes tiempo hasta la puesta del sol para marcharte de Thunsba para siempre. —Su mirada se volvió hacia Varris—. No temas. Me ocuparé de que el Consejo te dispense de tus votos.

—Puedes hacerlo, señor —dijo Gulmanan—. Desde luego, hasta que sea dictado el decreto, el Hermano Varris continuará siendo un monje, y viviendo como un monje. La ley no permite ninguna excepción.

—Es cierto —gruñó el rey—. Ten paciencia..., sólo tendrás que soportarlo unas semanas.

—Los monjes —dijo Gulmanan— no pueden ingerir alimentos especiales. Tendrás que comer el excelente pan de Thunsba, Hermano Varris, y meditar acerca de...

—¡Moriré! —exclamó el caldoniano.

—Probablemente —sonrió el abad—. No puedo dejar de cumplir estrictamente la ley... Pero puedo enviarte en misión especial, si estás dispuesto a ir. Una misión cerca del rey de los galácticos, al cual he pedido ciertos libros. Sir Wing Alak te llevará hasta allí de muy buena gana.

Morlach contuvo el aliento. En el gran salón reinó un silencio impresionante. Luego, algo se derrumbó en el interior de Varris. Inclinó la cabeza, en un gesto de asentimiento. Los monjes armados le escoltaron hasta la nave espacial.

Wing Alak agradeció cortésmente al rey su hospitalidad y les siguió. Pero no pronunció ninguna palabra hasta que su prisionero estuvo sólidamente atado, y su nave en seguridad en las rutas espaciales, con Drogs ante el tablero de mandos y él mismo fumándose un buen cigarro.

Luego:

—Alegre esa cara, compañero —dijo—. No será tan malo como imagina. Se sentirá mucho mejor en cuanto nuestros psiquiatras le hayan extirpado esos impulsos asesinos.

Varris le dirigió una venenosa mirada.

—Supongo que se considera usted un gran héroe —dijo.

—¡Dios me libre! No. —Alak abrió una alacena y sacó la botella de whisky—. Le cedo gustosamente el título. Creo que éste fue su gran error. Un héroe no debe enredarse nunca con un cobarde inteligente.

# ¡Oh, ser un blobell!

Phillip K. Dick

## I

Introdujo una moneda de platino de veinte dólares en la ranura, y el analista, después de una pausa, se iluminó. Sus ojos brillaron afablemente. Carraspeó, cogió una pluma y un bloc de papel amarillo de su escritorio y dijo:

—Buenos días, señor. Puede usted empezar.

—Buenos días, doctor Jones. Supongo que no es usted el mismo doctor Jones que redactó la biografía definitiva de Freud... Eso ocurrió hace un siglo. —Rió nerviosamente. Siendo un hombre de condición más bien modesta, no estaba acostumbrado a tratar con los nuevos psicoanalistas completamente homostáticos—. Bueno —añadió—, ¿tengo que contestar a sus preguntas, o darle los datos de mi caso, o qué?

El doctor Jones dijo:

—Puede empezar diciéndome quién es y... por que me ha escogido precisamente a mí.

—Soy George Munster, del pasillo 4, edificio WEF-395, del condominio establecido en 1996 en San Francisco.

—¿Cómo está usted, Mr. Munster?

El doctor Jones extendió su mano y George Munster la estrechó. Descubrió que la mano tenía la agradable temperatura del cuerpo humano y era decididamente suave. Sin embargo, el apretón fue viril.

—Verá —dijo Munster—. Soy un exGI, un veterano de guerra. Por eso obtuve mi apartamento en el condominio WEF-395. Los veteranos tenían preferencia.

—Oh, sí —dijo el doctor Jones, parpadeando rítmicamente, como si midiera el paso del tiempo—. La guerra con los Blobels.

—Luché tres años en aquella guerra —dijo Munster, alisando nerviosamente su largo y negro pelo—. Odiaba a los Blobels y me presenté voluntario. Tenía dieciocho años y mi empleo era muy bueno... Pero la Cruzada para limpiar el Sistema Solar de Blobels fue para mí lo primero.

—Hum —dijo el doctor Jones, parpadeando y asintiendo.

George Munster continuó:

—Luché bien. En realidad, obtuve dos condecoraciones y una citación en el campo de batalla. Ascendí a cabo. Me concedieron los galones porque sin ayuda de

nadie puse en fuga a un satélite de observación lleno de Blobels; nunca supimos cuántos eran, exactamente, ya que siendo Blobels tienden a unirse y a desunirse de un modo desconcertante...

Se interrumpió emocionado. El hablar de la guerra era demasiado para él. Se tendió en el diván, encendió un cigarrillo y trató de calmarse.

Los Blobels habían emigrado originariamente de otro sistema astral, probablemente Próxima. Hacía varios millares de años que se habían establecido en Marte y en Titán, dedicándose a la agricultura. Eran evoluciones de la primitiva ameba unicelular, bastante grandes y con un sistema nervioso altamente desarrollado, pero continuaban siendo amebas, seudópodos, y se reproducían por desdoblamiento. En su mayor parte eran hostiles a los colonos terrestres.

La guerra había estallado por motivos ecológicos. El Departamento de Ayuda al Exterior de las Naciones Unidas había querido cambiar la atmósfera de Marte, haciéndola más respirable para los colonos terrestres. Sin embargo, el cambio perjudicó a las colonias de Blobels establecidas allí. De ahí el conflicto.

Teniendo en cuenta el movimiento browniano, reflexionó Munster, no era posible cambiar la mitad de la atmósfera de un planeta. En un período de diez años, la atmósfera modificada se había difundido a través de todo el planeta, causando sufrimientos —o al menos así lo alegaron ellos— a los Blobels. Como desquite, una flota Blobel se acercó a la Tierra y puso en órbita una serie de satélites técnicamente adulterados y destinados a viciar la atmósfera terrestre. No consiguieron su objetivo, desde luego, porque el Departamento de Guerra de las Naciones Unidas había entrado en acción; los satélites fueron destruidos por proyectiles autodirigidos... y estalló la guerra.

El doctor Jones dijo:

—¿Está usted casado, Mr. Munster?

—No, señor —respondió Munster—. Y... —se estremeció— lo comprenderá usted cuando se lo haya contado todo. Verá, doctor, seré sincero. Fui espía terrestre. Ésa era mi tarea. Me escogieron para ello debido a mi bravura en el campo de batalla. No fue por mi gusto.

—Comprendo —dijo el doctor Jones.

—¿De veras? ¿Sabe usted lo que era necesario en aquellos días para que un terrestre pudiera efectuar un espionaje eficaz entre los Blobels?

El doctor Jones asintió.

—Sí, Mr. Munster. Tuvo usted que renunciar a su forma humana y asumir la forma de un Blobel.

Munster no dijo nada; se limitó a abrir y cerrar nerviosamente sus puños. Delante de él, el doctor Jones parpadeó.

Aquella noche, en su pequeño apartamento del WEF-395, Munster abrió una botella de whisky y se sentó a beber en la misma botella, falto de la energía necesaria

para alcanzar un vaso de la alacena situada encima del fregadero.

¿Qué había sacado en limpio de su entrevista con el doctor Jones? Nada, absolutamente nada. Y se había comido buena parte de sus escasos recursos económicos..., escasos debido a que...

Debido a que durante casi doce horas diarias reasumía, a pesar de sus esfuerzos y de la ayuda del Departamento de Hospitalización de Veteranos de las Naciones Unidas, su antigua forma Blobel. Volvía a convertirse en una amorfa masa unicelular, en su propio apartamento del WEF-395.

Sus recursos financieros consistían en una modesta pensión del Departamento de Guerra. Encontrar un empleo resultaba imposible, porque en cuanto le contrataban la emoción provocaba su transformación inmediata, a la vista de su nuevo patrono y de sus compañeros de trabajo.

Esto no le ayudaba a establecer unas afortunadas relaciones laborales.

En aquel momento, a las ocho de la noche, notaba que estaba empezando a transformarse. Era una antigua y familiar experiencia para él, y la detestaba. Se bebió apresuradamente otro trago de whisky, dejó la botella sobre la mesa... y experimentó la sensación de que se convertía en una especie de charco homogéneo.

Sonó el teléfono.

—¡No puedo contestar! —le gritó al aparato.

El relé del aparato recogió su angustiado mensaje y lo transmitió a la persona que llamaba. Ahora, Munster se había transformado en una masa gelatinosa tendida en medio de la alfombra. Onduló hacia el teléfono... el cual seguía sonando a pesar de su advertencia, y Munster se irritó. ¿No tenía ya bastantes preocupaciones, para tener que entenderse con el teléfono?

Acercándose al aparato, extendió un pseudópodo y descolgó el receptor. Con un gran esfuerzo modeló su sustancia plástica a semejanza de un aparato vocal, de opaca resonancia.

—Estoy ocupado —balbució—. Llame más tarde.

«Llame —pensó mientras colgaba— mañana por la mañana. Cuando haya vuelto a asumir mi forma humana».

El apartamento quedó silencioso.

Suspirando, Munster se arrastró a través de la alfombra hasta la ventana, donde se subió a un alto escabel para poder ver el panorama que se extendía más allá. Su superficie exterior estaba provista de una pequeña zona sensible a la luz, y aunque no poseía un verdadero ojo podía apreciar —nostálgicamente— la mancha de la Bahía de San Francisco, el puente de la Golden Gate, el parque infantil que era la isla de Alcatraz...

«No puedo pensar en casarme —se dijo a sí mismo amargamente—. No puedo vivir una verdadera existencia humana, reasumiendo todos los días la forma que los mandamases del Departamento de Guerra me obligaron a adoptar...».

Cuando aceptó la misión, ignoraba que produciría en él este efecto permanente.

Le habían asegurado que era una cosa provisional, temporal, o algo por el estilo. ¡Provisional! ¡Y hacía once años que duraba!

Los problemas psicológicos que le creaba aquella situación, y la presión sobre su mente, eran inmensos. De aquí que decidiera visitar al doctor Jones.

El teléfono volvió a sonar.

—De acuerdo —dijo Munster en voz alta, y se arrastró trabajosamente hacia el aparato—. ¿Quiere usted hablar conmigo? —siguió diciendo, cada vez más cerca del teléfono; para alguien que tenía forma Blobel, era un viaje muy largo—. Hablaré con usted. Incluso puede conectar el vídeo y mirarme. —Una vez ante el teléfono, pulsó el interruptor que permitía la comunicación visual al mismo tiempo que la auditiva—. Míreme bien dijo. Y se situó delante del tubo transmisor del vídeo.

A través del receptor llegó la voz del doctor Jones.

—Siento molestarle en su casa, Mr. Munster, especialmente encontrándose en ese... ejem... desagradable estado. —El analista homostático hizo una pausa—. Pero he estado meditando acerca de su situación, y es posible que tenga una solución parcial.

—¿Qué? —exclamó Munster, cogido por sorpresa—. ¿Quiere usted decir que la ciencia médica puede...?

—No, no —se apresuró a decir el doctor Jones—. Los aspectos físicos quedan fuera de mi especialidad, Mr. Munster. Cuando usted me consultó acerca de sus problemas, lo que le interesaba era el reajuste psicológico...

—Ahora mismo voy a su oficina y hablaremos —dijo Munster. Y entonces se dio cuenta de que no podía hacerlo; en su forma Blobel, tardaría varios días en llegar a la oficina del analista—. ¡Doctor Jones! —añadió desesperadamente—. Ya ve usted los problemas con que me enfrento. Estoy clavado a este apartamento desde las ocho de la noche hasta las siete de la mañana, día tras día. Ni siquiera puedo visitarle a usted, y consultarle, y obtener ayuda...

—Tranquilícese, Mr. Munster —le interrumpió el doctor Jones—. Estoy tratando de decirle algo. No es usted el único que se encuentra en esas condiciones. ¿Lo sabía?

—Desde luego —respondió Munster—. Durante la guerra, fueron transformados en Blobels ochenta y tres terrestres. De los ochenta y tres —se sabía los datos de memoria —sobrevivieron sesenta y uno, y en la actualidad existe una organización llamada Veteranos de Guerras Artificiales que agrupa a cincuenta de ellos, Yo mismo soy miembro de esa organización. Nos reunimos dos veces al mes, nos transformamos juntos... —Empezó a colgar el teléfono. Se había gastado el dinero para que le informaran de algo que había olvidado de puro viejo—. Buenas noches, doctor —murmuró.

—¡Mr. Munster! —El doctor Jones parecía estar algo excitado—. No me refiero a otros terrestres. He estado investigando en beneficio suyo, y he descubierto que, de acuerdo con unos informes que fueron capturados al enemigo y que ahora se encuentran en la Biblioteca del Congreso, quince Blobels fueron transformados en

seudoterrestres para que actuaran como espías en la Tierra. ¿Comprende usted?

Al cabo de unos instantes, Munster dijo:

—No del todo.

—Tiene usted una reserva mental contra la posibilidad de ser ayudado —dijo el doctor Jones—. Lo único que quiero es que venga a mi oficina mañana por la mañana, a las once. Nos ocuparemos de la solución a su problema, Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Munster.

Colgó el receptor, intrigado. De modo que había quince Blobels paseando por Titán en aquel momento, condenados a asumir formas humanas... Bueno, ¿cómo podía ayudarle esto a él?

Tal vez lo descubriera a la mañana siguiente, a las once.

Cuando entró en la sala de espera del doctor Jones vio, sentada en una butaca y leyendo un ejemplar de Forinne, a una joven sumamente atractiva.

Maquinalmente, Munster se sentó en un lugar desde el cual podía observarla a placer, mientras fingía leer su propio ejemplar de Orine. Piernas esbeltas, codos pequeños y delicados, ojos inteligentes, nariz ligeramente respingona... Una muchacha realmente encantadora, pensó. La contempló fijamente... hasta que la joven levantó la cabeza y le dirigió una fría mirada.

—Es aburrido tener que esperar —murmuró Munster.

La muchacha dijo:

—¿Viene usted a menudo a ver al doctor Jones?

—No —admitió Munster—. Ésta es la segunda vez.

—Yo no había estado nunca aquí dijo la muchacha—. Iba a otro psicoanalista electrónico de Los Ángeles, el doctor Bing. Anoche me llamó por teléfono y me dijo que tomara un avión y me presentara esta mañana en el consultorio del doctor Jones. ¿Es bueno?

—Supongo que sí —dijo Munster.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y apareció el doctor Jones.

—Miss Arrasmith —dijo, inclinando la cabeza hacia la muchacha—. Mr. Munster. —Saludó a George—. ¿Quieren ustedes pasar?

Poniéndose en pie, miss Arrasmith dijo:

—¿Quién paga los veinte dólares?

Pero el analista quedó silencioso. Se había apagado.

—Pagaré yo —dijo Miss Arrasmith, echando mano a su bolso.

—No, no —se apresuró a decir Munster—. Permítame.

Sacó una moneda de veinte dólares y la depositó en la ranura del analista.

Inmediatamente, el doctor Jones dijo:

—Es usted un caballero, Mr. Munster. —Sonriendo, les invitó a entrar en su despacho—. Siéntense, por favor. Miss Arrasmith, permítame que sin ningún preámbulo le explique a Mr. Munster sus... circunstancias. —se volvió hacia George—. Miss Arrasmith es una Blobel.

Munster miró a la muchacha, asombrado.

—Evidentemente —continuó el doctor Jones—, ahora se encuentra bajo la forma humana. Durante la guerra, actuó detrás de las líneas terrestres como espía del ejército Blobel. Fue capturada, pero su captura coincidió con el final de la guerra y no fue juzgada.

—Me dejaron en libertad —dijo Miss Arrasmith—. Y me quedé aquí por vergüenza. No podía regresar a Titán, y...

Hizo un vago ademán.

—Para un Blobel —explicó el doctor Jones—, la forma humana resulta vergonzosa.

Asintiendo, Miss Arrasmith se llevó un fino pañuelo a los ojos.

—Efectivamente, doctor. Fui a Titán para consultar a las autoridades médicas acerca de mi estado. Después de un complicado y largo tratamiento, consiguieron que recobrara mi forma natural durante unas seis horas diarias. Pero, las otras dieciocho horas...

Volvió a llevarse el pañuelo a los ojos.

—¡Es usted muy afortunada! —protestó Munster—. Una forma humana es infinitamente superior a una forma Blobel. Lo sé por experiencia. Un Blobel tiene que arrastrarse por el suelo. Es como un calamar; sin un esqueleto para mantenerse erguido. Realmente...

El doctor Jones le interrumpió.

—Durante un período de seis horas, sus formas humanas coinciden. Y luego, durante una hora, coinciden sus formas Blobel. De modo que de las veinticuatro horas del día, hay siete en las que sus formas son idénticas. En mi opinión, siete horas son un plazo que no está mal. ¿Comprenden adónde quiero ir a parar?

Al cabo de unos instantes, Miss Arrasmith dijo:

—Pero, Mr, Munster y yo somos enemigos naturales.

—Eso fue hace muchos años —dijo Munster.

—Exacto —asintió el doctor Jones—. En realidad, Miss Arrasmith es básicamente una Blobel, y usted, Munster, es un terrestre. Pero los dos están desplazados en sus respectivas civilizaciones, y ello produce en ustedes una pérdida gradual de ego— identidad. Se exponen a contraer una grave enfermedad mental..., a menos que lleguen a un acuerdo entre ustedes.

El analista se calló.

Miss Arrasmith dijo, en voz baja:

—Creo que hemos estado de suerte, Mr. Munster. Tal como dice el doctor Jones, nuestras formas coinciden durante siete horas al día. Podemos disfrutar de ese tiempo juntos, sin sentirnos ya aislados.

Munster pareció vacilar.

—Dele tiempo para pensarlo —le dijo el doctor Jones a Miss Arrasmith—. Verá cómo acaba aceptando.



## II

Varios años después, sonó el teléfono de la oficina del doctor Jones. Respondió como de costumbre:

—Por favor, dama o caballero, si desea hablar conmigo deposite veinte dólares.

Al otro extremo del hilo, una voz masculina dijo:

—Escuche, ésta es la Oficina Jurídica de las Naciones Unidas y no depositamos veinte dólares para hablar con nadie. De modo que suelte ese mecanismo que lleva dentro, Jones.

—Sí, señor —dijo el doctor Jones, y con su mano derecha empujó hacia abajo la pequeña palanca situada detrás de su oreja.

—Ahora, escuche, dijo el abogado de las Naciones Unidas—. En el año 2037 aconsejó usted el matrimonio a una pareja formada por un tal George Munster y una tal Vivian Arrasmith, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el doctor Jones, después de consultar sus archivos electrónicos.

—¿Ha investigado usted las consecuencias jurídicas de ese matrimonio?

—No, desde luego que no —dijo el doctor Jones—. Lo jurídico no es mi especialidad.

—Puede usted ser procesado por aconsejar un acto contrario a las leyes de las Naciones Unidas.

—No existe ninguna ley que prohíba el matrimonio de un terrestre y una Blobel.

El abogado de las Naciones Unidas dijo:

—De acuerdo, doctor, iré a echarles una ojeada a las historias clínicas de sus pacientes.

—¡Imposible! —exclamó el doctor Jones—. Sería una transgresión a la ética profesional.

—Entonces, obtendremos una orden de secuestro.

—Como quiera.

El doctor Jones acercó la mano a su oreja para desconectar su mecanismo auditivo.

—¡Espere! Tal vez le interese saber que los Munster tienen ahora cuatro hijos. Y, de acuerdo con la ley Mendeliana Revisada, su venida al mundo se produjo por este orden: una niña Blobel, un niño híbrido, una niña híbrida y una niña terrestre. El problema jurídico estriba en que el Consejo Supremo Blobel reclama a la niña Blobel como ciudadana de Titán, y sugiere también que uno de los dos híbridos sea entregado a la jurisdicción del Consejo. —El abogado de las Naciones Unidas explicó—: Verá, el matrimonio de los Munster ha fracasado. Han pedido el divorcio, y es un verdadero problema saber las leyes que deben aplicárseles, a ellos y a su prole.

—Sí, dijo el doctor Jones—, lo comprendo. ¿Y cuál ha sido la causa del fracaso de su matrimonio?

—No lo sé, ni me importa. Posiblemente, el hecho de que ninguno de los dos era completamente terrestre ni completamente Blobel. ¿Por qué no habla directamente con ellos, si quiere saberlo?

El abogado de las Naciones Unidas colgó.

—¿Acaso cometí un error, aconsejándoles que se casaran? —se preguntó el doctor Jones—. Tengo que hablar con ellos. Abriendo el listín telefónico de Los Ángeles, su dedo índice comenzó a recorrer los nombres que empezaban con la letra M.

Habían sido seis años difíciles para los Munster.

Después de su boda, George se había trasladado desde San Francisco a Los Angeles. Vivian y él se habían instalado en un apartamento que tenía tres habitaciones en vez de dos. Vivian, gracias a que tenía forma terrestre durante dieciocho horas del día, pudo obtener un empleo en la oficina de Información del Aeropuerto de los Ángeles. George, en cambio...

Su pensión ascendía a la cuarta parte del sueldo de su esposa, y el hecho lastimaba su amor propio. Para aumentar sus ingresos, buscó algún medio de ganar dinero en casa. Finalmente, en una revista encontró este prometedor anuncio:

**¡OBTENGA SANEADOS BENEFICIOS EN SU PROPIO HOGAR! CRÍE RANAS GIGANTES PROCEDENTES DE JÚPITER, CAPACES DE DAR SALTOS DE OCHENTA PIES. PUEDEN TOMAR PARTE EN LAS CARRERAS DE RANAS. Y...**

De modo que en 2028 había comprado su primera pareja de ranas importadas de Júpiter y había empezado un negocio que había de producirle saneados beneficios en su propio hogar. Mejor dicho, en un rincón del sótano que Leopold, el portero parcialmente homostático, le permitía utilizar gratuitamente.

Pero en la relativamente débil gravedad de la tierra, las ranas de Júpiter daban unos saltos enormes, y el sótano resultó ser demasiado pequeño para ellas; rebotaban de pared en pared como verdes pelotas de ping-pong, y no tardaron en morir. Evidentemente, se necesitaba algo más que un rincón del sótano del edificio QEJ-604 para albergar a aquellos condenados bichos.

Luego nació su primer hijo. Un Blobel de pura sangre. Durante las veinticuatro horas del día era una masa gelatinosa, y George esperó en vano que adquiriera forma humana, aunque sólo fuera por un momento.

Habló desabridamente con Vivian del asunto, durante uno de los períodos en que ambos tenían forma humana.

—¿Cómo puedo considerarle hijo mío? —inquirió George—. Es una forma de

vida extraña para mí. —Estaba desatentado e incluso horrorizado—. El doctor Jones debió prever esto. Desde luego, no puede negarse que es hijo tupo... Es igual que tú.

Los ojos de Vivian se llenaron de lágrimas.

—Lo dices de un modo insultante.

—¡Desde luego! —se puso el abrigo—. Me voy al cuartel general de los Veteranos de Guerras Artificiales —informó a su esposa—. Me tomaré una cerveza con los muchachos.

Poco después entraba en el cuartel general de los VGA, un antiguo edificio del siglo XX necesitado de una capa de pintura. Los VGA tenían pocos fondos, ya que la mayor parte de sus miembros eran, como George Munster, pensionistas de las Naciones Unidas. Sin embargo, disponían de una mesa de billar, de un aparato de televisión 3D, muy antiguo, de unas cuantas docenas de discos de música popular y de un tablero de ajedrez. George solía beberse una cerveza y jugar al ajedrez con sus compañeros, en forma humana o en forma Blobel; aquél era el único lugar donde se admitía a las dos formas.

Aquella noche se sentó con Pete Ruggles, un veterano que también estaba casado con una mujer Blobel que reasumía, al igual que Vivian, la forma humana.

—No puedo soportarlo por más tiempo, Pete. He tenido un hijo que es una masa gelatinosa. Toda mi vida he deseado tener un hijo, y ahora... ¡No puedo más!

Sorbiendo su cerveza, Pete —que en aquel momento tenía también forma humana— respondió:

—Es lamentable, George, lo admito. Pero debiste pensar en ello antes de casarte. Y, de acuerdo con la ley Mendeliana Revisada, el próximo niño...

George le interrumpió.

—La raíz del problema es que no respeto a mi propia esposa, eso es todo. Pienso en ella como si fuera una cosa. Y también en mí mismo. Los dos somos cosas.

Se bebió su cerveza de un trago. Pete dijo, pensativamente:

—Pero, desde el punto de vista Blobel...

—Escucha, ¿de qué lado estás tú? —preguntó George.

—¡No me grites! —aulló Pete.

Un momento después estaban enzarzados en una violenta discusión y a punto de llegar a las manos. Afortunadamente, Pete asumió la forma Blobel en aquel preciso instante y la cosa no pasó a mayores. Ahora, George estaba sentado solo, en forma humana, mientras Pete se arrastraba por alguna parte, probablemente para unirse a otros veteranos que habían asumido también la forma Blobel.

«Tal vez podamos encontrar una nueva sociedad en alguna luna remota —pensó George—. Ni terrestre ni Blobel».

Decidió que tenía que regresar al lado de Vivian. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había estado de suerte al encontrarla. Al fin y al cabo, no era más que un veterano de guerra sin porvenir, sin esperanza, sin una vida real...

Tenía un nuevo plan en marcha para hacer dinero. Había insertado un anuncio en

el Saturday Evening Post:

¡ATRAIGA LA BUENA SUERTE ADQUIRIENDO UNA CALAMITA MÁGICA! ¡IMPORTADAS DIRECTAMENTE DE OTRO PLANETA! Las piedras habían llegado de Próxima y procedían de Titán; Vivian había establecido los necesarios contactos comerciales con su pueblo. Pero, hasta ahora, casi nadie había enviado los dos dólares.

«Soy un fracasado», se dijo George a sí mismo.

Afortunadamente, el siguiente hijo, nacido en el invierno de 2039, fue un híbrido. Asumía forma humana durante la mitad del tiempo, de modo que finalmente George tuvo un niño que era —ocasionalmente, al menos— un miembro de su propia especie.

Unos días después del nacimiento de Maurice, una comisión de vecinos del edificio QEJ-604 se presentó en su apartamento.

—En nombre de todos los vecinos dijo el portavoz de la comisión—, venimos a pedirles que abandonen este edificio.

—¿Por qué? —preguntó Munster, asombrado—. Nadie puede tener queja de nosotros como vecinos...

—Nos hemos enterado de que han tenido ustedes un hijo híbrido. Cuando sea mayor querrá jugar con nuestros hijos y... compréndanlo...

George les cerró la puerta en las narices.

Pero a partir de entonces empezó a rodearles la hostilidad de la gente.

—¡Y pensar que luché en la guerra para salvar a esos tipos! —se dijo amargamente George—. No lo merecían, desde luego...

Una hora más tarde se encontraba en el cuartel general de los VGA, bebiendo cerveza y hablando con su compañero Sherman Downs, casado también con una Blobel.

—No nos quieren, Sherman. Tendremos que emigrar. Tal vez nos convenga marcharnos a Titán, el mundo de Vivian.

—¡Tonterías! —dijo Sherman—. Te desanimas en seguida. ¿Acaso no está empezando a venderse bien vuestro cinturón adelgazante electromagnético?

Durante los últimos meses, George había estado fabricando y vendiendo un complicado artilugio electrónico reductor de cintura que Vivian le habla ayudado a diseñar; estaba basado en un aparato muy popular entre los Blobels, pero desconocido en la Tierra. Y la cosa había salido bien: George tenía más pedidos de los que podía servir.

—He pasado por una terrible experiencia —explicó George—. El otro día entré en una tienda a ofrecer el cinturón. Me hicieron un pedido tan importante, que me excité y... —se encogió de hombros—. Ya puedes imaginar lo que sucedió. Me transformé en Blobel, a la vista de un centenar de clientes. Y cuando el dueño vio aquello, canceló su pedido. Si hubiera visto cómo cambió su actitud hacia...

Sherman dijo:

—Emplea a alguien que te los venda. Un terrestre. —Frunciendo el ceño, George replicó:

—Yo soy un terrestre, no lo olvides.

—Lo único que trataba de decir...

—Sé lo que tratabas de decir —le interrumpió George, lanzando un puñetazo hacia Sherman.

Afortunadamente, faltó el golpe, y en su excitación, Sherman y él asumieron la forma Blobel. Se arrastraron furiosamente uno contra otro, pero unos veteranos consiguieron separarles.

—Soy tan terrestre como el primero —le dijo George a Sherman irradiando su pensamiento al estilo Blobel—. Y le romperé las narices al que se atreva a sostener lo contrario.

En su forma Blobel era incapaz de regresar a su casa; tuvo que llamar por teléfono a Vivian para que pasara a recogerle. Otra humillación.

Sólo quedaba una solución: el suicidio.

¿Cuál sería el mejor sistema? En forma Blobel era incapaz de sentir dolor; por lo tanto, tendría que aprovechar una de sus transformaciones. Había varias sustancias que podían desintegrarle... por ejemplo, el agua clorata de la piscina del edificio QEJ-604.

Vivian, en forma humana, le encontró mientras se disponía a entrar en la piscina, a última hora de la noche.

—¡Por favor, George! vamos a ver al doctor Jones.

—No —replicó hoscamente George, formando un aparato casi vocal con una parte de su cuerpo—. Sería inútil, Viv. No quiero continuar.

Incluso los cinturones; habían sido idea de Vivian, más que suya. Iba a remolque de ella en todo. Vivian dijo:

—Piensa en tus hijos...

George Munster pensó en sus hijos.

—Tal vez me deje caer en el Departamento de Guerra de las Naciones Unidas. Hablaré con ellos, por si la ciencia médica ha efectuado algún nuevo descubrimiento que pueda estabilizarme.

—Pero, si te estabilizas como terrestre —dijo Vivian—, ¿qué será de mí?

—Seremos iguales durante dieciocho horas al día. Las horas que tú tengas forma humana.

—Entonces no querrás seguir casado conmigo, George, porque podrás hacerlo con una mujer terrestre.

No podía hacerle eso a Vivian, pensó George. Y abandonó la idea.

En la primavera de 2041 nació su tercer hijo; fue una niña y fue híbrida, como Maurice. Era Blobel durante la noche y terrestre durante el día.

Entretanto, George había encontrado una solución a algunos de sus problemas.

Se buscó una amante.

### III

La amante era Nina Glaubman, una ex Blobel, esposa de uno de sus compañeros de los VGA.

Su industria de cinturones adelgazantes había prosperado hasta el punto de que ahora tenía quince empleados terrestres y una pequeña y moderna fábrica. Si los impuestos de las Naciones Unidas hubieran sido más razonables, sería un hombre rico. Pensando en ello, George se preguntó qué tal andarían los impuestos en el territorio Blobel, en lo, por ejemplo.

Una noche, en el cuartel general de los VGA, habló del asunto con Reinholt, el marido de Nina, que parecía ignorar lo que había entre su esposa y George.

—Tengo grandes planes, Reinholt —dijo George mientras apuraba su cerveza—. Esto se está poniendo imposible. Todo lo que gano se lo lleva el gobierno. Y se me ha ocurrido trasladar la fábrica a otro planeta, ¿comprendes?

Reinholt dijo, fríamente:

—Eres un terrestre, George. Emigrar con tu fábrica a territorio Blobel sería traicionar a tu...

—Escucha —le interrumpió George—. Tengo un hijo Blobel pura sangre, dos hijos medio Blobels y un cuarto en camino. Supongo que eso representa un fuerte lazo emotivo con la gente de Titán y de lo.

—Eres un traidor —replicó Reinholt, dándole un puñetazo en la boca—. Y no sólo por esto —continuó, golpeando a George en el estómago—. Estoy enterado de que sales con mi esposa. ¡Voy a matarte!

Para escapar, George asumió la forma Blobel; los golpes de Reinholt se estrellaron inofensivamente en su cuerpo gelatinoso. Pero Reinholt se transformó a su vez y se lanzó contra él con intenciones asesinas, tratando de absorber el núcleo de George.

Afortunadamente, la intervención de otros veteranos impidió que Reinholt consumara sus propósitos.

Aquella misma noche, todavía tembloroso, George estaba sentado con Vivian en el salón de su nuevo y lujoso apartamento del edificio ZGF-900. Desde luego, Reinholt informaría a Vivian de lo que sucedía. Su matrimonio estaba roto. Éste era quizás el último momento que pasaban juntos.

—Vivian —dijo George—, tienes que creerme. Te quiero. Tú y los niños, y el negocio de cinturones naturalmente, sois toda mi vida... —se le ocurrió una idea desesperada—. Vamos a emigrar esta misma noche, ahora mismo. Coge a los niños y vámonos a Titán.

—No puedo ir allí dijo Vivian—. Sé cómo me trataría mi gente, y cómo os tratarían a ti y a los niños. Márchate tú, George. Traslada la fábrica a lo. Yo me quedaré aquí.

Sus ojos negros se habían llenado de lágrimas.

—¿Qué clase de vida sería ésa? —protestó George—. Tú en la Tierra y yo en lo... ¿Y los niños?

Probablemente, Vivian se quedaría con ellos. Tendría que consultar al asesor jurídico de su firma: tal vez él podría ayudarle a resolver sus problemas domésticos.

A la mañana siguiente, Vivian se enteró de lo de Nina. Y contrató los servicios de un abogado.

—Escuche —le dijo George por teléfono a su asesor jurídico, Henry Ramarau—. Obténgame la custodia del cuarto hijo: será terrestre. De los dos híbridos, quiero quedarme con Maurice. Kathy puede quedarse con su madre. Naturalmente, Vivian se quedará con el primero de los... bueno, con eso que ella llama su primer hijo.

Colgó el receptor y se volvió hacia el grupo de directivos de su compañía.

—Sigamos con nuestro estudio de las leyes fiscales de lo...

Durante las semanas que siguieron, la idea de un traslado a lo pareció más y más beneficioso desde el punto de vista económico.

—Adelante. Compre terrenos en lo —ordenó George a su agente comercial Tom Hendricks—. Y consígalos baratos. Empezaremos a construir la fábrica inmediatamente.

Cuando Hendricks se hubo marchado, George llamó a su secretaria, Miss Nolan.

—No permita que entre nadie en mí oficina hasta que la avise. Noto que va a darme un ataque. La excitación del traslado a lo, seguramente. Y las preocupaciones personales —añadió.

—Sí, Mr. Munster —dijo Miss Nolan—. Nadie le molestará.

Podía confiarse en ella para que mantuviera alejados a los visitantes inoportunos, como había estado haciendo durante los últimos días. George vivía en un estado de continua tensión, y sus transformaciones eran más frecuentes que nunca.

Cuando, a última hora de la tarde, George volvió a adquirir su forma humana, Miss Nolan le informó de que había llamado un tal doctor Jones.

—¿Aún sigue funcionando ese doctor Jones? —dijo George, pensando en los seis años transcurridos desde su primera visita al analista—. Creí que estaría convertido ya en chatarra... Bien, llame al doctor Jones y avíseme en cuanto obtenga la comunicación.

Poco después, George hablaba con el doctor Jones.

—Me alegro mucho de oírle, doctor —dijo Munster.

—Observo que tiene usted ahora una secretaria —dijo el analista homeostático.

—Sí —asintió George—. Ahora soy un hombre de negocios. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—Creo que tiene usted cuatro hijos...

—Tres, en realidad; el cuarto está en camino. Escuche, doctor; ese cuarto hijo es vital para mí; según las leyes Mandelianas Revisadas, será completamente terrestre, y le juro que haré todo lo que esté en mi mano para obtener su custodia. —Hizo una

breve pausa—. Vivian —supongo que la recuerda— está ahora en Titán, entre su propia gente. Y yo ando en manos de unos médicos que me han prometido estabilizarme. Estoy cansado de esta continua transformación, de día y de noche.

El doctor Jones dijo:

—Efectivamente, habla usted como un importante hombre de negocios, Mr. Munster. Ha ascendido mucho en la escala social desde la última vez que le vi...

—Vamos al grano, doctor —dijo George en tono impaciente.

—Yo... ejem... Bueno, pensé que tal vez podría hacer algo para arreglar su situación con Vivian.

—¡Bah! —exclamó George desdeñosamente—. ¿Esa mujer? Ni hablar. Mire, doctor, lo siento mucho, pero tengo que colgar. He de resolver importantes asuntos de la Munster, Incorporated, y...

—Mr. Munster —inquirió el doctor Jones—, ¿hay otra mujer?

—Hay otra Blobel —dijo George—, si le interesa saberlo.

Y colgó el teléfono.

Dos Blobels son preferibles a ninguna, se dijo a sí mismo. Y, ahora, al negocio. Pulsó un botón de su escritorio e inmediatamente Miss Nolan se presentó en la oficina.

—Miss Nolan —dijo George—, búsqieme a Hank Ramarau. Necesito saber...

—Mr. Ramarau está esperando en la otra línea —dijo Miss Nolan—. Me advirtió que era una llamada urgente.

Descolgando el otro receptor, George dijo:

—Hola, Hank. ¿Qué ocurre?

—Acabo de enterarme —dijo el asesor jurídico— de que para montar una fábrica en lo tiene usted que ser ciudadano de Titán.

—Bueno, no creo que sea difícil solucionarlo dijo George.

—Es que... para ser ciudadano de Titán... —Ramarau vaciló—. En fin, tiene usted que ser un Blobel, George.

—Bueno, yo soy un Blobel —replicó George—. Al menos parte del tiempo. ¿No basta con eso?

—Me temo que no —dijo Ramarau—. He efectuado las oportunas averiguaciones, y hay que ser Blobel el ciento por ciento del tiempo. Día y noche.

—Hummm —gruñó George—. Mal asunto. Pero, ya pensaremos algo. Mire, Hank, tengo una cita con Eddy Fullbright, mi coordinador médico. Le llamaré a usted más tarde. ¿De acuerdo?

Colgó el teléfono y se quedó sentado, frotándose pensativamente la barbilla.

«Bueno decidió finalmente, estaba escrito. Lo que importa son los hechos. Tal vez sea ésta la mejor solución».

Descolgó el teléfono y marcó el número de su médico, Eddy Fullbright.



La moneda de platino de veinte dólares se deslizó por la ranura y puso en funcionamiento el circuito. El doctor Jones levantó la mirada y vio a una hermosa joven. Un rápido repaso a su fichero mental le permitió reconocer a Mrs. George Munster, la antigua Vivian Arrasmith.

—Buenos días, Vivian —le saludó cordialmente el doctor Jones—. Pero, tenía entendido que estaba usted en Titán...

Se puso en pie, ofreciendo una silla a su visitante.

Vivian se sentó.

—Doctor, las cosas se han puesto terriblemente mal para mí —explicó—. Mi marido tiene un lío con otra mujer... Lo único que sé de ella es que se llama Nina. En el cuartel general de los VGA todo el mundo habla de ese asunto. Lo más probable es que sea una terrestre. George y yo hemos planteado una demanda de divorcio, cada uno por su cuenta. Y el problema de la custodia de los niños significará una verdadera batalla legal. —Inclinó modestamente la mirada hacía su abultado vientre—. Estoy esperando otro hijo. El cuarto.

—Lo sé —dijo el doctor Jones—. Esta vez, un terrestre, si no fallan las Leyes de Mendel... aunque yo creía que sólo se aplicaban a los guisantes.

Mrs. Munster continuó:

— He estado en Titán, consultando a los médicos, ginecólogos y consejeros matrimoniales más famosos. Durante el pasado mes he recibido toda clase de consejos. Ahora he regresado a la Tierra... para encontrarme con que George ha desaparecido. No puedo dar con él.

—Me gustaría poder ayudarla, Vivian —dijo el doctor Jones—. El otro día hablé brevemente con su marido, pero no pude sacar nada en limpio. Por lo visto, ahora es un importante hombre de negocios y resulta difícil llegar hasta él.

—Y pensar —murmuró Vivian amargamente— que lo ha alcanzado toda gracias a una idea que yo le di... Una idea Blobel.

—Ironías del destino —dijo el doctor Jones—. Bien, si quiere usted conservar a su marido, Vivian...

—Estoy decidida a conservarle, doctor Jones. Sinceramente, en Titán me he sometido a tratamiento, el más moderno y el más caro, porque quiero a George mucho más que a mi propia gente y a mi planeta.

—¿Qué tratamiento? —inquirió el doctor Jones.

—A través de las técnicas más nuevas de la ciencia médica en todo el Sistema Solar dijo Vivian—, he sido estabilizada. Ahora tengo forma humana durante las veinticuatro horas del día. He renunciado definitivamente a mí forma natural para salvar mi matrimonio con George.

—El sacrificio supremo —dijo el doctor Jones, impresionado.

—Con tal de que pueda encontrarle...

—Éste es un gran día para mí, Hank —murmuró George Munster, ahuecando en forma de aparato vocal parte de la sustancia gelatinosa que componía su cuerpo unicelular.

—Desde luego, Mr. Munster —asintió Ramarau, que estaba en pie junto a George con los documentos legales.

El funcionario de lo, una masa gelatinosa como George, reptó hasta Ramarau, cogió los documentos y articuló:

—Los transmitiré a mi gobierno. Supongo que están en orden, Mr. Ramarau.

—Puedo garantizárselo —dijo Ramarau—. Mr. Munster no volverá a asumir nunca más la forma humana. Se ha sometido a un tratamiento, beneficiándose de las técnicas más nuevas de la ciencia médica, para alcanzar esta estabilidad en la fase unicelular de su antigua rotación. Ahora es un Blobel completo.

—Este momento histórico —dijo George Munster, irradiando su pensamiento al grupo de Blobels locales que asistían a la ceremonia, significará un nivel de vida más elevado para los ciudadanos de lo, que encontrarán empleo en la nueva fábrica. Aparte de la prosperidad que traerá a esta región, la nueva fábrica será un motivo de orgullo nacional, por cuanto el Cinturón Reductor electromagnético Munster tuvo su origen en una idea Blobel.

El grupo de Blobels irradió sus congratulaciones.

—Éste es el mejor día de mi vida —añadió George Munster, y empezó a reptar lentamente hacia su automóvil, donde le esperaba su chofer para conducirlo a las habitaciones que tenía alquiladas en el hotel de lo City.

Algún día sería dueño de aquel hotel. Estaba invirtiendo los beneficios de su negocio en fincas. Según le habían informado otros Blobels, era un modo patriótico y provechoso de invertir el dinero.

George Munster se escurrió rampa arriba y entró en su automóvil fabricado en Titán.

**FIN**